MARTA MARTÍN GIRÓN

De la autora de
DAMA BLANCA

CADA NIÑA QUE MURIÓ

Lectulandia

¿Qué motivación empuja a un asesino a actuar? ¿Qué hace que unas niñas inocentes se conviertan en sus víctimas?

La inspectora Carmen Prado y el subinspector César Galán de la UDEV Central, se enfrentan a uno de los casos sin resolver más aterradores que se recuerdan. Han pasado cinco años desde que se produjeron los crímenes de Lorena y Anabel, de trece años, halladas muertas varios meses después de que desaparecieran sin dejar rastro. Ahora, el cuerpo sin vida de una niña de diez años hallado en el Desfiladero de los Tornos, en la provincia de Burgos, hace temer que se trate de una nueva víctima mortal del sádico asesino al que los medios han apodado el Quebrantahuesos.

Sin embargo, a pesar de las similitudes, la pequeña Alicia apenas tenía ocho años cuando desapareció, lo que le hace temer a la Policía que el asesino está perfeccionando su *modus operandi*. De ser así, ¿cuál será su siguiente paso? ¿Estará planeando volver a actuar? ¿Lo habrá hecho ya? ¿Logrará la Policía atrapar al asesino antes de que vuelva a matar?

Marta Martín Girón

Cada niña que murió

Inspectora Carmen Prado - 1

ePub r1.0
Titivillus 18.01.2024

Título original: *Cada niña que murió*
Marta Martín Girón, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

A mi marido Marcos, porque solo él puede comprender mis obsesiones.

Prólogo

«En cuanto lo haga no habrá vuelta atrás», pensó abstraído, parado junto a la cuneta. A varios metros de distancia acababa de ver a tres niñas aproximándose con pasos cortos y distraídos. La edad de cada una de ellas parecía perfecta para su objetivo. No obstante, solo necesitaba a una.

Las contempló como quien se deleitaría ante un cuadro que ha cobrado vida.

«¿Pensáis hacer todo el trayecto juntas?».

Sin perderlas de vista, llevó el dedo al salpicadero y activó las luces de emergencia. Sabía que aquella carretera era poco transitada, pero actuó como si realmente tuviera la necesidad de estar allí parado, suponiendo un obstáculo para el resto de coches que pudieran recorrerla.

«Una. Solo una. Vamos. Separaos».

Al llegar a la mitad del camino, las niñas se pararon para despedirse. Si hubieran sospechado que aquella podría ser la última vez que se vieran, hubiera habido algo más que unas sonrisas y unos tristes adioses.

Una siguió de frente mientras que las otras dos giraron a la izquierda, por un camino de tierra, posiblemente un atajo para llegar a sus casas.

El hombre arrancó el motor. Pero el coche permaneció estático; aún era pronto para acercarse a la pequeña, sus amigas tenían que desaparecer de su vista.

«Vamos, guapita. Acércate un poco más».

La muchacha caminó ajena a las intenciones del desconocido que la vigilaba cada vez más inquieto.

«Naturalidad», se dijo. «Es la única forma de hacerlo».

Abrió una botella de cloroformo que descansaba sobre el asiento del copiloto y mojó un pañuelo de tela que aún conservaba de su

difunto padre.

Miró adelante y atrás por el espejo retrovisor.

A un lado y a otro.

El coche comenzó a avanzar. Despacio. Muy despacio.

La pareja de amigas ahora estaba lejos de poder ser testigo de lo que estaba a punto de suceder.

Una última mirada por los retrovisores.

Un leve acelerón hasta rebasar a la niña. Un vistazo por la ventanilla del copiloto. Una sonrisa de satisfacción. Y un pensamiento: «Esta es perfecta».

Paró a unos metros.

La niña seguía acercándose.

El hombre se bajó del coche.

—Hola, pequeña.

La cría lo miró tratando de reconocer su rostro. Pero no le dio tiempo a nada. Con un movimiento rápido, el desconocido se acercó a ella, la inmovilizó contra su pecho con un brazo y, con la mano libre, le cubrió la boca con el pañuelo mientras la arrastraba hasta el vehículo.

Inconsciente, la tumbó sobre el asiento trasero.

Calmado, ocupó su posición al volante, quitó las luces de emergencia y prosiguió su camino.

«Con naturalidad. Así es como se hace».

1

Domingo, 25 de octubre de 2015
Desfiladero de los Tornos

—Estaría bien que parasemos un rato, ¿no os parece? No aguanto más —dijo Paula.

Se sentía extenuada; llevaban más de tres horas recorriendo los senderos y los alrededores del desfiladero. Una ruta compleja, con tramos más escarpados de lo recomendable para alguien que no está acostumbrado a hacer «deportes de riesgo», como lo llamaba ella.

—¿Qué os parece, chicos? ¿Paramos a descansar? —preguntó su novio, dirigiéndose a la otra pareja que los acompañaba.

—Pero si ahora vamos cuesta abajo —dijo Marcos con sorna.

—Ya, pero la cuesta abajo se acaba y no tengo el cuerpo como para ponerme otra vez a subir por otro de tus dichosos caminos de cabras —replicó Paula con desaire.

—Está bien. Paremos ahí abajo; se ve el cauce del río. Podemos aprovechar para comer algo y refrescarnos un poco —propuso Marcos, quien en ese momento encabezaba el recorrido.

—Estupendo. A mí también me vendrá bien descansar —aprobó Sandra, su mujer—. No estoy acostumbrada a hacer tanto esfuerzo y hoy os estáis pasando tres pueblos, ¿no? Además, por si lo habíais olvidado, mañana tenemos que ir a currar. Cuando mi jefe me vea andando como si fuera Robocop, se va a reír un rato.

Descendieron la ladera uno tras otro, siguiendo la estela de Marcos. Escasos minutos después, alcanzaron el llano. La primera en soltar la bicicleta fue Paula; lo hizo de forma tosca. Sacudió sus piernas como si tratase de espantar un bicho, tratando de liberarlas del dolor y los calambres.

—¡Dios, sois unas bestias! ¡Voy a estar un mes con agujetas!

—Pues aún queda llegar al coche —respondió Marcos para

provocarla.

—Y una mierda. Yo me quedo aquí. Vais a por el coche y luego venís a buscarme.

—Sí, sí, vosotros reíd todo lo que queráis, pero no lo digo de coña. Me voy a quedar aquí, con los pies en remojo y tomando el sol. Si queréis algo, estoy en el río.

Dolorida, comenzó a caminar hacia el caudal sin esperarlos.

—¡Cariño, no te alejes mucho! —le gritó Julen entretanto cogía la botella de agua de su bici para darle un trago.

—¡No, tranquilo!

Paula andaba hacia el cauce, cansada y distraída, sin reparar en contemplar el paisaje, bastante lo había «disfrutado» ya. Lo hacía mirando y masajeándose las palmas de las manos y las marcas enrojecidas que le habían quedado de agarrar el manillar con tanta fuerza. Al llegar a la orilla, se agachó y metió las manos en el agua. Estaba tan fría que resultaba incluso cortante; aun así, las mantuvo dentro durante unos segundos, el tiempo en que tardó en percatarse de un hedor inusual y asfixiante que le hizo aguantar la respiración unos instantes. «Será algún animal muerto», pensó. Se puso de pie y miró a su alrededor. No vio nada que no fuesen piedras, tierra, hierba, matojos, árboles o el propio río. Aunque con asco, anduvo dejándose guiar por su olfato.

—Joder, es asqueroso. ¿Qué será? —farfulló sin poder evitar hacer una mueca de repulsión—. Teníamos que venir a parar aquí, claro, como si no hubiésemos tenido kilómetros donde hacerlo. Aquí, al lado de un puñetero bicho muerto y podrido.

A cada paso, la fetidez aumentaba.

—¡Paula! —la llamó Sandra, quien salía a encontrarse con ella.

—¡Estoy aquí!

—¡¿Dónde?! ¡No te veo!

—¡Cerca del río! ¡Ten cuidado, que tiene que haber un bicho muerto!

—¡Joder, tía! Qué desagradable —se quejó Sandra. Su amiga no pudo escucharla—. Y seguro que ha ido a ver qué es. Como si no la conociera…

De pronto, Paula empezó a chillar. Unos intensos y espeluznantes gritos que alertaron al resto del grupo. La tranquilidad del bosque parecía haberse convertido en el perfecto

escenario para una película de terror. Sandra comenzó a correr en dirección a su amiga, guiada por sus alaridos. Un clamor que se fue transformando en llanto para ella; en inquietud para los demás. Los muchachos tiraron lo que tenían en las manos y corrieron hacia el río, hacia sus voces. La primera en llegar fue Sandra. Se acuclilló delante de Paula y trató de retirarle las manos de la cara, preguntándole qué le había sucedido. Pero Paula no contestó. El hedor no tardó en penetrar por sus fosas nasales, llamando su atención. Con el gesto arrugado, Sandra se giró sobre sí misma. Y entonces lo vio a unos metros de distancia. Retorcido, sucio, desnudo.

—¡¿Qué es eso?, ¿qué es eso?! —chilló Sandra aun sabiendo la respuesta.

En ese momento, llegaban Julen y Marcos, quienes ni siquiera vieron a Paula hecha un ovillo, lamentándose en el suelo; su vista se posó sobre el bulto que la mano temblorosa de Sandra señalaba.

Ninguno podía creerlo.

—¡Joder, ¿qué es eso?! —preguntó Julen con cara de asco. Dio varios pasos para verlo mejor, más de cerca.

—¡Hay que llamar a la Policía! —exclamó Marcos—. No te acerques, tío. No toques nada. Venga, tenemos que avisarles —ordenó, al tiempo que agarraba a Sandra por los hombros para serenarla—. Tranquila, vamos a llamar a la Policía —le dijo con cariño a su esposa.

—Ven, Paula, vámonos de aquí —le pidió Sandra, tratando de encontrar el suficiente sosiego para mantener la calma y ayudar a su amiga.

—Venga, vamos a llamar —azuzó Marcos a Julen cogiéndole del brazo. Este se zafó de él con un movimiento brusco.

—Joder, tío, ya voy.

—Pues venga, coño, mueve el culo. Cualquiera diría que te mola ver esta mierda.

—Tío, tranquilízate. No creo que vuelvas a ver nada como esto en tu vida.

—No lo estarás diciendo en serio.

—Pues claro que lo digo en serio. Sé que da un poco de *yuyu*, pero…

—¡Pero nada! —le interrumpió Sandra, que aún seguía

consolando a su amiga—. ¡Aléjate de ahí de una puñetera vez, joder! ¡¿No te das cuenta de que puedes dejar tus huellas?! ¡Te podrían llegar a acusar a ti!

—O no ves la tele o la ves demasiado. ¿Cómo me van a acusar a mí de nada? Yo no tengo nada que ver con esto.

—¡Pues aléjate de ahí, hostias! ¡En serio, tío, vamos, tenemos que llamar!

—Venga, vale. Tira. Vamos a avisar a los putos maderos.

—Y vosotras dos, venid, alejaos también de ahí —ordenó Marcos.

Sandra ayudó a Paula a ponerse en pie y caminaron siguiendo los pasos apresurados de Marcos y Julen. Al llegar a las bicis, Marcos buscó el móvil en su mochila.

—Esperad aquí —rogó, al tiempo que marcaba el 112. Le temblaba el pulso.

Anduvo varios pasos para alejarse de los sollozos de Paula. Julen buscó su móvil en la mochila y se lo escondió en un bolsillo del pantalón.

La cobertura era demasiado débil. «¿Desde la carretera habrá mejor señal?», pensó Marcos, dirigiéndose hacia allí.

Subió la ladera que escasos minutos atrás habían descendido, a toda prisa, fijándose únicamente en la respuesta del móvil. A falta de unos metros para alcanzar el camino de asfalto, el móvil dio señal.

—Emergencias, dígame.

—Hola, llamo porque mis amigos y yo hemos encontrado un cadáver tirado en el bosque.

—Un momento, ¿desde dónde llama?

—Desde aquí, desde donde hemos encontrado el cuerpo.

—Tranquilo. ¿Me puede decir su nombre?

—Sí. Marcos Pérez Carpazo.

—De acuerdo, Marcos, dígame, ¿me puede decir su ubicación?

—Estamos en…, ¡mierda!, no sé cómo se llama esto.

—En qué provincia.

—Burgos.

—¿Sabe decirme cuál es el pueblo más cercano?

—Eh… A ver… Al llegar, dejamos el coche en Tudanca. Luego cogimos las bicis y comenzamos a recorrer la zona hasta llegar al

Desfiladero de los Tornos.

—Vale. ¿Hay alguien herido?

—Y yo qué sé… —respondió nervioso y lloriqueando—. Solo hemos encontrado un cuerpo medio podrido.

—¿Ustedes están bien?

—Muy nerviosos.

—Está bien, tranquilo. Necesito saber su número de teléfono, ¿es este que me sale en la pantalla?

—Sí.

—Está bien, no cuelgue, voy a pasarle con la Guardia Civil.

—Vale.

—Si en algún momento se corta la llamada, no se preocupe, deje la línea libre, nosotros nos pondremos en contacto con usted.

—Tranquila, Paula. Bebe un poco de agua —le ofreció Sandra, ofreciéndole la botella.

Paula alzó la mano, pero no la cogió. Su cuerpo se agitaba de forma descontrolada.

—Estás muy pálida. ¿Estás bien?

Paula no contestó.

—Trae, yo te la doy —dijo Sandra, acercándole la boquilla a los labios—. Bebe un poco. —Paula sorbió con dificultad.

—Me estoy mareando.

El tono sonrosado de sus labios comenzó a transformarse en un color entre el blanco y el azul, un tono mortecino que alteró aún más a su amiga.

—Tranquila, llamaremos a una ambulancia.

—Tengo miedo, Sandra. Me encuentro muy mal.

—¿Dónde narices se ha metido tu novio? —preguntó mirando a su alrededor—. ¡Julen! ¡¿Dónde estás?! ¡Julen…!

Sandra no sabía qué hacer. Sin pensarlo dos veces, con los ojos llenos de lágrimas, ayudó a su amiga a tumbarse en el suelo.

—Voy a avisar a Marcos para que pida una ambulancia. Aguanta un momento. Ahora vuelvo.

Sandra no alcanzaba a entender dónde se habría ido Julen ni a qué. Vio a su marido a lo lejos, en lo alto de una ladera.

—¡Diles que manden una ambulancia! —gritó a su marido cuando se encontraba lo suficientemente cerca para que la oyera.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Ha pasado algo?!

—Es Paula, se encuentra muy mal. No sé si le estará dando un ataque de ansiedad o un infarto o yo qué sé.

—¡No me asustes, joder! ¡Me tienen en espera! ¡Van a pasarme con la Guardia Civil! ¡Se lo diré a ellos!

—Sí. Sí. Díselo a ellos. Ay, amor… —suspiró al tenerle al lado. Se acercó a él y lo abrazó.

—Tranquila —dijo Marcos, dándole un beso en la frente.

—Sí. Date prisa. Que se den prisa. Yo vuelvo con Paula. Y, por cierto, no sé dónde narices se ha metido Julen.

—Ese tío es gilipollas, de verdad.

—Es un egoísta. No entiendo cómo puede desentenderse de Paula de ese modo. No lo entiendo.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde. Ahora, vuelve con Paula.

—Hola, soy Óscar Jiménez, agente de la Guardia Civil —escuchó Marcos al otro lado del teléfono—. Le informo de que ya se ha puesto una patrulla de camino. Si pudiese mandarnos su localización exacta nos sería de gran ayuda. ¿Tiene móvil?

—Sí, pero necesitamos también una ambulancia —explicó Marcos mientras aún miraba cómo su mujer se alejaba.

—Sí, no se preocupe. ¿Hay algún herido?

—No, pero a nuestra amiga le está dando un ataque de ansiedad o algo.

—De acuerdo, tranquilo. Ya va de camino también la ambulancia.

—Gracias.

—En unos minutos estarán allí las unidades de Emergencias. Eso sí, mientras llegan los compañeros, es muy importante que se mantengan alejados de la zona del cadáver y que no toquen nada. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Entendido.

Sandra regresó al lado de Paula, quien seguía pálida, pero consciente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, acuclillándose a su lado, jadeante.

—Sigo mareada y tengo naúseas.

—Tranquila. Marcos está hablando con Emergencias para que manden una ambulancia.

—¿Dónde está Julen? ¿No lo has visto?

—No. No lo sé. ¿Quieres que vaya a buscarle?

—Sí, dile que venga. Seguro que ha ido otra vez a…

—No creo que se le haya ocurrido, ¿no?

—Se nota que no lo conoces —dijo tras exhalar un quejido mordaz y resignado.

—Ve a buscarle. Estaré más tranquila si está aquí con nosotras.

—Está bien, ahora vuelvo.

—Vale. Tráelo a rastras si hace falta. Espero que no nos termine metiendo en un lío.

Sandra se incorporó y se fue a buscar a Julen.

«Más le vale que no esté tocando nada», pensó iracunda.

Ese hedor que recordaría hasta la muerte volvió a intensificarse. Se encontraba cerca del lugar que había terminado fastidiándoles el día.

—Dios…, no puedo… —sollozó en un hilo de voz, sintiendo cómo los nervios de nuevo volvían a aflorarle—. No quiero volver a verlo.

La mirada se le nubló.

—¡Julen! ¡Julen! —gritó sin poder disimular su enojo—. ¡Julen!

Sandra se tapó la boca y la nariz con el cuello de la camiseta. El olor a descomposición era cada vez más penetrante.

—¡Ya voy! —oyó al fin.

Sandra paró en seco; alguien se aproximaba.

Esperó a tenerlo a la vista antes de decirle nada.

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

—¿Pasa algo?

—Tu novia no se encuentra bien. Está mareada, casi vomita… Marcos ha tenido que avisar a una ambulancia.

Julen pasó por delante de ella a toda prisa sin decir nada, en dirección a donde se encontraba Paula y las bicis.

—¿Me estás escuchando? —le reprendió.

—Sí, ya te he oído —contestó sin parar de caminar.

—¿Me puedes explicar cómo se te ha ocurrido dejarla sola? —Sandra siguió su estela—. ¿Tú sabes lo impactante que ha debido ser para ella encontrarse con…, con eso?

—¿Más impactante que para los demás?

—Cada uno reaccionamos de una manera. Ella es muy sensible.

—Sí. Ya lo sé. Pero se le pasará. Habrá tenido una crisis de nervios o algo de eso.

—¿En serio?

—Pues claro. Es de esa clase de personas que llora mucho, pero luego se le pasa.

—Eres un imbécil.

—¿Qué? Joder, hacéis una montaña de un grano de arena.

—¿Te parece que encontrarte un cadáver es un grano de arena?

—¡Cariño, ya estoy aquí! —gritó Julen, ignorando los reproches de Sandra—. ¡¿Estás mejor?!

Sin responderle nada, Paula lo observó acercarse. Julen se sentó a su lado, con las piernas en posición de loto. No le dio la menor importancia a verla tumbada, con el rostro y los labios blanquecinos.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Paula.

—Estaba dando una exclusiva.

Paula arrugó el ceño y miró a Sandra, quien en ese momento se estaba poniendo de rodillas a su lado.

—No entiendo —susurró Paula.

—No, yo tampoco entiendo a qué te refieres —profirió Sandra.

—A ver —dijo Julen con desgana—, ¿cómo creéis que se enteran los del telediario de las noticias?

—¿Has llamado a la televisión? ¿Pero tú eres imbécil o qué te pasa?

—Les he dado la exclusiva. Y me van a dar una «propinilla» por ello. A esto, chicas, se le llama «saber aprovechar el momento».

—¡A esto se le llama ser un aprovechado morboso de mierda! —le contestó Sandra fuera de sí.

—En serio, estáis locas. Era una oportunidad estupenda.

—Una oportunidad, ¿de qué? ¿De salir en la tele? ¿De ganar dinero? ¿De destrozar a una pobre familia?

—¿Ves? Sabía que os ibais a poner como unas histéricas, por eso me he ido cuando no os dabais cuenta. Y ¿destrozar? Yo no he destrozado nada. A ver si te crees que los familiares de esa cosa que hay ahí tirada no van a verlo. Tendrán que identificarlo, ¿no? Pues eso, que lo verán de todos modos.

—O sea, que les has mandado fotos.

—Pues claro. ¿Qué les vendo, si no? Es muy probable que

cuando lleguen para grabar la noticia ya esté aquí la Guardia Civil.

—Das mucho asco, ¿sabías? Me voy con mi marido —dijo Sandra dispuesta a marcharse—. Encárgate al menos de cuidar a tu novia.

—No te vayas —solicitó Paula.

—Sí, cariño, deja que se vaya con su maridito, que es el único que puede aguantarla.

Sandra paró en seco al percatarse de que Marcos ya regresaba.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Marcos, desconcertado.

—Este asqueroso —espetó Sandra—, que ha llamado a la televisión para que vengan a grabar o…, no sé, pregúntaselo a él. Ah, y les ha mandado fotos del cadáver.

—¿Pero te has vuelto loco? —le increpó con cara de incredulidad—. ¿De verdad les has llamado?

—Sí —respondió poniéndose en pie—. Venga, levanta —solicitó a su novia, inclinándose y agarrándola por las manos—. Nosotros nos vamos.

—Tú no te vas a ningún sitio. Y menos con ella —le advirtió Marcos, sujetándole del brazo. Julen se zafó con un movimiento brusco.

—Seguro que se quiere marchar antes de que llegue la Guardia Civil —especuló Sandra.

—¡De aquí no se va nadie!

—Pues ahí te quedas con ellas, yo me largo.

Marcos lo cogió de la camiseta y le arrastró a una distancia prudente de las chicas.

—Dame el móvil.

—¿Qué dices?

—¡Que me des el móvil, te he dicho!

—Vete a la mierda.

Marcos le propinó un puñetazo en la cara. Tambaleante y mareado, recibió un segundo puñetazo en la boca del estómago, que le hizo doblarse a la mitad como una rama tronchada.

—Eres un… —dijo Julen entre toses, tratando de erguirse para devolverle el golpe, movimiento que a Marcos le sirvió de excusa para volver a atizarle otro puñetazo en la tripa. Luego, rebuscó entre su ropa hasta encontrar el móvil y quitárselo.

—Más te vale que no te levantes de ahí —lo amenazó,

apuntándole con el dedo.

Antes de que se escuchasen las sirenas de los servicios de Seguridad y Emergencias, Marcos le propinó una última patada para asegurarse de que no se movería del sitio.

2

Carmen Prado

Quizá el destino me arrastró hasta allí porque le resultaba gracioso ver cómo me enfrentaba al pasado, al sufrimiento. Sin embargo, mi padecimiento, aunque duro y lacerante, en verdad nada tenía que ver con lo que a aquellas familias se les venía encima: el dolor, las formas, los porqués.

Nadie está preparado para eso.

La complejidad del raciocinio humano me lleva, una vez más, a recapacitar. He tenido meses para meditar sobre el caso y, por muchas explicaciones que me den, me siguen pareciendo absurdas. Creo que algunos sucesos sobrevienen del modo que lo hacen por alguna razón, aunque no podamos entenderla. Para algunos es mala suerte, para otros karma, para otros la voluntad de Dios. Yo lo achaco a la estupidez y al miedo; a la locura; en ocasiones muy extremas, a la maldad. Es prácticamente indiscutible que la mayoría de las veces nos damos cuenta del peligro cuando ya es demasiado tarde.

A cada uno nos afectó de una manera. En mí, desembocó en una rotunda transformación. Desde entonces, lo observo todo; les presto la importancia justa a los acontecimientos. «Un caso más», me digo. Pero no, me temo que es otra mentira.

Trato de redimir mis errores en favor de los que aún están a tiempo de salvar sus realidades, de conseguir una vida en paz, sin tormentos. Por desgracia, la mayoría de las veces es inútil: el destino juega con las cartas marcadas.

Y divago; en los últimos meses no hago otra cosa. Es agotador. Desde que tengo uso de razón vengo pensando que la unión de palabras no tiene por qué transmitir nada, que por lo general hablamos sin el menor sentido, sobre banalidades, a destiempo y sin mayor intención que la de distorsionar el silencio. Conjeturamos,

parloteamos o teorizamos en voz alta con tal de evitar lo que no queremos oír. Y sigo creyendo que no me equivoco. Aun estando solos no conseguimos acallar la mente; nos bastamos nosotros mismos para mantener un fútil diálogo. Huimos de nuestros secretos; esos que tratan de llamarnos a gritos desde el mutismo que les infligimos. Pero los actos… No, a los actos no se les puede silenciar, menos aún ignorar. Tampoco existe ser que les pueda poner freno, estos se alzan con despiadada contundencia, se imponen a nuestra voluntad, aunque eso nos marque de por vida.

Y sí, sufrimos por nuestras particulares tragedias. Sobrevivimos dejándonos absorber por nuestros singulares infiernos. Solo un sufrimiento mayor nos hace abrir los ojos, nos hace ver que nuestro tormento anterior no era para tanto —en rara ocasión lo es—. Pero cuando conseguimos darnos cuenta ya es tarde, y no supone ningún consuelo. Todo lo contrario: nos percibimos en una cadena de desgracias, en una diana donde los dardos se clavan cada vez más cerca de su objetivo. Y hacer diana solo significa una cosa: perder. Perder la entereza. Perder la energía. Perder las ganas de todo, hasta de vivir. Y aquella llamada de mi inspector jefe hizo diana en mitad de mi pecho.

—Ya he avisado a César. Yo estoy de camino —me dijo Nicolás.

—¿Tú también vienes?

—Sí.

—De acuerdo.

—Esto…

—¿Qué pasa? —reclamé al percibir su vacile.

—¿Podrás con ello?

—Sí, no te preocupes. Ahora mismo salgo para allá.

—Vale.

De forma automática me llevé el cigarro a los labios. Absorbí de él como si aquel cilindro químico pudiese concederme el sosiego que la llamada acababa de robarme. Colgué sin ni siquiera despedirme, consciente de mis actos, de mis deseos, reteniendo el aire en los pulmones con el único fin de que aquel tizne ponzoñoso actuase sobre mi organismo. Permanecí impertérrita durante unos instantes, el tiempo que ese par de maltratados órganos aguantó antes de reclamar una renovación de oxígeno. Exhalé sintiendo el sabor de la nicotina en mi boca, su quemazón, ese que tanto me

complacía degustar sobre todo en momentos como aquel. Antes de apagar el cigarro, le di una última calada. Sin pretenderlo, recordé el principio de la conversación con mi superior: «Han hallado un cuerpo». Fue su saludo nada más escuchar mi voz; la suya sonó seria, más que de costumbre. Mi ánimo tampoco estaba para tirar cohetes, y menos después de su siguiente frase: «Es muy posible que guarde relación con el caso de Lorena y Anabel». Me sentí empalidecer y evitar preguntarle detalles. La conversación no fue más larga que un par de frases más para saber si él iba a trasladarse al lugar de los hechos, y su pregunta antes de colgar, una pregunta que pude reproducir en mi mente decenas de veces, con su tono y como si pudiese verle el rostro: «¿Podrás con ello?»; inocentes palabras que, sin intención, me hicieron sentir débil.

Anduve hasta mi dormitorio. Busqué en el armario unos vaqueros y un jersey de cuello alto, algo cómodo y caliente para soportar las bajas temperaturas que me esperaban al llegar a Burgos. Terminé de arreglarme calzándome unos calcetines gruesos y unas botas de montaña. Odiaba la permanente sensación de tener los pies fríos, a veces incluso húmedos.

Como me venía sucediendo en los últimos meses, la impaciencia por acudir al lugar era igual de intensa que las ganas de evitarlo. Pero me debía a mi profesión, a esa vocación que, a pesar de ser como una droga que te engancha y te carcome a partes por igual, no podía abandonar.

Exhalé un sonoro suspiro.

«Se me hará tarde para volver a casa y no sé cuánto tiempo tendremos que estar allí. Será mejor que me lleve algo de ropa».

Llené una maleta pequeña con lo indispensable: el neceser y cuatro *trapos* cómodos. La dejé en la entrada y sobre ella reposé mi abrigo. Volví al interior para cerciorarme de haber apagado todas las luces.

«Está bien. En marcha».

Paré en seco al escuchar de nuevo mi móvil. En la pantalla salía un nombre que no esperaba: Paloma Vera. Sentí como si estuviera a punto de enfrentarme a una manada de lobos armada únicamente con una rama endeble.

—¿Sí?

—Carmen. Hola.

—Hola. Dime.

—¿Te ha llamado ya tu jefe?

—Sí. ¿Acaso ya te has enterado?

—Pues sí. Uno de los chavales que encontró el cuerpo ha estado jugando a ser *paparazzi* y ha vendido la exclusiva al mejor postor.

—Y claro, tú has sido quien le ha hecho la oferta más jugosa.

—Yo no, mi jefe. Pero sí. Tengo la exclusiva.

»Te llamo solo para decirte que dentro de un rato nos veremos por allí.

—Haz el favor de no publicar ninguna imagen del cuerpo.

—¿Por quién me has tomado, por una periodista americana? No. Intentaré evitarlo.

—¿Para qué me has llamado, entonces, para decirme que vas a estar dando vueltas como un buitre sobre la carroña?

—No. Solo quería ofrecerte mi ayuda. Si necesitas algo puedes contar conmigo. A cambio, quiero ser la primera en enterarme de lo que vayáis averiguando.

—¿Chantaje?

—Colaboración, amiga. He visto fotos del cuerpo y te voy adelantando que esto va a dar mucho de qué hablar. Será mejor que la prensa esté de vuestra parte, ¿no?

—Tengo que dejarte.

—Sí. Lo entiendo. Puede que nos veamos en un rato.

Colgué y atravesé el pasillo hacia el recibidor, recogiéndome el pelo en una coleta.

En menos de diez minutos estaba abandonando mi casa para acudir al escenario donde habían hallado los restos de…, no sabía aún quién, pero podía hacerme una ligera idea.

Arranqué el motor de mi BMW y me puse en marcha, no sin antes haber metido la pertinente dirección en el GPS.

Aproveché una parada en un semáforo para buscar el teléfono de Fran. Sonaron un par de tonos antes de que descolgase.

—Hola, ¿qué pasa?

—Hola. Me ha avisado Nicolás. Tengo que ir a Burgos.

—¿A Burgos? ¿Un domingo por la tarde?

—Sí. Ya sabes que…

—Sí, sí —me interrumpió—. Bueno, cuando llegues me mandas un mensaje.

—Vale.

—¿Y regresas…?

—No lo sé. Me he echado algunas cosas en la maleta; seguramente tenga que hacer noche en un hotel.

—Está bien, ya me lo dirás cuando lo sepas.

—Sí. Y… —Observé que los coches de delante comenzaban a moverse. Eché un vistazo rápido a la ruta que indicaba el GPS entretanto reanudaba la marcha—. ¿Tú qué tal?

—Bien, te dejo que me están esperando. Ya me dices algo luego, ¿vale?

—Muy…

Colgó antes incluso de darme tiempo a terminar la frase.

—Gilipollas de… —mascullé con los dientes apretados. Un suspiro le cedió paso a la indiferencia, tal vez a la resignación.

«En fin».

Durante varios minutos conduje abstraída; la poca concentración que conseguí reunir la empleé en seguir las indicaciones del navegador.

«Me vendrá bien alejarme de él al menos un día. Si pudiera me quedaría en Burgos una semana», pensé tras incorporarme a la carretera nacional N-I.

—Está bien, ahora, olvídate de todo —me dije, tratando de levantarme el ánimo—. Intenta disfrutar del viaje.

Miré el recorrido. Por delante me esperaban doscientos treinta y nueve kilómetros sin desvíos ni cruces; solo debía mantener un mínimo de concentración con tal de no abandonar la Nacional antes de tiempo.

A lo largo del viaje volví a pensar en la llamada de Nicolás. Suspiré al tiempo que la vista se me iba al reloj del salpicadero. Marcaba las 17:23.

«Con un poco de suerte llegaré sobre las nueve de la noche, así que no, ni de coña regreso hoy a casa».

Pensé en mi marido.

«Para él, mejor. Lo mismo hasta monta una fiesta mientras yo no estoy.

»No le pienso llamar. Si quiere saber cuándo llego o dónde voy a pasar la noche, que se moleste él en mostrar un poco de interés».

«Ya no puede faltar mucho».

La señal del GPS indicó que había llegado a mi destino un par de kilómetros atrás. Por el contrario, el camino se antojaba interminable, perfilándose al tiempo que las luces de mi BMW lo alcanzaban, como si sus focos pudiesen hendir el bruno horizonte para empujarlo a un punto cada vez más lejano. Hacía tiempo que no transitaba una vía tan abrupta y bacheada, tampoco tan estrecha. A un costado, una ladera de arena y rocas dispuestas de forma artificial marcaba un límite del camino; trazaba una línea tan recta como el escarpado terreno debió permitirle al individuo que un día decidió abrir en dos aquella montaña. Al otro lado, a mi izquierda, un discontinuo quitamiedos, formado por bloques de piedra, marcaban la otra linde, esta vez, entre la calzada y un barranco del que emergían las sombras de centenares de árboles, a juzgar por el aroma que se colaba en el habitáculo, pinos.

Conducía sumida en mis pensamientos, en adivinar una vez más qué me esperaría al llegar. Durante las cerca de tres horas y media que estuve al volante, traté de prepararme para cualquier escenario. Recé por que no se hubiera vuelto a repetir la abominación que le hicieron a la pobre Anabel Mateo Ruiz, pero si nos habían hecho trasladarnos al lugar de los hechos… En medio de mis elucubraciones me vi forzada a aminorar la marcha. A cada metro avanzado la niebla crecía en densidad, complicándome aún más poder apreciar los márgenes de aquella deficiente carretera.

«No he visto ningún cartel, no creo que se pueda llegar de otra forma».

Sentí la necesidad de encenderme un cigarro tras otro hasta consumir la mala leche que me estaba entrando.

Necesitaba divisar de una santa vez los vehículos de mis compañeros; sería la señal inequívoca de que había tomado el camino correcto y de que por fin —esta vez sí—, había llegado a mi destino.

El teléfono me sobresaltó.

—Dios, qué oportuno… —farfullé entre dientes.

Descolgué sin saber quién era. En mi mente las opciones se reducían a tres: Nicolás, César o Fran. Esperé que no fuera este último.

—¡¿Dónde te has metido?! —El tono de César fue más alto que el de costumbre.

—La verdad es que no tengo ni idea. Según el GPS debería haber llegado a mi destino hace cosa de dos kilómetros y medio, pero aún no he visto vuestros coches.

—¿En serio? ¿A dónde narices te estás yendo?

—Y yo qué sé. No me agobies.

—¿Has cogido el desvío que te puse en el mensaje? —Mensaje que pude ver gracias a una breve parada que hice en una gasolinera para comprarme un café y bebérmelo por el camino.

—Claro.

—Entonces estarás cerca. Está visto que no te puedo dejar sola.

—¡Oh, espera! Creo que… Sí, parece que son luces. Te cuelgo.

Pulsé el botón antes incluso de pronunciar las últimas palabras. Automáticamente le imaginé soltando alguna lindeza por la boca.

Varios metros más adelante, las siluetas blanquecinas comenzaron a definir figuras más concretas, hasta que al final la niebla me dejó apreciar las luces y las serigrafías de un par de vehículos patrulla entremezclados con los de los servicios de Emergencias y varios más de particulares. Estaban estacionados en un ensanche de la carretera, justo al límite del barranco. Aminoré la marcha y busqué un hueco donde poder aparcar.

Antes de bajar del vehículo, busqué el tabaco y me encendí un cigarro. Aspiré tan fuerte que sentí su quemazón en mi garganta. Por un momento creí recuperar la paz.

Hacía más frío del que esperaba. Me puse la cazadora y me subí la cremallera hasta el cuello, acercándome a uno de los coches de policía. A pesar de tener las luces de emergencia puestas, en el interior no había nadie.

«No andarán muy lejos».

—¡Hombre, por fin! —Escuché a mi espalda. Di la vuelta, sobresaltada.

—¡Joder, qué susto! —dije al adivinar el cerca de metro noventa de mi compañero saliendo de entre los árboles y abriéndose paso entre la maleza. Parecía ir subiéndose la cremallera del pantalón, alumbrando el suelo torpemente.

—Veo que al final no te has perdido… —Su tono era burlón y su voz…

—No me toques las narices. Este último tramo se me ha hecho eterno.

—Qué dices, si mola mucho. La oscuridad, el barranco, la niebla…

—Venga, va, cállate ya.

Al acercarse entendí lo que pasaba; apestaba a alcohol. Me fijé en su indumentaria. Debajo del chaquetón asomaban unos pantalones de pinzas oscuros y unos zapatos de piel. Cualquier cosa le sentaba bien. Con sus casi cuarenta años, seguía teniendo el físico de un modelo de revista.

—Pues sí que vienes torcida.

—Ya sabes que el frío no me sienta bien. ¿Has llegado hace mucho?

—No, hace media hora.

Me ofreció una linterna y unos guantes de látex.

—¿Qué tal la boda? —le pregunté mientras me los ponía.

—Me lo estaba pasando de puta madre hasta que tu jefe ha llamado para aguarme la fiesta.

—¿Tu jefe? —Esta vez fui yo quien preguntó con sorna. No contestó. Trataba de mostrar normalidad, pero sabía que le ocurría algo, tal vez era el alcohol o quizá se trataba de lo que nos aguardaba a unos metros—. En fin. ¿Y has venido conduciendo hasta aquí? Si te hago un control de alcoholemia…

—¿Tan mal policía y ciudadano me crees? —Negó con la cabeza—. No. Qué va. Me ha traído un primo que vive por aquí cerca. Vamos, que tu jefe nos ha aguado la fiesta a los dos.

Eché un vistazo alrededor.

—¿Y la prensa?

—No lo sé. Llevo aquí un rato y no he visto nada. Tal vez no se hayan enterado.

—Sí se han enterado, sí. —Suspiré tratando de adivinar dónde se habría metido Paloma—. Bueno. Habrá que ir bajando, ¿no? —dije dándole la última calada al cigarro y tirándolo al suelo para enseguida apagarlo. Cogí la colilla y me la guardé en una pequeña caja metálica que siempre llevaba encima.

—Espera. —Me frenó cogiéndome del brazo. Le miré a los ojos y, a pesar de la escasa luz y de sus párpados más cerrados que de costumbre, pude leer el temor en ellos.

—Tranquilo, llevo todo el camino poniéndome en lo peor.

3

César Galán

Traté de olvidarme de la escena del crimen, al menos durante los minutos que tardé en ir a buscar a mi compañera al coche para llevarla hasta allí, pero resultó en vano. Ni siquiera los efectos del alcohol consumido durante la boda de mi hermano sirvieron de ayuda. En cuanto vi el cuerpo, la cogorza se evaporó como por arte de magia. Aun así, disimulé mi malestar tanto como pude, consciente, por otra parte, de que por mucho que me esmerase, Carmen siempre conseguía leer a través de mis ojos cuándo la situación era grave. Y sí, después de ver la escena, entendía el ataque de ansiedad de la joven que halló el cuerpo. Sentí lástima por ella. Ni tan siquiera yo, con mi formación y experiencia de más de diez años, conseguiría borrarla nunca. Ya formaba parte de mi álbum mental; otra más.

Respecto a mi compañera, intenté avisarla, ponerle al tanto de lo que iba a encontrar unos metros más abajo, pero me silenció; le restó importancia. Y lo respeté.

Comenzamos a descender la ladera por el mismo lugar por el que subí a buscarla, omitiendo, por supuesto, que acaba de regar una pequeña parte del camino con mis aguas menores.

Avanzaba delante de ella, despacio; el terreno se encontraba sumamente resbaladizo —no solo por mi aportación a la naturaleza—. Carmen lo hacía pegada a mí, tanto, que a veces notaba el roce de sus dedos en mi espalda; se ayudaba de mí para mantener el equilibrio. La mayor parte del tiempo, la luz de su linterna se colaba entre mis pies, creo que buscando iluminar las huellas que yo dejaba para reemplazarlas por las suyas.

—Me gustaría que vieses el cuerpo antes de que leas ningún informe —le dije sin dejar de avanzar.

—Me parece bien. ¿Y el jefe?

—No lo sé. Estará ahí abajo. Le vi cuando llegué.

—¿Tú has leído los informes?

—Solo he ojeado un par de ellos.

Recorrimos el resto del trayecto sumidos en el mutismo, tal vez porque íbamos concentrados en no caer de bruces contra el suelo o, más bien, porque el propio ambiente cercenaba cualquier gana de charlar. Mis pensamientos, además, me iban envenenando por dentro. El crujido de las ramas a cada paso me recordaba inevitablemente a la víctima, a sus huesos rotos. Y, aquel sonido, entremezclado con el del cauce del río, las voces de nuestros compañeros en la lejanía y el incesante canto de los grillos, nos acompañó hasta el dichoso lugar del hallazgo.

Traspasamos el cordón policial tras identificarnos y firmar el pertinente formulario que indicaba nuestro acceso al perímetro. Una vez "fichados", con un gesto le indiqué a mi compañera la ubicación de la muchacha. En ese momento, Nicolás no se encontraba cerca o, al menos, no le vi a simple vista. Carmen me miró sin decir nada, con una marcada expresión de angustia que no pudo disimular.

«Sí, otra niña», respondí mentalmente.

4

Carmen Prado
Desfiladero de los Tornos, Burgos

Al aproximarnos sentí un punzante dolor en las sienes. El hedor a muerte y putrefacción que envolvía la zona resultaba insoportable. Lo habitual era que mi maltratado sentido del olfato lo mitigase, pero en aquella ocasión lo inhalé antes de que me diera tiempo a reaccionar y taparme las vías respiratorias con mi habitual pañuelo *cortavómitos*. El café que me había tomado por el camino volvió a mi boca, pero esta vez más ácido. Por suerte, las náuseas duraron poco. Aquello quedó relegado a un segundo plano en cuanto mi vista alcanzó a distinguir el cadáver y las curvas de su fisonomía: apenas una niña.

Temí la angustia que debió experimentar hasta llegar a morir y acabar allí tirada. Trataba de entender cómo esa pobre alma indefensa había terminado así, el porqué; cómo cualquier individuo tenía las agallas o, más bien, la sangre fría de cometer tal atrocidad. Tan solo podía ser obra de una mente perturbada. Aquel cuerpo retorcido y lacerado era la prueba de que no a todos nos rige la sesera del mismo modo.

Yacía boca abajo. Apenas podía vérsele el rostro; el cabello se lo cubría casi por completo. Aun así, una escasa exhibición de mandíbula y oreja fueron suficiente muestra como para imaginar lo que un día debieron ser sus suaves y sonrosadas facciones. Parecía una muñeca de cera, pero sucia y defectuosa. Mugrienta. Buena parte del pelo se le adhería a la dermis como una perfecta amalgama impasible, como si su «escultor» los hubiese cincelado durante semanas para terminar modelando aquello. El resto de sus mechones eran absorbidos por el torrente de agua que trataba de arrastrarlos por el cauce del río abajo, como si su intención fuese la

de extirparlos de su raíz para llevarlos consigo más allá del desfiladero. Los secretos de su cuerpo quedaban expuestos por su desnudez, y el color de su dermis, sus contornos…, no dejaban lugar a dudas de su padecimiento. Tenía arañazos, moretones…

—No se ha encontrado ninguna pertenencia personal que nos dé una pista de su identidad —me informó César, manteniéndose unos pasos por detrás de mí.

Sin mirarle y por el tono de su voz, supe que se había cubierto la boca y la nariz con un pañuelo de tela, como los que solían llevar nuestros padres y abuelos antes de que saliese la moda de las cosas de un solo uso.

—Y bien. ¿Qué opinas? —preguntó.

Pero no fui capaz de articular palabra. A pesar de mis esfuerzos por mostrarme inalterada, mis labios guardaron un silencio delatador.

5

Cesar Galán

Dejé unos instantes a mi compañera para que pudiese contemplar el cuerpo, para que lo inspeccionara visualmente, para que empezase a elucubrar los porqués, a sacar sus propias conjeturas. Yo tuve la oportunidad de hacerlo escasos minutos antes de salir a buscarla; desde entonces, mi mente no había hecho otra cosa, y mi conclusión era solo una: aquel maldito psicópata había vuelto a actuar. Aquel cuerpo retorcido era su firma.

Los compañeros pudieron alumbrar la zona, pero no apagamos las linternas. Me mantuve a un par de metros de Carmen, observando cómo comenzaba su ritual de reconocimiento. Contempló el rostro de la víctima por unos instantes, como si a través de ese gesto pudiese descifrar parte de lo que le llevó a terminar en ese estado o, tal vez, con el deseo de entablar una profunda conversación más allá de nuestro plano terreno y obtener las pistas que nos condujesen hasta su verdugo. Se acuclilló junto a la niña y ladeó la cabeza buscando su semblante, ignorando el detalle de que lo tenía prácticamente cubierto por el cabello. El suyo, a pesar de llevarlo cogido en una coleta, estuvo a punto de untarse con el barro.

No la tocó.

No hizo amago de descubrirle la cara; aunque seguramente deseó hacerlo.

Permaneció igualmente a su lado, agachada, observándola.

Tras un tiempo prudente, se irguió y comenzó a caminar a su alrededor alumbrándole determinadas zonas del cuerpo. Lo hacía abstraída, sin importarle tener que meter los pies en el cauce del río para completar su perímetro. El agua debía estar helada y aun así no se inmutó. En verdad, me recordó a un tiburón nadando alrededor de su presa antes de atacar. Siempre la vi una mujer muy

meticulosa. No era la primera vez que parecía que el entorno se disipaba, quedando un escenario en el que solo quedaban ella y un cadáver clamando justicia. Imaginé lo que debía estar cavilando; era de esperar que no se alejase mucho de lo que debíamos pensar el resto de los efectivos que nos encontrábamos allí.

—Está bien, has dicho que no conocemos su identidad, ¿no? —preguntó sin levantar la vista del cuerpo.

—No, aún no. Ha aparecido desnuda y sin ningún documento identificativo. Por el momento, tampoco se ha hallado ninguna prenda por la zona.

—Es muy pequeña, más que las anteriores. ¿Sabemos su edad?

—El doctor estima que tenía entre siete y nueve años.

—Sí, esa es la impresión que me ha dado. Julia era más o menos de ese tamaño cuando tenía siete.

—¿Hablas de…?

—Sí. De mi hija —me interrumpió y luego se quedó callada.

—Mira, por ahí viene el médico forense.

»Ha estado un buen rato inspeccionando el cadáver y escribiendo, supongo que redactando el informe para la autopsia —le indiqué a mi compañera.

—Ha tenido tiempo.

El forense caminaba con pasos cortos, mirando hacia el suelo. Era de estatura media, rayano en los sesenta años, de complexión ancha, aunque no estaba gordo. Cabellera casi blanca y abundante.

—Buenas noches. Isaac Martínez, el médico forense.

—Hola. Subinspector César Galán —me presenté.

—Encantada. Inspectora Carmen Pastor, de Homicidios de la UDEV.

Los guantes de látex nos ahorraron el estrechón de manos.

—He estado hablando con su superior. A falta de la necroscopia…

—Es lo mismo, ¿no? —le preguntó Carmen.

—Sí. Estoy casi convencido.

Se acercó a la niña y se acuclilló a su lado.

—Me temo que se han ensañado con ella. Mirad. —Solicitó nuestra atención para que mirásemos las piernas de la pequeña. Ambos nos agachamos junto a él—. Hay huesos rotos aquí y aquí —dijo apuntando dos zonas.

—Las tiene ennegrecidas —comentó Carmen.

—Es como si le hubiesen dado una paliza —apunté.

—Lo he pensado, pero me choca que en los brazos apenas tenga marcas.

—Sí, es un poco extraño. Salvo que la tuvieran atada.

—Los moretones de los brazos parecen de haberla sujetado por la fuerza —dijo el forense poniéndose en pie. Carmen y yo imitamos sus movimientos.

—¿Y la cara? ¿Cómo tiene la cara? —preguntó Carmen.

—Algo magullada, pero nada más.

Asintió despacio.

—¿Sospechas que ha sido más de una persona? —pregunté a Martínez.

—No necesariamente. Un solo individuo se basta y sobra para hacer este destrozo.

—Demasiado hijo de puta suelto —espetó Carmen entre dientes.

—¿Crees que el o los asesinos son hombres? —le pregunté a mi compañera, notablemente ofuscada con el género masculino.

—¿Tú no? —Parecía sorprendida—. Siempre son hombres.

—No siempre.

—Bueno, casi siempre —respondió con asco—. En fin. ¿Sabemos si han abusado de ella? Eso nos sacaría de dudas.

—No he querido tocarla más de lo necesario. Cuando la tenga en el centro forense lo sabré.

—Está bien. Esperaremos —dije.

—Si tuviese que apostar lo haría a que sí —expuso Carmen, con la vista puesta en la niña—, a que le han hecho todas las burradas que se les han pasado por la cabeza. Pero por desgracia para ellos, un cuerpo tan pequeño y frágil no ha soportado tanta vejación.

—Tal vez deseaban que acabase así —le contesté.

—Puede. Se me revuelve el estómago de solo pensarlo.

—Espero que en esta ocasión no haya habido violación.

—Ya nos dirá lo que encuentra en la autopsia.

—Sí, voy a hablar con Espinosa para el levantamiento del cadáver.

—Gracias.

Mientras el doctor Martínez se alejaba, Carmen se situó de nuevo frente a la niña. De uno de los bolsillos de su abrigo encerado

sacó una libreta y un lápiz. Pasó las hojas hasta encontrar una en blanco y empezó a esbozar lo que sería un burdo bosquejo del modo en que había sido hallada la menor.

—Por cierto, ¿dónde está el chico que la ha encontrado? —cuestionó, concentrada en lo que estaba dibujando.

—La ha descubierto una chica. —Carmen arrugó el ceño sin levantar la vista del papel—. Iban con otra pareja dando un paseo, disfrutando de su penúltimo día de vacaciones. La chica se ha alejado del grupo y el mal olor le ha llamado la atención. Ya sabes, la curiosidad…

—Pues ahora tienen una anécdota inolvidable que contar el lunes en el trabajo.

—Sí. Pero espera, te falta saber lo mejor. Resulta que el novio de la chica en cuestión se ha dedicado a hacerle fotos al cadáver y avisar a los medios de comunicación para darles la primicia. El otro chico que los acompañaba, cuando se ha enterado, le ha partido la cara. Sí, así va el mundo. Si llego a ser yo, le dejo los dientes colgando.

—¿Has tenido ocasión de echar un vistazo por la zona?

—No, pero mientras tú haces eso, iré a echar un ojo. Además, los compañeros ya han acabado su parte. Se han dado prisa, según la previsión meteorológica hay riesgo de lluvia.

—¿Con esta niebla? —preguntó mirando hacia el cielo, alzando las cejas con recelo—. En fin, está bien.

Me alejé sin decirle más, con el deseo de que la intuición me llevase hasta alguna pista que sirviese para algo. Recorrí varios metros junto a la orilla del Ebro, primero siguiendo su cauce río abajo, luego en sentido contrario. Un paseo de reconocimiento en el que mi principal obsesión era averiguar cómo había llegado a parar allí el cuerpo. A juzgar por el tamaño de la niña, la podrían haber llevado en volandas sin ningún problema: peso ligero, pequeña, manejable… Pero también existía la remota posibilidad de que la hubiesen tirado al río y la fuerza del agua la hubiese arrastrado. La segunda posibilidad me parecía improbable, el cuerpo hubiera tenido otro aspecto y el forense ya nos lo habría comentado.

Peiné la llanura sin salirme del perímetro acordonado, en busca de alguna huella de neumático o algún tipo de acceso para vehículos. No hallé nada, tan solo unos caminos estrechos que al

parecer transitaban las bicis, y las marcas de las pisadas de todos cuantos habíamos recorrido la zona, tanto los senderistas como nosotros en busca de evidencias.

Al cabo de unos minutos me reuní de nuevo con mi compañera. Miraba algo en su móvil. La luz de la pantalla iluminaba su rostro de forma siniestra. Me puse a su lado. Estaba paralizada, boquiabierta.

—¿Pasa algo?

—Míralo tú mismo —dijo mostrándome la pantalla.

6

Carmen Prado
7 de septiembre de 2015
2 meses antes

Aquel lunes 7 de septiembre viajé a Alicante después de que el médico forense identificase el cadáver de la niña de once años como Estefanía Meyer, una niña alemana que había estado tres días y medio en paradero desconocido. La madre interpuso la denuncia por desaparición en cuanto se percataron de que no estaba; no la encontraban por ninguna parte. Los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia casi a la vez que los Cuerpos de Seguridad del Estado. Medio país se preguntaba dónde podía estar, quién podría habérsela llevado. Las cadenas de televisión solicitaron la colaboración ciudadana; cualquier ayuda podría lograr que se encontrase a la niña sana y salva. Sin embargo, cada hora que pasaba el miedo a no encontrarla o a hallarla muerta crecían. La ansiada llamada esperanzadora no llegó.

Las primeras líneas de investigación barajaron dos opciones: una, que la niña se hubiera alejado de sus padres y luego no supiera encontrar el camino de regreso y, dos, que alguien se la hubiera llevado. No podíamos ni debíamos descartar todavía nada, y menos, con lo que sucedió cinco años antes en el Desfiladero de Pancorbo.

Estefanía Meyer desapareció cuando recorría junto a su familia la ruta del Barranco del Infierno, en Alicante.

Un agente de la Guardia Civil que participaba en las labores de búsqueda adivinó un bulto sospechoso al final de un precipicio. La frondosidad dificultaba la visión. De inmediato, efectivos del Consorcio Provincial de Bomberos de Alicante se trasladaron al lugar de los hechos centrando las labores de búsqueda y rescate en esa área. Una zona escarpada, de difícil acceso. Requirió la

actuación conjunta de especialistas de la Guardia Civil y los bomberos. Finalmente, después de varias horas, confirmaron que el cuerpo de la menor se encontraba en la poza.

Cuando nos enteramos de la noticia, el cuerpo de la menor descansaba en el centro forense.

La pequeña niña alemana de once años había viajado a España con su madre y su padrastro para pasar una última semana de vacaciones en familia. La madre, Madeleine, se había divorciado del marido hacía cuatro años, después de que empezara una relación con su actual marido, Roderick. Según su testimonio, no hubo grandes discusiones. Friedrich abandonó el domicilio familiar, se llevó sus cosas y, llegado el momento, firmó los papeles del divorcio. Acordaron una custodia compartida para criar a su hija de la forma más dinámica y armoniosa posible. Querían lo mejor para la pequeña y por ella se esforzaron en hacer el tránsito lo más natural posible, me aseguró la madre. Por aquel entonces, Estefanía tenía siete años. Un año después del divorcio, Madeleine y Roderick contrajeron matrimonio y, unos meses después, Madeleine se quedó embarazada. Una semana antes del cumpleaños de Estefanía, su madre trajo al mundo a su hermanastro Lukas.

—¿Los padres han identificado el cuerpo? —le pregunté al médico forense después de los saludos pertinentes.

—Sí. Han confirmado que se trata de su hija Estefanía.

—¿Siguen por aquí? Me gustaría hablar con ellos.

—No. Se fueron hace un rato, y los periodistas detrás, sin ninguna contemplación.

—Vale. En fin. ¿Ha podido determinar cuál ha sido el motivo de la muerte?

—Un fuerte traumatismo en la cabeza. A simple vista se aprecia que también tiene fracturada la clavícula izquierda, aunque la placa de rayos ha desvelado que, además de lo anterior, tiene la cabeza del húmero y el radio del brazo izquierdo rotos.

—¿Tiene signos de forcejeo o agresión sexual?

—No.

Observé el cuerpo magullado de la pequeña, los cortes que el médico forense le había practicado para poder llevar a cabo el estudio necroscópico.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—Alrededor de setenta y dos horas.

—Eso quiere decir que falleció el mismo día en que desapareció.

—Correcto.

—Dígame. ¿Qué opina? Viendo su cuerpo, ¿qué cree usted que le pasó?

—Creo que lo más probable es que sufriera un accidente. Pienso que se alejó de los padres y empezó a caminar sin un rumbo fijo. Seguramente se resbaló y se calló a la poza.

—De acuerdo. Gracias por su tiempo. ¿Será tan amable de hacerme llegar un informe de la autopsia?

—Claro. Cuente con ello.

Abandonaba el anatómico forense cuando recibí un mensaje de mi compañero César. Se trataba de una captura de pantalla haciendo referencia a un artículo sobre la muerte de Estefanía Meyer. Solamente leí el titular: «¿Es Estefanía Meyer una nueva víctima del asesino conocido como el Quebrantahuesos?».

7

Carmen Prado
Actualidad

Busqué con la mirada al juez asignado al caso. Le hallé hablando con Nicolás y el doctor Martínez. Era un hombre de unos cincuenta y muchos años, con poco pelo, delgado, nariz prominente y gafas. Al más puro estilo Mortadelo. Recordé que ya habíamos coincidido con él en otra ocasión.

—¿Se lo vas a enseñar? —me preguntó César.

—No. De momento me voy a hacer la loca. A ver si con un poco de suerte las aguas no se salen de su cauce.

Nos acercamos a ellos. Nicolás tenía en su poder los informes pertinentes; allí no teníamos mucho más que hacer.

—Qué, ¿cómo veis la cosa? —nos preguntó nuestro superior, centrando su mirada en mí.

—Qué quieres que te diga, no… —resollé—. Esto no debería suceder nunca. —Mis palabras dejaban al descubierto mi resignación.

—Por cierto, jefe —dijo César— ¿qué sabemos del capullo que llamó a la tele? ¿Sigue en el cuartelillo?

A Nicolás se le escapó un gemido jocoso mientras yo miraba en dirección a la carretera, a lo alto de la ladera por la que descendimos. A simple vista, no vi a nadie más que a varios compañeros custodiando el perímetro. Pero no pude evitar imaginar a una decena de reporteros allí agolpados, con sus cámaras a cuestas; a la reportera de turno, a Paloma, mirándose cada dos por tres en el espejo para cerciorarse de que no se le había movido un pelo del sitio o corrido el rímel, y esa ansia de hienas que los mantiene con vida hasta que consiguen clavarle el diente a su próxima presa. Inmediatamente me vino a la mente aquella

periodista que siguió tan de cerca el caso del crimen de Alcásser. Sentí asco al recordar el morbo con el que gestionó el dolor de las familias.

«Más te vale que no hagas lo mismo»: pensé en Paloma.

—Sí. Ese listillo sigue en la comisaría —respondió nuestro jefe—. Todavía le estaban tomando declaración, no hacía más que contradecirse. Si queréis podemos ir a hacerle una visita.

—No sé yo si voy a tener el suficiente temple c…

—¿Y los reporteros? —pregunté a Nicolás, interrumpiendo a César.

—Allí están, a las puertas de la comisaría esperando a ver qué pillan.

—Bueno, miremos el lado positivo —se pronunció por primera vez el juez. Su voz hacía juego con su aspecto, no imponía ningún respeto—. Tal vez la presión mediática sirva para encontrar con mayor celeridad al responsable de esto.

«Sí, por eso llevamos casi cinco años buscando a ese loco perturbado, por todo lo que nos ayuda la prensa. Que nos echen un cable de vez en cuando no quiere decir que sean verdaderos investigadores», pensé, pero no dije nada. A esas horas de la noche, después de un viaje tan cansado y del mensaje que acababa de recibir, no me apetecía entrar en un debate.

—Lo que está claro es que habrá que decirles algo —dijo Nicolás.

—El tema aquí es saber quién y cuánta información tienen. Tampoco sabemos si el imbécil que llamó a la prensa tocó el cadáver o no —comentó César.

—No, no sabemos si la tocó, pero si lo hizo lo sabré —respondió el forense.

—Lo mejor será decir que hemos hallado el cadáver de una niña aún por identificar y no dar ningún dato más —concluyó Nicolás—, pero le pasaré el muerto al Gabinete de Prensa, que para eso están; yo no tengo por qué estar saliendo en la tele. Cuando vayamos teniendo las cosas claras, o si nos interesa su colaboración, optaremos por darles más información. De momento, no entraremos en detalles.

—Me parece lo más indicado —dijo el juez—. Pero tened en cuenta que no nos van a dejar ni a sol ni a sombra.

Di por hecho que la conversación había acabado.

—Nicolás, ¿podemos hablar?

—Claro.

César se quedó parado, como si no supiera qué hacer. Le hice un gesto con la cabeza para que nos acompañara. Nos alejamos unos metros, hasta estar lo suficientemente apartados del resto.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Nicolás. César permaneció a nuestro lado, en silencio.

—Me ha llamado Paloma. Paloma Vera. La periodista que nos dio la pista de…

No me dejó ni acabar la frase.

—Sí. Ya sé de quién. ¿Otra vez? ¿Y ahora qué sabe? Al final vamos a tener que meterla en plantilla.

—No. Me ha llamado porque el capullo que ha llamado a la prensa ha estado hablando con ella. Tiene unas cuantas fotos de la niña.

Me miró con cara de odio, como si yo tuviera la culpa.

—Y me ha enseñado esto.

Desbloqueé el móvil y se lo mostré.

Al mirar la pantalla le cambió la expresión.

8

Paloma Vera

—Vamos. Daos prisa.

Paloma Vera fue de las primeras en llegar al Desfiladero de los Tornos, junto con un compañero cámara. Disponía de la ubicación exacta, sin embargo, cuando llegaron, los servicios de Emergencias ya estaban allí.

«Tendremos que conformarnos con las fotos y lo que nos ha contado nuestra fuente».

—Esto ya está infectado de polis —le dijo a su compañero Fede—, será mejor que busquemos en otra parte.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Hemos pasado por un restaurante al llegar, ¿no?

—Sí. Pues vamos para allá. Quiero publicar el artículo que he ido redactando mientras tú conducías. Esta vez sé que no me equivoco. Estoy segura de que se trata del mismo loco que se cargó a Lorena Castillo y Anabel Mateo.

—No sé si deberías mencionarlo, al menos hasta estar segura.

—Para entonces será demasiado tarde, la Policía ya lo habrá comunicado a la prensa y todos los diarios hablarán de lo mismo. Tenemos que adelantarnos. Es un riesgo que todo buen reportero debe correr en algún momento.

Su compañero se encogió de hombros, pensando que hacía menos de dos meses ya actuó quemando ese cartucho, con el caso de la niña alemana encontrada muerta en una poza en Alicante. Pero no le dijo nada. Confiaba en su compañera. Llevaba trabajando con ella codo con codo desde hacía seis años y nunca, salvo en aquella ocasión, se había equivocado. «En el fondo, tampoco estuvo tan desencaminada», pensó Fede. «Una niña de once años, desaparecida sin dejar rastro, hallada muerta en una zona montañosa, con los huesos rotos… No fue tan descabellado que se

aventurara a acusar al Quebrantahuesos».

—Empezaremos por aquí —dijo Paloma, señalando en un plano de carretera.

El primer pueblo en el que pararon fue Vallejo de Manzanedo, a pocos kilómetros del lugar donde había sido hallado el cadáver de la menor aún por identificar; según Paloma, ahora sí, la tercera víctima del Quebrantahuesos. Vallejo de Manzanedo era un pueblo pequeño, de casas de piedra, aparentemente abandonado. La reportera llamó a la puerta de una de las viviendas en cuyas ventanas lucían unos lustrosos geranios. Tras esperar unos segundos, oyeron ruidos al otro lado. Sin embargo, la puerta no se abrió. «¡Solo queremos hacerle unas preguntas!», voceó Paloma. «Váyanse. Aquí no se les ha perdido nada», respondió un hombre con voz madura.

—Aquí no vamos a sacar nada, compañera —dijo Fede ojeando su móvil. Había estado buscando información de los pueblos más próximos al Desfiladero de los Tornos

—Sí. Vámonos.

—¿Dónde quieres que vayamos ahora?

—Al siguiente pueblo más próximo.

—Es Cidad de Ebro, pero creo que tampoco vamos a sacar nada. ¿Sabes que solo tiene una familia empadronada? No vas a encontrar ningún restaurante donde preguntar.

—Eso no lo sabes. Sube y conduce, anda.

Dos kilómetros y medio después llegaron a Cidad de Ebro. Más grande que Vallejo de Manzanedo, pero igual de vacío.

Bajaron del coche y dieron una vuelta a pie.

—Tienes que reconocer que si te gusta el turismo rural estos sitios son preciosos —dijo Fede.

Aunque era de noche, se apreciaba el estilo: casas de piedra en tono arena, tejados de teja anaranjada, callejuelas de gravilla *beige*…

—Sí, pero no estamos de turismo, estamos trabajando.

Mientras caminaban, Fede seguía mirando su móvil.

—Vamos al siguiente.

Recorrieron varios pueblos más rodeando el Desfiladero de los Tornos, hasta llegar a Tudanca.

—Aquí hay un restaurante que se llama Las nieves. Me da igual

si han visto algo extraño o no, de aquí no pasa sin que cenemos algo. Me voy a desmayar por el camino —reprochó Fede.

—No te prometo nada —bromeó Paloma.

Se sentaron a la barra y pidieron un pincho de tortilla y un par de refrescos. Paloma observaba a la señora que había al otro lado de la barra. Bajita, entrada en carnes, con el pelo corto y rizado como lo llevaban las mujeres de avanzada edad en los años ochenta, y unas gafas de pasta que le ocupaban media cara. Sobre una falda lisa de color mostaza que le llegaba prácticamente hasta los tobillos, llevaba un delantal de cuadros que, además, le cubría la parte baja del jersey de lana.

La dueña del restaurante no necesitó preguntarles si eran de la zona, lo supo en cuanto los vio entrar por la puerta. Aquella forma de vestir y de hablar eran propios de la capital. Adivinó también, por la forma en la que la seguían con la mirada, que pretendían algo de ella.

—¿Se ha enterado de que han encontrado el cadáver de una niña en el Desfiladero de los Tornos? —le preguntó Paloma, iniciando una «desinteresada» charla.

La noticia ya volaba por las redes y los medios desde hacía un par de horas.

—Sí, pobre criatura —contestó la señora—. Otra vez la misma historia. Igual que las niñas aquellas…

—¿Lorena Castillo y Anabel Mateo?

—Sí. Esas. Y la otra también. La alemana.

—Ah. Sí. Una pena.

Fede miró de reojo a su compañera. Debido a su artículo, ahora muchas personas pensaban que Estefanía Meyer había sido víctima de un loco asesino. «La Policía concluyó que la muerte de la niña había sido a causa de un desgraciado accidente, pero da igual, la gente busca el sensacionalismo, tener algo de que hablar y sacar conjeturas», pensó Fede.

—Es tan raro que nadie haya visto nada… —aventuró Paloma—. La Policía volverá a pedir la ayuda ciudadana, ya lo verá. Como con la desaparición de la pequeña Estefanía Meyer.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Seguro.

La señora estaba secando con un trapo los platos de la vajilla

cuando se quedó abstraída, dándole vueltas y más vueltas al plato que sostenía. Aquello le dio pie a Paloma para preguntarle.

—¿Usted ha visto algo? ¿A alguien sospechoso?

—Hace años la Guardia Civil detuvo a un vecino de Tudanca. El otro día, Pepe, uno de los que suelen venir por aquí todos los días y que además es tío segundo de, de…, de ese engendro, me dijo que habían soltado a su sobrino. No le hizo ninguna gracia, porque por su culpa lo pasaron muy mal. Había gente que empezó a mirar mal al pobre Pepe. ¡Ni que él tuviera algo que ver con su sobrino! El caso es que lo han soltado por buen comportamiento, dicen. Fue que lo soltaran y que pasara lo de la niña esa, la alemanita.

—Estefanía Meyer.

—Sí. Y ahora lo de esta otra, que todavía no se sabe cómo se llama.

—Ya, pero puede haber sido una casualidad.

—Yo no lo creo. Él estaba por ahí suelto cuando encontraron a las otras dos criaturas. Llevo pensándolo desde que pasó lo de la niña alemana.

—¿Por qué lo metieron en la cárcel?

—Porque tocó a una niña. Los padres lo denunciaron y consiguieron meterle entre rejas unos meses. Aunque no los suficientes, por lo que se ve.

Paloma y Fede intercambiaron una mirada de sospecha.

—¿Sabría decirme el nombre del pederasta?

9

Carmen Prado

—¿Qué se supone que es eso? ¿Se ha vuelto loca o qué?

Releí el texto a la vez que lo hacía Nicolás:

«Primero, Lorena Castillo. Luego, Anabel Mateo. Ahora, una nueva víctima del Quebrantahuesos aún por identificar. Ahora sí podemos decir con seguridad que estamos ante un asesino en serie, que mata impunemente, sin ningún tipo de contemplación. Las víctimas son torturadas y deformadas hasta dejarlas irreconocibles. Y lo peor, es que la Policía aún no tiene ninguna pista acerca de quién es el responsable. ¿Están nuestras hijas en peligro? La respuesta es "sí", lo están. Les advertimos que las imágenes que les mostraremos a continuación pueden herir su sensibilidad, no obstante, demuestran que el Quebrantahuesos sigue y seguirá actuando si la Policía no hace nada para remediarlo».

—Le he pedido que no siga por ahí y, sobre todo, que no exhiban esas fotos, pero…

—Lo sé. Eso no depende de ti. Espero que se contenga por respeto a los familiares. Cualquiera que vea esas imágenes de la criatura va a tener pesadillas hasta el día del Juicio Final.

—Me gustaría ganarme su favor adelantándole alguna de las pistas que vayamos encontrando, si es que esta vez encontramos algo de peso.

—Lo dejo a tu criterio.

—Gracias —dije dándole un golpecito en el brazo y haciendo una mueca de resignación—. Voy a hablar con ella y a fumarme un pitillo.

—Vale. Y a ver cuándo lo dejas.

—No está en mis planes.

César y yo empezamos a caminar para alejarnos del perímetro acordonado.

—Os acompaño —oímos la voz del inspector jefe Nicolás Gil a nuestras espaldas—. Yo también tengo que hacer una llamada.

Dimos nuestro nombre al compañero que vigilaba el acceso al cordón policial y lo anotó en el informe junto a nuestra hora de salida.

—¿Qué haréis ahora? —nos preguntó el jefe.

—Supongo que esperar al levantamiento del cadáver y luego buscar un hotel donde pasar la noche —respondí, encendiéndome un cigarro y dándole una onda calada. Busqué en mi bolsillo el móvil para ver si había recibido algún mensaje de Fran. No tenía nada, ni mensajes, ni llamadas…, nada. Creí más que probable que no se había acordado de mí en todo el día. Sentí asco hacia él, hacia nuestro matrimonio, hacia nuestra vida juntos. Estaba siendo un día de mierda. Solo tenía ganas de que se llevasen a la pobre niña al Instituto Anatómico Forense y la identificasen. Y yo, llegar al hotel, darme una ducha y dormir unas horas.

—Yo he reservado habitación cuando aún estabas de camino. Si quieres llamo a ver si le queda alguna libre —se ofreció César.

—Pues sí, me harías un gran favor. ¿Y tú qué harás? —le pregunté a Nicolás.

—Supongo que lo mismo que vosotros: pasar la noche por aquí. ¿Puedes preguntarles a ver si les quedan dos?

—Claro.

10

Magdalena Campos
Jueves, 22 de octubre de 2015
Tres días antes

La luna observaba con expectación lo que pasaba a miles de kilómetros de distancia, allí abajo, en una remota carretera transitada por un solo vehículo, con un único pasajero y cuyo propósito era solo uno.

A lo lejos divisó a una chica. Por su constitución dedujo que no debía tener más de quince años. Fue aminorando la velocidad, controlando que no hubiera cerca nadie más, ni por el arcén ni por la carretera. Pasó a su lado y miró por la ventana. Le pareció que tenía una edad aceptable. Paró el coche a unos metros. Puso el freno de mano y dejó el motor en marcha.

—¡Hola, joven! —dijo mostrando su mejor sonrisa—. Tal vez puedas ayudarme.

La muchacha lo miró con recelo, parando de andar para no acercarse. El hombre, en cambio, continuó caminando hacia ella.

—No quiero asustarte. Es que creo que me he perdido. He quedado con unos amigos en Montorio. ¿Lo conoces? Llevo un rato dando vueltas. Iba siguiendo las indicaciones del GPS, pero se me ha apagado de pronto. Ha dejado de funcionar. ¿Tú sabes si voy bien por aquí?

La chica negó con la cabeza.

—¿Tal vez me puedas dejar tu móvil un momento para ver el mapa?

La niña lo miró de arriba abajo, tratando de buscar una pista para saber qué debía hacer.

—Será solo un minuto —insistió.

—Mis padres me han dicho que no llegue tarde a casa.

—Se lo preguntaría a otra persona, pero, ya ves, no se ve a nadie por aquí cerca.

—Lo siento —dijo la niña, apurada.

—¿Y si te acerco a casa? Miro un momento la ruta en tu móvil y luego te llevo. Llegarás antes, incluso.

—No. Mejor que no. Me van a regañar.

—No tienen por qué saberlo, te puedo dejar donde tú me digas.

—No. —Negó con la cabeza, notablemente nerviosa—. No. No hace falta. Gracias. Lo siento. Tengo que irme.

—No te preocupes. Lo entiendo. Soy un desconocido y, pasan tantas cosas…

La niña reanudó la marcha. Al pasar por su lado lo miró de reojo, advirtiendo un coche que se aproximaba hacia ellos. La muchacha salió corriendo. Él se quedó parado, observando cómo se alejaba, recordándole a un cervatillo asustado.

«Demasiado mayor. Tiene que ser más pequeña».

11

Carmen Prado
Lunes, 26 de octubre de 2015

Hicimos noche en el hotel donde César hizo la reserva. Él y Nicolás se fueron a la cafetería a ver si el dueño tenía la gentileza de prepararles algo para cenar. Yo me fui directa a mi habitación. Me di una ducha rápida, me tumbé sobre la cama, encendí la tele, puse el programa de noticias Veinticuatro Horas esperando a encontrarme con la primicia y, mientras tanto, ojeé el móvil. Abrí el WhatsApp para ver cuándo fue la última vez que Fran había estado conectado: apenas hacía cinco minutos.

—Ah, muy bien. —Lancé un quejido al aire—. El muy desgraciado no ha sido capaz ni de mandar un mensaje para ver si he llegado bien, si voy a volver o cómo está yendo todo.

«¡Pues nada…, alegría!», pensé irónica. «¿Estará en casa? Capaz de estar en nuestra cama dándose el lote con alguna infeliz». Sentí arcadas. «Ya no me fío ni de mi padre».

Me froté la cara meditando qué hacer con aquello. No creía poderlo aguantar mucho más tiempo.

«Sí, poner cámaras por el…». La noticia que se escuchaba de fondo me sacó de mis pensamientos:

> A primera hora de la tarde, un grupo de ciclistas ha hallado los restos mortales de una niña en una de las desembocaduras del río Ebro, en las inmediaciones del Desfiladero de los Tornos, Burgos. Los cuatro jóvenes, dos hombres y dos mujeres, paseaban en bici por la zona cuando han decidido parar a descansar e hidratarse. Sin embargo, un fuerte olor los ha conducido hasta el cadáver de la menor aún por identificar. Los cuatro excursionistas han avisado a los Servicios de Emergencias para informar del suceso.

> En estos momentos, los equipos de Emergencias trabajan para identificar el cadáver y comunicar la noticia a su familia. Por el momento, se desconocen las causas de la muerte, pero se sospecha que pueda guardar relación con los dos asesinatos de las niñas Lorena Castillo Díaz y Anabel Mateo Ruíz, encontradas en similares condiciones en las cercanas ubicaciones del Desfiladero de Pancorbo y en otro de los cauces del río Ebro, en su paso por Burgos. No es la primera vez que se habla de un asesino en serie. Hace apenas dos meses, con el fallecimiento de Estefanía Meyer se especuló so…

Apagué la televisión. No quería escuchar ni una palabra más. «Parece que lo estén deseando», pensé. «¿Un asesino en serie? Sí. Está claro que es posible, pero… Aún ni siquiera tenemos la autopsia».

Me tumbé sobre la cama y volví a mirar el WhatsApp de Fran antes de tratar de dormir un rato.

—¿Ahora 'en línea'? Muy bien. Pues nada. Que te den, querido.

La habitación se quedó completamente a oscuras. No se escuchaba nada, como si todo lo que me rodeaba se hubiera congelado de pronto. Cerré los ojos, pero no conseguía relajarme. La mente luchaba contra mis intenciones de dormir. De pronto me vi sumergida en los casos, estudiando las similitudes entre las niñas. Sus cuerpos, sus edades, los lugares donde habían sido encontrados sus cadáveres. Mis recuerdos dieron un salto atrás en el tiempo, a hacía un año y medio, al momento en que viajamos hasta Burgos tras conocer el hallazgo del cadáver de una adolescente en el Desfiladero de Pancorbo. Aún no la habían identificado, pero terminó siendo Anabel Mateo Ruiz. Nunca es agradable, pero no es lo mismo ver el cadáver de una niña de trece años en una foto que en un lienzo de carne y hueso, con volumen y olor a óxido. Con sumo cuidado, el médico forense Alfredo Domínguez se aproximó al cuerpo para apartar el cabello que permanecía adherido a las facciones de la menor. Recordé incluso el aspecto del forense, un hombre fornido, entrado en canas, con una abundante cabellera repeinada hacia atrás y una acompasada y tupida barba. Su altura rondaba el metro ochenta. Parecía un hombre curtido en mil batallas y, sin embargo, sus ojos no supieron esconder el miedo a lo

que pudiera encontrar tras esa cortina de pelo pegajosa y ensangrentada. No se equivocaba. Tras aquellos maltrechos mechones se escondía la sonrisa de la maldad y el dolor. Me quedé boquiabierta, sintiendo cómo se me hacía un nudo en el estómago que ascendía por mi garganta hasta los lagrimales, dejándome, estos últimos, en evidencia y sin poder disimular el impacto de aquella estampa. Imaginé no solo el tormento físico de la niña, sino lo que sus padres debían estar padeciendo, el desgarro que sentirían al saber los detalles de cómo había quedado el cuerpo de su hija. Ese día mis ojos se humedecieron, pero sabía que eran los portavoces de los tres que nos encontrábamos presentes. Incluso el doctor Domínguez emitió un quejido de asombro y dolor. Dudo que hubiera visto salvajadas de una magnitud semejante.

—Dios santo —exhaló César a media voz, llevándose la mano a la cabeza. Con sus dedos recorrió su cuero cabelludo, en un movimiento inquieto que nació en su frente y murió en su nuca.

El forense y yo nos quedamos paralizados durante unos instantes.

—No entiendo cómo pueden existir individuos que se atrevan a hacer esto —dijo Alfredo Domínguez.

—Ni los animales son tan crueles —respondí, tratando de imaginar el rostro del asesino.

Domínguez se agachó para ver las heridas más de cerca.

—El o los autores han practicado los cortes sin ningún pudor.

—Me recuerda al Joker —matizó César sin apartar la vista de la niña.

Sentí cómo se me arrugaba el ceño; traté de buscar ese parecido que él veía tan claro y lo encontré. A decir verdad, no hacía falta tener que buscar mucho para darse cuenta. Tenía la cara blanquecina, el pelo sucio, apelmazado y la boca abierta hasta los pómulos en una sonrisa a golpe de cuchilladas y sangre.

—¿Podría ser un loco que…? —Dejé la pregunta a medias. Mis pensamientos iban más rápido que mis labios. Sentí miedo—. ¿Volverá a hacerlo? Lo mismo se trata de algún perturbado que ahora le ha encontrado el gusto a lacerar sonrisas macabras en las bocas de las niñas.

Era consciente de que estaba adelantándome a los acontecimientos, pero ¿y si estaba en lo cierto? Si realmente

guardaba relación con el caso de Lorena Castillo Díaz, que todo apuntaba a que sí, aquello significaría que estábamos ante un potencial asesino en serie. Si era la segunda vez que lo hacía, ¿acaso le habría encontrado el gusto?

—Los cortes son muy recientes —dijo el doctor, sacándome de mis cavilaciones—, no hay signos de cicatrización.

—Sería una suerte que ya estuviera muerta cuando le hizo esa salvajada.

—No lo veo probable. No habría tanta sangre.

Recordé la visita a la sala de autopsias. Alfonso Domínguez había pasado la noche entera trabajando sobre los restos mortales de la niña. Anabel Mateo había muerto hacía tres días a causa de un colapso metabólico. Aparte de los cortes en la cara, tenía fracturados varios huesos en piernas y brazos. Había sufrido continuas hemorragias graves. «Me atrevería a decir que ha permanecido atada la mayor parte del tiempo», decretó Domínguez.

Eso significaba que había estado tres meses atada.

—Sospecho que pudo haber estado presa en un espacio reducido o… —Domínguez paró de hablar y arrugó el ceño. Tenía sus propias hipótesis y, a juzgar por su gesto, a él mismo debían parecerle inverosímiles. Le dimos tiempo para que continuase su exposición —. A ver, tengo dos ideas. Por un lado, aquí tenemos unas marcas, en tobillos, cintura y clavículas, que muestran que la niña estuvo sujeta por unas ataduras, probablemente con correas de cuero.

—¿Correas de cuero, como si fueran cinturones? —pregunté.

—Sí. En la parte interna de las extremidades inferiores tiene otras marcas que bien podrían ser de un tronco o algún objeto cilíndrico. Eso ha provocado que sus huesos, primero rotos, iniciasen su osificación con una deformidad curva, provocando este *genu varo* tan exagerado y deforme.

—Y aparte de todo lo anterior, ¿han abusado sexualmente de ella?

—Me temo que sí. Tenemos muestras de restos biológicos correspondientes a un único individuo.

—No me ha quedado clara la causa de la muerte —intervino César.

—Fallo multiorgánico, debido a las heridas, las infecciones, la desnutrición, las drogas…

—¿Drogas?

—Sí, de momento he encontrado sustancias tóxicas en su organismo; falta determinar cuáles. Pero es posible que la tuviera drogada la mayor parte del tiempo.

—Le faltan dientes —dijo César al tiempo que ojeaba la boca abierta de la niña.

—Sí, le faltan dos piezas. Podría haberlos perdido por desnutrición, algún golpe o porque se los hubieran arrancado —caviló y luego negó con la cabeza—. Me inclino más por algún golpe.

Me quedé dormida pensando en el cuerpo de la tercera niña, cobijándome en el absurdo consuelo de que al menos a esta última no le habían «dibujado» una sonrisa.

12

Carmen Prado

A la mañana siguiente fue Nicolás quien se encargó de despertarnos. Fue primero a una puerta y luego a la otra, golpeándola repetidas veces hasta conseguir sacarnos de la cama.

—Voy, voy… —dije desperezándome.

—Vamos. Es hora de desayunar —instó en tono fraternal. Abrí la puerta consciente de mis pintas desaliñadas y mi cara de desaprobación—. ¿Acaso no has pegado ojo? —preguntó al verme, sorprendido. Dudé si lo decía en serio o me estaba gastando una broma—. Venga, vístete. Os espero en la cafetería, el forense tiene los primeros valores.

—Tenías que haber empezado por ahí.

—Lo tendré en cuenta para… Espero que no. En fin. Vamos. Vístete. Hoy va a ser un día largo.

—Espera. ¿Sabemos ya la identidad de la niña?

—Sí. Es la niña que despareció en Soria. Alicia Carmona Roble.

13

Carmen Prado

Un error. Un miserable error y todo se transforma. Un error ajeno a mi voluntad, ajeno a mi control, ajeno a mi entendimiento. En verdad, ajeno a mí. La vida se rige por momentos en los que no te pide permiso para actuar, para ponerte en mitad de un tablero de ajedrez y hacer de ti un peón o una reina. El mundo no parece haberse creado para dar segundas oportunidades. Si te equivocas, te destruye, te reduce a un mísero recuerdo. A veces ni a eso. Pero cuando erras sin haber errado…, cuando te culpan de algo de lo que no eres culpable… Hay personas que tropiezan una y mil veces en la misma maldita piedra y siempre encuentran su perdón. Hay quienes ni siquiera estamos en el camino, sin piedras en las que tropezarnos, y aun así sufrimos el látigo que debería haber caído en las espaldas de varios cientos. Cuando uno cree que existe la culpa, se agarra a los reproches, haciendo que surjan las disputas. Da igual si es cierto o no, si es un argumento fundado o una mera invención de su mente, el resultado es la lejanía, la repudia, el desamor, la incomprensión, siempre la maldita culpa. Normalmente, junto a ella, llega el fin.

Me vestí como alma que lleva al diablo y ojeé el móvil una vez más. La falta de cualquier intento de comunicarse conmigo me hizo volver a sentir rota por dentro. Daba igual cuánto tiempo hubiera pasado, cuántas riñas hubiéramos tenido. No estaba preparada para acabar así, no sin un motivo real.

«Tal vez si fuésemos a terapia de pareja… Dudo que quiera, y yo no tengo tiempo para esas historias. Pero si no hacemos algo… No sé si escribirle. Adelantarme. No quiero ser la típica persona que reprocha una llamada siendo ella incapaz de rebajarse a dar el primer paso. El que quiere algo debe hacer algo por conseguirlo. Yo no tengo la culpa de haber llegado a esta situación».

Pensé en los padres de Alicia Carmona Roble, en el infierno que estaría pasando.

—Debo marcharme —me dije exhalando un suspiro.

Abrí el WhatsApp y escribí a Fran:

«Hola. ¿Qué tal? Sigo en Burgos». Paré de escribir. Medité mis palabras, tanto las que ya había escrito como las que podría escribir a continuación. «Volveré lo antes posible».

—Creo que ya está. ¿Adiós? ¿Hasta luego? ¿Te quiero? No sé. ¿En serio te da reparo ponerle un «te quiero» a tu marido? —Resollé y, vacilante, terminé el mensaje poniéndole el dichoso «te quiero».

Cuando llegué al restaurante, Nicolás y César ya estaban allí. Ocupaban una mesa en medio de aquel pequeño salón que, de no ser por ellos y el camarero, hubiera estado desierto. Algo comprensible a esas horas de la mañana teniendo en cuenta que aún no eran ni las siete.

El olor a café recién hecho me abrió el apetito.

Ambos me dieron los buenos días, Nicolás en un tono notablemente más desperezado que César que, tras mirarme un instante, volvió a esconder la cara sobre el atril que sus brazos hacían sobre la mesa.

El camarero se acercó para preguntarme qué deseaba tomar. Eché una ojeada rápida a lo que mis compañeros degustaban y le solicité lo mismo: café con leche y media docena de churros.

—¿Qué sabemos? —pregunté a Nicolás.

—Gracias a las huellas que se tomaron ayer, sabemos que se trata de Alicia Carmona Roble. Desapareció el 17 de abril de 2014, cuando tenía ocho años.

César se recolocó, dejando al descubierto su gesto de aversión, pero continuó escuchándonos.

—Un año y medio desaparecida —concluí.

—Sí.

—¿Se le ha comunicado ya a la familia?

—No, he pensado en ir a verlos después de pasar por el Anatómico Forense.

El camarero llegó con mi desayuno.

«Seguro que han oído algo en la tele».

—¿Qué saben los medios de comunicación? —proseguí, en cuanto el joven se fue.

—Que yo sepa nada nuevo. Seguramente sigan conjeturando y alarmando a la sociedad. ¿Hablaste con tu amiga?

—¿Qué amiga, Paloma Vera?

—Claro. ¿Quién, si no?

—No. Pero voy a llamarla ahora mismo.

Me levanté de la silla, dejando a Nicolás con la palabra en la boca y mi café humeante sobre la mesa.

—Buenos días —me contestó Paloma al tercer tono.

—Buenos días. ¿Habéis emitido las fotos?

—Veo que no sigues mi trabajo. No. No las hemos publicado.

Estuve a punto de agradecérselo, pero no me dio la gana. No iba a darle las gracias después de habernos tenido en vilo durante horas.

—¿Para qué me llamas?

—Querías que colaboráramos y me parece bien. Te voy a dar el nombre de la víctima, a cambio de que me prometas que no lo vas a publicar hasta que nosotros se lo digamos a la familia.

—Para entonces lo sabrán también el resto.

—No. En cuanto se lo comuniquemos a la familia te llamaré. Puedes ir preparando el artículo a falta del nombre.

—De acuerdo. ¿Solo me puedes dar el nombre?

—Y que tenía diez años. Pero nada más. Por el momento.

—Trato hecho. Esperaré con impaciencia tu llamada. Por cierto, yo también tengo algo que puede interesarte.

—Te escucho.

—Tengo el nombre de un posible sospechoso.

14

Carmen Prado

Isaac Martínez fue el médico forense que practicó la necroscopia al cuerpo de Alicia Carmona Roble. Al entrar en la sala de autopsias nos saludó sin ánimo. Las arruguillas de sus ojos parecían más marcadas que la última vez que lo vimos. Las ojeras oscurecían una mirada cansada, de no haber pegado ojo en toda la noche.

—No sé por dónde empezar —dijo mirando la mesa de metálica con la niña aún sobre ella, pasándose la mano por su cabello gris y ajustándose a continuación las gafas. Un gesto que le vimos repetir el día previo en un par de ocasiones, antes de reparar en algunos puntos escabrosos.

—Resúmenos lo más importante. Ya leeremos el informe con calma.

—La causa de la muerte: infección, colapso pulmonar a causa de una costilla rota que le perforó el pulmón izquierdo y hemorragia interna.

—¿Ha habido agresión sexual?

—Sí. —Se me dibujó una mueca de asco. Hubiera sido extraño que con todo lo que le habían hecho, su doncellez hubiera quedado inmaculada—. Esta niña ha padecido lo indecible.

—¿Has podido extraer alguna muestra?

—Habían lavado su cuerpo, pero sí, he extraído varias con la esperanza de que nos aporten algún dato. En cuanto confirme la validez de las muestras podremos cotejarlas con las que extrajeron del cuerpo de Anabel Mateo Ruiz.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—Cuatro días.

—Eso nos sitúa en el día 22 de octubre, aproximadamente. La encontraron ayer día 25. ¿Crees que llevaba allí tirada desde el mismo día que murió?

—Por el estado de su cuerpo, sí.

—Vale. Y dinos, ¿hay algo que te llame la atención? ¿Tú también crees que está relacionado con los asesinatos de Lorena Castillo Díaz y Anabel Mateo Ruiz?

—Tanto Lorena, como Anabel y Alicia, estaban sanas antes de caer en manos de su victimario. En los tres casos, los huesos de las niñas terminaron rotos. Las tres tenían unas marcas parecidas en las extremidades, como si hubieran empleado algún tipo de utensilio para corregir la forma u orientación de sus huesos. Si su asesino pretendía curvarlos, cosa que no llego a entender para qué, en el caso de Lorena no hubo tiempo para alcanzar el resultado. Le aplicó tanta presión que se los rompió y murió.

—Cuando hablas de utensilios…

—Sí. Unos aparatos de hierro. Como los que se utilizaban hace años para enderezarlos en caso de que el paciente hubiera sufrido una fractura. Los de ahora son más sofisticados, no dejan esas señales en la piel.

—¿Solo para fracturas, o también podrían ser aparatos para corregir la postura, como los que hace años se ponían en la espalda para que la persona estuviera erguida? —preguntó mi compañero.

—Pero aquí el asesino los utiliza para deformarlos —apunté.

—Sí. Aquí y aquí podéis ver las marcas —dijo Martínez, señalando varios hematomas en las extremidades—. Ahí se apoyaban las sujeciones del aparato. He hecho un análisis cutáneo y, como os acabo de comentar, puedo determinar que los aparatos son de hierro.

—¿Qué puto majara querría deformar el cuerpo de una niña? ¿Para qué? —espetó César.

—Llevo haciéndome esa pregunta desde el día en que apareció el cuerpo de Anabel —dije.

—Antes me habéis preguntado si creía que esta niña fue víctima del mismo asesino y mi respuesta es sí, a pesar de las evidentes diferencias entre las lesiones entre ellas.

—Puede haber evolucionado —dije—. Además, hay otra diferencia importante: la edad de Alicia es notablemente inferior a la de Lorena y Anabel. Alicia desapareció cuando tenía ocho años; ahora tiene, tendría diez. Las anteriores niñas desaparecieron cuando tenían trece y doce, respectivamente. Alicia era mucho más

pequeña.

—Desde un punto de vista médico, cuanto más joven eres más fácil es modificar la forma de los huesos, como aparentemente es la intención del asesino. Tenéis el ejemplo en la cultura asiática. Para los asiáticos era un símbolo de belleza tener los pies pequeños, por eso a las niñas se les vendaban los pies para impedir que les crecieran. El cuerpo crecía y los pies también, pero los huesos se les quedaban comprimidos, dando la sensación de que tenían unos pies diminutos. A este asesino, en cambio, le gusta destrozar los huesos, deformarlos. En la radiografía se ven marcas de osificación. Al menos he contado veinte. ¿Tenéis la menor idea de la presión que ha debido ejercer sobre unos huesos blandos como los de una niña de ocho años para terminar fisurándolos o rompiéndolos? Una barbaridad.

—No entiendo cuál puede ser la finalidad de todo esto.

—Puede ser un simple chalado que disfruta viendo sufrir a pobres niñas inocentes.

—O alguien a quien le gusta jugar a los médicos.

—¿Crees que pueda tener alguna noción de medicina?

—No. No tendría sentido. Creo que sabe lo que cualquier persona podría saber entrando en internet e informándose un poco, pero a la vista está que no tiene grandes conocimientos, ya que siempre se le mueren. Ni siquiera se ha molestado en darle los antibióticos que necesitaba. Un necio en toda regla.

—Puede que pensase, que si le daba algún tipo de antibiótico o medicamento les evitaría dolores, y su finalidad fuera la de verlas sufrir —especuló mi compañero.

—Es posible —respondió el forense.

—Espera —intervine. Sentí que el pulso se me aceleraba—. Acabas de decir algo… ¿Insinúas que las niñas se le mueren antes de culminar su propósito?

—Según mi opinión, las deforma a propósito, pero no las mata a propósito. Creo que…, para él son como lienzos, y los pierde antes de culminar sus obras. Esta última murió por las hemorragias internas, la infección y el neumotórax. Estaba desnutrida y sus huesos muy débiles. Podría haber evitado que muriese, pero no supo.

—O no quiso —replicó César—. Puede que su objetivo sea el de

tratar de averiguar hasta dónde es capaz de llegar el cuerpo humano, hasta qué extremo puede deformarse sin morir. Por supuesto, sin la ayuda de las medicinas.

—¿Sugieres que puede estar planteándoselo como un reto?

—Tal vez un experimento.

—¿Y qué lógica tiene eso?

—Los locos no se basan en ninguna lógica —apuntó Nicolás, quien no había abierto el pico en todo el rato. Le miré a los ojos y pensé en la conversación que había mantenido con Paloma. La ansiedad me envolvía, y me llevaba hasta preguntas que no sabía contestar. «¿Cuál es su meta?». Teníamos que ponernos en marcha. Teníamos un nombre y el tiempo jugaba en nuestra contra. Me sentí empalidecer cuando mis labios exteriorizaron mi mayor temor:

—¿Y si, como dice Martínez, el asesino ya está buscando su próximo lienzo?

15

Carmen Prado

Nunca antes me había pasado. Abandoné la sala de autopsias como si hubiera retrocedido en el tiempo hasta volver a ser una niña y saliera de una sala oscura donde me tenía cautiva un maníaco cuya única pretensión era clavarme un cuchillo de cirujano en el pecho, abrírmelo en canal y arrancarme el corazón para dejarlo sobre esa mesa metálica, fría y con olor a desinfectante.

Ni siquiera esperé a Nicolás y a César. Salí a toda prisa y busqué en los bolsillos de mi chaqueta la cajetilla de tabaco. Saqué un pitillo y me lo llevé a los labios. Empecé a girar la rueda del mechero antes incluso de salir del edificio.

Una honda calada quemó mi garganta y mis pulmones. Cerré los ojos, como si aquello fuera a solucionar el caso, dejando que el aire de la calle ciñese aún más el pelo de mi coleta. Recordé el nombre que Paloma me había facilitado y sentí náuseas.

—¿Estás bien? —me preguntó Nicolás. Siempre la misma pregunta.

—Sí. Todo bien. Necesitaba un poco de aire fresco.

—Sí. Aire fresco —replicó César mirándome el cigarro.

Le miré con los ojos achinados, pero no respondí.

—Nos está toreando —dije después de dar otra calada—. Lleva toreándonos desde el primer día y nosotros aquí, dando palos de ciego.

—No hay nadie infalible, Carmen —contestó Nicolás—. Además, él es uno; nosotros, decenas de agentes.

—¿Y si no es uno? ¿Y si son más de uno?

—Francamente, no lo creo.

No. Yo tampoco lo creía, pero debía abrir posibilidades que ya habíamos descartado anteriormente.

—Esta vez lo pillaremos —decretó nuestro superior—. Siguiendo

la información que nos ha dado tu amiga Paloma Vera, he solicitado un informe detallado y actualizado de los pederastas que tengamos fichados. Y otro con aquellos que hayan cumplido condena por abuso, agresión y/o violencia y que estuvieran libres cuando se produjeron las desapariciones y las muertes de las tres niñas.

—Tenemos que trabajar sobre los patrones de actuación del asesino —añadió César.

—Sí. Y de paso, pedir ayuda a la Sección de Análisis de Conducta —propuse.

—¿Elaborar un perfil criminal? —preguntó Nicolás, retórico—. Sí. Creo que eso también nos ayudará.

Tras elaborar un breve bosquejo de los siguientes pasos que podíamos dar, Nicolás fue a comunicarles la noticia a los padres de Alicia Carmona Roble. César y yo nos dirigimos a la Comandancia de la Guardia Civil de Burgos. El teniente coronel había solicitado que nos habilitaran un despacho en el que poder trabajar en colaboración con los demás equipos policiales sin tener que estar desplazándonos a Madrid. No era grande, pero era de agradecer poder trabajar tranquilos.

Durante el trayecto, mientras César conducía —yo dejé mi coche en el *parking* del hotel— le mandé un mensaje a Paloma. «El inspector jefe está hablando en este momento con los padres de la víctima. La niña se llama Alicia Carmona Roble. Espera diez minutos y luego publica tu artículo». Cuando terminé de escribir vi que Fran me había contestado: «Vale. He visto las noticias. Estás en el caso de esa niña que encontraron en el Desfiladero, ¿no? ¿Estás bien? Yo también te quiero».

Mi pecho se estremeció. Pero no le contesté. Acabábamos de llegar a la comisaría.

El teniente coronel, Hugo Baeza, un tipo de unos cincuenta años, delgado aunque con una ligera tripa, de rostro común y barbilla afilada, nos hizo un *tour* por las instalaciones y nos presentó a varios compañeros. Una pareja de la Policía Judicial de la OCU trabajaba en paralelo a nosotros, Iñaki Gómez y Abelardo Torralba, bajo las órdenes directas del sargento Lorenzo Martín. Los tres estuvieron en el lugar de los hechos cuando se encontró el cuerpo de Anabel Mateo y, más tarde, el de Alicia Carmona. Lorenzo Martín tendría aproximadamente mi edad. Alto, de cabello dorado,

pómulos prominentes y pecosos, mandíbula ancha, musculado. Iñaki Gómez tenía unos cincuenta años, pelo castaño, ojos hundidos, nariz fina y chata, cara estrecha y perilla. El segundo, Abelardo Torralba, era más bajito; rondaría el metro setenta. Espalda ancha, piernas cortas, cabeza rapada, nariz prominente, ojos pequeños y marrones, cejas gruesas y labios finos. Tendría unos treinta años, aunque lo cierto es que me importaba poco el aspecto de ninguno de ellos; lo único que me interesaba era que fueran competentes. Cuantas más cabezas pensando en el caso, en buscar indicios y recabar pruebas, mejor.

Saqué mi bloc de notas de la chaqueta. Pasé las páginas hasta llegar a la última, donde dibujé la posición en la que se había encontrado el cadáver de Alicia Carmona. Recordé su carita limpia sobre la mesa de autopsias. Respiré hondo al sentir que se me hacía un nudo en la garganta. Se me apretaron los dientes.

César se sentó enfrente de mí, con un papel y un bolígrafo, dispuesto a empezar la reunión de situación, sin embargo, ambos decidimos esperar a Nicolás, quien nos había avisado que venía de camino.

Media hora más tarde, nuestro despacho provisional estaba lleno: Nicolás; el teniente coronel Hugo Baeza; los dos Policías Judiciales de la OCU, Iñaki Gómez y Abelardo Torralba; César y yo, y un par de Judiciales del Servicio de Criminalística que estuvieron el día anterior en el lugar de los hechos, Isabel Cano y Javier Rodríguez. Una vez acomodados, tomé la palabra:

—Ya sabéis por qué estamos aquí. Las similitudes del cadáver hallado ayer en las inmediaciones del Desfiladero de los Tornos y, recientemente, los datos de su necroscopia, han hecho que se confirmen nuestros peores presagios.

»A falta de algunos resultados del laboratorio, el doctor Martínez ha tenido la amabilidad de confiarme una copia de los datos que ha recogido por el momento en el informe de autopsia, y yo me he tomado la libertad de haceros una copia de un par de páginas del mismo —dije inclinándome para repartir los ejemplares—. Podréis leerlo más tarde. Sobra decir que es estrictamente confidencial —maticé, mirándolos con detenimiento.

Sus expresiones eran sinceras, no estaban allí para ir difundiendo chismes. Y me alegró; suficiente tenía con ir haciéndolo

yo. Con disimulo, tomé aire por la boca antes de proseguir.

—Empecemos comentando los datos más relevantes.

»La víctima: Alicia Carmona Roble. Desaparecida el pasado 17 de abril de 2014. Nunca regresó del colegio. Sus padres denunciaron la desaparición esa misma tarde, cuando después de hablar con todos los niños del colegio vieron que ninguno sabía nada de su hija. Se preguntó a los padres, a los maestros, a los vecinos. Nadie vio ni oyó nada. Se inició un operativo de búsqueda y rescate, se mandaron un par de grupos de rastreo caninos, sin éxito. Fue como si se la hubiera tragado la tierra.

»Un año y medio más tarde, el pasado 25 de octubre de 2015, ha aparecido su cuerpo en el Desfiladero de los Tornos.

»El análisis forense certifica su muerte entre las ocho y las once de la mañana del día 22 de octubre de 2015. Por el estado del cuerpo, su captor y posterior asesino se deshizo del cuerpo ese mismo día.

»Al igual que con Lorena Castillo y Anabel Mateo, sus cuerpos fueron torturados y vejados hasta la muerte. Huesos rotos, abusos sexuales…

»En los tres casos, los cuerpos de las menores presentan marcas de algún tipo de aparato que el asesino empleó para forzar sus huesos hasta romperlos. ¿La finalidad? Tenemos varias conjeturas: locura, placer, experimentar…

—¿Experimentar? —preguntó Isabel, la compañera de la Científica.

—¿Puedo? —me preguntó César.

—Claro. —Sabía que no necesitaba mi permiso para hablar, pero a veces los modales le podían.

—Nos está costando entender por qué le hace eso a las niñas. Creemos que lo más probable es que simplemente disfrute haciéndolo, pero hemos llegado a pensar que puede ser un loco que está experimentando hasta dónde puede llegar a retorcer los huesos sin romperlos o hasta dónde aguanta un cuerpo con los huesos rotos y sin emplear medicinas que lo curen.

—Pero los rompe. Las tres niñas acabaron con los huesos rotos —intervino Abelardo Torralba, mirando a mi compañero con su grueso ceño fruncido y sus pequeños ojos.

—Sí —tomé la palabra—. Los rompe, pero es evidente que está

evolucionando.

»Lorena Castillo Díaz desapareció el 23 de julio de 2010. Fue encontrada muerta el 18 de diciembre de ese mismo año, en una orilla del río Ebro. Estuvo cinco meses cautiva. Su autopsia reveló que forzaron sus huesos, pero no desde el principio y no con la mesura con la que lo hace ahora. A Lorena la sometió a una presión tan grande que le dejó más de veinte fracturas repartidas entre ocho huesos de sus piernas y brazos.

»Al principio pensamos que sería un caso aislado. El asesino estuvo cuatro años sin actuar. Sin embargo, el 14 de enero de 2014 volvió a desaparecer otra niña: Anabel Mateo Ruiz. Fue cuando se halló su cuerpo en el Desfiladero de Pancorbo el pasado 19 de abril de 2014 cuando empezamos a ponernos en lo peor. Estábamos ante un potencial asesino en serie. De nuevo una niña desaparecida, varios meses sin saber nada de ella y, de pronto, su cadáver.

»La primera niña desapareció en La Rioja. La segunda, en Cantabria. La tercera, en Soria. Las tres fueron halladas muertas en distintos puntos geográficos de la provincia de Burgos.

»No hay que olvidar las edades de las niñas —intervino Nicolás—. Comenzó secuestrando a niñas de trece y doce años. La tercera niña tenía ocho.

Miré las caras de estupefacción de los presentes y me di cuenta de que todos estábamos pensando lo mismo: nos enfrentábamos a un asesino metódico e inteligente.

—¿Y qué tenemos? —preguntó el sargento Martín, dirigiéndose a Nicolás.

—Estamos trabajando en un listado de patrones. Carmen… —mi superior me cedió la palabra.

—Patrones: creemos que el asesino tiene algún tipo de vínculo con Burgos. Puede que él o su familia sean o hayan sido de Burgos, que resida o trabaje aquí.

»Secuestra a las niñas sin dejar rastro.

»Las niñas no guardan una semejanza física, pero hasta ahora sus edades están comprendidas entre los ocho y los trece años. Delgadas, sanas.

»Le gusta deformar sus cuerpos y abusar sexualmente de ellas. Sexo vaginal, tal vez también oral.

—Un motivo por el que creemos que está evolucionando es por

la sonrisa de payaso que le hizo a la segunda niña. En la primera no lo hizo, en la segunda sí y en esta última de nuevo no. Es como si no le hubiera gustado el resultado y por eso ha retrocedido.

—Al hilo de lo que la inspectora Prado está diciendo —siguió Nicolás—, me he puesto en contacto con la SAC para que nos elaboren un perfil criminal. En cuanto lo tengamos os lo comunicaremos.

Se oyeron un par de «bien» que no supe ubicar.

—Os toca hablar —les dijo el teniente coronel Baeza a los agentes del SECRIM.

Isabel Cano le hizo un gesto a su compañero Javier Rodríguez para que tomara la palabra. Él nos miró uno por uno con sus grandes ojos castaños poblados de unas largas y rizadas pestañas: la envidia de cualquier mujer que trata de camuflar su carencia con un pegote de maquillaje. Se puso de pie y repartió sobre la mesa unas cuantas fotografías. Las observé según sus largas manos las iban mostrando. Unas manos firmes, con dedos largos como los de un cirujano, acordes a su más de metro ochenta de altura. Le calculé unos cuarenta y tantos años, tal vez cuarenta y cinco. No más.

—Al igual que la autopsia, aún seguimos analizando algunas muestras tomadas y esperamos recibir los resultados del laboratorio de alguna otra. No somos muy optimistas, ya que la escena estaba contaminada. Sin embargo, podemos hablar de las huellas que se tomaron en la escena del crimen. La niña llevaba allí tirada muchas horas. El día anterior había estado chispeando y… En fin, que pudimos extraer tres huellas de calzado y otra de un tipo de neumático, bastante sospechosa. Respecto a las de calzado, dos se conservaban en perfecto estado; la tercera está algo más deteriorada. Las dos primeras hemos podido identificarlas. Una corresponde al tipo que llamó a los medios de comunicación y la otra a la chica que encontró el cadáver, o sea, la novia de este. Sin embargo, la tercera huella es prometedora; sospechamos que pueda ser del asesino. Corresponde a una bota de montaña de barón, del número cuarenta y tres, de la marca Columbia. Estamos trabajando con la firma para ver si logramos identificar el modelo exacto. Encontramos la huella en la zona donde se halló el cuerpo de la niña y en las proximidades, donde extrajimos la muestra de las huellas de neumáticos.

—Eso es estupendo —dije.

—Sí. Las de neumático corresponden a un vehículo grande, un todoterreno, seguramente. El modelo de la rueda es Michelin 265/60 radial 18. A partir de aquí podremos elaborar un listado de los posibles vehículos que puedan montar unas ruedas de ese tamaño.

»Por lo demás, poca cosa. Según vayamos avanzando os lo comunicaremos.

—Gracias.

—Bueno. ¿Y qué podemos hacer nosotros? —solicitó Iñaki Gómez.

—Una fuente nos ha dado el nombre de un pederasta que vive o vivía cerca de Tudanca. Cumplió algún tiempo en la cárcel. Necesitamos cotejar esa información, saber cuándo entró y salió de prisión, si coinciden sus tiempos en libertad con los crímenes y asesinatos de las tres niñas, saber cuáles son sus antecedentes y, seguramente, hablar con él.

—Sí —intervino Nicolás—. Además, los compañeros están elaborando un informe lo más completo posible de pederastas que residen en España. Si pudieran colaborar en ello sería estupendo.

—Por supuesto —le respondió Iñaki.

—Necesitaríamos que algunos agentes se encarguen también de hablar con las personas de la zona próxima al Desfiladero de los Tornos, para ver si han visto algo extraño.

—Nos repartiremos el trabajo —confirmó Martín. Ya nos hemos cansado de que un hijo de perra ande sembrando el temor por nuestras ti…

El sargento se quedó con la palabra en la boca cuando un agente irrumpió en el despacho sin llamar a la puerta.

—Perdonen, pero creo que querrán saberlo. —Era un agente joven, no mayor de treinta años. Se le notaba tenso y su voz era jadeante. Debía haber venido corriendo.

—¿Qué pasa, Torres? Hable —le requirió Baeza.

—Llaman de la comisaría de Cuenca. Saben que están ustedes aquí —dijo mirándonos a Nicolás, César y a mí—. Al parecer ha desaparecido otra niña.

16

Carmen Prado

Siempre por delante. Haciéndonos sentir como si fuéramos unos aficionados compitiendo en unos Juegos Olímpicos. Dejando en evidencia los esfuerzos que todos los equipos llevábamos haciendo desde demasiado tiempo.

«Ha desaparecido otra niña». Aquellas palabras fueron como si me agarraran del cuello y pretendieran estrangularme. Y de pronto, se sucedieron las imágenes de las niñas tiradas en el agua, todas ellas desnudas, cubiertas de fango. Todas ellas muertas. Y entre aquellas imágenes vi la de mi hija, bocabajo, flotando en el agua. Cerré los ojos y agité la cabeza, borrándola de mi mente.

—¿Dónde ha sido? —requirió Nicolás.

Los oía, pero me costaba concentrarme. Con la de personas que desaparecen cada día… Traté de convencerme de que la desaparición de esa niña no tenía nada que ver con nuestro caso, pero cuando mis oídos empezaron a atender a la conversación…

—Son de Cuenca. Sus padres han puesto la denuncia en cuanto han visto que no llegaba a casa.

—¿Qué sabemos de la niña? ¿Cuál es su descripción? ¿Desde cuándo lleva desaparecida? —preguntó César, inquieto.

—Sabemos que tiene ocho años. Cabello moreno, constitución delgada. Podemos conseguir una fotografía de ella. Desapareció el pasado día 23.

—¿Qué? ¿Y cómo es que nadie nos había dicho nada? —requerí. Aunque sabía que ese agente no tenía la culpa mi tono sonó acusatorio.

—Supongo que porque al cabo del día desaparecen muchas personas en España. La mayoría aparecen en las primeras horas —salió a defenderle Baeza.

—Sí. Lo siento. Ya lo sé. ¿Y por qué ahora? ¿Ha pasado algo

para…? —dejé la pregunta a medias. César estaba mirando su móvil, como si fuera a encontrar respuestas en él. Y las encontró.

—¿Se llama Sofía Hernández Casado? —le preguntó mi compañero al joven agente.

—Sí.

—Aquí tienes tu respuesta —me dijo César, acercándome el móvil y mostrándome la pantalla.

Leí para mí misma. El titular rezaba: «Se desconoce el paradero de la niña de ocho años Sofía Hernández Casado». Continué leyendo más abajo, esta vez en voz alta:

—«El pasado 23 de octubre, Sofía Hernández Casado, de ocho años y natural de Cuenca, acudió al colegio como cualquier otro día. Hizo el camino de regreso a casa junto con dos amigas con las que siempre iba. Sin embargo, la pequeña Sofía jamás llegó a su casa. Esa misma tarde del viernes, los padres acudieron a la comisaría para interponer la denuncia por desaparición. Ha sido dos días después, cuando se ha conocido la noticia del hallazgo del cadáver de la niña de diez años Alicia Carmona Roble, desaparecida con ocho años el pasado 17 de abril de 2014, cuando los padres de la menor se han puesto en contacto con los medios de comunicación para pedir nuestra colaboración con la difusión de su retrato. Los padres de Alicia Carmona, la tercera víctima mortal del asesino en serie conocido como el Quebrantahuesos, ya se han puesto en contacto con los padres de Sofía para enviarles un mensaje de apoyo, solidaridad y esperanza. Actualmente, los equipos de búsqueda siguen trabajando sin descanso en la localización de Sofía».

Alcé la vista de la pantalla y miré primero a César y luego a Nicolás. Creo que ambos adivinaron lo que diría a continuación:

—Me voy a Cuenca.

17

César Galán

La cara de Carmen se desencajó al oír las palabras del compañero nada más abrir la puerta. Y yo, al igual que ella, pensé en el asesino de Lorena, Anabel y Alicia. Busqué en mi móvil como si mi vida dependiera de ello. Últimamente, la prensa parecía enterarse de las cosas antes que nosotros, y eso me repateaba el higadillo. Con poner el nombre de la niña desaparecida tuve suficiente. La pantalla arrojó cinco resultados subidos en los últimos quince minutos. Abrí uno y se lo enseñé. Lo leyó como si estuviéramos a solas en nuestras mesas en Madrid. Y sí. Lo pensé. Pensé en ese majadero. Fue el primer sospechoso que me vino a la mente. Pero, aunque posiblemente todos pensamos en el Quebrantahuesos, hasta ese instante mantuve la esperanza de que no volviese a actuar tan pronto, que dejase otro tiempo de enfriamiento entre Alicia y su próxima víctima para que nosotros dejásemos de seguirle; cosa que nunca iba a suceder. Aún era pronto para dar por hecho que aquel desgraciado había secuestrado a esa niña, pero no pude evitar preguntarme ¿quién, si no? ¿Un familiar? ¿Un imitador? ¿Otro hijo de mala madre?

En lo único que habíamos avanzado era en que, ahora, teníamos unas huellas que podrían ser del asesino. No obstante, la sensación de seguir dando palos de ciego persistía. El asesino seguía yendo un paso por delante. ¿Hasta cuándo estaríamos así? ¿Cuántas niñas tenían que morir de esa forma tan atroz antes de que nosotros encontrásemos la pista definitiva?

—Me voy a Cuenca —dijo Carmen con el rostro pálido. En su mandíbula se apreciaba la rabia que todos sentíamos por dentro. La impotencia. Tal vez, un lejano resto de esperanza por que la niña apareciese sana y salva, que se hubiera ido con… ¿Dos días desaparecida? ¿Una cría de ocho años? No. En realidad, era poco

probable que apareciese de la noche a la mañana como si nada.

—De acuerdo —aprobó Nicolás.

Carmen se levantó de la silla y me apoyó una mano sobre el hombro. Sentí lástima, aunque no sé si por verla así o por la situación en general. Era una mujer fuerte, inteligente, responsable y dedicada. Tanto, que llegó a estar a punto de convertirse en inspectora jefe de la UDEV Central. Pero la vida a veces improvisa unos acontecimientos con los que no contábamos y nos lleva a recalcular nuestras metas. Eso me permitió poder seguir trabajando a su lado, codo con codo; ya llevábamos cuatro años y medio. Yo llegué a la UDEV Central en el 2011, después de haber estado siete años en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de Asturias. A todos nos da reveses el destino. Antes de mi traslado, con mi anterior equipo, estuvimos meses trabajando en una operación. Estábamos a punto de detener al autor de un posible homicidio. Estábamos tan cerca… En la detención, el sospechoso sacó un arma de entre su ropa y empezó a disparar. Los disparos resonaron en todas partes, como si estuvieras dentro de una cueva llena de fuegos pirotécnicos explosionando. Mi compañero murió en el acto y otros dos agentes fueron heridos. Yo salí ileso. En ese mismo acto terminamos deteniendo al sospechoso que abrió fuego contra nosotros y a otro al que también le seguíamos la pista. Ese día la justicia se cobró un precio demasiado alto.

Era consciente de que sería muy duro ver el despacho y la mesa de mi compañero vacías, así que, ese día decidí dos cosas: la primera, que solicitaría un cambio de destino; la segunda, que mientras yo siguiera vivo trabajaría en cuerpo y alma para que ningún caso quedara sin resolver. Fue así como acabé en la UDEV Central, en Madrid.

—Cualquier cosa me llamas —me dijo Carmen antes de salir.

Terminó la reunión un minuto después de que ella abandonara la sala.

—Tenemos mucho trabajo por delante —dijo Martín.

—Sí. Empecemos por el listado de pederastas —recomendé.

«Este caso no se va a quedar sin resolver».

18

Carmen Prado

Tres horas y media me separaban de mi destino. Apenas hacía quince minutos que me había sentado al volante de mi BMW cuando me telefoneó Nicolás.

—Te has ido muy rápido.

—Sí. No podemos perder el tiempo. Está jugando con nosotros, Nicolás. Sabe que no tenemos nada. Que nos lleva ventaja, y se aprovecha de ello.

—Tal vez deberíamos hacer que los medios de comunicación difundan alguna noticia de que estamos más cerca.

—Te mentiría si te dijera que no lo he pensado, pero no creo que sea buena idea. ¿Qué vamos a decir? Si damos algún dato que sea falso va a confiarse aún más y eso puede terminar en otra muerte, en otra desaparición, en… —Resollé, dejando la frase a medias.

—En fin. Yo regreso a Madrid. Por el camino llamaré al perfilador a ver si ha podido avanzar con la información que le di.

—Muy bien.

Iba a colgar, pero me sobrevino una pregunta:

—¿Tú no eras creyente?

—Sí. Lo soy.

—¿Por qué? ¿Qué encuentras en serlo?

—Mis padres me educaron así. Me reconforta pensar que hay alguien velando por nosotros.

«¿Velando? Seguro».

—Pues podías rezar para que resolvamos esto antes de que maten a otra niña. —Se hizo el silencio dentro del habitáculo a excepción del ruido del motor del coche y el aire rozando contra la carrocería. Volví a pensar en mi hija—. Te tengo que dejar.

—Sí. Avisaré a la comisaría de Cuenca para decir que vas para allá.

Al cabo de una hora de viaje, paré a echar gasolina. Me di cuenta de que ni siquiera había pasado por el hotel a coger algo de ropa. «Da igual», pensé, «me apañaré con lo que llevo en el maletero». Siempre llevaba conmigo un neceser para salidas urgentes, como aquella. Llevaba lo mínimo: cepillo de dientes, pasta, champú, gel, hilo dental, tampones, alguna pastilla para los dolores de cabeza, un conjunto de ropa interior, una camiseta, un pantalón y unos calcetines. Aproveché la parada en la gasolinera para comprarme un café y mandarle un mensaje a Fran. «Estoy de camino a Cuenca. Ha desaparecido una niña».

Llegué a eso de las siete de la tarde. Me había fumado media cajetilla por el camino. Los ojos me pesaban. Debía apestar a nicotina. Cogí un par de chicles del paquete y me los metí en la boca. La menta me refrescó momentáneamente el aliento.

Encontré una plaza de aparcamiento libre en la puerta de la comisaría, como si me la estuvieran reservando. Después de hablar con un compañero y una compañera, ella me dirigió hasta el despacho del comisario. Rostro amable, pelo largo recogido en una cola de caballo, piel tersa y brillante. Tendría treinta y tantos años. Me recordó a mí unos años atrás, cuando mi vida todavía era preciosa, antes de que se torciera y me dejara tocada para siempre.

Abrió la puerta y le anunció mi presencia al comisario. Me dedicó una sonrisa antes de irse.

—Buenas tardes —dije al tiempo que oía cómo se cerraba la puerta a mi espalda. El comisario se puso de pie y me ofreció estrechar su mano. Yo correspondí—. Soy la inspectora Carmen Prado.

—Sí. Buenas tardes. Sergio Coronado. La estábamos esperando. Siéntese.

—Gracias.

Tomé asiento. Examiné sus rasgos. Tendría unos cincuenta años. Alto. De espalda ancha. Musculado. Llevaba la cabeza rapada y una barba de varios días. Sobre su nariz, fina y alargada, descansaban unas gafas de pasta fina, con las que cubría parcialmente sus picudas cejas.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café, tal vez? ¿Agua?

—No. No se preocupe. Gracias.

—Tutéame, por favor. No hay necesidad de tanto formalismo.

—De acuerdo. He venido en cuanto nos hemos enterado.

—Sí. Estoy al tanto. Tu inspector jefe me ha avisado de que vendrías. Toda ayuda es bienvenida y más con la que está cayendo.

Se me alzaron las cejas a la vez que sentía que me faltaba el aire.

—Confío en que la ayuda sea mutua. ¿Puedes ponerme al tanto, por favor?

—Claro. Acompáñame. Prefiero que estemos todos.

Me condujo hasta una sala de reuniones donde había una mesa rectangular, muy alargada y con al menos doce sillas. Por el camino, llamó a varios compañeros haciéndoles un gesto con la mano, como si fuera un director de orquesta. Caminé a pocos pasos de él, siguiendo el rastro de su caro perfume.

Hubo un par de minutos de presentaciones antes de que la misma agente que me acompañó hasta el despacho de Coronado, Almudena Pérez, empezara a hablar.

—Según la denuncia por desaparición, la niña tenía que haber regresado a casa el pasado día 23 de octubre, después de salir del colegio. Solía recorrer siempre el mismo camino, junto con dos niñas de su clase. A mitad de trayecto, se separaban para coger un atajo y Sofía terminaba el recorrido sola. Los padres dijeron que no había vuelto del colegio. Sin embargo, después dijeron que tenía que haber estado en casa porque su mochila estaba en la habitación y que entonces, debió salir a jugar a una zona descampada que hay cerca de donde ellos viven. Durante unas horas le dimos fuerza a esa hipótesis: que se la llevó alguien cuando iba de camino al descampado. Pero luego, por la noche, volvieron a cambiar la versión. La mochila que encontraron en su habitación no era la que se había llevado al colegio, porque el viernes tenía natación y esa no era la mochila donde llevaba las cosas de la natación. Conclusión, que volvimos a la hipótesis inicial, que alguien se la había llevado después de separarse de sus amigas, después de salir del colegio.

—¿Hay algún testimonio que viera algo? —pregunté.

—Por el momento, no. Hemos hablado con los padres, los vecinos y algunos padres y niños del colegio. Nadie ha visto nada ni sospecha de nadie. Aseguran que es un pueblo tranquilo, por eso dejan a los niños entrar y salir de casa un poco a su aire.

—Supongo que hay montado un operativo para buscarla.

—Por supuesto. Llevamos trabajando en su búsqueda desde el primer minuto.

—Tiene ocho años —afirmé.

—Sí.

—¿Es posible que la niña llevara consigo algún teléfono móvil?

—No. No tenía.

Recordé el caso de Lorena, Anabel y Alicia. Las dos primeras tenían teléfonos móviles, pero su captor se deshizo de ellos en cuanto las atrapó, evitando ofrecernos cualquier pista de qué dirección tomaron. Tampoco encontramos huellas de él en los dispositivos, lo que nos hizo barajar dos posibilidades: o bien obligó a las niñas a tirarlos, o bien utilizó guantes para hacerlo él mismo sin correr riesgo. Respecto a Alicia, cuando desapareció tenía ocho años, igual que Sofía. Creí que era muy pequeña para tener teléfono móvil, pero sus padres le habían comprado uno para cuando salía a dar una vuelta con las amigas. Al colegio, por supuesto, no lo llevaba.

—¿Se sospecha de alguien que pueda habérsela llevado? —Realmente deseaba que estuviera con cualquier otra persona que no fuera el Quebrantahuesos.

—El único de quien desconfiamos por el momento es del padre biológico. Se habían divorciado hace un año y medio, aproximadamente, y apenas veía a la niña. Tienen la custodia compartida, pero la madre de Sofía, Teresa Casado, no se lo pone fácil.

—¿A qué te refieres?

—Isidro Hernández, el padre biológico, tiene problemas con las drogas. En el pasado entró un par de veces en un centro de desintoxicación, en Madrid. La primera vez estuvo limpio casi un año. La segunda vez, ocho meses. Luego, volvió a recaer. Teresa le dio un ultimátum, pero Isidro continuó drogándose, entonces le pidió el divorcio.

—¿Cuánto hace de eso?

—¿Lo del divorcio? Como te digo, un año y medio, aproximadamente. Según el testimonio de Teresa Casado.

—¿Y teniendo problemas de drogas y sabiendo lo que eso conlleva, él accedió a divorciarse? ¿Por las buenas? ¿Se fue de casa y ya? ¿No se llevó nada? ¿No desvalijó la casa o las cuentas

bancarias?

—Según Teresa, se fue de casa y le dijo que no las molestaría más. No sabemos si se llevó algo o no. Ella no nos ha comentado nada al respecto. Lo que sí nos ha dicho es que, a cambio de marcharse y darle el divorcio, quería ver a su hija siempre que pudiera, cuando no estuviera colocado.

—¿Y a ella le pareció bien?

—Sí. Ella controlaba que estuviera bien o, al menos, que no se le notara drogado. Tras el divorcio le vieron un par de veces. Y luego desapareció durante ocho meses. Teresa pensó que se habría muerto de una sobredosis o algo por el estilo. En ese periodo, Teresa empezó a salir con su nuevo marido. Roberto Pinazo. Se conocían desde el instituto y se casaron un par de semanas antes de que Isidro apareciera de repente. Parece ser que la noticia no le sentó muy bien al ex y le llegó a insinuar que quería llevarse a su hija con él, pero Teresa le echó de casa y ese día no le dejó llevarse a la niña. Dos días después volvió pidiendo disculpas y empezó a ir a ver a Sofía cuando le daba la gana. A veces, entre diario, otras el domingo a última hora, a la hora de la cena o cuando la niña ya estaba en la cama…, siempre sin aviso previo. Se presentaba en la puerta de casa y le decía que quería estar un rato con Sofía. Teresa no quería entrar en discusiones y menos delante de su hija, así que la mayoría de las veces consentía.

—¿Y no notó algo fuera de lo común?

—Dice que cada día era un cuento distinto. Nos mencionó que en más de una ocasión le oyó hacerle promesas a Sofía, en la línea de «un día te llevaré al zoológico y pasaremos todo el día juntos y luego nos iremos a cenar una hamburguesa bien grande…», o cosas por el estilo. Vamos, lo típico de un padre que pretende ganarse el cariño de su hija a base de ofrecerle cosas materiales. Pero luego no cumplía.

—¿Habéis hablado con Isidro Hernández?

—No. No conocemos su paradero.

—¿Tiene móvil?

—De prepago. Teresa lo dio de baja el número en cuanto se divorció.

—Necesitaremos que los de informática elaboren un informe a partir de los datos de su anterior número de teléfono, para saber

cuáles eran los sitios que frecuentaba y la gente con la que trataba. ¿Sabemos cuándo fue la última vez que Isidro vio a Sofía?

—Teresa asegura que hacía un par de semanas que no sabían nada de él. En ese tiempo ni siquiera llamó a su hija por teléfono.

—De acuerdo. Hay que encontrarle.

—Sí. Seguimos en ello.

—Necesitamos que nos informéis de cualquier avance.

Me levanté de la silla.

—Contad con ello.

Tenía la cabeza como una coctelera recién agitada y la esperanza de que Sofía estuviera con su padre biológico, aunque algo me decía que aquello tampoco era bueno para la niña.

—Por cierto —dije apoyando mis manos en el respaldo de mi silla aún caliente—, ¿sabemos si Isidro se ha mostrado alguna vez violento?

19

Isidro Hernández

—¿Otra vez te has traído a tu niñita? —le preguntó el camello.

Isidro observó lo que pasaba unos metros más atrás, donde le había pedido a su hija que le esperara sin moverse y sin hablar con nadie. Sofía estaba apoyada contra el árbol más grande que había encontrado, escondiéndose tras su tronco para que no la viera ese señor que la miraba de esa forma tan rara.

—Déjala. La vas a asustar.

—A mí no me da órdenes un pringado como tú. Además, si no quieres que la mire no te la traigas aquí, ya te lo dije la otra vez.

Isidro agachó la cabeza. Su boca estaba pastosa, igual que su mente, que solo pensaba en el pico que quería meterse. Los brazos le temblaban.

Ese día, cuando recogió a Sofía, se prometió a sí mismo que no se drogaría, que aguantaría limpio todo el tiempo que estuviera con su hija. Apenas hacía una hora que estaba con ella y el mono empezó a provocarle sudores fríos. Su pierna se movía en movimientos espasmódicos, arriba y abajo. No podía pararla, y cuando la frenaba, el movimiento ascendía por su brazo hasta la cara y la nariz, frotándoselas impulsivamente, como si quisiera quitarse algún bicho de encima.

—¿Recuerdas que aún me debes dinero?

—Sí. Ya te lo traigo. Aquí te lo traigo —repitió nervioso.

Sacó de su bolsillo derecho unos pocos billetes engurruñados y se los dio como si fueran una pelota.

—Aquí falta dinero —dijo el otro individuo tras estirarlos y contarlos.

—Es lo que te debía.

El hombre lo cogió por la pechera y lo atrajo hacia él con violencia. «¿Te crees que soy gilipollas?». Isidro no contestó. «¡Te

estoy haciendo una pregunta!», dijo sacudiéndolo de nuevo y elevando el tono. El aliento de su camello humedeció su cara.

—No —contestó acobardado.

—¿Te crees que soy una hermanita de la caridad?

—No.

—Entonces, ¿por qué me haces pensar lo contrario? —Lo soltó dándole un empujón. Isidro tropezó y casi se cae de culo al suelo.

—Me traes trescientos euros.

—Trescientos treinta.

—Me debes mil cien más. ¿Oyes? Me da igual de dónde los saques. Quiero mi dinero o no te volveré a pasar ni un gramo.

—Pero…

—¿Qué? Pero, pero, pero… —repitió burlón, haciendo gestos con las manos y balanceando el cuerpo como si estuviera bailando —. Quiero mi dinero. ¿Me has oído?

—Sí. —Isidro agachó la cabeza. Sintió ganas de llorar, pero no por su estado vergonzoso, no porque su hija estuviera viendo la escena asustada. Sintió ganas de llorar porque lo único que deseaba en el mundo era colocarse y no tenía dinero para hacerlo. Sus ojos empezaban a humedecerse cuando vio un paquete de plástico caer delante de sus narices. Lo que Isidro no pudo ver fue la forma en la que el traficante le sonreía a su hija.

20

César Galán
Miércoles, 28 de octubre de 2015

Seguía en la misma habitación de hotel que reservé el día que hallaron el cuerpo de Alicia Carmona Roble en el Desfiladero de los Tornos. La misma habitación, pero sin compañía. Nicolás se marchó un par de horas después de que lo hiciera Carmen.

Me desperté con la extraña sensación de haber estado cayendo de pesadilla en pesadilla. El llanto de un bebé se colaba entre una y otra. Estaba tan cansado que no supe distinguir si eran llantos reales o parte de mi subconsciente. Pasadas las siete de la mañana me levanté, antes de que sonara el despertador. Durante un buen rato me sentí extraño, como cuando perdí a mi compañero en acto de servicio. De vez en cuando me venía a la mente su recuerdo. No solo de los últimos minutos antes de que le alcanzaran dos balas, sino de cualquier día en el trabajo, anécdotas, risas, tensión, entrevistas, interrogatorios. Esa mañana no me acordé de él, pero sí estuve pensando en Carmen.

Me di una ducha rápida y bajé a desayunar. El salón era grande. El olor a café recién hecho y pan tostado me abrieron el apetito, tal vez porque llevaba sin probar bocado desde la comida del día anterior. En una mesa próxima a la ventana, había una pareja con dos niños pequeños. Uno era recién nacido; el otro, apenas tendría un par de años. A pesar de las caras de cansancio de los padres, parecían felices. No fue hasta que el bebé se puso a llorar cuando me di cuenta de que el llanto que estuve oyendo durante la noche no había sido fruto de mi imaginación, sino de aquella criatura cuyo mayor desconsuelo sería un dolor o incomodidad física, hambre o sueño. Sigo sin entender por qué los adultos seguimos engendrando hijos, por qué, si decimos que tanto los queremos, los

traemos a un mundo decadente donde les aguarda sufrimiento, dolor y problemas. Ningún padre o madre puede proteger a sus hijos de los horrores que provocan otros seres humanos. ¿Egoísmo? ¿Esperanza? ¿Necedad? A raíz de la muerte de mi compañero, dejé mi puesto en Asturias, y la relación con mi pareja María. Llevábamos juntos seis años. Estábamos pensando en casarnos y tener hijos; formar una familia, como hacen todos. La mayoría. Pero la muerte de mi compañero me abrió los ojos hasta el punto de que decidí romper con todo. A esas alturas de mi vida ya era tarde para que yo pudiera salir de la rueda en la que me habían metido mis padres, sin embargo, tuve claro que la rueda no seguiría creciendo a costa de mi descendencia y mi egoísmo.

Al ver a aquella pareja con los bebés pensé en María, en el daño que le hice y las formas en las que me fui, sin apenas darle explicaciones. Nunca me arrepentí de tomar aquella decisión. La UDEV Central era el lugar donde debía haber estado desde hacía mucho tiempo. No obstante, aún hoy sigo creyendo que María no me lo perdonará nunca. El cambio de ciudad no evitó que los recuerdos viajaran conmigo, sin embargo, a pesar del dolor sabía que mi vida no era ni de lejos lo desgraciada que lo era la de otras personas. A los pocos meses de conocer a Carmen, confirmé que dejar a María había sido la mejor decisión de mi vida.

El listado de pederastas no dejaba de crecer. Se contaban por miles los individuos que habían sido condenados en sentencia firme contra la libertad e indemnidad sexual o por trata de seres humanos. Las comunidades que se llevaban la palma eran Andalucía, Cataluña, la Comunidad Valenciana y Madrid, aunque no había provincia en la que levantaras una piedra y no salieran un puñado más.

La colaboración con las comisarías de toda España sería fundamental. No obstante, cada una ya tenía suficiente tajo sin añadirle trabajos extras. Aun con su ayuda, por delante nos esperaban innumerables jornadas aguantando a lo que yo consideraba la mayor carroña de la sociedad, peores incluso que la inmensa mayoría de los asesinos.

Después de filtrar por provincia, fechas de sentencia y su paso por la prisión, terminamos con un listado de ocho nombres:

Tomás Gutiérrez Cabezo, de 40 años.

Agustín Pérez Gómez, de 58 años.
Raúl Martín Núñez, de 32 años.
Elías Moreno Díaz, de 48 años.
Isaac Tomelloso de la Cruz, de 33 años.
Pedro López Pérez, de 51 años.
Luis Sánchez Izquierdo, de 49 años.
Mateo Jiménez Álvarez, de 21 años.

Había un noveno, Julio Ayuso Campoamor, de 17 años, que no pasó por prisión, pero que decidí no borrar de la lista hasta hablar con él.

Lo más prometedor fue que pudimos confirmar el nombre que Paloma Vera le había dado a Carmen: Elías Moreno. Estaba en el listado.

Mientras los compañeros de la Judicial seguían trabajando en los informes, yo empecé a recorrerme Burgos visitando uno por uno a los nueve individuos del listado. Empecé yendo a la casa de Elías Moreno, pero no tuve suerte. Pregunté a su vecina de enfrente, pero ella no me supo decir dónde estaba o cuándo regresaría, así que me fui con mi frustración a otra parte.

Acabé el primer día habiendo encontrado solo a dos de ellos: Pedro López Pérez y Raúl Martín Núñez. Estaban en sus casas, tan tranquilos, como si nunca hubieran roto un plato ni mancillado la inocencia de ningún menor. Cada vez que estaba cara a cara con alguno de su especie sentía que me hervía la sangre. No obstante, si me consideraba buen policía era porque, entre otras cosas, sabía contener mis instintos justicieros.

Raúl Martín tenía coartada para el último mes. Había estado con su hermana en una casa que tenían sus padres en Galicia. Para guardarse las espaldas, nos autorizó a indagar en cualquier cosa que hiciera falta, incluso en su teléfono móvil.

Pedro López estuvo en el hospital debido a una apendicectomía que se complicó y le tuvo una semana ingresado. Por las fechas, era imposible que él hubiera sido el responsable de deshacerse del cuerpo de Alicia Carmona en el Desfiladero de los Tornos.

Después de esos dos, me dirigí al domicilio de Isaac Tomelloso, que se encontraba a unos treinta kilómetros en coche; el más cercano a la última ubicación en la que me encontraba.

Leí su ficha antes de abandonar el coche y tocar a su timbre.

Isaac Tomelloso. Nacido en Toledo, el 14 de septiembre de 1993. Condenado a dos años de prisión por abuso con violencia. La víctima: un niño de trece años, el hijo de un compañero de trabajo con el que solía quedar para ir a cazar y ver el fútbol, actividades a las que el niño solía sumarse. Cumplió su pena entre el 22 de mayo de 2011 y el 22 de mayo de 2013, coincidiendo con el tiempo de enfriamiento que se produjo entre el asesinato de Lorena Castillo y Anabel Mateo.

Subí hasta el último piso: un tercero sin ascensor. Cuatro viviendas por planta. Un edificio antiguo, de al menos cuarenta años.

Me abrió la puerta un tipo de aspecto normal. Rostro amigable y aspecto juvenil, como si tuviera diez años menos y nunca hubiera pasado por la cárcel. Era lo malo de muchos pederastas, su aspecto inofensivo. Se aprovechaban de dicha ventaja para acercarse a sus víctimas sin levantar sospechas, como un lobo disfrazado con piel de cordero.

Al presentarme, su cara empalideció.

—Yo no he hecho nada.

—Tranquilo. No te pongas a la defensiva antes de tiempo. Solo vengo a hacerte unas preguntas.

—Ya, eso dicen siempre.

Mi ceño hizo un mínimo espasmo.

—Está bien. ¿Qué quiere? —reculó.

—¿Hablamos aquí, en mitad del descansillo? A lo mejor a tus vecinos les interesa el tema.

Me miró con cara de odio y luego me dejó entrar en su piso. A simple vista se veía pequeño, tal vez de un par de habitaciones, aunque el recibidor tenía una forma cuadrada y espaciosa. Nos quedamos allí mismo. Isaac entornó la puerta principal y se quedó agarrado al pomo.

—¿Me dice ya qué es lo quiere?

—¿Qué tal llevas tus aficiones?

—¿Aficiones? No sé a qué se refiere.

—A eso de acercarte más de la cuenta a algunos menores.

Negó con la cabeza, haciendo una mueca de asco con el labio superior, como cuando percibes un hedor en la cocina y finalmente das con una patata podrida.

—Yo no he hecho nada.

—Me alegra oírlo. ¿Contestas entonces a algunas preguntas que tengo que hacerte?

—¿Necesito abogado?

—¿No acabas de decir que no has hecho nada?

Dibujó una sonrisa forzada. La tensión se mascaba en el ambiente.

—¿Has visitado alguna vez el Desfiladero de los Tornos?

—No. Y yo no he sido, que ya veo por dónde va.

—Todos sabemos por qué te metieron en la cárcel. Y sabemos también que la gente como tú no se rehabilita, por lo menos no de la noche a la mañana.

—Estuve dos años en la cárcel. Eso no es de la noche a la mañana.

—¿Eso quiere decir que no has vuelto a hacer nada, que, si miro en tu móvil, en tu ordenador o por tu casa no encontraré nada de pornografía infantil?

—No tiene derecho a rebuscar en ninguna de mis cosas.

—De momento. ¿Dónde estuviste entre el 22 y el 26 de octubre?

—No lo sé. Supongo que aquí, en casa. Tendría que pensar.

—¿No estuviste con nadie en todo ese tiempo que pueda confirmar tu coartada?

—No salgo apenas de casa.

—¿Puedo echarle un vistazo? —pregunté, haciendo un gesto con la mano apuntando al interior del piso y dando un paso hacia delante.

—Sin una orden, no —dijo agarrándome de la muñeca.

Me giré y miré su mano llena de arañazos. Instintivamente, mi mano se agarró a su muñeca, haciendo entre los dos una sujeción perfecta; lo que él no esperaba, era que con mi mano libre le subiera la manga de la camiseta, dejando en evidencia sus secretos.

21

Carmen Prado
Miércoles, 28 de octubre de 2015

Un día más sin hablar con Fran. Me mandó un par de mensajes y yo le contesté, pero nada de llamadas o videollamadas. Le dije que le llamaría por la mañana, pero se me quitaron las ganas de golpe al encender la televisión y ver las noticias mientras me vestía.

> La policía parece no tener ni idea de quién es el asesino de Lorena Castillo, Anabel Mateo y Alicia Carmona. El Ministerio del Interior excusa la falta de resultados en que se enfrentan a un asesino sin precedentes y que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado están trabajando día y noche y en colaboración para dar con el paradero del terrible psicópata.
>
> Sin embargo, eso no consuela a los padres de las tres niñas, que siguen llorando y exigiendo justicia.
>
> Sumado a lo anterior, sigue sin conocerse el paradero de la pequeña Sofía Hernández Casado. El ministro del Interior se ha pronunciado a este respecto, diciendo: "Trabajamos sin descanso para dar con el paradero de Sofía, y confiamos en que podamos encontrarla sana y salva lo antes posible". Unas palabras cargadas de compromiso…

Apagué el televisor. Me había quedado sentada a los pies de la cama, con el pantalón a medio abrochar y los ojos llenos de lágrimas.

Me giré en busca del tabaco. Me calcé y bajé a la puerta del hotel para fumarme un cigarro. Cuando subí, oí que mi móvil estaba sonando. Se cortó la llamada antes de que me diera tiempo a contestar o ver quién era. Pensé en Fran. La pantalla volvió a cambiar al recibir una llamada entrante.

—Buenos días. ¿Te he despertado? —Era Nicolás.

—No. Estaba a punto de empezar la ruta.

—Muy bien. Te llamo porque a las cinco de la tarde he quedado con Amador González.

—¿Quién es ese?

—El perfilador del SAC.

—¿Ya ha hecho el estudio?

—Está terminándolo.

—Perfecto. ¿Y cómo lo hacemos?

—Haz lo que tengas que hacer, pero a las cinco de la tarde estate en la comisaría; os conectaré a la videollamada. Ahora hablaré con César para avisarle.

—De acuerdo.

—Tengo que dejarte. Vamos hablando.

—Sí.

Dejé mi equipaje en el coche y me puse en marcha. Necesitaba encontrar pruebas que descartaran que Sofía estaba en manos del Quebrantahuesos y, para eso, necesitaba hacer algunas visitas antes de regresar a Burgos.

22

César Galán

Tiré de él hacia mí a la vez que empezaba una pregunta que solo finalizó en mi mente:

—¿Y esto q…?

Aprovechando la fuerza que ejercí para atraerlo hacia mí, él me embistió como un rinoceronte. A pesar de estar agarrado aún a él, no pude mantener el equilibrio, que terminó de irse al traste al recibir una patada giratoria próxima al estómago que me tiró al suelo como si fuera un pobre pelele.

Corrió hacia la puerta. Mientras yo, entre toses y dolor, me levanté doblado.

Salí detrás de Isaac Tomelloso lo más rápido que pude. Empezaba a respirar con normalidad. Tuve suerte de que no me golpeara en la boca del estómago.

Oí los pasos del pederasta dirigiéndose a la azotea.

Los seguí.

Subí los escalones de dos en dos, como en los viejos tiempos, cuando entrenaba para aprobar las oposiciones. Todavía seguía haciéndolo los días que salía a correr por mi barrio; prefería eso a ir al gimnasio. De vez en cuando terminaba la sesión subiendo y bajando un par de veces los escalones de mi bloque, antes de meterme en casa y cerrar con una buena ducha.

Llegó al ático.

Estaba tan cerca que incluso pude ver cómo se cerraba la puerta.

Cogí el pomo y lo giré. No necesitaba llave.

Al traspasar el umbral, le vi corriendo en dirección a la cornisa. «¡Para, Isaac!», le grité. Pero fue inútil. Tuve que hacer un esprint para poder alcanzarle antes de que terminara de subirse al muro. ¿Qué intención tenía? No lo sé.

Lo agarré del cuello de la camiseta y tiré de él. El sonido de la

tela haciéndose jirones acompañó a su movimiento cayendo de espaldas, a mis pies.

—¡Te he dicho que pares! ¡Estás detenido!

Le inmovilicé bocabajo contra el suelo y le llevé las manos a la espalda mientras él mascullaba algo que no entendí. Una vez esposado y leídos sus derechos, le ayudé a ponerse de pie y pedí un vehículo patrulla.

Fue entonces cuando vi dos llamadas perdidas de Nicolás y un mensaje suyo: «Llámame lo antes que puedas».

23

Carmen Prado

Estuve hablando con la madre y el padrastro de Sofía. Mi intención era comprobar si el padre biológico, Isidro Hernández, podría haber sido capaz de llevarse a la niña sin decir nada.

La cara de Teresa al preguntarle si su exmarido solía ser violento me dio esperanzas de que Sofía podría estar con su padre y no en manos del Quebrantahuesos. Sin embargo, que la niña estuviera con su padre, quien se la habría llevado sin decir nada, y la tenía oculta a pesar de que medio España hablaba de ella y la estaba buscando desde hacía más de cuatro días, tampoco me aportaba ningún sosiego. Sabíamos cómo solían acabar esos casos: con el menor muerto y el padre suicidado. Su problema con las drogas empeoraba aún más el pronóstico.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Isidro?

—Ya se lo dije a sus compañeros… —empezó a decir Teresa, aunque no le dejé terminar la frase.

Tenía el contorno de los ojos enrojecido e hinchado. Morena, pelo largo, rostro enjuto, labios carnosos, delgada. Sabía por lo que estaba pasando, pero me veía forzada a incidir en algunas cuestiones; deseaba tanto como ella encontrar a la pequeña.

—Lo siento. Solo buscamos detalles que puedan habérsele pasado por alto y que pueden ser primordiales para encontrar a su hija.

—Hacía unos quince días. O sea, que ya hará veinte, o algo así.

—¿Alguna vez le pegó?

—¿A Sofía? No. Nunca.

—¿Y a usted?

Se le encogió el ceño. Miró a su nuevo marido y este la observó como si él no supiera nada, como si escuchar algo distinto a un «no» fuese a resultarle sorpresivo.

—Una vez. Hace años. Bueno. Hace… —De repente se mostraba incómoda. Vacilante. Era evidente que trataba de protegerle—. No sé cuándo.

—¿Qué pasó?

—Me dio un bofetón.

—¿Te pegó? —le preguntó su marido, pero Teresa le ignoró, manteniendo la mirada en el suelo.

—¿Recuerda la situación? —solicité.

—Discutíamos.

—Pero ¿qué pasó? —le insistió su marido Roberto, alzando levemente la voz—. Es importante que se lo digas.

—Ya, ya lo sé —le respondió entre dientes—. Fue cuando se enteró de que nos habíamos casado.

—O sea, ¿que fue hace poco? —preguntó Roberto alzando de nuevo el tono—. ¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Te hizo algo más? ¿Te dijo algo?

Yo misma le habría hecho unas preguntas semejantes, de modo que esperé a que Teresa contestara.

La mujer empezó a llorar. Su marido la cogió de la mano.

—Tranquila. Lo siento. Solo…

—Ya. Ya. Ya lo sé. Me… Estábamos discutiendo por ti. Me echó en cara que me hubiera casado contigo. Tan pronto. Sin decirle nada. Que te hubiera metido en su casa.

—La casa es tuya. La pagaste tú —matizó Roberto.

—Sí. Ya. Pero supongo que para él también era suya.

—Ya, claro. Y el coche de mis padres es mío, ¿no? Porque como lo he conducido tres veces…

—El caso es que le recordé que esto ya no era suyo y que yo había dejado de ser su mujer. Se pensó que quería alejarle de Sofía y le dije que el único que se estaba alejando de ella era él, por su mala cabeza.

»Lo amenacé con no volver a dejarle ver a Sofía si venía drogado. Fue entonces cuando me dio un bofetón y luego me cogió de aquí, del jersey.

La mano de Teresa se posó sobre el cuello de su propio jersey e hizo un gurruño con la tela, agitándola con un leve movimiento.

—¿Fue la única vez que le agredió físicamente?

Cogió aire con la boca y ladeó la cabeza.

—Una vez que estaba con el mono me empujó contra el armario de un manotazo. Yo pretendía que no saliera a pillar más droga. Estaba…, pues eso, fuera de sí. Rebuscaba en los armarios porque le había escondido el dinero. Sofía tendría unos cinco años. Supongo. No lo recuerdo bien. Llevo tiempo intentando borrarlo de mi cabeza.

Roberto le cogió la mano y la acarició.

—¿Y usted? —Me dirigí a él.

—¿Qué?

—¿Tuvo algún encontronazo con Isidro?

—No —dijo airado, apretando los dientes y con los ojos encendidos.

Miré a Teresa y le pregunté:

—¿Por qué no se lo contó a su marido?

Necesitaba saber si le tenía miedo.

—Porque Roberto se hubiera enfrentado a él y seguramente le hubiera terminado dando una paliza.

—¿Una paliza?

—A mi mujer no la toca nadie —dijo Roberto con el mismo tono rabioso—. Y menos un asqueroso al que siempre se le ha tratado bien.

—¿Suele ir por ahí dándole palizas a la gente?

Me miró con los ojos entreabiertos.

—¿Qué insinúa, que soy un delincuente o un matón de mecha corta?

—Trato de conocerle mejor, señor Pinazo.

—Pues no. No soy ningún loco maltratador ni ningún psicópata. A lo largo de mi vida me he pegado dos veces. Una, estando en una discoteca cuando tendría unos veintidós años, a un par de asquerosos que estaban incordiando a una chica que iba un poco bebida; y la segunda, aunque en realidad fue la primera, cuando le salté los dientes a un hijo de perra que durante un tiempo estuvo diciéndole a mi hermana que tenía las tetas como dos melones. Cuando me enteré de lo que pasaba ya era tarde. Yo tenía dieciocho años, pero ella tenía catorce y a esos años las influencias de los que nos rodean nos pueden destrozar la vida. Mi hermana empezó con la tontería de no querer comer. Anoréxica, vamos. Pensó que, si adelgazaba, los dos «melones» terminarían del tamaño de dos

aceitunas. Pero lo único que consiguió es que mis padres la ingresaran en un centro para personas con desequilibrios alimenticios y pasarse allí una buena temporada. Así que no, no soy de ir dando palizas.

La entrevista se alargó unos minutos más, durante los que no conseguí sacar mucha más información. La mujer no tenía ni idea de los círculos en los que su exmarido se movía actualmente, ni dónde compraba droga, ni dónde vivía o si tal vez compartía techo con alguien. Pese a todo, me dio el nombre de un tal Germán, al que creía que Isidro le pillaba droga cuando aún seguían casados. Antes de marcharme, les recordé que si su ex se ponía en contacto con ellos debían avisarnos inmediatamente.

Aquella fue la visita más fructífera que hice. Nadie parecía saber ni haber visto nada que despertase sospechas. Supongo que lo normal no es ir por ahí con la guardia alta pensando que pueda suceder alguna desgracia ni que puedas servir de ayuda en una investigación policial.

Después de comer un sándwich en un bar, me fui a la zona donde presuntamente Sofía Hernández había desaparecido. Aparqué el coche cerca de la entrada del colegio. Eran las cuatro de la tarde. Los niños estaban en sus aulas. Una de las clases, de niños de aproximadamente diez años, estaban en las canchas de baloncesto. El profesor les hablaba y los niños votaban sus pelotas contra el suelo generando un tamborileo arrítmico parecido a una lluvia torpe. Me entraron ganas de llorar. Cogí un pitillo y lo encendí a medida que me fui alejando del ruido y de las voces de ese grupo de chiquillos. A unos metros, en dirección contraria a los bloques de pisos más próximos, empezaba un enorme solar que antaño debió ser campo. Unos cuantos árboles seguían disfrutando de ese trozo de parcela que la mano del hombre aún no había desprovisto de vida. Entre las hierbas altas, se había formado un camino de arena, resultado del trasiego diario. Tendría un metro y medio de ancho, aproximadamente. Imaginé a las tres niñas recorriéndolo despreocupadas, sonrientes, hablando de los deberes que los profesores les habían mandado realizar o de la canción de moda o de a qué hora quedarían esa misma tarde para ir a jugar un rato. Recorrí el camino con el deseo de encontrar algo, cualquier pista, aunque fuera de esas que no se pueden analizar en los laboratorios.

Traté de relajar mis sentidos y dejar trabajar a mi intuición, pero parecía estar más nublada que el humo que salía por mi boca tras cada calada. Al cabo de unos metros recorridos, el camino se bifurcaba, tal y como habían asegurado los compañeros de la comisaría de Cuenca. Sofía continuaba en línea recta, mientras que las otras dos niñas tomaban el que se abría a la izquierda. Reduje mis pasos y observé el horizonte que se abría ante mí. A unos cien metros había una pequeña bajada cortada por una acera y una carretera ancha, lo suficiente como para que por ella pudieran transitar dos vehículos —aunque no hubiera líneas divisorias—, uno en cada dirección. Algo me decía que fue justo en ese lugar cuando Sofía desapareció y que muy probablemente se acercó a su captor por su propio pie. Lo cual podría significar dos cosas: que lo conocía o que su aspecto le infundía la confianza suficiente como para fiarse de él. Pensé en las huellas de neumático que se encontraron en la escena del crimen de Alicia Carmona. Correspondían a unas ruedas de gran tamaño.

«No creo que Isidro tenga coche propio.

»Tenemos que comprobarlo.

»Aun así, podría habérselo pedido a alguien con la excusa de tener que ir a recoger a su hija al colegio».

El sonido de la sirena del colegio me sacó de mi abstracción. Estuve a punto de irme a la comisaría, pero decidí quedarme unos minutos más. Quería ver cuántos niños pasaban por esa zona a diario, cuánta intimidad pudo tener el individuo que se había llevado a Sofía.

El silencio que me acompañó durante el recorrido se fue convirtiendo en una creciente algarabía. Al cabo de un rato, los primeros niños empezaron a recorrer el camino de arena. Casi todos iban en grupos. Solo un par de ellos lo atravesó en solitario. Después de permanecer allí durante diez minutos, calculé que lo habían tomado unos cuarenta niños. De todas las edades. Me parecieron pocos. Seguramente el raptor sabía que era un sitio tranquilo para llevar a cabo su plan, tal vez, incluso, había ido varios días hasta que vio el momento indicado en el que actuar.

Miré alrededor buscando algún lugar próximo donde pudiera haber alguna cámara de seguridad, pero no vi nada. Sería un milagro que hubiera quedado algún registro de lo sucedido.

Al entrar a la comisaría me dirigí al despacho de Sergio Coronado.

—¿Qué tal? ¿Puedo ayudarte? —me preguntó el comisario.

—En diez minutos voy a conectar por videollamada con mis compañeros de la UDEV y con un perfilador criminal. Creo que sería conveniente que estuviera presente.

Me miró fijamente unos instantes antes de contestar.

—Por supuesto. Te agradezco que…

Le dejé a medias.

—No tiene que agradecer nada. Dios quiera que Sofía no esté en manos del Quebrantahuesos, pero dado que no podemos descartarlo, creo que su equipo debería tener todas las puertas abiertas, y para eso, cuanta más información tengan en su mano, mejor.

—¿Dónde ha pensado conectar?

—Desde mi portátil. Creo que podríamos hacerla aquí mismo.

—Me parece bien. Permíteme que avise a Almudena Prieto y Samuel Nieto, los agentes que están trabajando en la desaparición de Sofía.

—Sí. Ya me los presentó. De acuerdo.

Me senté enfrente de él y apoyé el portátil sobre su mesa después de echar a un lado un par de marcos de fotos, una bandeja con papeles y un bote de lápices.

—Mientras conectas, voy a ver si no se han ido ya.

Salió del despacho y me dejó a solas. Me sonreí al ver el salvapantallas de mi portátil, una fotografía antigua de Fran, Julia y yo a la entrada del Parque de Atracciones de Madrid. Los tres sonrientes. Julia con un pantalón corto vaquero, una camiseta del camaleón de Enredados y un par de coletas a cada lado. Fran llevaba gafas de sol, una costumbre adquirida a base de salir con los ojos cerrados en la mitad de las fotos. Recordé posar para la foto como si fuera la mujer más feliz del mundo. En verdad lo era.

Abrí el programa y esperé a que Nicolás iniciara la llamada. Le mandé un mensaje para informarle de que ya estaba lista. César contestó que él también.

El portátil comenzó a sonar.

En una pantalla, Nicolás; en otra, Amador González; en una tercera, César y el equipo de Burgos, en la cuarta, mi cara en un primer plano y los tres compañeros de la comisaría de Cuenca.

No hubo grandes presentaciones.

—Este es Amador González —dijo Nicolás—. Le hemos pedido su colaboración para tratar de establecer un perfil criminal en torno al Quebrantahuesos.

A continuación, Amador tomó la palabra, como si fuera el rector de una Universidad dándonos clase.

—Buenas tardes. Mi equipo y yo hemos estado trabajando con la información que contamos actualmente del asesino.

»Creemos que se trata de un único responsable.

»Varón. De una edad comprendida entre los treinta y cuarenta y cinco años.

»De trato sociable. Amigable. Creemos que se acerca a sus víctimas, entabla una conversación con ellas y luego se las lleva.

»Con buena presencia tanto física como estética; es decir, que tiene un aspecto agradable y viste bien.

»Su nivel económico es alto. Requiere de un lugar donde tener encerradas a las niñas sin levantar sospechas, sin que nadie le vea ni oiga los lamentos de las niñas. De ahí que barajemos la posibilidad de que pueda vivir en una casa o chalet independiente.

»Tiene don de gentes, lo que le permite trabajar de forma cómoda con otras personas, ya sean grupos o de cara al público. Podría ser un funcionario público, un banquero, un profesor de Universidad…

»Retiene a las niñas durante largos periodos de tiempo, lo que nos deja entrever que es una persona paciente y con determinación. Tenaz.

»Limpió el cuerpo de Alicia Carmona. Es un asesino inteligente, que va perfeccionando su *modus operandi*. Las cosas que no le gustan las modifica, las que le desagradan las suprime, de ahí que a Alicia Carmona no le haya hecho una sonrisa de Joker y limpiara su cuerpo para evitar dejar pruebas orgánicas.

—Hablando de pruebas orgánicas —intervino Nicolás—. Las pruebas forenses que se le tomaron a Alicia han resultado nulas. No se ha podido extraer ADN del asesino, con lo que tampoco podemos cotejarlo con el que se halló en el cadáver de Anabel Mateo.

24

Paloma Vera

Empezaba a estar harta de esa situación. Miraba las fotografías del cadáver de Alicia Carmona y sentía cómo se le hacía un nudo en el estómago. Cada segundo examinando las instantáneas era como si fuera su cuerpo el que se retorcía, como si fueran sus huesos los que quedaban rotos, como si fuera su cuerpo el que se hubiera inundado de sangre. Parecía asfixiarse en la agonía que esa inocente criatura había padecido. «Esto no debe salir nunca a la luz», pensó. Un impulso protector la llevó a acceder al archivo central del periódico. Era de las pocas que conocían la clave de acceso, pero no porque se la hubieran confiado, sino porque en una ocasión su jefe tuvo que acceder al servidor estando ella presente y no tuvo la picardía de esconderle la contraseña. Godoy la llevaba apuntada en un papel y ella tenía muy buena memoria, sobre todo para recordar detalles que podrían abrirle puertas en un momento de necesidad.

Accedió al servidor con disimulo, como si no se dispusiese a borrar un archivo que al periódico le había costado muy caro. Tenía el corazón a cien, pero no le llevó mucho tiempo encontrarlo. Lo seleccionó y lo borró sin vacilar. «Ya está», se dijo con la adrenalina por las nubes. Cerró las ventanas y carpetas que previamente abrió y volvió a bloquear el servidor.

«Espero que no se den cuenta», pensó saliendo de la habitación. «Una semana. Solo una semana y no podrán recuperarlas».

El contenido de las cintas de seguridad se machacaba semanalmente. Siete cintas. Una para cada día de la semana. El informático tuvo la gentileza —o la imprudencia— de explicarle el funcionamiento de las copias de seguridad, en una ocasión en la que Paloma requirió su ayuda para recuperar un artículo del que, por un inusual despiste, no se guardó una copia.

Regresó a su mesa y apagó el portátil. Lo metió en la funda,

cogió su abrigo y, antes de salir del periódico, pasó por el despacho de su jefe. Godoy era un hombre al que le gustaba aprovechar las oportunidades y apostar alto. Con treinta y ocho años pasó a ser el jefe de las crónicas de sucesos. Había llegado a su puesto a base de llenar titulares con noticias falsas o edulcoradas.

Paloma llevaba cinco años en la cadena. En los meses de prácticas, Godoy vio en ella algo que le recordó a sus años cuando empezaba. De modo que, a medida que pasaba el tiempo, fue ofreciéndole casos más truculentos. Paloma sabía darles ese enfoque sensacionalista que tanto le gustaba, por eso le asignó la noticia del cadáver de la niña encontrada en el Desfiladero de los Tornos. Con su pericia y las fotografías, los telespectadores caerían en una red morbosa de la que no podrían salir. Sin embargo, el día que encontraron el cuerpo de Alicia Carmona, la cadena ofreció la noticia sin mostrar las imágenes. Tampoco las mostraron al día siguiente. Ni al otro. Paloma decidió ocultarlas, no porque se lo pidiera la inspectora Carmen Prado, sino porque su propia conciencia le hizo pensar en lo que estarían sufriendo los pobres familiares de la niña. Pero no fue fácil. Antes, Paloma tuvo que convencer a Godoy. «Hágame caso, jefe, la gente no está preparada para ver estas imágenes, por lo menos de momento. Me encargaré de describir los detalles y para ellos será como tener a la niña delante de sus narices. Si las mostramos, perderemos audiencia, y lo sabe. La gente se está volviendo muy susceptible. Debemos tener cuidado». Pero Godoy no se mostró de acuerdo; estaba convencido de que las imágenes harían que todos los televidentes sintonizaran su cadena. No obstante, Paloma supo reorientar su enfoque: «Si las emitimos ahora, el resto de cadenas nos las robarán y las usarán igual que nosotros. Nos habremos gastado una pasta para emitirlas en un simple telediario. Sin embargo, podríamos usarlas de una forma más lucrativa. Lo que queremos es batir récords de audiencia, que se hable de nosotros, ¿no? Pues lo conseguiremos con un especial. Pero hay que prepararlo con mimo. Déjelo en mi mano. Conseguiré que se hable de nosotros».

Hasta antes de esa noticia, había obedecido a Godoy, aprendido de su experiencia, de sus consejos. Incluso, le había encontrado el gustillo a eso de tensar tanto la cuerda que parecía poder usarse para tocar música. Pero tras el suceso de Alicia Carmona surgió la

desaparición de Sofía. Tras cada palabra que pronunciaba ante la cámara había otra familia doliéndose. Ahora no era el momento de hacer leña del árbol caído, de ahí su decisión de borrar las imágenes del servidor central.

—Hola. ¿Puede hablar un momento? —preguntó Paloma asomándose al despacho de Godoy.

—Sí. Entra. Siéntate. ¿Qué ocurre?

—Me voy a Cuenca.

—Muy bien. Buen viaje. ¿Solo vienes a eso?

—No. En realidad, he venido porque me gustaría empezar a ser más fiel a los hechos.

Godoy bajó la pantalla de su portátil. Se reclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa y su mentón sobre sus manos entrelazadas.

—¿Hechos? ¿Qué hechos? ¿Que la Policía no avanza en sus investigaciones?, ¿que llevan en punto muerto desde que mataron a Lorena Castillo?, ¿que no tienen ni pajolera idea de cómo o por qué ha desaparecido la niña de Cuenca o quién pueda habérsela llevado? ¿A esos hechos te refieres? ¿A llenar minutos con preguntas sin respuestas?, ¿a no decir nada? Nosotros tenemos que adelantarnos a los hechos, ofrecer posibilidades para ayudar a pensar al espectador y…

—¿Habla de especular?, ¿esas son las posibilidades de las que usted habla? —le interrumpió Paloma.

—No. Nosotros no especulamos, reflexionamos de forma abierta para que todo el mundo pueda reflexionar con nosotros. Y sí, las posibilidades pueden terminar acabando en hechos. En muchas ocasiones, ha sido nuestro trabajo el que le ha abierto los ojos a la Policía. Tú misma lo has vivido en primera persona. Si no fuera por nosotros, muchos de esos casos caerían en saco roto.

—No estoy de acuerdo. Y no quiero seguir formando parte de eso. No estoy dispuesta a seguir especulando con la vida y esperanza de las personas.

—Si no te gusta lo que hay, ya sabes dónde está la puerta. Reporteras como tú, hay a patadas. Además, ya sabías cómo funciona este mundillo, ¿o me equivoco?

—Lo que no sabía es que ofrecíamos sensacionalismo sin medidas ni moral. ¿Acaso da igual el daño que hacemos?

—Fuiste tú la que escribió el titular: «¿Será Sofía la cuarta víctima del Quebrantahuesos?». Yo no te dije nada; lo hiciste tú solita porque te dio la gana. Y yo, encantado, la verdad. Sabía que eso nos daría público.

—Pues no quiero, no pienso volver a hacerlo.

—Te contaré un secreto, cielo. Lo harás. Claro que lo harás. ¿Y sabes por qué? Porque te pasa lo mismo que a todos los buenos periodistas que quieren llegar a algo: quieres que te escuchen, que te lean, que sepan tu nombre, ser la cronista que se adelantó a los acontecimientos y acertó con su pronóstico, ser una especie de protagonista, un referente dentro de nuestro gremio. La mayoría de la gente se mueve buscando la fama y eso es lo que tú haces, buscar la fama. ¿El motivo? Eso lo sabrás tú. A mí lo único que me importa es que sigas dándole al espectador lo que le gusta: la violencia, la sangre, el morbo…, y sí, también esa exageración inocente que ahora tu neófita moralidad sanciona. Quién sabe —dijo cambiado el tono hacia lo irónico—, puede que si sigues así algún día te den un Pulitzer. —Paloma le miró con resentimiento, pero no le contestó—. Así que tienes dos opciones: una, dejar de lloriquear y continuar explotando ese don que tienes para seguir atrayendo al público, o dos, coger tus cosas y largarte. Tú decides. Solo te diré que a cualquier cadena o periódico que vayas te pedirán que les des más de lo mismo.

Paloma miró a Godoy conteniendo la rabia. Arrastró la silla hacia atrás y se levantó diciendo «muy bien, jefe».

—¿Eso qué significa?

—¿Usted qué cree?

25

Carmen Prado

Amador González abandonó la videollamada; el resto, aprovechamos la ocasión para exponer los avances que habíamos hecho.

Empecé yo, solicitando a los compañeros de Cuenca que buscasen si Isidro Hernández tenía alguna propiedad a su nombre, especialmente, algún vehículo de gran tamaño, o cuenta o tarjeta bancaria, con el fin de saber si en los últimos días había hecho movimientos de saldo u operado en algún cajero automático. Eso nos podría dar su ubicación. Pero no hizo falta que yo se lo dijera, Almudena y Samuel ya lo habían considerado. Isidro tenía una cuenta bancaria a su nombre, en la que tenía un saldo de ciento veintiún euros. Su último movimiento fue de un mes antes a la desaparición de su hija, de donde sacó trescientos euros. En cuanto al vehículo, no tenía.

—Deberíamos, entonces, elaborar un informe con los todoterrenos robados en los últimos dos meses, aproximadamente —propuse.

—Me parece buena idea —respondió el comisario Coronado—. ¿Crees, entonces, que ha sido el padre?

—¿La verdad? No. No lo creo, pero hay que descartarlo.

—Ampliaremos la búsqueda de denuncias a un radio nacional. Puede que el padre de Sofía no haya robado ningún vehículo, pero sí lo haya hecho el asesino de Alicia. No podemos descartar nada.

—Por aquí seguimos con el listado de pederastas —prosiguió César.

—¿Y qué tal vais? —le preguntó Nicolás. Mientras, yo abrí mi bloc y taché: «Vehículos robados», «Isidro: propiedades y movimientos bancarios».

—He detenido a uno que se ha dado a la fuga según estaba hablando con él.

Me dio un vuelco el corazón. Pensé en el nombre que me había dado Paloma Vera.

—¿Es el que nos dijo Paloma? —pregunté.

—No. Es otro. Aún tengo que interrogarle.

—¿Y el otro?

—Aún no lo he localizado, pero es cuestión de tiempo que lo encuentre.

«Tiempo es lo que menos tenemos», pensé, pero no quise decir nada. Suficiente estrés teníamos ya como para ir recordando que estábamos en una carrera contrarreloj.

—He pensado regresar a Burgos —proseguí—; aquí los compañeros están haciendo un gran trabajo y pueden seguir sin mí.

Dirigí la mirada al recuadro en el que veía la cara de Nicolás.

—Por mí no hay inconveniente.

Sergio Coronado asintió.

—Cualquier cosa que vaya surgiendo os lo notificaremos de inmediato —dijo a modo de aprobación.

—Gracias. Pues nada. Recojo mis cosas y me pongo en marcha.

—Ten cuidado, compañera —dijo César.

Le sonreí con pena. Antes de cerrar la reunión le pregunté:

—¿Me puedes esperar para el interrogatorio del tipo ese?

26

César Galán

Mientras Carmen regresaba, me puse a buscar las denuncias por agresión o acoso recogidas en los últimos días. El teniente coronel de la comandancia de Burgos me dio los permisos para que yo mismo accediera a los ficheros que considerara necesarios.

En los últimos quince días había dos denuncias. Ambas de mujeres, de veinticuatro y cuarenta y siete años, respectivamente. La primera, denunciaba a un compañero de trabajo. La segunda, el maltrato de su pareja.

Retrocedí quince días más. A las anteriores, hubo que sumar la de un chico homosexual de diecinueve años, agredido por su pareja.

Otros quince días atrás. Una mujer de treinta y dos años, violada en un parque por un individuo al que no conocía, presuntamente borracho.

Quince más. Nada.

Un mes más. Bingo. Leí atentamente la denuncia de unos padres que aseguraban que su hija había sido víctima de una agresión sexual. La víctima, una niña de catorce años.

Algo me decía que aquello podría encajar con lo que estábamos buscando.

27

Isaac Tomelloso

Innumerables fueron los días en que se sentó frente a la tableta, observándola como si la pantalla negra del dispositivo fuera a encenderse sola y mostrarle eso que tanto deseaba. Sus nalgas reposaban sobre un confortable sofá. Su espalda dejó de apoyarse contra los cojines. Sus manos, ahora sobre la mesa, dibujaban dos escuadras a unos milímetros del aparato. Inhaló por la nariz tratando de disminuir sus ganas, en vano.

Molesto, se echó hacia atrás apoyándose de nuevo, y de forma violenta, contra el respaldo. Llevó la vista al techo. Luego, cerró los ojos. Su mente voló a varios años atrás. Un día aparentemente cualquiera en el que su madre les dejó solos a él y a su hermana. Tenía dieciséis años. Estudiaba para un examen. Su hermana hacía los deberes en la habitación de al lado.

«Isaac. Voy un momento a la farmacia y a comprar unas cosas en el súper. No creo que tarde», le dijo su madre desde el umbral de su habitación. «Vale». Le cerró la puerta y, al cabo de unos segundos, escuchó la de la calle dando un suave golpe.

Durante unos minutos Isaac trató de concentrarse, pero estaba estresado y excitado.

Se levantó de la silla y puso el pestillo a la manija. Luego, se tumbó sobre la cama y empezó a masturbarse.

Paró al oír unos pasos acercándose. Su hermana agarró el pomo y trató de girarlo.

—¡¿Qué estás haciendo?! ¡Ábreme! —chilló su hermana desde el otro lado de la puerta.

—¡No te importa! ¡¿No estabas haciendo los deberes?!

—¡Ya he acabado! ¡Venga, déjame entrar!

Isaac se levantó de la cama y se aproximó a la puerta. La abrió despacio, asomando solo su cabeza. Su pene seguía erecto, cada vez

más excitado.

—¿Qué haces? —le repitió su hermana.

—Practicando.

—¿El qué?

—El otro día nos dieron una clase de sexualidad.

Su hermana se escandalizó al oír la palabra sexualidad, pero siguió como si nada.

—¿Y qué os dijeron?

—Nos explicaron cosas.

—¿Qué cosas?

—Te lo puedo enseñar, si quieres.

—¿Enseñar? No. Eres un guarro —dijo echándose hacia atrás y poniendo una mueca de asco.

—Tanto como tú. ¿O qué te crees, que no sé que te has tocado ahí abajo?

—¡¿Qué dices?!

—Te oí el otro día.

—Tú no has oído nada.

—Pero te estuviste tocando —dijo en tono provocador mientras sentía su erección palpitar.

—No se lo digas a mamá.

—No. Yo no se lo digo. Pero tú tampoco le digas nada, ¿eh?

—No. Y entonces, ¿qué haces ahí? ¿Por qué te escondes?

—Me escondía porque estaba practicando. Te puedo enseñar lo que nos enseñaron —dijo abriendo la puerta del todo. Su hermana lo vio con la mitad del cuerpo desnudo. Miró el pene de su hermano y se quedó paralizada; mientras, Isaac siguió hablando—. Cuando te explican cómo se hace da mucho más gusto.

Su hermana arrugó el ceño.

—Ven —continuó Isaac, haciéndole un gesto para que entrara a su dormitorio—. No se lo voy a decir a nadie. No estoy loco. Hay cosas que tienen que quedarse entre hermanos.

La niña negó con la cabeza mientras le volvía a mirar el miembro.

—Ya verás. Confía en mí. Bájate eso. Te enseñaré lo que nos dijeron.

La cogió del brazo y la metió con suavidad en su dormitorio. Le bajó el pantalón y las bragas.

—Ven. Siéntate en la cama, que de pie no se puede.

La niña obedeció.

Isaac le instruyó en cómo y dónde tocarse.

—Así no —dijo después de contemplarla durante un rato. Entonces empezó a tocarla él—. La hermana hizo amago de apartarse, pero Isaac la calmó. «Tú también puedes tocarme», le dijo instantes después.

Frente a la pantalla negra de su tableta, Isaac se masturbó recordando cómo aquel día terminó robándole la virginidad a su propia hermana y volvía a sentirse igual de excitado que entonces.

Aquel hecho supuso un punto de inflexión en su vida y con el paso de los años la mente de Isaac se fue oscureciendo. Encontraba el máximo placer cada vez que recreaba esa historia. Otra niña. Distintas circunstancias. Una aventura nueva cada vez más excitante. Hasta que terminó cumpliendo condena durante dos años por el abuso a un menor que se atrevió a denunciarlo.

Al salir de la cárcel, su hermana, con quien jamás había vuelto a hablar de aquel día, le aconsejó ir a un especialista. Alguien que analizase su problema. Ella misma había estado yendo a un reputado terapeuta llamado Fermín Riaza. Trabajaba las terapias alternativas y daba conferencias por toda España. Incluso, había escrito un par de libros sobre la autoestima y el amor al yo. «Me lo debes», le dijo ella. «A mí me ha ayudado mucho. Gracias a él, he conseguido rehacer mi vida». Fue así como Isaac Tomelloso comenzó a visitarle.

Y sí, estuvo yendo a su consulta durante un año. Para Fermín suponía un reto. Había tratado a varias víctimas, pero nunca a un agresor sexual. Aun así, estaban consiguiendo hacer un gran trabajo. Durante el tiempo que asistió a sus consultas, Isaac se mantuvo lejos de los menores. Hasta que un día decidió que ya no iría más. «Podré con ello», le dijo a Fermín, «si vuelvo a necesitar tu ayuda volveré». «De acuerdo. Confía en tu capacidad. Si me necesitas, aquí podrás encontrarme», le respondió él. Había permanecido un largo periodo lejos de las tentaciones, como el propio Isaac lo llamaba. Un periodo de abstinencia y autocontrol que dejaría de estar supervisado por su terapeuta. Mientras duró el tratamiento, se convenció a sí mismo de que dejaría atrás sus problemas, obsesiones y desequilibrios sexuales. Incluso, llegó a

convencer a su terapeuta de ello. Pero existe un refrán que dice que la cabra siempre tira al monte.

Ahora, meses después y frente a la pantalla negra de su tableta, estaba masturbándose con el recuerdo de aquella primera vez. Hasta que paró y se quedó mirándola. «Por unas miraditas no le hago daño a nadie», se dijo, sintiendo un desenfrenado deseo.

Desbloqueó la pantalla y abrió una nueva cuenta en Instagram con un perfil falso. Durante más de tres horas seguidas estuvo entrando y saliendo de los perfiles de algunos niños y niñas que captaron algo más que su atención. Las fotos que ponían los menores eran como una brújula indicándole el norte. Primeros planos con sonrisas de medio lado; miradas insinuantes, posados en pantalones cortos, en tops, posturas provocativas… Sí, aunque eran menores sabían cómo despertar los instintos más depravados de alguien al que cualquier cosa le parecía una invitación a la contemplación o, en ocasiones, una petición a dar un paso más: mandarles un mensaje o iniciar una amistad «adulta».

En cuestión de días había conseguido lo que quería, entablar una estrecha relación con una niña de catorce años con la que había ido compartiendo insinuaciones, provocaciones y alguna que otra fotografía. Las de él, falsas, eran las de un muchacho de dieciséis años, atractivo para cualquier niña de catorce. El último paso lo daría cuando la niña acudiera a una fiesta que el supuesto muchacho daría en la habitación de un hotel para que sus padres no se enterasen. «Sí, estaremos unos amigos y yo. También habrá chicas. Colaremos algunas botellas de alcohol. Estoy deseando conocerte en persona. Lo vamos a pasar genial».

Engañada y confiada, acudió. La invitó a entrar haciéndose pasar por el hermano mayor de su amigo virtual y, una vez la tuvo donde él quería, empezó a contarle cuentos chinos para engatusarla. Terminó abusando de ella con los mismos argumentos que empleó con su hermana cuando aún era un adolescente.

Pero la niña no guardó silencio como su hermana. En cuanto llegó a casa y su madre le preguntó qué tal lo había pasado, se vino abajo y le contó lo que su vergüenza le permitió. Madre e hija acudieron esa misma noche a la comisaría para interponer una denuncia por abusos a un menor. No se pudo aportar pruebas orgánicas, ya que Isaac utilizó preservativo y, antes de dejarla

marchar, la invitó a darse una ducha con él, asegurándose de eliminar cualquier resto biológico.

Mientras madre e hija pasaban el tiempo en la comisaría, Isaac ya había regresado a su casa y se felicitaba por lo bien que lo había hecho.

«Creo que llevarla a la habitación de un hotel es la mejor idea que he tenido nunca.

»Tengo que buscar a otra».

28

Carmen Prado

Llegué a la comisaría a las once de la noche. Estaba agotada de todo el día, pero César me esperaba. Cinco minutos antes de llegar, le pedí que fuera trasladando al sospechoso a una sala de interrogatorios. Cuando llegué fui allí directa.

Abrí la puerta y me encontré a un chico, de aspecto más joven de lo que había imaginado. Su cara aniñada, pelo castaño claro, ojos azules y piel aterciopelada eran una buena máscara tras la que esconder su verdadero ser. Junto a él, un abogado de oficio esperando a ejercer su trabajo. De unos cincuenta años. El pelo que le faltaba en la coronilla lo compensaba con una tupida barba y unas cejas gruesas. Su voluminoso abdomen rozaba contra la mesa.

Estaban en silencio.

César se giró y me dedicó un guiño al oírme abrir la puerta. Yo permanecí impertérrita mientras volvía a centrar mi atención en Isaac Tomelloso.

—Ahora sí podemos empezar —le dijo César.

Tomé asiento y aguardé a que mi compañero tomase la palabra. Durante el trayecto de Cuenca a Burgos le llamé para que me contara lo que había sucedido. Creí conveniente que fuera él quien llevase las riendas del interrogatorio o, al menos, lo empezase.

—Sabemos que estuvo en la cárcel durante dos años —dijo César.

—¿Y qué?

—¿Acaso está buscando la forma de volver? ¿Sabe que agredir a un policía está penado por la ley?

—Sí. Lo sé.

—¿Por qué trató de huir?

—Yo qué sé. Creo que intuí que acabaría aquí. ¿Soy sospechoso de algo? ¿Tienen pruebas?

—Sabemos que agredió sexualmente a una niña de catorce años hace unos meses —afirmó mi compañero, aunque no había ninguna prueba para determinar que había sido él. El sospechoso guardó silencio—. ¿Qué estuvo haciendo la tarde-noche del pasado viernes 17 de julio?

—¿Me lo está preguntando en serio? Ni siquiera recuerdo lo que cené ayer.

—Sería conveniente que hiciera memoria. ¿Conoce a una niña llamada Anais García Huerta? Aquí tengo su fotografía.

Isaac mantuvo la vista en César.

—Sería conveniente que la mirase —le insistió.

Le echó un vistazo superficial.

—¿Tendría que conocerla?

—¿Nunca la había visto?

—Que yo sepa no.

—¿Y si le preguntamos a ella dirá lo mismo?

—Ella se puede inventar lo que le dé la gana, ¿no?

—Habrá que comprobarlo. Tendrá usted que pasar por una rueda de reconocimiento.

—No pueden hacer eso. ¿Pueden hacer eso? —le preguntó al abogado de oficio.

—Sí.

—De todas formas, si usted no ha hecho nada no tiene de qué preocuparse.

—¿Qué número de pie gasta, señor Tomelloso? —le pregunté, tomando el relevo en el interrogatorio.

Al sospechoso se le alzó una ceja.

—El cuarenta y dos. A veces el cuarenta y tres. ¿Por qué?

—¿Tiene usted vehículo propio?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué modelo?

—Un Seat Ibiza que me dio mi hermana cuando salí del trullo. Es muy viejo y lo iba a mandar al desguace, pero a mí me sirve.

—¿Ha estado alguna vez en el Desfiladero de los Tornos? —proseguí.

—No. ¿Ahí no es donde han encontrado el cuerpo de la niña esa?

—Veo que está al tanto.

—Como para no estarlo. Cada cinco minutos están hablando del tema por televisión.

—¿Y bien? —dejé que intuyera el resto de la pregunta.

—Y bien, ¿qué?

—¿Tiene usted algo que ver con la muerte de Anabel Mateo?

—¡¿Qué?! ¡¿Se ha vuelto loca?! —gritó haciendo un aspaviento.

Su abogado le pidió que mantuviese los modos mientras César y yo lo observamos en silencio.

—¡Están locos si creen que yo he tenido algo que ver con eso!

—No lo veo tan descabellado. Usted ya ha cumplido condena por agredir y abusar de una menor. Es más, probablemente estemos a punto de confirmar que lo ha vuelto a hacer. Así que, ¿dónde ve la locura?

—¿Nos va a contar lo que pasó? —incidió César.

—¿Cuándo? No. No voy a decir nada más.

César y yo nos miramos y fue como si nos leyéramos la mente.

Eché la silla hacia atrás y me puse de pie. Mi compañero hizo lo mismo.

—Entonces, ¿me puedo ir ya? —preguntó Isaac como si fuera un necio al que el procedimiento le pillaba de nuevas.

Caminé hasta la puerta ignorándole, dejando en manos de César la respuesta:

—No. Aún tiene que pasar la rueda de reconocimiento.

29

Carmen Prado

—¿Realmente tenemos algo? —le pregunté a César.

—Circunstanciales. El número de pie y que estaba libre en las fechas en las que las niñas fueron secuestradas y asesinadas. Pero nada más. Recuerda que en el caso de Alicia Carmona no se han podido conseguir muestras de ADN.

—Ya. Solo tenemos el que se pudo extraer del cuerpo de la segunda niña, Anabel Mateo. Me parece raro que en el primer cadáver no se encontrasen restos orgánicos, en el segundo sí y en el tercero de nuevo nada. ¿Por qué en el segundo sí? ¿Prisas?, ¿un despiste?, ¿confianza? Eso me hace pensar que… —Me quedé callada.

—¿Qué?

—¿Y si son dos? O, ¿y si la primera y la tercera niña han sido obra de un asesino y Anabel Mateo de otro?

—¿Volvemos a pensar en varios asesinos?

Lancé un suspiro sonoro.

—No. No lo sé. La lógica y la intuición me dicen que es un solo autor. El perfil criminal también sostiene lo mismo, pero… Francamente, creo que todavía no debemos descartar nada.

—No podemos tenerlo todo abierto y a medias.

—Sí. Lo sé. No digo que ampliemos el radio, sino que simplemente no lo acortemos.

—Más o menos es lo mismo.

Hizo una mueca de resignación.

—¿Llamamos a los padres de Anais para que traigan a su hija a la rueda de reconocimiento?

—Sí. Pero ya mañana. Ahora es muy tarde —afirmé al mirar la hora en la pantalla de mi móvil. Pasaban las doce y media de la noche.

—Si al menos confirmamos que Isaac fue el que abusó de Anais nos podemos dar por contentos.

—Sí. Estaría genial.

—En fin. Creo que va siendo hora de que nos vayamos a descansar un rato.

—Sí. Aunque, ahora que lo pienso, lo mismo me toca hacerlo en el coche. Se me ha olvidado llamar al hotel para decir que regresaba. Lo más seguro es que hayan recogido mis cosas y me las tengan guardadas.

—No. ¿No has hablado con la señora del hotel?

—No.

—Ah. Vale. Pues tranquila, sigues teniendo la misma habitación. Te fuiste sin recoger tus cosas, pero ella no ha tocado nada.

—¿Y eso?

—Me preguntó si ibas a volver y le dije que sí, entonces me dijo que no nos preocupáramos, que cuando volvieras tus cosas seguirían tal cual las dejaste.

—Tengo la cabeza en tantas partes que me había olvidado por completo del tema.

—¿Me tengo que preocupar? Nunca te había visto salir corriendo de un sitio dejándote tu equipaje por el camino.

—Ya. No. No te preocupes. Supongo que es el estrés, el cansancio acumulado y tener más historias de las recomendables en la cabeza. Por cierto, ¿has vuelto a hablar con tu hermano?

—No. Supongo que estará feliz disfrutando de su marido y la luna de miel.

—¿Dónde han ido al final?

—A Egipto. Desde que era pequeño llevo oyéndole decir que en algún momento de su vida tenía que viajar a Egipto, así que supongo que al final ha conseguido convencer a mi cuñado.

Sonrió.

—Bien. Que lo disfruten mientras puedan —solté sin pensar. César hizo una mueca de guasa.

Condujimos hasta el hotel donde nos hospedamos el día del hallazgo del cuerpo de Alicia Carmona. Me acerqué a la recepción para decirles que estaba de vuelta. La señora parecía feliz de volver a verme.

—¿No tienes hambre? —me preguntó mi compañero.

—Un poco, la verdad.

—Si quieren les podemos preparar algo rápido —se ofreció la mujer.

—¿Un bocadillo? —indagó César buscando el visto bueno de ambas.

—Por mí bien. Pero no se complique, cualquier cosa que encuentre por la cocina será suficiente.

—Tortilla de patatas, francesa, lomo a la plancha, embutidos…, lo que quieran. Sabemos que se están desviviendo por encontrar a ese hijo de satanás. Es lo menos que podemos hacer por ayudarles, alimentarles lo mejor que podamos. Es una pena no haberlo sabido antes, les habría guardado un par de platos de un guiso de rape con almejas que nos queda muy rico.

Le sonreí con amabilidad.

—Gracias. Con un bocadillo de tortilla francesa para mí será suficiente.

—Yo uno de lomo a la plancha. Y si tiene unas lonchas de queso para ponerle por encima lo bordará. Gracias.

—Seguro que sí.

La señora nos invitó a dejar nuestras cosas en la habitación y ponernos cómodos. Cuando bajamos al restaurante, estaba todo vacío, a excepción de un hombre en la barra tomando una copa en un vaso de tubo, supuse que un güisqui. La mujer nos tenía una mesa preparada, en cuanto nos sentamos, nos sacó unas aceitunas y unas empanadillas para picar.

Estaba agotada, tanto física como mentalmente. Cenamos en cuestión de minutos. Apenas hablamos. El sonido de la televisión ocupó el silencio entre mordisco y mordisco. Los ojos se me cerraban.

Un par de veces pillé a César observándome más de la cuenta. No quise preguntarle qué estaba pensando; si hubiera sido importante o algo que no se tratase del caso me lo hubiera dicho.

Al terminar subimos a nuestra habitación. De nuevo en silencio, como una pareja regañada. Me acordé de Fran. No tenía fuerzas para escribirle. Me sentí mal por no haberle hablado en todo el día.

«Supongo que es lo que tiene un matrimonio roto» pensé, tratando de restarle importancia.

—Hasta mañana —me dijo César, desde la puerta de enfrente.

—Que descanses.

Y en ese momento caí en algo que no había pensado hasta ese momento, sintiendo cómo me daba un vuelco el corazón. «Siempre hemos creído que secuestraba a las niñas de una en una, pero ¿y si estamos equivocados?».

Me giré buscando a mi compañero, que estaba a punto de cerrar su puerta.

—César. ¿Y si tiene a más niñas secuestradas?

30

Carmen Prado
Jueves, 29 de octubre de 2015

Un día más. Daba igual que entrase el sol por la ventana, que el cielo estuviera despejado y mostrase su azul más intenso y alegre, daba igual que nos desviviésemos por encontrar al asesino, daba igual que dejásemos a un lado nuestra vida personal en pro de la profesional, daba igual… Todo daba igual. No avanzábamos, y la sensación de que se nos escapaba el caso entre los dedos me hacía caer en una extraña dualidad donde mis esperanzas se mermaban a la vez que me insuflaban aliento para seguir luchando, para seguir buscando. Jamás me daría por vencida. Años atrás hice una promesa y la cumpliría.

A pesar de que había dormido prácticamente del tirón, aquella noche tuve muchos sueños. Todos giraban en torno a lo mismo: niñas desaparecidas. Todas ellas en manos del Quebrantahuesos. Todas ellas a punto de ser, entre otras cosas, deformadas por unos aparatos arcaicos de hierro.

Me estaba vistiendo cuando sonaron un par de golpes en la puerta de mi habitación.

Era César.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Pensaba bajar a desayunar algo. ¿Quieres que te espere?

—No. Ve adelantándote. Te veo en la comandancia, si no te importa. Tengo que llamar a Fran. Desde el sábado no hablo con él.

Hizo una mueca de asombro.

—Vaya. Vale. Pues…, eso significa que no piensas desayunar, así que, te cogeré algo, ¿vale? Ya te lo comerás allí.

Le sonreí con cariño. Aparte de atractivo, responsable y de ser

un compañero estupendo, me cuidaba como si fuéramos de la familia.

—Gracias, compañero.

—No las merecen, compañera. Sé que tú harías lo mismo por mí.

—Seguro.

—Bueno, pues luego te veo. Buena suerte.

—Gracias.

Cerré la puerta a la vez que se me escapaba un suspiro. De nuevo, sentí ganas de llorar. Me llevé un chicle de nicotina a la boca y llamé a Fran.

—Buenos días —saludé con voz de ultratumba.

—Buenos días. ¿Qué tal? Empezaba a estar preocupado. ¿Qué tal está yendo el caso? ¿Tenéis algún sospechoso?

—Me temo que todavía no. Ayer interrogamos a un pederasta que creemos que abusó hace unos meses de una cría de catorce años, pero nada más. ¿Y tú? ¿Qué tal?

—Trabajando. He aprovechado que no estabas para adelantar papeleo.

—Eso está bien.

—Y…

—¿Qué?

—¿Lo llevas bien?

—Lo mejor que puedo.

—Llevo varios días pensando, desde que te fuiste, que tal vez podríamos intentar ir a terapia de pareja.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y sonreí de medio lado.

—Me parece buena idea.

—Sí. Creo que…, se lo debemos. ¿No te parece?

Durante varios segundos no pude articular palabra. Fran tampoco dijo nada.

—Sí —respondí al fin. Tragué saliva y me sequé las mejillas—. En fin, debo marcharme.

—Atrapad a ese hijo de puta —dijo rabioso.

En ocasiones somos capaces de sentir a través de la distancia los sentimientos de otra persona; esa fue una de esas ocasiones. Aquellas palabras eran la voz de millones de españoles deseando que le pusiéramos fin a ese sinsentido macabro, que se hiciera justicia, aunque nadie pudiera devolverle a esos padres y familiares

a sus pequeñas, aunque nadie pudiera eliminar el sufrimiento y el miedo que esas niñas pasaron antes de morir, a pesar de que aquel malnacido no pagaría realmente por lo que había hecho. Percibí el sentimiento de injusticia, ese que llevaba persiguiéndonos también a nosotros desde hacía demasiado tiempo.

—Lo atraparemos.

Cuando llegué a la comandancia busqué a César. Una compañera me dijo que estaban en la sala donde se hacían las ruedas de reconocimiento, esperándome. Seguí sus instrucciones para llegar, atravesando medio edificio.

La puerta estaba abierta de par en par. César hablaba con el sargento Lorenzo Martín; podría reconocer su voz a una legua de distancia. En aquella zona no había ruido de compañeros trabajando, no había mesas, ni despachos, por lo que cuando estaba relativamente cerca empecé a distinguir de qué hablaban.

—… creo que hay cosas que te llevan toda una vida superarlas. —Era la voz de César.

Paré de andar y escuché.

—Sí. Es cierto. Había oído que había sufrido una pérdida, pero no sabía los detalles.

—No habla con nadie de ese tema. Muchos lo saben por las cosas que nos ha ido contando Nicolás. Ni siquiera yo, que soy el que más tiempo pasa a su lado, hablo con ella del accidente. Solo lo hicimos una vez, y fue hace tiempo. Se echaba la culpa y aún hoy sé que sigue echándosela.

—Entiendo que pueda pensarlo, pero un despiste lo tiene cualquiera. Su marido también podría haberla rescatado. Son accidentes. Desgraciados accidentes. Ella no podía saber que pasaría eso.

El corazón me bombeaba con fuerza dentro del pecho. De nuevo, se me nubló la vista.

—Estábamos trabajando en el caso de un hombre que había raptado a sus dos hijos. Había amenazado varias veces a su mujer con acabar con la vida de los pequeños. La niña de Carmen tenía siete años, igual que la hija pequeña de aquel matrimonio. Creo que su instinto de protección para con esas dos criaturas indefensas se despertó como si se trataran de sus propios hijos. Recibió una llamada de Nicolás y se alejó para contestarla. Lógicamente, no le

gustaba hablar de asuntos del trabajo delante de su hija, así que se fue dentro de la casa.

Las uñas de mis dedos se clavaban en las palmas de mis manos. Había escuchado suficiente. Recorrí los tres o cuatro metros que me faltaban hasta llegar a la sala. Las suelas de mis zapatillas amortiguaban el sonido de mis pasos. Inhalé con fuerza por la nariz mientras oía al sargento preguntarle a César:

—¿Y fue entonces cuando la niña se quedó sola?

—No —contesté desde el umbral de la puerta, sobresaltándolos. Ambos me miraron sin saber qué decir. Es posible que César sintiese que me había traicionado; nada más lejos de la realidad—. Fran, mi marido, se quedó con ella. Julia estaba fuera de la piscina. Le teníamos dicho que no se metiera en el agua sin estar su padre o yo presentes. Fran tuvo que entrar a casa a coger algo; también él estaba ultimando los detalles de un proyecto de su trabajo.

»Sé que mi marido le dijo a mi hija que se quedara afuera. Pero no hizo caso. Cuando llegué, diez minutos después de contestar la llamada, el cuerpo de mi hija flotaba bocabajo en mitad de la piscina. Al principio pensé que estaba jugando, pero cuando vi que no se movía… A un metro de distancia, también flotando, estaba una pelota con la que jugábamos dentro del agua. Debió caérsele y se metió a recogerla. Nadaba mal, pero… No entiendo cómo se ahogó. Cómo no pudimos oírla entrar o chapotear o llamarnos pidiendo auxilio.

El sargento agachó la mirada. Su gesto se apenó. César me observaba con una expresión calmada, transmitiéndome con sus dos grandes ojos castaños, que yo no había tenido la culpa de nada, aunque yo aún pensara lo contrario.

—De verdad que lo siento —dijo Martín.

—Gracias. Por salvar a dos niños perdí yo a la mía —resollé sarcástica—. En ese momento le prometí a mi hija que su vida no se perdería en vano. Lucharía con todas mis fuerzas por las vidas de otros seres inocentes.

—¿Conseguisteis detener al maltratador?

—Sí. Y devolver a los dos niños sanos y salvos a su madre. Aunque por desgracia, no siempre lo conseguimos.

—Sí. Por desgracia. No podemos ser infalibles, Carmen —expresó el sargento.

—Ya, pero deberíamos serlo.

No teníamos individuos suficientes con los que formalizar una rueda de reconocimiento, de modo que le pedimos a Anais que nos hablara del individuo que la engañó y abusó de ella. El padre se quedó fuera mientras que la madre permaneció en la sala acompañando a su hija, escuchando. Anais nos hizo una descripción detallada del sospechoso, incluso nos dio un detalle que anteriormente había pasado por alto: su agresor tenía una marca de nacimiento en la parte interior del muslo derecho, con forma de corazón, del tamaño de una moneda de dos euros y a unos diez centímetros de los genitales. Al enseñarle la fotografía de Isaac Tomelloso, Anais se puso blanca y luego se echó a llorar. «Es él», dijo. Comprobamos entonces la marca en su muslo, y coincidía con la descrita por la niña. Habíamos atrapado a un pederasta reincidente.

A partir de ahí, pedimos al juez una orden de registro para entrar en su domicilio y en su coche. En menos de dos horas la teníamos en nuestro poder. Ahora quedaba en manos de la Científica y el equipo de Informática hallar tantas pruebas incriminatorias como fuera posible para presentarlas en el juicio del que ya no se escaparía.

Aunque por momentos me resultaba absurdo, no podía sacarme de la cabeza un pensamiento: «¿Y si Isaac Tomelloso tiene algo que ver con la desaparición y la muerte de Lorena, Anabel y Alicia?».

31

Paloma Vera
29 de octubre de 2015

Paloma estaba convencida de que Carmen y su equipo aún no habían encontrado al pederasta de quien le estuvo hablando, de quien, incluso, le dio el nombre.

Su viaje a Cuenca para cubrir la noticia de la desaparición de Sofía Hernández fue de ida y vuelta. «No voy a estar perdiendo el tiempo aquí», pensó.

Cogió el teléfono y llamó a Carmen:

—Hola. ¿Qué tal va eso?

—Paloma. Hola.

—Me preguntaba si habéis localizado ya al tío ese del que te hablé. Elías Moreno.

—Tenemos una dirección, pero aún no lo hemos pillado en casa. No es una pista preferente ahora mismo. Pero tranquila, que lo entrevistaremos tarde o temprano.

—¿Tenía razón? ¿Es un tío chungo?

—Sí. Es un pederasta. Cumplió condena hace unos meses. Su abogado le consiguió un acuerdo, por lo que solo estuvo entre rejas quince meses.

—Ah… Me alegra haberos sido de ayuda.

—¿Qué quieres, Paloma? ¿Qué estás buscando?

—¿Me puedes dar su dirección?

—No.

—Vamos, Carmen. No seas así. Sabes que antes o después la voy a conseguir. Me ahorrarías mucho trabajo dándomela.

—No p…

—Además —prosiguió Paloma, interrumpiendo a la inspectora —, me debes un favor.

—¿Un favor, por qué?

—He conseguido que mi jefe no publique las fotos del cadáver de Alicia Carmona. Y no ha sido fácil convencerle.

—Ya. Un poco de ética y empatía nunca viene mal.

—Yo solo te digo que aún se lo está pensando, y si me das la dirección podré seguir haciendo el esfuerzo de retener esas macabras imágenes.

—No me gusta que me hables así, pero te la daré. —La inspectora no quiso preguntar para qué la quería.

—Gracias, inspectora.

—Apunta.

Paloma tenía preparado papel y bolígrafo. Anotó la dirección, sonriente. Una vez más, se había salido con la suya.

En esta ocasión acudió a la dirección ella sola, sin Fede, en la población Poza de la Sal, Burgos.

Buscó la calle indicada, correspondía a una casa baja y antigua, de piedra. Llamó al timbre, pero no le abrió nadie. Trató de ver algo a través de las ventanas, pero todas las persianas estaban bajadas.

«Pues vaya», pensó. Echó un vistazo a la calle, buscando si en las casas de al lado o enfrente vivía alguien. Fue puerta por puerta preguntando a los vecinos. Cinco de ellos le abrieron. En tres de ellos encontró recelo y desentendimiento, le cerraron la puerta con un «lo siento. Yo no sé nada» o «no, gracias. No quiero saber nada de ese ser» o «queremos olvidar lo que pasó. Lo siento». En los otros dos hogares encontró amabilidad y una cierta predisposición a hablar. En el primero, le dijeron que sospechaban de él, de sus pintas, de que nunca le habían visto con ninguna mujer y que miraba de forma extraña a los niños; sobre todo a las niñas. Que se habían enterado de que le metieron en la cárcel por abusar de una menor. Eso le confirmó a Paloma que hablaban del mismo tipo. Sin embargo, en cuanto Elías entró en la cárcel, dejaron de saber nada de él y de su madre, al parecer, su única familiar con vida.

Paloma tomaba notas mentales.

El quinto domicilio al que acudió fue como un panal de miel de romero. Le atendió un señor de unos setenta años. No se sorprendió cuando Paloma le preguntó por Elías, ni siquiera sintió rechazo. «¿Elías?, ¿el hijo de la Manoli? Claro que sé quién es», le dijo.

—¿Ha sabido algo de él en los últimos días? —le preguntó

Paloma.

—No, bonita. Hace cosa de un año y pico que no he vuelto a saber nada de él ni de su madre. Una mujer maravillosa.

—¿De su madre tampoco?

—No. Ya sabe cómo somos en los pueblos. Da igual que tú nunca hayas matado a una mosca. Cuando alguien de los tuyos sale torcido tachan a toda la familia, *tooodos* son malos, *tooodos* son demonios…

»Esa pobre mujer lo único que hizo mal fue darle todo lo que tenía al bandido de su hijo. Se quedó viuda cuando Elías tenía trece años. Aquello le causó una cosa en la cabeza que no superó nunca.

—¿Se quedó traumatizado?

—Sí. Como sea.

—¿Y qué ha sido de la madre de Elías?

—¿La Manoli? Se tuvo que ir de aquí. Todos en el pueblo la señalaban con el dedo. Aunque ninguno tenía huevos para decirle a la cara que su hijo era pura mierda. Empezaron a darle de lado, a acusarla de que cuando Elías saliera de la cárcel le volvería a acoger en su casa. Si estuviéramos en el siglo pasado le hubieran colgado de un mástil en mitad de la plaza del pueblo.

—¿Entonces, Manoli…?

—Se hartó y se fue.

—¿Y no sabrá dónde se marchó?

—No se lo dijo a nadie. Supongo que para intentar que se olvidaran de ella. Pero yo supongo que se fue a Oña.

—¿Oña?

—Sí. Un pueblo de por aquí cerca. Es más grande que esto. Su madre vivía allí. Tenían una casa. No sé si la seguirá teniendo. Aunque lo mismo está ya muerta.

Paloma lo miró con cara de extrañeza.

—Sí, bonita. La gente se muere. Esa mujer estaba muy delicada ya de la salud, y lo de su hijo no le ayudaba mucho que se diga. Pobrecita. Mi mujer, en paz descanse, se llevaba muy bien con ella. Realmente no es justo que la acusaran de lo que hacía su hijo, pero ya sabe.

—¿Sabe la dirección exacta? Me gustaría ir a verla.

—Ya le he dicho que lo más seguro es que esté muerta. ¿Y quién me has dicho que eres?

—Soy escritora. Estoy trabajando en una novela que habla de este tipo de injusticias —mintió, pensando que así tendría al menos una posibilidad de conseguir la dirección, si es que la tenía.

—Escritora. Bueno, pues espero que hagas una buena historia.

—Sí. Gracias.

—Yo creo… —Se llevó la mano al mentón y bajó la mirada al suelo. Se quedó pensando durante unos segundos—. Yo creo que sí. Mi mujer tenía su dirección, solo que tengo que buscarla. Y no te prometo nada. Pasa —dijo entrando a la casa.

Paloma entró y se quedó en el recibidor. El olor a naftalina se hizo más intenso. En las paredes había varios cuadros de bodegones, con los marcos oscuros y la pintura craquelada por el paso del tiempo. Debajo, varias macetas de aspecto rústico con plantas de varios tipos.

Al cabo de un rato el hombre regresó con un papel en la mano.

—Aquí la tienes, bonita.

Paloma se lo agradeció y se fue.

Quince minutos más tarde, entraba en Oña.

«De aquí no me voy sin dar con su paradero», se dijo.

32

Carmen Prado

Las nueve de la noche. De nuevo, de camino al hotel. Los hombros cargados. Los ojos pesados. El ánimo por los suelos. El apetito desvanecido.

Eché mano a la cajetilla de tabaco pensando que aún me quedaría uno, tal vez dos. Debí fumarme el último sin darme cuenta.

Estrangulé el paquete en una mano y lo tiré contra el suelo del coche. Y entonces me di cuenta de que no podía más. Los ojos se me llenaron de lágrimas, no porque no tuviese un cigarro que llevarme a la boca, sino porque había pasado casi un año y medio desde la muerte de mi hija y seguía como el primer día. Sí, hablaba de ella sin romper a llorar; iba al trabajo y mi mente conseguía volcar toda su atención en su cometido. Era eficiente. Era productiva. Pero mi hija seguía bajo tierra y a mí, de vez en cuando, se me olvidaba. Terminaba la jornada, satisfecha o no por los avances de una investigación y, automáticamente, se me despertaba el deseo de llamarla, de hablar unos minutos por teléfono con ella o de llegar a casa y achucharla hasta que me dijera «mamá, para, que me vas a asfixiar», como solía decir entre risas.

A mi mente le gustaba borrar el recuerdo de Julia flotando en el agua.

Antes de llegar al hotel me sequé las lágrimas. Palpé, por fuera del abrigo, sobre el bolsillo, la cajita metálica donde echaba las colillas. Empecé a fumar el día que perdí a mi hija. Antes de aquello, había sido fumadora social, y a Julia no le gustaba. «Mamá, hueles muy mal», me decía. Por eso evitaba hacerlo, y más, delante de ella.

—Si conseguimos atrapar al Quebrantahuesos antes de que otra niña muera, dejaré de fumar. Te lo prometo.

Me percaté de que César me esperaba junto a su coche, frente a la puerta del hotel.

—¿Con quién hablabas? —Su pregunta sonó inocente, mera curiosidad. Debió verme gesticular.

Resollé antes de contestarle.

—Le estaba haciendo una promesa a mi hija.

Pasé por delante de él. Se quedó paralizado, sin saber qué decir. Era evidente que se compadecía de mí. Lo esperé, sujetando la puerta.

—¿Cenamos? Puede que esta vez sí lleguemos a tiempo para comer algo un poco más elaborado.

Le sonreí, tratando de distender el ambiente.

—Claro.

Nos dirigimos al restaurante, pasando por delante de la recepción. Estaba vacía.

—Qué raro. Siempre hay alguien —señaló César.

—Estará echando una mano en el restaurante.

—Sí. Puede ser.

En efecto, el salón estaba más lleno de lo que nunca lo habíamos visto. Era la primera vez que llegábamos a una hora decente para cenar. Al vernos, la dueña nos hizo una señal para que aguardáramos un momento. Estaba limpiando una mesa que acababa de quedarse vacía.

Caminó hacia nosotros con paso enérgico, secándose las manos en el mandil anudado a su cintura.

—¿Quieren cenar algo? Es tarde. Ha debido ser un día largo.

—Sí. Gracias —contestó César mientras yo sonreía con amabilidad a la mujer.

—Aquí todo el pueblo sabe quiénes son, así que mejor que no estén muy a la vista. Pasen por aquí. Me encargaré de que cenen tranquilos.

—No se preocupe, no creo que vayan a importunarnos —respondí.

La señora ya caminaba por delante de nosotros, indicándonos el camino, pero me oyó.

—Bueno. Depende —dijo girando levemente la cabeza.

Arrugué el ceño y miré a César, quien me dedicó el mismo gesto de desconcierto.

—Esta tarde estuvo una señora en el hotel preguntando por ustedes —expuso al tiempo que separaba las sillas de la mesa para que nos sentásemos.

—¿Qué señora?

—Una que vive por aquí cerca. Es una anciana. Casi nunca habla con nadie, pero les estaba buscando.

—¿Y le ha dicho qué quería?

—No. Le dije que cuando volvieran al hotel se lo diría y que si les interesaba irían ustedes a verla a su casa cuando tuvieran tiempo. ¿He hecho bien?

—¿Sabe dónde vive?

—Por supuesto. A cinco calles de aquí. Me ha dicho que no se preocupen por la hora, que ya sea de noche, de madrugada, a mediodía o cuando sea, que pueden ir a hablar con ella. Que no se moverá de casa hasta que hable con ustedes. Que sabe algo que deben conocer.

33

Carmen Prado

¿Cómo íbamos a quedarnos a cenar sabiendo que una señora aseguraba tener información importante que debíamos conocer? Sí, podríamos habernos quedado e ir nada más terminar, pero sabía que se me habría indigestado hasta el agua.

Le dijimos a la tabernera que la cena tendría que esperar y aunque puso un gesto de «no hacía falta salir corriendo», no puso reparos. «Les guardaré la mesa, no se preocupen». «No se moleste. Si cuando volvamos tenemos que esperar un rato, lo haremos como cualquier otro cliente», le respondí.

Seguimos sus indicaciones hasta una casa de piedra de tres plantas. Aquella fachada parecía haber visto más de un centenar de inviernos, pero, al mismo tiempo, trasmitía la sensación de estar siendo conservada con mimo. En las ventanas tenía unas macetas con unas lustrosas flores rojas cayendo entre unas rejas verticales con una perfecta mano de pintura negra. A su vez, la puerta principal, de una madera oscura, tenía el aspecto de ser nueva, de buena calidad.

Tenía varias persianas sin bajar. De una de ellas, la más próxima a la puerta principal, salía luz del interior.

—Bueno, al menos no la vamos a sacar de la cama —bromeó César.

Llamó al timbre.

Se encendió la luz de la entrada.

Nos recibió una señora rayana en los ochenta años, de mirada despierta, alta, erguida, delgada y con el cabello completamente blanco. Salvo por esto último, tenía un aspecto distinto a lo que hubiera esperado.

—¿Son ustedes los inspectores? —preguntó nada más abrir la puerta.

—Buenas noches. Sí. Mi nombre es Carmen Prado. Este es mi compañero César Galán. Nos han dicho que…

—Sí, inspectores. Quería hablar con ustedes. Pasen. No se queden ahí fuera. Hace frío.

Era cierto, los nueve grados que hacían en el exterior invitaban a ir con un buen abrigo.

La seguimos hasta el salón. La mujer tenía encendida una chimenea que ocupaba una tercera parte de una de las paredes. Aunque me gustaba el calor, allí hacía demasiado, como una sofocante tarde de verano.

—Pueden sentarse. ¿Quieren que les prepare algo para cenar?

—No. No se preocupe. Solo hemos venido a escuchar lo que tiene que contarnos —le respondió César.

—Claro, claro. El deber es lo primero.

Se dirigió al sofá que tenía a menos de un metro de la chimenea. Me pareció asombroso que aguantase tanto calor sin inmutarse. Nosotros nos sentamos en el que estaba más alejado del fuego. Aun así, nos vimos obligados a quitarnos los abrigos.

—Pues… No sé cómo explicarles esto, pero estoy convencida de que lo que les voy a contar tiene algo que ver con lo que les está pasando a esas niñas.

—La escuchamos.

—Hace años, cuando yo era una chiquilla, mi abuela me contaba una historia cada vez que me portaba mal. De pequeña era un poco revoltosa, aunque no más que el resto de los niños de mi edad. Mi abuela era muy recta. Quería que me convirtiera en una señorita de provecho, obediente y educada. Fue ella quien me enseñó a leer y escribir antes de que empezara a ir al colegio.

»Bueno, el caso es que mi abuela me contó que hace muchos años, cuando ella aún era un bebé, desaparecieron varios niños.

—¿De qué año estamos hablando? —preguntó César.

—Sobre 1850.

No pude evitar que se me frunciese el ceño.

«Madre mía, la que nos espera».

Busqué las mejores palabras para no resultar maleducada:

—De eso hace mucho, señora…

—Iluminada. Pero pueden llamarme Luz.

Sonreí para mis adentros. «Buena adaptación».

—A mi abuela también le debo mi nombre. Era una mujer muy influyente y controladora, me temo.

—Disculpe que la interrumpa…, Luz, pero no sé qué relación pueden guardar unas desapariciones de unos niños de hace más de un siglo y medio.

—Ya. Eso me decía yo. Pero no es tan descabellado como pueda parecer. Los niños desaparecían. Eran robados a sus padres y vendidos a otras personas. A gente rica, creo. Sus familias originales jamás volvían a saber de ellos. Esta zona estaba llena de contrabandistas. Sé que hay cuadernos que hablan de ello. Deberían buscarlo para confirmar que es cierto.

—Sí, puede que fuera cierto, pero sigo sin ver qué relación puede haber con los asesinatos de Lorena, Anabel y Alicia.

—¿Relación? Yo se la diré, señora inspectora. Esos bandidos atravesaban el Desfiladero de Pancorbo para llevarse a esos niños robados al País Vasco o a Francia. Búsquelo. Ya verá como no les miento.

Me quedé callada y pensativa. Ella prosiguió.

—¿No es ahí, en el Desfiladero de Pancorbo donde apareció una de las niñas?

—Sí. Anabel Mateo.

—Claro. Ya lo sabía.

»Según recuerdo, mi abuela decía que aquel camino estaba desprotegido de la Guardia Civil, así que, los contrabandistas lo aprovechaban para llevar a cabo sus delitos, su tráfico ilegal de mercancías.

—De acuerdo. ¿Y sabe por qué vendían a los niños? —le preguntó César.

—No. No lo sé. Mi madre le pedía a mi abuela que se callara, para no asustarnos. Como ya les he dicho, mi abuela era muy recta. Cuando nos portábamos mal nos amenazaba a mis hermanos y a mí con llamar a esos bandidos para que nos llevasen con ellos, para que nos vendiesen.

—Me suena al Hombre del Saco —apunto mi compañero.

—Un cuento popular —apoyé.

—No, hija. Ya les estoy diciendo que esto no es ningún cuento. Búsquenlo y verán que no les miento.

34

Paloma Vera

Aparcó su coche ante la puerta de la casa de la madre de Elías Moreno. La seguridad con la que condujo hasta allí se desvaneció en cuanto oyó el timbre que su dedo acababa de pulsar. El sonido estridente, como el zumbido ofendido de un insecto, la sobresaltó.

«¿Y qué le vas a decir si te abre la puerta, que eres una periodista ambiciosa en busca de una exclusiva? Lo mismo te crees que te va a invitar amablemente a entrar.

»Sí. Claro. Y también te va a servir un café calentito mientras te enseña su colección de fotos de niños desnudos. O con los huesos rotos si de verdad es el Quebrantahuesos.

»Claro.

»Bueno, ya se me ocurrirá algo. Se me suele dar bien improvisar».

Inhaló por la nariz hasta hinchar su pecho antes de insistir.

Mientras esperaba a que alguien abriera, oteó a su alrededor, sobre todo las casas de los vecinos más próximos. Las persianas subidas. Las cortinas ocultando el interior de cada vivienda. En algunas, macetas; en otras, barrotes para, supuestamente, vivir más tranquilos. «Más les vale que nunca se vean obligados a tener que saltar por la ventana, porque sería imposible», pensó a la vez que imaginaba un fuego incontrolable en el interior de esos hogares desconfiados. Pese a que lo esperaba, no vio a nadie asomado ni mirando por las ventanas.

Tras esperar un par de minutos, examinó la fachada de la casa donde supuestamente se había estado escondiendo Elías Moreno desde que salió de la cárcel. «Una casa más», se dijo la periodista. Independiente. Ni muy alta ni muy baja. De dos plantas como las del montón. Fachada de yeso blanco, con la pintura gastada por el paso del tiempo, pero no desconchada como si estuviera

abandonada. Tejado de forma piramidal con tejas de color tostado. Persianas blancas, barandillas de color gris perla en las terrazas de la segunda planta. Sin rastro de vida vegetal en sus alféizares desnudos.

«¿De verdad esto es la casa de un pederasta que ha estado en la cárcel por agredir y violar a una niña hace poco más de dos años? Va a resultar que es cierto que las apariencias engañan. Bueno, según dijo el buen hombre de Poza de la sal, la madre es una persona decente y la casa es de ella, así que…».

Su dedo volvió a doblarse sobre el timbre.

«Aquí no hay nadie».

Las persianas de las habitaciones de la planta de arriba estaban a medio subir, no así las de la planta baja, que apenas mostraban los agujeros de entre las lamas.

—Bueno, pues habrá que pasar al plan B.

Se dirigió a la casa de enfrente. En esta ocasión solo tuvo que pulsar el timbre una vez. Le abrió un hombre de unos treinta y cinco años, vestido con un chándal de color gris, con gafas de pasta negra y una tupida cabellera peinada hacia un lado. Le resultó atractivo.

—Perdone que le interrumpa —se disculpó, dedicándole su sonrisa más seductora—. Estoy buscando a Elías Moreno. Me han dicho que vive en la casa de ahí enfrente.

El joven le echó un vistazo de arriba abajo antes de contestar.

—La verdad es que no lo sé. Alguna vez he visto a un tipo que entra y sale de ahí, pero hace mucho que no le veo, y tampoco sé cómo se llama.

—¿Se ha fijado… —continuó Paloma a la vez que desbloqueaba la pantalla de su móvil y le mostraba una fotografía de Elías—… si se parece a este? —El hombre miró con recelo a la periodista antes de satisfacer su demanda.

—Sí, es ese. ¿Puedo preguntar por qué le busca?

—Ah. Nada importante. Estoy buscándole porque quiero hablar con él. ¿Tú has tenido ocasión de hacerlo? —preguntó empezando a tutearle.

—No. Y no me interesa lo más mínimo. No… —Hizo una mueca de repulsa.

—¿Qué?

—No. Nada. En fin. ¿Ya? ¿Quiere algo más?

—No. Gracias. Así está bien.

Volvió a sonreírle con esmero, aunque él tenía cosas más apremiantes en las que pensar que en los flirteos de una desconocida.

«Debo cerciorarme de que ya no está aquí. Seguramente, haya recogido algunas cosas y se haya ido a esconder a algún sitio donde no le conozca nadie. Me jugaría medio sueldo a que este puerco psicópata tiene algo que ver con las muertes de las niñas».

Después de hablar con los vecinos de las demás casas próximas a la de Elías Moreno, pudo confirmar que su sospechoso llevaba algunos días sin aparecer por la casa.

«Está bien. Tendré que buscar un sitio donde pasar la noche».

Paseó por las calles colindantes. Tomó nota mental de que una de ellas daba a la parte trasera de las viviendas.

Tras dar varias vueltas por el pueblo, terminó haciendo una reserva en un hotel. Después de cenar, subió a su habitación. Pintura amarilla, cama individual con una colcha estampada de colores verdes y mostaza, carpintería color abedul oscurecido por el paso de los años… El olor a productos de desinfección le revolvió las tripas. Decidió abrir las ventanas para ventilar. «Mejor pasar frío que aguantar este tufo», pensó con la nariz arrugada, haciendo una mueca de asco.

Estuvo trabajando hasta que a la una de la madrugada decidió que había llegado el momento de regresar a la casa del pederasta.

Dejó el coche al final de la calle, aparcado en la única plaza de aparcamiento que encontró libre. Y caminó con discreción, tratando de no hacer ruido con sus pisadas, como un ladrón escondiéndose entre las sombras. El pelo recogido en un moño. La cabeza cubierta con un gorro negro. El cuello del abrigo subido hasta la barbilla.

Se dirigió a la puerta delantera. Un vistazo rápido a las fachadas colindantes. Todo tranquilo: persianas bajadas, luces apagadas, ausencia de sonidos de televisores.

Las ventanas de la casa de Elías seguían tal y como las vio horas antes. Agarró el pomo y trató de girarlo. «Lógico», pensó cuando vio que no se movía.

Otro vistazo fugaz. Apenas habían pasado unos segundos, pero el corazón le latía a mil por hora.

Subió los hombros, escondiendo su rostro.

Según caminaba, contó cuántas casas había hasta el final de la calle.

Dobló la esquina.

Cabizbaja, llegó a la parte trasera de las viviendas al tiempo que se ponía unos guantes de látex que previamente había guardado en uno de los bolsillos de su abrigo. Recordaba lo que había visto hacía unas horas: un patio trasero, una ventana abierta unos centímetros. «¿Y si no es la de Elías?».

Empezó a contar a la vez que recorría la calle paralela en sentido inverso.

Una.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Paró y miró la casa. La misma estructura de tejado inclinado. El mismo color claro, aunque oscurecido por la ausencia de luz. Las mismas barandillas grises.

«Es esta. No puede ser otra».

Se asomó una vez más, evitando los setos que lo resguardaban de las miradas indiscretas. La ventana mantenía la misma apertura de unos diez centímetros.

Comprobó que nadie la estuviera mirando y, luego, apoyando un pie en el muro de piedra y la mano en la barandilla metálica, dio un brinco para colarse.

Al caer al interior, pisó una maceta que no había visto, volcándola y derramando toda la tierra.

«¡Mierda!».

Se agachó y esperó agazapada contra el muro.

«Más te vale que no esté dentro, porque como esté se te va a caer el pelo, bonita».

Corrió hacia la ventana y la deslizó despacio, y esta chirrió como una gaviota reclamando un pedazo de comida. Apretando los dientes, como si eso fuera a evitar el ruido, terminó de abrir la ventana con un movimiento rápido. Miró a un lado y a otro. Por suerte, dentro del patio trasero de la vivienda y gracias a la altura de los arbustos, apenas podría verla nadie desde fuera. Sin embargo,

si Elías se encontraba en casa, sabría que alguien intentaba allanar su morada.

Reunió valor y se puso en pie. Apartó la cortina poco a poco, con el pulso inestable. Y entonces vio una sombra delante de ella que le heló la sangre.

«Mierda».

35

Carmen Prado

—¿Crees que se le ha ido la cabeza? —me preguntó César nada más salir de la casa de la anciana.

—No tiene pinta de ser una desquiciada ni tener demencia, pero…

—Entonces, ¿crees que deberíamos indagar en lo que nos ha contado?

—No me gusta descartar nada, ya lo sabes, pero creo que de momento lo vamos a dejar pendiente. Tenemos que atajar otras vías de investigación antes de zambullirnos en sucesos de hace un siglo y medio. ¿Te acuerdas de lo que te dije el otro día?

—¿El qué?

—Que no descarto que el asesino pueda tener a otras niñas. Sabemos que es despiadado y que no tiene ningún problema en desplazarse geográficamente. Nadie nos dice que no pueda tener a más de una niña retenida, y después de lo que nos ha dicho la anciana… Imagina que tenga a dos o tres más.

—¿Aparte de a Sofía, te refieres? —No parecía muy convencido de mi argumento.

—Sí, ¿por qué no?

—No. No. Si yo tampoco lo descarto. Me parecería raro, pero…

—Raro, ¿por qué?

—Por los intervalos en los que ha actuado hasta ahora. En julio de 2010 desapareció Lorena Castillo; fue encontrada en diciembre de ese mismo año. Anabel Mateo desapareció el 14 de enero de 2014. Apareció muerta el 19 abril de ese año, aunque sabemos que murió cinco días antes. Alicia Carmona desapareció en el intervalo entre que Anabel murió y se halló su cuerpo, el 17 de abril de 2014, y ha sido hallada muerta el 26 de octubre de este año. Sofía desapareció el 24 de octubre; volvería a cuadrar con el *modus*

operandi del asesino, en ese margen de tiempo entre la muerte de la niña anterior y el hallazgo de su cuerpo.

—Por lo que podemos establecer un patrón: secuestra a las niñas una vez que se le ha muerto su víctima anterior —deduje yo misma.

—Sí.

—Ya —mi voz sonó como un fiel eco de mi resignación—. Hasta ahora se han encontrado los cadáveres de las niñas varios días después a la fecha de sus muertes. ¿Crees que lo hace adrede?

—¿Para tener un margen en el que secuestrar a su siguiente víctima con un poco más de tranquilidad?

—Sí, algo así.

—Sí. Creo que es posible. Aunque a lo mejor ha sido un acto fortuito.

—Por eso no puedo descartar que tenga a otras niñas —me lamenté.

—Yo no lo veo tan claro como tú, pero me parece bien que lo investigues. Yo mañana seguiré con el listado de pederastas; aún me quedan demasiados engendros con los que hablar.

—De acuerdo.

—¿Cómo lo harás? Será como buscar una aguja en un pajar.

—Ya. No será fácil. Tendré que armarme de café y paciencia. Empezaré buscando a niñas de entre ocho y catorce años que hayan desaparecido desde el 2010, y a día de hoy sigan en paradero desconocido.

36

Paloma Vera

Se le había puesto el corazón en un puño. Fue al esconderse cuando se dio cuenta de que la sombra proyectada en la pared de enfrente era la suya propia. Se le dibujó una sonrisa nerviosa al tiempo que se apoyaba una mano en el pecho tratando de serenar su pulso.

Saltó al interior de la vivienda.

Se encontraba en el comedor. Una mesa grande con seis sillas rodeándola; un mueble de al menos cuatro metros de ancho; un televisor de tubo, que Paloma comparó mentalmente con las mesillas de noche que tenía en su habitación de hotel; un par de sofás, de dos y tres plazas, y varios cuadros de paisajes campestres.

Sin moverse del sitio, se quitó la mochila que llevaba a la espalda y sacó una pequeña cámara de vídeo y una linterna. Abrió la pantalla y pulsó el botón de grabar.

«Es hora de documentar lo que escondes aquí dentro».

Recorrió el pasillo de puntillas. Aún no estaba convencida de que no hubiera nadie en la vivienda. Fue asomándose a cada habitación. Cocina. Cuarto de baño. Cuarto de estar. Todo recogido y con aparente limpieza.

Subió las escaleras.

Las puertas estaban cerradas. A simple vista se veían cuatro.

Abrió la primera: el dormitorio principal. Sobre el cabecero de madera oscura: un crucifijo y dos ángeles a cada lado. Paseó la linterna para echar un vistazo general. La colcha, de raso rosa le recordó a la que tenía su anciana vecina cuando ella era pequeña e iba a visitarla con su madre, a pasar un rato con ella y tomar un café. Paloma recordó las regañinas que su madre le hacía a la anciana para que no le diera café. «Pero a la niña le gusta», se excusaba la mujer. «Pero solo tiene siete años», replicaba su madre. Paloma sonrió. «Le echo un dedito y ya. ¿Vale? ¿Cómo le vamos a

decir que no a la pobre?». «Y ahora soy una adicta a la cafeína», reconoció Paloma a la vez que capeaba un fuerte sentimiento de nostalgia.

Cerró la puerta de ese dormitorio y fue a averiguar qué había tras la siguiente. Encontró otro cuarto de baño. Una cortina de plástico, un cristal con dos luces, un armario blanco de pie, otro blanco bajo el lavabo. Antiguo, pero limpio.

Agarró el pomo de la tercera puerta e hizo el mismo movimiento lento y silencioso, como en las dos anteriores. Pero este no cedió. Volvió a probar, pero el pomo, redondo, apenas giró un milímetro. Retrocedió un paso y se quedó contemplando la puerta. Giró sobre sí misma, situándose frente a la cuarta y última puerta que quedaba sin abrir. Sus pies caminaron hasta donde sus ojos estaban fijos. Abrió sin dificultad. Ante ella apareció un cuarto con una cama individual, un armario de tres puertas y una mesilla. Cortinas tupidas y lámpara colgante de un par de bombillas. Ni cuadros, ni estanterías, ni fotografías. Solo el mobiliario. Se dirigió hacia el armario. Abrió una por una sus tres puertas. A simple vista no había nada sospechoso. Se giró y con su cámara de vídeo grabó una panorámica de la habitación. Miró la cama a través de la pantalla. Fue hasta ella y se acuclilló al lado. Alzó la colcha y alumbró debajo. Zapatos. Solo zapatos.

Se incorporó.

«En la otra habitación».

Apoyó la mochila en el suelo y sacó un estuche que llevaba siempre con ella. Revolvió el contenido hasta encontrar un clip. Tiró de uno de los extremos del alambre hasta enderezarlo. Recogió las cosas del suelo y se dirigió a la habitación que tenía la puerta cerrada.

Sujetó la linterna entre el hombro y su mandíbula.

Al tratar de meter el alambre por el orificio del pomo, se dio cuenta de que le temblaba el pulso.

«Venga, hombre…».

Su respiración era jadeante y entrecortada.

Notó una resistencia.

Apretó con el alambre.

El pomo permitió el giro.

Se guardó el clip en el bolsillo y cogió la cámara de vídeo del

suelo. Empujó la puerta a la vez que alumbraba con la linterna. El haz de luz se fue expandiendo hasta difuminarse en un gran círculo, mostrando el contorno de varios niños.

Se quedó paralizada. La respiración se le cortó. Los niños no se movían. Sintió miedo. No entendía qué estaba pasando. La luz vibraba generando las mismas ondas que su pulso espasmódico.

Solo, al ver que no se movían, fue cuando empezó a interpretar que aquello no eran niños, sino muñecos. Palpó la pared hasta dar con el interruptor de la luz. Una bombilla amarillenta iluminó la habitación permitiendo apreciar con claridad la colección de muñecos sexuales que Elías guardaba allí. Los había de varios tamaños representando distintas edades; algunos, vestidos; otros, desnudos; con forma de niño y de niña. Contó ocho a un lado del dormitorio, alineados uno al lado del otro, de cara a la pared, como si fueran niños castigados. Enfrente, una cama individual con una muñeca dentro y una mesa de escritorio pequeña. En el suelo, una regleta. Paloma interpretó que, sobre esa mesa, en algún momento debió haber un ordenador, el cual le sirvió para buscar material pornográfico con el que satisfacer sus perversiones.

Observó la muñeca que había dentro de la cama. Era tan real que daba grima. Le había bajado los párpados, como si durmiera y cubierto con una colcha. La periodista se acercó hasta ella y la descubrió, despacio, como si de verdad tuviera vida y no la quisiera despertar. Estaba desnuda, con una mano puesta en los genitales y con el otro brazo hacia arriba, en actitud receptiva, casi provocadora. Volvió a taparla antes de fijarse en unas fotografías que había pegadas frente al escritorio. Más de una decena de niños y niñas desnudos. Paloma sintió náuseas, pero continuó grabando.

—Será mejor que me vaya de aquí —susurró mirando a su alrededor. Pero su atención se posó en la cama, en los faldones de la colcha.

Fue hasta allí y miró debajo de la cama. Encontró una caja de cartón. Retiró la tapa. Dentro había un montón de ropa interior infantil que parecía haber sido usada y más fotografías. Cogió estas últimas y comenzó a pasarlas, alumbrándolas con la linterna. Al llegar a una se quedó paralizada. «Es ella». Se le nubló la vista al reconocerla. La impotencia y el miedo le recorrieron el cuerpo. No tuvo la menor duda. Estaba distinta a la última vez que la vio, pero

supo reconocer aquellos ojos vivarachos, los labios carnosos, el cabello rizado. Era la misma niña. Estaba haciendo un zum cuando oyó un ruido en la planta de abajo que la dejó sin respiración.

«Joder, tenía que haberme ido hace un buen rato».

Se colgó la cámara al cuello y empujó la caja debajo de la cama, donde la había encontrado. Buscó un lugar por donde escapar o esconderse. Las persianas estaban bajadas. Dirigió la vista a la cama. «No me pienso esconder ahí debajo. Tendré que salir». Sacó del bolsillo exterior de la mochila un pequeño espray de pimienta. En la mano izquierda la linterna, en la derecha el aerosol. De puntillas anduvo hasta la puerta.

El tintineo de unas llaves procedente de la puerta principal incrementó su ansiedad.

Salió de ese dormitorio dando un suave tirón de la puerta y fue de puntillas hasta la habitación principal, la que intuyó que sería de la madre de Elías.

«Dios quiera que no le dé por entrar aquí».

Se escondió detrás de la puerta. La persiana de esa habitación estaba a medio subir. Calculó mentalmente el espacio que quedaba. «Por ahí entro», se dijo a la vez que rezaba por no tener que recurrir a saltar por una ventana.

Un portazo le confirmó que había dejado de estar sola en casa. Apagó la linterna y la sostuvo contra el pecho. Su tórax subía y bajaba acelerado. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. «Tranquila, Paloma. Vas a salir de aquí sana y salva».

El sonido de unos pasos subiendo las escaleras.

Más pasos, cada vez más próximos.

El «clic» de una llave de la luz.

La respiración entrecortada de Paloma.

El dedo índice de la reportera apoyado sobre el pulsador del espray. Su brazo derecho alzado, orientado hacia la cara de un individuo imaginario algo más alto que ella. El cuello de su jersey cubriéndole la nariz y la boca.

Unos pasos cruzando por delante de la puerta. Alejándose.

Otro «clic» de una llave de la luz.

La tapa de la taza del váter chocando contra la cisterna.

«Ahora o nunca», se dijo.

Cogió el pomo y lo giró con determinación, pero sin hacer ruido.

Salió de la habitación mientras oía cómo la orina de Elías se mezclaba con el agua del retrete. Empezó a bajar los escalones de puntillas, lo más rápido que podía, hasta que la madera de la barandilla crujió y se quedó paralizada.

—¿Hay alguien ahí? —gritó una voz ronca desde la planta de arriba.

La micción se detuvo.

Paloma miró la puerta de la entrada que se encontraba a poco más de diez metros, sin saber qué hacer.

37

Carmen Prado
Viernes, 30 de octubre de 2015

Estaba aún en la habitación del hotel cuando telefoneé a Nicolás para ponerle al tanto de mis intenciones.

—Es muy temprano. ¿Va todo bien? —respondió con voz tomada. Eran las siete y media de la mañana.

—Sí.

—¿Qué pasa, entonces?

—Quiero descartar que pueda haber otras niñas en manos del presunto asesino de Lorena, Anabel y Alicia.

—¿Cómo? ¿Cómo pretendes averiguar eso?

—Sacando un listado de las niñas que hayan desaparecido desde el 2010 y a día de hoy sigan en paradero desconocido.

—Eso no demostraría que estén en manos del Quebrantahuesos. Además, no podemos estar perdiendo el tiempo de esa manera, Carmen. Tenemos a los de arriba apretándonos las tuercas todo el día. Deberíamos centrarnos en lo que tenemos y no ampliar aún más el marco de investigación —alegó, notablemente airado.

—¿Y qué quieres que haga, seguir hablando con la gente del pueblo? Eso ya lo están haciendo otros compañeros, igual que los informes de los vehículos todoterrenos robados o buscar a Isidro Hernández.

—¿Por qué no ayudas a César con el de los pederastas?

—¿De verdad crees que el asesino es un pederasta?

—No podemos descartarlo.

—Pues eso, que no podemos descartar nada.

Se hizo un largo silencio.

—¿Sigues ahí? —le pregunté.

—Sí. Estoy pensando. Está bien. Te doy tres días. Si no sacas

nada en claro, lo dejas y sigues buscando en otra parte.

—De acuerdo.

—Dios quiera que saques algo de provecho.

—Sí.

Para mi sorpresa, a primera hora de la mañana él mismo se puso en contacto con algunas comisarías para solicitarles copias de algunos expedientes que fue remitiéndome a lo largo del día. Aquel trabajo de búsqueda y coordinación entre las distintas comisarías de toda España dejó en evidencia la necesidad de centralizar dicha información y, creo que fue, en parte gracias a ese caso, cuando un par de años más tarde el Gobierno creó el Centro Nacional de Desaparecidos.

Mientras César iba y venía de un sitio a otro en busca de los pederastas de su listado, yo permanecí el día entero en la sala de reuniones de la comandancia de Burgos, cortesía de los compañeros de allí, sobre todo, del teniente coronel Baeza. Una mesa enorme que terminé empapelando con los expedientes que me iban llegando de los distintos puntos geográficos. Sin embargo, no me limité a preguntar por las niñas de entre ocho y catorce años que estaban desaparecidas, sino que también quise averiguar qué les había sucedido a las que habían vuelto a sus casas o habían sido halladas muertas.

Durante aquella jornada no me fumé ningún pitillo, pero acabé con dolor de mandíbula de tanto masticar chicles de nicotina.

—¿Qué, hoy te quedas a dormir aquí? —me preguntó César. Di un pequeño respingo.

—*Jo-der* —mascullé—. No te había oído entrar. ¿Llevas mucho ahí?

Alcé la vista y miré la ventana: se había hecho de noche.

—No, compañera. Todavía no me ha dado por espiarte.

—Estás más tonto…

Sonrió a la vez que apartaba una silla al otro lado de la mesa, enfrente de la mía. Se sentó despacio, como si estuviera cansado.

—¿Qué tal ha ido el día? —le pregunté.

Apoyó los codos sobre la mesa y escondió la cara entre sus manos. Empezó a hablar, aunque se le oía como si estuviera a varios metros de distancia.

—Una mierda. No hay cosa que más odie que hablar con esos

hijos de perra. Tendrías que verles la cara. Te miran como si nunca hubieran roto un plato.

—¿Has podido hablar entonces con alguno?

—Sí, con otros tres más.

—¿Y?

—En principio, los tres tienen coartada.

Sacó un papel del bolsillo y lo estiró encima de uno de los expedientes. Echó un vistazo a la mesa.

—Ya veo que has estado entretenida.

—Sí. Bastante.

—He hablado con: Tomás Gutiérrez Cabezo, Mateo Jiménez Álvarez, y Julio Ayuso Campoamor. El último acaba de cumplir dieciocho años. No sé ni para qué me he molestado en ir a verlo. Mateo y Julio estaban bastante asustados. Me han enseñado incluso sus casas. Y Julio no hacía más que repetir: «Yo no he hecho nada, agente, se lo juro».

—No le he visto en persona, pero no le creo capaz de haber matado a tres niñas, y menos él solo. ¿Qué años habría tenido cuando empezó a asesinar?, ¿catorce?, ¿trece?

—No. Yo tampoco lo creo capaz. Y el otro tampoco. Mateo.

—Francamente, ya te he comentado que no creo que ninguno de esos sea el asesino de las niñas.

—Pues yo te voy a contestar con tu frase preferida: no podemos descartar nada.

—Has venido gracioso, ¿no?

—No. La verdad es que estoy agotado. Hablar con estos individuos me consume la energía. Bueno, ¿y tú, has averiguado algo?

Se me escapó un suspiro derrotista.

—De momento hay dos casos que me llaman la atención. Uno es una niña de Huesca que desapareció hace dos días. Se llama Elsa Pérez Muñoz. La denuncia tiene fecha del 26 de octubre de 2015. Había quedado con dos amigas para ir al cine, el día del espectador, para que les saliese más económico. A las nueve tenía que estar de vuelta en casa, pero no regresó. A las once de la noche, los padres fueron a la comisaría para poner la denuncia. Las tres amigas que iban con ella aseguran que la dejaron a un par de calles de su casa. Y desde entonces, ni rastro.

—¿Y la otra?

—Sí. La segunda niña tiene nueve años. Es de Alcira. La familia vive en un barrio gitano. Desapareció el 28 de octubre de 2015. Se llama Candela Barrios del Monte. Los padres aseguran que se fue a jugar con otros niños y que se asustaron al ver que se hacía de noche y no regresaba.

—Es raro que no hayan salido ninguna de las dos en los medios de comunicación. Seguramente tu amiga no se ha enterado todavía.

—¿Paloma? No, lo más seguro es que esté entretenida metiendo las narices en alguna otra noticia más morbosa.

De pronto sonó el teléfono de César. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Es Nicolás.

Pensé dónde había dejado yo el mío. Mientras César contestaba, rebusqué entre los papeles.

—Buenas tardes. Sí. Está conmigo.

—Me he quedado sin batería —dije, comprobando que estaba apagado.

—Te ha estado llamando —continuó César—. Sí, un momento, que pongo el manos libres.

—Nicolás… —dije a modo de saludo.

Hacía un par de horas que había hablado con él para comentarle mis inquietudes en cuanto a la niña desaparecida en Huesca, Elsa Pérez Muñoz. Me prometió hablar con la comisaría de Huesca para recabar toda la información posible en torno a ese expediente. Supuse que estaría llamando por eso.

—Carmen, verás que te he llamado un par de veces. Pero mejor que estéis juntos, así me ahorro contar lo mismo dos veces.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por la niña de Huesca?

—No, pero tenemos novedades. Los compañeros de Cuenca han encontrado a un testigo ocular.

38

Carmen Prado

Después de tanto tiempo, al fin tuve la sensación de que estábamos avanzando. Por fin una buena noticia.

—¿Un testigo ocular? ¿Y qué ha visto? —demandé agitada. César también preguntó algo, pero ni siquiera le escuché.

—Nuestro testigo es un chaval de catorce años llamado Pedro Camino Martín. Tiene una hermana que va a la misma clase que Sofía Hernández. A veces se acerca para ir a buscarla porque se lo piden sus padres, aunque en confidencia nos ha dicho que no le importa hacerlo porque así se queda un rato con los demás críos charlando, jugando o lo que se les antoja. Asegura que vio a las tres niñas caminando juntas, como muchos otros días. Su hermana antes se juntaba con ellas, por eso las conoce. Le llamó la atención la presencia de un vehículo de gran tamaño aparcado al final del camino que solía recorrer Sofía una vez se separaba de sus dos amigas.

—Yo estuve hablando con algunos niños y todos me dijeron que no habían visto nada raro —comenté.

—Pues este sí lo vio.

—¿Y qué fue lo que le llamó la atención? —preguntó César.

—Dice que el hombre llegó, paró, se quedó un minuto sin salir del coche. Luego se apeó y se apoyó en el capó durante un rato. Asegura que las seguía con la mirada como si las conociera. Cuando Sofía se alejó de sus amigas, el hombre regresó al interior del coche. Pero no arrancó. Dice que fue entonces cuando dejó de mirarle, pero cuando volvió a mirar, el coche ya no estaba y Sofía tampoco. Asegura que es imposible que Sofía hubiera recorrido todo el trayecto en tan poco tiempo.

—¿Pudo ver la matrícula? —pregunté.

—No. Estaba demasiado lejos.

—¿Y el modelo o la marca del vehículo? —prosiguió César.

—No exactamente. Pero asegura que si se le enseña una fotografía sabrá decirnos si era el que vio o no.

—¿Qué sabemos del listado de los posibles todoterrenos robados?

—Ya lo he reclamado. Creo que mañana a primera hora podremos tenerlo.

Deseé gritar el estrés que sin darme cuenta se me había ido acumulando, pero en su lugar sentí cómo se me apretaban los puños y los dientes. «Esta vez no vamos a dejar que ese maldito psicópata se nos escape».

—Es tarde. Idos a descansar. Mañana promete ser un día largo.

—Qué descanses —le dije.

—Igualmente.

Llegamos al hotel. «Creo que me voy a dar un buen baño caliente», le dije a César frente a la puerta de nuestras respectivas habitaciones. «Suena bien», contestó sonriendo, «tal vez haga lo mismo. ¿Quieres que te espere para cenar?». No me apetecía, pero después del día que habíamos tenido, consideré que nos vendría bien a ambos compartir un rato charlando de otra cosa que no fuera el trabajo. Miré mi reloj de pulsera. Las ocho y veintitrés. «Vale. ¿A las nueve y media te parece bien?». Comprobó la hora en su móvil. «Genial. Te espero aquí y bajamos juntos. Que disfrutes del baño». «Gracias».

Me desnudé distraída. La nube de vapor que se fue creando delataba la temperatura del agua. Metí los dedos de la mano y sentí un calor punzante. No me importó. Me apoyé en la pared y comencé a sumergir un pie. Inhalé pausada, aguantando el dolor. La piel se me enrojeció. Pero continué hundiendo cada centímetro de mi cuerpo hasta sentarme y, más tarde, tumbarme. Me mojé la cara. El pelo. Cerré los ojos y traté de dejar la mente en blanco. Sin embargo, la imagen de Alicia llegó a mis recuerdos como una manada de caballos desbocada.

«Tres niñas muertas y aún no hemos conseguido atrapar al asesino.

»¿Y la pobre Sofía? Seguro que la tiene él. O a la niña de Huesca, Elsa Pérez. Podría tener a cualquiera de las dos. O a las dos. O a las tres. ¿Y si tiene también a la niña de Alcira, Candela

Barrios?».

Suspiré.

«Dame fuerzas, hija.

»Debería haber puesto el móvil a cargar.

»¿Y Fran? ¿Qué estará haciendo? Podría haberle llamado.

»Imagino lo que me dirá César cuando le diga que Fran me ha propuesto ir a terapia de pareja: “Deberías estar contenta, ¿no? ¿No era eso lo que querías?”. Sí. Me dirá eso exactamente. Y sí, creía que eso era lo que quería, pero ahora no estoy tan convencida.

»No sé cómo no me fui de casa. ¿Por Julia? Estando muerta qué más le daba a ella. Ahora no voy a pensar en eso.

»Ahora no».

Antes de bajar a cenar dejé el móvil cargando. Ni siquiera me molesté en encenderlo.

39

César Galán

Mientras Carmen se daba un baño de espuma, yo salí a correr media hora. Hacía frío, pero cuando uno acumula tanta rabia dentro el fuego interno te mantiene caliente.

No llevábamos en Cigüenza ni una semana, pero tenía la sensación de conocerlo de toda la vida. Era un pueblo pequeño, tranquilo y rodeado de vegetación. Como la mayoría de los sitios, de noche adquiría un encanto especial. Atravesé el pueblo en dirección a la carretera secundaria de Cigüenza, de donde surgían un par de caminos de tierra que estuve ojeando en el Google Maps antes de salir del hotel. «Tiene que ser por aquí», me dije, aunque en realidad no sabía hacia dónde me dirigía. La luz de las farolas se fue disipando hasta que la única que me iluminaba era la luna, que esa noche se alzaba sobre el pueblo con una circunferencia casi llena. El sendero elegido me condujo hasta una zona arbolada relajante. Me di cuenta de que corría en paralelo al río Nela. Cuanto más me adentraba más impetuoso resultaba el cántico de los grillos. Parecían querer silenciar el sonido de mis zancadas. Era placentero, tanto o más que el aroma a pinos y encinas que inundaba mi olfato.

Durante media hora conseguí olvidarme del caso, de los pederastas, de las niñas asesinadas, de las niñas desaparecidas, del trabajo pendiente, de lo vana y mecánica que era mi vida… Me olvidé de buena parte de las cosas que ocupaban mi mente a diario. Sin embargo, de lo que no me pude olvidar fue de mi compañera, de su deprimente y hastiada vida, de su pena autodestructiva. Yo no tenía ninguna culpa, pero de algún modo me sentía responsable. Lo que vi o dejé de ver aquel día podría haber supuesto para ella otra realidad, incluso para su hija. Pero ¿quién dice que tomando otro camino no llegarás al mismo final? Creo que hay cosas que no se pueden evitar, que tal vez con algunas decisiones puedas modificar

los tiempos, las circunstancias o las formas; pero la última palabra siempre va a ser la misma. Solo hay un final.

Mientras mi respiración se volvía jadeante y rítmica, recordé ese día, esa tarde en la que estando en casa de Carmen entré en el despacho de Fran para avisarle de que su mujer lo estaba buscando. Iban a sacar la tarta de cumpleaños. Carmen o, más bien, la hermana de Fran, había organizado una fiesta de cumpleaños para él en la que invitaron a algunos amigos, familiares y compañeros del trabajo; entre ellos, a mí.

—Haz el favor de venir, porque mi hermana no estará y yo no me llevo especialmente bien con mi cuñada —me pidió Carmen, en un tono casi suplicante—. Me parece la típica estúpida mal criada a la que sus papis le han dado todo y no sabe valorar una mierda. No la aguanto.

—Si me lo pides así, cancelaré todos mis planes, mujer.

Me dedicó una mirada de guasa, alzando una ceja.

—¿De verdad tenías planes? —preguntó algo escéptica.

—Sabes que no. Te lo hubiera dicho. Además, llevas dos semanas dándome la murga para que no haga planes para el sábado.

—¿En serio he estado tan pesada?

—«Tan» es quedarse corto —respondí riendo—. Pero me gusta dejarte hablar y hablar como esas niñas pequeñas que piden y lloriquean hasta que se salen con la suya.

—Oh, sí. Julia a veces se pone así. Y eso que solo tiene ocho años. Cuando tenga cuatro o cinco más, yo no sé qué va a ser de mí —bromeó llevándose una mano a la cara.

—Pues ya sabes a quién ha salido.

Puso los ojos en blanco y sonrió feliz, porque aún lo era, porque ignoraba que su vida iba a desmoronarse en apenas unos días.

Ese sábado fue la fiesta de cumpleaños de Fran. Cuando entré al despacho le encontré recostado en el sillón de su escritorio. A su lado, de pie, se encontraba una compañera de su trabajo. Lo que mis ojos interpretaron fue a un hombre con una erección entre las piernas y a una mujer con una mano por dentro de su blusa tocándose un pecho. Cuando abrí, sin llamar —cosa que, no sé por qué, la intuición me empujó a hacer adrede—, los dos dieron un respingo. La mano de ella salió de entre la tela para fingir que se

colocaba la blusa y él cruzó las piernas al tiempo que su tez morena se volvía pálida y brillante a causa del sudor. Mis ojos presenciaron eso y mi mente interpretó el resto: Fran le estaba siendo infiel a Carmen. No hacía falta ser policía para saberlo. Lo que no sabía ni quería averiguar era desde cuándo se lo era.

«Carmen te está buscando», le dije, cumpliendo con mi labor de recadero. Me giré y me fui. Podría haberle dicho a Carmen lo que vi, pero no consideré que tuviera que ser yo el dador de ciertas noticias y, menos, en aquel momento. Confié en que, no tardando mucho, Fran se lo dijera. A fin de cuentas, no existía ningún acuerdo tácito en el que yo tuviera que cubrirle las espaldas a un adúltero, menos aún, siendo Carmen mi compañera y amiga.

A lo largo de los siguientes seis días Fran no le confesó su infidelidad. Y al séptimo, su hija se ahogó en la piscina de su casa.

En cuanto me enteré de la tragedia pensé que aquello terminaría de separarlos. Pero me equivoqué. Había pasado un año y varios meses del accidente y ellos seguían alargando la situación. Ella infeliz. Discusiones. Depresión. Culpa. Rabia. Apenas se hablaban. Conociendo a Carmen: segura, decidida, valiente, fuerte…, no entendía por qué seguía dilatando la situación.

Llegué al hotel. Al pasar por delante de la habitación de Carmen me pregunté si no debía haberle dicho lo que vi; ocasiones había tenido unas cuantas. «De estar en su pellejo, yo querría saberlo».

—¿Qué tal? ¿Al final te has dado un baño relajante?

—Sí. Me ha sentado de maravilla.

Bajamos al restaurante del hotel.

—Estoy pensando que si vamos a estar aquí muchos días podría ser interesante visitar otros sitios para cenar —propuse. Aunque tampoco sabía dónde encontrar opciones. Había tenido suerte de encontrar ese hotel con restaurante, el único por la zona. Para encontrar alternativas, lo más probable era que tuviéramos que coger el coche.

—Francamente, no me apetece estar pensando en otros sitios. Suficiente tengo con llegar después del trabajo y tener que meterme en una habitación de hotel que solo me despierta sensaciones de pena y añoranza.

—Las habitaciones están bien. Están limpias y son bonitas, pero la verdad es que no levanta el ánimo, no. Supongo que da igual el

sitio donde estemos alojados. El mal rollo lo llevamos por dentro y nos acompaña a cualquier parte.

—¿Somos tóxicos? —Su pregunta sonó sincera y profunda. Preocupada.

—Hombre, pues…, la alegría de la huerta desde luego no somos.

Se echó a reír. Hacía tiempo que no la veía hacerlo.

Nuestra anfitriona nos tenía reservada la mesa de la noche anterior. En esa ocasión nos sirvió empanada de pisto con atún y un pescado a la plancha con guarnición de ensalada. «Yo quiero una copa de vino», le pidió Carmen. La observé con una ceja alzada. Nunca bebía. «Otra para mí». A lo largo de la cena nos bebimos un par de copas cada uno. Yo no noté ningún efecto, pero a mi compañera se le cerraban los ojos. «El vino me da mucho sueño», dijo apoyando el codo sobre la mesa, esperando los postres.

—Dormirás bien esta noche.

—Eso espero. No hago más que tener sueños raros de niñas flotando bocabajo y cosas así. Estoy harta y cansada. Cuando acabe este caso creo que voy a ir a terapia.

—A veces viene bien.

—Sí. A veces. Por cierto. ¿Te he dicho que Fran quiere que vayamos a terapia de pareja?

«¿La oportunidad perfecta para confesar? No sé si es el mejor momento. Y si no, ¿cuándo?», pensé en una fracción de segundo. Por suerte, no me dio tiempo a contestar.

—Le dije que sí, pero creo que cuando llegue a casa le voy a decir que no quiero ir. He estado tanto tiempo creyendo que quería arreglar lo que quedaba de nuestro matrimonio, que he estado a punto de engañarme a mí misma. Estoy cansada. Necesito un descanso. Olvidarme de todo. Pasar página. Antes de que muriera Julia, durante mucho tiempo nos pasábamos la vida discutiendo. Nos esforzábamos por ella. Y luego, de repente, las discusiones bajaron. Caímos en la indiferencia. Creo que no hay nada peor que la indiferencia, hacer como que todo te importa un pito mientras por dentro te consumes de dolor, pena y rabia. No voy a seguir así toda la vida. Se lo debo a mi hija. Aunque no está viva, sé que sigue cerca. Era una cría, pero… Bueno. No sé cómo explicarlo.

—Inténtalo.

—Tengo la sensación de que, si Julia hubiera vivido hasta el

punto de convertirse en adulta, ella misma me habría aconsejado que dejase de luchar por un amor acabado.

—Yo estoy convencido de ello. Tu hija querría que fueras feliz.

Sus ojos mostraron la añoranza que sentía por su pequeña.

—Gracias. Contigo es fácil hablar.

Y de nuevo el sentimiento de culpa. A la vista quedaba que para mí no era tan sencillo sincerarme.

40

Paloma Vera
Unas horas antes

Jamás había sentido tanto miedo, menos aún, temido por su vida. Durante un segundo su cuerpo se quedó paralizado, igual que su corazón. «Tengo que salir de aquí cagando hostias». Bajó el siguiente escalón temiendo que en cualquier momento Elías apareciera en lo alto de las escaleras, que la descubriera y la mirase de la forma en la que mira un sádico asesino como él a su siguiente víctima: con deseo, excitación y ansia. Su siguiente paso no generó ningún crujido. Tampoco el siguiente. Ni el de después. Se agarraba al pasamanos rezando no volver a oír la voz de Elías. El corazón le bombeaba tan fuerte que incluso percibía sus latidos en el interior de sus oídos.

Un sonido en la planta de arriba, como el de la tapa del retrete bajándose.

Otro sobresalto.

Deseó salir corriendo, pero no lo hizo. Dio un paso más. Y luego otro.

De nuevo un sonido: la cisterna descargando; seguido por la recarga automática.

Cinco escalones.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

El primer pie en la planta baja.

Una inhalación entrecortada.

La vista nublada. La mandíbula apretada. Los músculos contraídos.

Chirrido de un toallero en la planta superior.

Paloma a dos pasos de la puerta.

Elías apagando la luz del cuarto de baño.

La mano de Paloma sobre el pomo, girándolo, rezando. Abriendo la puerta.

La luz del pasillo encendiéndose.

Un pie fuera de la casa.

La zapatilla de Elías pisando el primer escalón para bajar a la planta de abajo.

La puerta cerrándose. Un «clack» suave, apenas audible, que para Paloma sonó como el clonk de una campana.

41

Carmen Prado
Sábado, 31 de octubre de 2015

Me sentía agotada y sin ganas de nada. Me quité la ropa y me senté en un extremo de la cama. Desde allí vi el móvil sobre la mesilla, cargando. No me molesté en cogerlo y encenderlo. «¿Para qué?», me dije. «Si llama Nicolás para algo urgente, puede localizarme a través de César. El resto… ¿Qué resto? No creo que nadie necesite nada, y menos, que no pueda esperar. En media hora lo desenchufo».

Tuve ganas de abrir la ventana y encenderme un pitillo. Pero no lo hice. Tampoco estaba segura de si me quedaba alguna cajetilla en la maleta. Me quedé pensativa, recostada sobre la cama.

El vino hizo que me durmiera antes de lo imaginado. Esa noche por fin descansé. Si soñé con algo agradable o tuve pesadillas, al día siguiente no lo recordaba.

Seguía en la cama cuando oí un par de golpes en la puerta de mi habitación. Era César. Como de costumbre, bajaba a desayunar. «¿Hoy vienes o te cojo algo para el camino como estos días?». «Cógeme algo; lo que quieras. Luego te lo pago». «Como mandes, jefa». «No soy tu jefa». «Bueno, en términos prácticos estás un escalón por encima de mí, así que… Pero tranquila. No me importa tenerte por encima». Sonriente, levantó un par de veces rápido las cejas y se marchó.

«Joder», pensé derrotista. El móvil aún seguía cargando. Cuando lo cogí estaba caliente, como si lo hubiera metido en un horno.

Dejé que se encendiera mientras terminaba de acicalarme. Desde el cuarto de baño oía los pitiditos de los mensajes que no había visto.

—¿Cinco llamadas perdidas?

Dos correspondían a Nicolás; las tres restantes a Paloma Vera.

Miré el WhatsApp. Además de ellos me había escrito mi hermana y Fran. «¿Qué pasa, se han puesto de acuerdo o qué?». Empecé por el de mi hermana, saltándome el orden de llegada.

Olga:

18:53 Hola. ¿Qué tal todo?

18:53 Hace mucho que no hablamos. Nosotros todo bien.

18:54 Cuando tengas un rato, si quieres me llamas.

Le respondí: «Hola. Todo bien. Mucho trabajo. Ya habrás oído las noticias. Pero bueno, espero que lo atrapemos pronto. Cuando pueda te llamo. Un besazo para todos».

Siguiente mensaje.

Fran:

15:13 ¿Qué tal? Acabo de parar para comer. Estoy ilusionado con lo de la terapia.

15:13 Que tengas buen día.

15:13 Besos.

Se me dibujó una mueca de hastío. «¿De verdad estará ilusionado o le pasará como a mí, que sigue tratando de convencerse?».

Respondí sin ninguna gana: «Acabo de ver tu mensaje. Me quedé sin batería. Sí, yo también pienso en lo que hablamos. Que tengas buen día. Besos».

Nicolás:

19:13 Te estoy llamando. Es urgente.

19:24 Olvídalo. Llamo a César.

Lo ignoré y abrí el último.

Paloma Vera:

18:41 Hola. Tenemos que hablar.

20:11 Ahora me salta tu buzón de voz. Es importante que hablemos. No es ninguna tontería.

23:04 Sigues con el móvil apagado.

23:04 He encontrado a Elías Moreno.

23:04 Llámame.

23:05 Da igual la hora. Tú, llámame.

La llamé de inmediato. Descolgó antes de que diera el segundo tono.

—Ya era hora, joder. Como para unas prisas —respondió alterada.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Sí. Estoy bien. He tenido suerte. —Esperé a que siguiera—. Ya sabes que te pedí la dirección de Elías Moreno.

—Sí.

—Pues te lo resumo: fui a la dirección que me diste y allí, un vecino me dio otra dirección de la madre de Elías, en un pueblo llamado Oña.

—¿Y lo has encontrado?

—¿Que no has visto los mensajes? Sí, lo he encontrado y un poco más y soy la siguiente de su lista.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que me colé en su casa y casi me pilla.

—¿Qué? ¿Sabes que eso es un delito?

—Claro que lo sé. Pero también sé que tú no me vas a delatar, porque lo voy a contarte salda cualquier hipotético delito que haya cometido —alegó convencida, restándole importancia—. Escúchame. Ese tío está tarado.

—Eso ya lo sabíamos.

—No. Me refiero a que creo que él es el Quebrantahuesos.

—¿Por qué? ¿En qué te basas?

—Cuando entré en su casa encontré una habitación con muñecos sexuales con apariencia de niños. Debajo de la cama encontré una caja con un mogollón de fotos y recortes de niñas y niños. Una de las fotos era de Alicia Carmona. ¿Entiendes? Y tenía una muñeca vestida de la misma manera que iba Alicia cuando le tomaron la fotografía, la que ruló en los informativos. ¿Ves por dónde voy?

—Tendrás que darme esa dirección. ¿En Oña, has dicho?

—Sí. Ahora te la envío.

—De todas formas, con eso no podemos detenerle, y el juez

tampoco nos va a dar una orden de registro. ¿No tienes nada más? Necesitaremos alguna prueba en la que sustentar la petición.

—No. Salvo el vídeo y las fotos que puedo enviarte, no. No tengo nada más.

—¿Fotos y vídeos?

—¡Nah! Eso son cosas mías.

—Pues va a ser complicado.

—¿Tú sabes dónde está Oña?

—No. ¿Por qué?

—Porque si no me equivoco, el cuerpo de Anabel Mateo Ruiz apareció en el Desfiladero de Pancorbo, y el de Alicia Carmona Roble en el Desfiladero de los Tornos, ¿no?

—Sí. Es correcto.

—Pues puede que al juez le interese saber que Oña está a medio camino entre ambos desfiladeros.

42

Carmen Prado

Llegamos a la comisaría; esta vez cogimos solo mi coche. Mientras yo conducía, César llamó a Nicolás. Les puse al tanto de lo que me había contado Paloma Vera.

—Ha allanado un domicilio —repuso Nicolás cuando terminé de hablar.

—Creo que eso ahora no debería ser lo que más nos preocupe —le respondió César.

—¡Sí, sí lo es! ¡La muy estúpida no solo se ha metido en el domicilio de un pederasta, sino que encima no sabe si el sospechoso la ha visto! ¿Sabéis lo que podría suponer eso? Que cuando vayamos ya no esté en el domicilio o que haya vaciado el cuarto donde estaban todas esas posibles pruebas.

—Ella me ha dicho que cuando estaba en el cuarto de los muñecos sexuales, oyó que entraba alguien en la casa. En cuanto tuvo ocasión, corrió escaleras abajo. Debió oír algo, porque Paloma me ha dicho que Elías gritó desde el cuarto de baño: «¡¿Hay alguien ahí?!», pero que después no pasó nada. Asegura que salió de la casa sin hacer ruido, que se escondió detrás de un coche y se quedó un buen rato a comprobar que no la seguía.

—Si eso es cierto puede que tengamos una oportunidad. Tal vez deberías volver a hablar con ella para confirmar que no te ha mentido. Malditos periodistas…

Se hizo un silencio más largo de lo normal, que yo misma interrumpí:

—Deberíamos comprobar si Elías Moreno Díaz tiene un vehículo todoterreno a su nombre.

—Antes de que me llamarais he visto que me ha llegado el informe de vehículos robados. Aún no he tenido tiempo de echarle un ojo —informó Nicolás.

—No se preocupe, podemos hacerlo nosotros —se ofreció César.

—Sí. Ahora os lo envío.

—Ninguno hemos reparado en mirar si los individuos de tu listado tenían vehículos a su nombre, ¿verdad? —le pregunté a César, apartando la vista de la carretera. Su expresión con la boca abierta fue suficiente respuesta—. No entiendo cómo ninguno nos hemos dado cuenta antes, ¡hostias! —protesté entre dientes—. No se puede estar pendiente de tantos detalles.

—Tranquila. Por suerte, eso no nos llevará mucho tiempo —me sosegó Nicolás—. Mientras llegáis a la comisaría, voy a hablar con los compañeros de informática y con el juez.

—¿No vamos entonces al domicilio de Elías Moreno? —preguntó César.

—De momento no. Ahora os llamo.

Estábamos llegando a la comisaría cuando sonó mi móvil.

—Toma. Contesta —le pedí a César, sacándolo del bolsillo de mi abrigo.

—No tienes registrado el número.

—Da igual. Contesta.

—Hola. Soy César. Carmen ahora está conduciendo. ¿Quién es?

»Ah. Hola, sargento.

»Sí. Estamos aparcando.

»De acuerdo. Hasta ahora.

Colgó.

—¿El sargento?

—Sí. Martín. No me acuerdo del nombre.

—Lorenzo Martín.

—Eso. Bueno, que dice que le busquemos cuando lleguemos.

—¿Te ha dicho qué quiere?

—No. Y no le he preguntado.

—Ya, de eso ya me he dado cuenta —respondí burlona.

Me miró con una ceja alzada y una sonrisa de medio lado, pero no dijo nada.

—Estoy deseando acabar con este maldito caso —le confesé, poniéndome seria.

—No eres la única, me temo.

Al llegar, preguntamos por el sargento Martín. Nos dijeron que se encontraba en el despacho de Baeza, que nos esperaban allí.

—Buenos días —saludaron Martín y Baeza.

—Buenos días —les respondimos.

—Tenemos lo que estabais buscando —dijo el sargento.

—¿A qué te refieres? —preguntó César.

—He estado hablando con Nicolás. Nuestros agentes han buscado si alguno de los pederastas del listado tenía algún todoterreno.

—¿En serio? Genial. —Realmente sentí alivio—. ¿Y cómo está el tema?

—Ninguno de ellos tiene un todoterreno a su nombre.

—¿Y los familiares? —repuse—. Estoy pensando que tal vez también deberíamos comprobar si alguien del círculo más próximo (padres, hermanos, mujeres…) pueda ser el dueño del vehículo. No tiene por qué estar a nombre del asesino. Ayer me dijiste —continué, mirando a mi compañero— que habías hablado con dos que eran muy jóvenes, lo que me llevó a pensar que no se habrían emancipado. Ni siquiera tendrán trabajo.

—Pero eso se sale del perfil criminal en el que nos estamos basando.

—Sí, es cierto. Pero por descartarlo.

—Creemos que el asesino vive solo, que tiene recursos económicos, entre otras cosas.

—Sí. Estoy de acuerdo, pero ya que nos ponemos a descartar sospechosos, hagámoslo pensando en todas las posibilidades, ¿no? Tampoco creemos que sea un pederasta al uso y, míranos, aquí estamos, siguiendo un listado de… —me mordí la lengua para no terminar la frase soltando una grosería.

—No son muchos sospechosos, así que me parece bien —me apoyó Martín.

—De acuerdo. Le pediré a un par de agentes que se encarguen de averiguarlo —secundó Baeza.

—Gracias.

La conversación parecía haber finalizado. Hice amago de abandonar el despacho, pero me acordé de cómo había dejado, a lo largo del día anterior, la sala de reuniones que me habían prestado.

—Por cierto, siento haberme apoderado de su sala de reuniones. No sé cuánto tiempo más voy a necesitarla.

—Ah, sí. Ya lo he visto —dijo el teniente coronel—. No te

preocupes. Era consciente de que tendría que prescindir de ella por un tiempo indefinido. Si necesitáis algo más solo tenéis que pedirlo. Haremos todo lo que esté en nuestra mano por ayudar en la investigación.

—Ayudáis, y mucho. Gracias.

Esta vez sí, abandonamos su despacho.

—¿Qué propones que hagamos?

—Vamos a la sala de reuniones hasta que nos llame Nicolás. Mientras, seguiré estudiando los expedientes que me quedan de las demás niñas desaparecidas.

—Me parece bien. Yo voy a ir mirando cómo llegar a la dirección que nos ha dado tu amiga; no creo que Nicolás tarde en avisarnos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el sargento Martín irrumpió en la sala de reuniones. En la mano llevaba un móvil.

—Tengo al teléfono a Nicolás —nos dijo, dejando el móvil sobre la mesa—. Quiere hablar con vosotros.

—Gracias. —Martín dio media vuelta y se fue, cerrando la puerta al salir.

—Nicolás.

—¿Estás con el manos libres?

—Sí.

—¿Quiénes estáis?

—César y yo.

—De acuerdo. Ya tenemos la orden de registro.

—¿Ya? ¿Tan rápido?

—Sí. No somos los únicos deseosos de atrapar a ese malnacido. En cuanto le he hablado al juez acerca de las fotos, de los muñecos sexuales, de la ropa interior infantil y de la muñeca vestida igual que Alicia, no ha hecho falta añadir mucho más.

—¿Pero le has dicho que ha sido una periodista quien lo ha encontrado?

—A ver. La versión oficial es que una vecina entró en la casa hace algún tiempo, a ver a la madre del pederasta, y vio todo aquello, aunque en ese momento no dijo nada a nadie. Sin embargo, ahora, una periodista que estaba haciendo indagaciones ha hablado con la vecina en cuestión y esta se lo ha contado todo. La periodista se ha puesto en contacto con vosotros y por eso lo sabemos. ¿De

acuerdo?

—Vale.

—Pues lo que decía. Después de eso, ha debido pensar lo mismo que nosotros, que en esa casa podría haber pruebas irrefutables y, cuanto antes estén en nuestro poder, mejor. Si nos equivocamos, habremos descartado a un sospechoso. Y si acertamos, tendremos al hijo de puta que nos está volviendo locos. Así que, adelante, es todo vuestro.

43

Carmen Prado

No fuimos los primeros en llegar. El secretario judicial aguardaba dentro de su vehículo con la orden de registro domiciliario. El vehículo especializado de los compañeros del SECRIM tampoco debía andar lejos, sabíamos que había salido inmediatamente después de nosotros, junto con un vehículo ocupado por los agentes Iñaki Gómez y Abelardo Torralba.

Aparcamos a unos metros de la puerta del domicilio de la madre de Elías Moreno, tratando de mantener el efecto sorpresa. Nada más bajarnos del coche, me recoloqué el chaleco antibalas dando un tirón de él hacia abajo. Apenas lo moví unos milímetros, pero mi ilusoria percepción de que se me subía me producía una extraña sensación de agobio. Nunca me había gustado llevarlo, pero lo hacía por César, porque él me lo pedía. «Así estaré más tranquilo», me decía. Rara vez lo usábamos, pero en aquella ocasión César insistió. «No me fio de ese tío, y menos si al final resulta ser el asesino de Lorena, Anabel y Alicia». Cada uno teníamos que lidiar contra nuestros fantasmas.

—Buenos días —nos saludó un hombre, acercándosenos—. ¿Vienen ustedes al registro?

De unos cincuenta años. Con una abundante mata de pelo blanca repeinada hacia atrás. Bajito, delgado, ojeroso y con unas tupidas cejas oscuras.

—Buenos días. Sí —respondió César.

—Bien. Soy Marcos Gutiérrez, el secretario judicial que estará durante el registro. Aquí traigo la orden.

—Estupendo —respondí al tiempo que sacaba un chicle de nicotina del paquete y otro normal de sabor a menta.

A nuestras espaldas apareció el vehículo especializado de los Servicios de Criminalística y el de Iñaki y Abelardo.

Me acerqué hasta ellos. Reconocí en el primero a Isabel Cano y Javier Rodríguez.

—Hola. Ya estamos todos, así que mientras termináis de prepararos, vamos a ir entrando —les dije.

—De acuerdo —contestó Isabel.

Saludé a Iñaki y Abelardo con la cabeza. Acababan de abandonar su coche. Asintieron a la vez que caminaban hacia mí.

—Creo que podemos ir empezando —dije cuando nos encontrábamos todos reunidos.

Inhalé profundo por la nariz, inspirando el aroma mentolado que salía de mi boca.

—Iremos nosotros por delante —les dije a Iñaki y Abelardo—. Vosotros cubrid la parte trasera de la casa, no vaya a ser que le dé por escapar por el patio de atrás.

Según nos aproximábamos vi que César soltaba el seguro de la funda de su pistola.

Fue él mismo quien llamó al timbre.

Miré a un lado y a otro de la calle. Un anciano paseando a su perro; un coche desaparcando; los compañeros de Criminalística en la parte de atrás del furgón, equipándose con los monos blancos; una mujer con un carrito de bebé… Una sombra moviéndose dentro de un coche captó mi atención. Me fijé en el vehículo y en quién había dentro. Era Paloma Vera. Estaba sentada en su coche como si estuviera esperando a alguien, como si su presencia allí no tuviera un interés oculto.

Nos miramos fijamente. Sus ojos me decían que no pensaba moverse de allí; los míos, que más le valía mantenerse alejada mientras entrábamos en la casa. En ningún momento le había dicho cuáles iban a ser nuestros movimientos, sin embargo, ella era una mujer astuta y paciente. Debió intuir que antes o después acabaríamos yendo a la dirección que ella misma nos había facilitado, de modo que solo tenía que sentarse a esperar; y eso es lo que había hecho.

Elías abrió la puerta, atrayendo mi atención. Barba de tres días, moreno, ojos verdes, delgado.

—Buenos días. ¿Elías Moreno Díaz? —preguntó César.

—Sí. ¿Qué quieren? —respondió él con gesto displicente.

—Traemos una orden de registro.

—¿Qué? ¿Por qué? Quiero verla. Yo no he hecho nada. —El secretario judicial se la entregó, pero Elías tan solo la miró un instante, fue imposible que pudiera ver algo aparte de manchitas negras con forma de letras sobre un fondo blanco.

—Queremos hacerle también unas preguntas.

—Quiero un abogado. Tengo derecho a uno.

—Claro que sí. No se altere —contesté apacible. En ese momento los compañeros de Criminalística llegaban—. Todo será más fácil si colabora.

—Déjenos pasar —solicitó César—. Como dice mi compañera, cuanto antes empecemos antes acabaremos.

Elías se giró y se adentró en la casa. Cuando nos quisimos dar cuenta estaba subiendo las escaleras, saltando los escalones de dos en dos.

—¿Qué narices…?

César me apartó de su camino como si fuera una manta en una sofocante noche de verano y corrió tras él, sacando su revolver de la funda.

Yo tampoco lo pensé dos veces: seguí la estela de mi compañero hasta la planta de arriba.

—¡Alto! —gritó César.

Elías tenía algo en la mano que no conseguía distinguir. Pequeño. Rectangular.

—¡Levanta las manos o disparo! —lo amenazó, apuntándole con su reglamentaria.

Paré a unos centímetros de César, enfrente de Elías, que nos observaba con un gesto asustado a la par que rabioso. Nos encontrábamos en mitad del pasillo de la planta primera. Apenas había luz, la que llegaba desde la planta baja por el hueco de las escaleras. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas. Mi corazón se aceleró al verme apuntando con mi arma al sospechoso.

—¡Suelta lo que tienes en la mano! ¡Ya! —insistió César.

Pero Elías no obedeció. Movió el dedo pulgar y el sonido me ayudó a entender lo que tenía en la mano: un mechero. Había girado la piedra en un movimiento rápido y certero. Una pequeña llama se encendió, iluminando el pasillo. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que íbamos a saltar todos por los aires, que en algún lugar que yo no alcanzaba a ver, tenía explosivos escondidos.

—Apágalo y suéltalo.

Oteé a nuestro alrededor en busca de algo inflamable. No vi nada. Tampoco sentí olor a ningún líquido o compuesto químico.

Y entonces lo hizo. Ante mi mirada atónita y desconcertada, aproximó el mechero a una de las puertas que estaba cerrada. La puerta comenzó a arder y César apretó el gatillo.

44

César Galán

Aquel maldito no tenía intención de obedecer mis órdenes, lo vi en sus ojos.

Y cuando hizo arder la puerta, me vi obligado a dispararle. Le di en la mano. El mechero salió volando por los aires.

—¡Fuego! —gritó Carmen.

El secretario judicial corrió escaleras arriba, vio el fuego y bajó con la misma velocidad.

Yo caminé hasta Elías, apuntándole aún con mi arma.

—¡Arriba las manos! Vuelve a desobedecer y te mando al otro barrio, cabrón —amenacé mientras me aproximaba a él, con los dientes apretados.

En esa ocasión sí obedeció. A pesar de estar herido, alzó las manos a la altura de la cabeza.

Con una mano cogí las esposas. Se la enganché a una de sus muñecas mientras oía cómo Carmen abría la puerta contigua a la que estaba ardiendo y me preguntaba: «¿Lo tienes?».

—Sí. Ya está —respondí, llevando el brazo de Elías hacia atrás y enganchándole el otro extremo de las esposas. La bala le había rozado; apenas sangraba.

—¿Qué tienes ahí dentro? ¿Qué es eso tan inocente que no quieres que veamos?

—Nada. No hay nada.

Saqué el móvil del bolsillo y llamé al 112 para que nos mandaran a los bomberos y una ambulancia. Mientras me atendían, agarré a Elías y lo arrastré conmigo hasta las escaleras. Allí nos topamos con el secretario judicial, que subía con un cubo de agua en la mano. «Vigílalo. Toma. Dame eso», le dije al tiempo que le intercambiaba el cubo de agua por el móvil y empujaba a Elías contra él. «¡Habla con ellos! ¡Que manden ayuda!». No le di tiempo

a contestar, me di la vuelta y regresé corriendo hasta donde estaba el incendio. Carmen trataba de sofocar el fuego a base de golpear la puerta con una toalla mojada.

—¡Aparta! —le ordené. Esta se echó diligente a un lado.

Lancé el agua contra la puerta y corrí a llenar un segundo cubo, esta vez, en el cuarto de baño que Carmen había encontrado. Ella continuó golpeando la puerta con la toalla. Mientras se llenaba el cubo, mojé otra toalla y corrí a ponerla en la rendija que quedaba entre la puerta y el suelo, para evitar que las llamas se colaran al dormitorio.

«Espero que ese hijo de puta no se salga con la suya».

45

Paloma Vera

En cuanto el equipo entró en el domicilio de Elías Moreno, Paloma abandonó su vehículo. Sacó la cámara de vídeo y comenzó a grabar, agazapada tras un coche, vigilando que ninguno de los agentes la viera.

«Desde aquí no veo nada».

Entonces sonó un disparo. Se quedó paralizada, recordando el miedo que pasó antes de abandonar aquella vivienda horas atrás.

«Vamos, Paloma. A los cobardes no les dan premios».

Cámara en mano, entró en la casa.

«Esto es miel de romero», se dijo mientras comprobaba la luz roja del «rec» en la pantalla.

«Material fresco para una exclusiva».

46

Carmen Prado

Recuerdo la rápida llegada de los bomberos, como si apenas hubieran transcurrido un par de minutos desde nuestra llamada.

El fuego que prendía la puerta se extinguió por completo con el segundo cubo de agua. No obstante, temíamos que las llamas se hubieran colado en el dormitorio y estuviera consumiendo las pruebas que pudiera haber dentro.

Intentábamos abrir la puerta cuando, como digo, llegaron los bomberos. El pomo estaba demasiado caliente como para tocarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un bombero.

—No sabemos si el interior está ardiendo —contestó César.

—¡Necesitamos lo que hay dentro! —expuse nerviosa.

—Échense a un lado.

Detrás de mí sentí la presencia de otra persona, otro bombero. Arrastraba una manguera.

Mientras el segundo aguardaba a abrir la boca de la manguera, el primero golpeaba el pomo con un hacha y lo arrancaba.

Temí que una cortina de llamas saliera hacia el pasillo, pero cuando el bombero empujó la puerta no hubo nada, solo un poco de humo que se difuminó en unos segundos.

César y yo suspiramos aliviados. A él se le dibujó una sonrisa nerviosa. Yo seguía en tensión.

Cuando los bomberos terminaron su trabajo, le tocó el turno a los compañeros de Criminalística. «La puerta estaba impregnada de un líquido inflamable», aseguró uno de los bomberos. «En cuanto acabéis, empezaremos nosotros a sacar muestras».

Cuando me disponía a bajar, vi a Paloma en mitad de las escaleras, grabándolo todo.

—Apaga la cámara —le ordené.

Con una sonrisa en la cara, obedeció.

—Qué tensión —dijo. No supe interpretar si lo decía con sorna o en serio. Tal vez una mezcla de ambos.

—No sé cómo te has colado hasta aquí sin que nadie te vea, pero es hora de que te largues.

—No te pongas así, mujer. No estaríais aquí si yo no os hubiera dicho dónde buscar.

—Me da igual lo que nos dijeras. No puedes estar aquí.

—Ya has oído a mi compañera. Vete —intervino César, parándose en el escalón que había inmediatamente detrás del que ocupaba yo.

—Oh, ya vienen los refuerzos —dijo, esta vez sí, con sorna.

—Y la cámara se queda —continuó él.

En cuanto oyó la palabra «cámara», Paloma salió corriendo.

—¿Dejamos que se vaya?

—No creo que haya grabado nada trascendental, ¿no?

—Seguro que nos ha grabado a nosotros. ¿Tú quieres salir por la tele? A mí no me hace ni puñetera gracia.

—Sí. Es…

No había terminado de decir «es verdad», cuando César salió corriendo tras ella.

«Estás lenta, joder», me regañé. Cerré los ojos resignada. «Puede que la alcance. Corre como un gamo».

Me quedé parada en mitad de la escalera como si fuera una estatua, viendo pasar los segundos, inhalando el olor a quemado, con los ojos llorosos y escocidos todavía por el humo, con la mente en blanco.

—No la he podido alcanzar —me informó César de pronto, haciéndome salir de mi abstracción. No dije nada—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí.

—Fuera hay un coche patrulla y una ambulancia. Están atendiendo a Elías. Iñaki y Abelardo están con él.

—Bien. En cuanto acaben con él nos lo llevamos a la comandancia.

Las horas fueron corriendo como el cauce de un río en pleno deshielo. Mientras nosotros rellenábamos los informes pertinentes, sobre todo César por haber disparado su reglamentaria, Elías Moreno esperaba en un calabozo a que llegara su abogado de oficio. Entretanto, los compañeros habían averiguado que la madre, de

ochenta años y fallecida recientemente, tenía un monovolumen a su nombre. Era obvio que Elías utilizaba el vehículo a su discreción. Sin embargo, las ruedas que usaba el monovolumen no coincidían con las huellas de neumático que se hallaron en el escenario del crimen de Alicia Carmona Roble. Sentí como si me tirasen un jarro de agua fría, aunque en el fondo, no sé de qué me sorprendía.

Mientras los minutos pasaban, mi sensación de que estábamos perdiendo el tiempo con aquel sujeto aumentaban. ¿Ocultaba algo? Seguro. No obstante, no cuadraba con el perfil criminal del asesino de Lorena, Anabel y Alicia.

César, por el contrario, parecía estar de acuerdo con Nicolás: Elías Moreno debía estar involucrado de alguna manera.

—Puede que estemos ante dos asesinos. Que uno imite al otro —alegó César.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—No es la primera vez que sucede. Se sabe que ha habido asesinos en serie que se han atribuido asesinatos de gente que no han matado, y todo por engrosar su fama.

—No podemos descartar nada, pero yo sigo creyendo que es un único asesino.

—Hasta que no hablemos con Elías Moreno y sepamos si los de Criminalística han encontrado algo, no lo sabremos. Por cierto, ¿dónde se ha metido el abogado de oficio? Llevamos aquí cinco horas y todavía no ha dado señales de vida.

—No tengo ni idea, pero yo también espero que no tarde mucho más.

Pero sí, aún tardó una hora más en llegar.

Entretanto, Paloma no se me quitaba de la cabeza. Le mandé un mensaje: «No publiques nada hasta que sepamos si de verdad es culpable de algo. No podemos darles falsas esperanzas a las familias». No obtuve respuesta.

Después de las formalidades, comenzamos el interrogatorio. En la sala nos encontrábamos César, Elías Moreno, el abogado de oficio y yo. «Todo tuyo», le dije a mi compañero antes de entrar. «Sí, como de costumbre, ¿no?», bromeó, guiñándome un ojo. El mero hecho de poder empezar con el interrogatorio le había subido el ánimo.

La expresión corporal y facial de Elías era altiva y desafiante.

—Debajo de la cama del cuarto que quería reducir a cenizas

hemos encontrado una caja con ropa interior infantil. ¿De dónde la sacó?

—De la tienda.

—¿Compra ropa interior de niños?

—¿Acaso es un delito?

—¿Tuvo algo que ver con el asesinato de Alicia Carmona Roble? —intervine. No tenía paciencia para estar con tonterías.

—¿Qué? Yo no tengo nada que ver con eso.

—¿Y por qué tenía una fotografía de Alicia Carmona y una muñeca vestida igual que ella? ¿Por qué tanto interés en que no lo encontrásemos?

—Vi la foto en la revista y la cogí. Me gusta vestir a mis muñecos de forma realista. Me gustó el modelito que llevaba la niña y se lo puse lo más parecido posible.

—¿Era usted consciente de quién era la niña de la fotografía? —pregunté, acercándole la fotografía protegida dentro de una bolsa de pruebas.

—Sí.

—¿Sabía que era Alicia Carmona Roble?

—Sí, pero me dio igual.

—Entonces, ¿por qué ha pretendido quemar el cuarto? ¿Qué esconde dentro que tanto miedo le da que encontremos? —interrogó César.

—Nah. Me he asustado, solo eso. Pero no hay nada. Están perdiendo el tiempo conmigo, agentes.

—¿Seguro? Tenemos su ordenador personal. ¿Qué cree que encontraremos en él?

Hizo una mueca de indiferencia, rozando la arrogancia.

—¿No va a contestar? —insistí.

—¿Para qué? Ya me dirán ustedes lo que han encontrado. Yo estoy muy tranquilo.

—Pues no debería.

—Ya.

—¿A dónde va cuando no está en casa?

—Eso a ustedes no les incumbe.

—A ver cómo se lo explico —proseguí—. Es usted sospechoso de asesinato. Como encontremos lo más mínimo que pueda relacionarle con el asesinato de Alicia Carmona, Anabel Mateo o

Lorena Castillo, vamos a ir a por usted como si fuera el último vaso de agua en el desierto. ¿Lo entiende?

—Busquen lo que tengan que buscar. Yo no voy a decir nada más.

47

Carmen Prado

Salimos de la sala de interrogatorios pasadas las nueve de la noche. Nos fuimos al hotel.

—Yo conduzco —se ofreció César—. Te veo un poco pálida.

—Vale.

Le di las llaves y me senté en el asiento del copiloto.

—¿Has comido algo en todo el día?

—No. Solo lo que me cogiste para desayunar.

—Así te estás quedando. Ahora vamos al restaurante del hotel.

—¿Tú sí has comido?

—Sí. Cuando te he dicho que bajaba a comer algo, iba a eso, a comer algo.

—Creo que no te he oído.

—Sí. Eso creo yo también, que estabas en el limbo.

No respondí.

—¿Te pasa algo aparte del caso?

—Estoy cansada. Cuando demos con el asesino me tomaré unos días de descanso.

—Me parece buena idea.

Suspiré.

—No me apetece lo más mínimo tener que decirle a Fran que no voy a ir a ninguna puñetera terapia de pareja.

—¿Ya lo has decidido?

—Sí. Es más, le voy a pedir el divorcio. No quiero alargar más esta situación de mierda. ¿Para qué? ¿Para seguir toda la vida infelices? Antes de que Julia muriera estuvo un tiempo muy raro. ¿Sabes lo que creo? Que tenía una amante, y que cuando murió Julia la dejó.

—Es posible.

—¿Sabes lo peor de todo? Que ya me da igual. Por eso me he

dado cuenta de que ya no quiero continuar con esta farsa. Mi hija está muerta, ¿entiendes? Ya no tengo que protegerla.

—Cualquier cosa que hagas sabes que tienes mi apoyo.

—Gracias. Ya lo sé. Creo que en cuanto le plante cara a Fran levantaré cabeza. Casos tormentosos, desesperantes y desgarradores vamos a seguir teniendo a lo largo de nuestra carrera, pero un matrimonio sin amor no tengo por qué aguantarlo. Eso sin contar que encima me resulta más asfixiante que cinco casos como el que estamos investigando.

—Entonces, adelante. Habla con él cuanto antes.

—Me gustaría decírselo a la cara. Pero no sé cuándo vamos a poder regresar a Madrid. En fin. Ya encontraré el momento de decírselo.

Nada más llegar, cenamos en el restaurante del hotel. Agradecimos no tener que esperar. La dueña nos tenía guardados un par de platos para cada uno: champiñones rellenos de cebolla y queso, y salmón al horno. Esa vez solo bebimos agua.

—Buenas noches —le dije a César.

—Que descanses.

Me dedicó una cálida sonrisa antes de meternos cada uno en nuestra habitación.

«Menos mal que lo tengo a él», pensé agradecida. Recordé la tensión que pasé dentro de la vivienda de Elías Moreno, mi temor a que pudiera estallar una bomba y perderle. «Pero no ha sido así», me tranquilicé.

Me cambié de ropa, me lavé los dientes y me senté en la cama para ver la tele un rato antes de dormir. Buscaba alguna película, pero no encontré nada que me satisficiera. Abrí la tableta y entré en Prime. Aunque la pantalla fuera muy pequeña, al menos podría ver algo que no terminara de consumirme el ánimo. Di vueltas y más vueltas, hasta que finalmente me puse *Big Bang Theory*. Un capítulo tras otro hasta quedarme dormida.

No sé qué hora era cuando unos golpes en la puerta de mi habitación irrumpieron mi sueño. Abandoné la cama, sobresaltada, cogiendo la pistola que había dejado en el primer cajón de la mesilla.

Al acercarme a la puerta oí a César.

—Carmen. Soy yo. Abre. Date prisa.

No lo dudé dos veces.

Entró y me arrastró con él al interior. Traía consigo su portátil, con un vídeo en pausa.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Mira esto.

—¿Qué es eso?

—Lo que nos contó la anciana era cierto.

48

Carmen Prado

César colocó su portátil ante mi cara. La imagen estaba pausada. Se veía a un hombre de vestimenta harapienta y sucia, con larga barba blanca y un paño de la misma guisa entre sus manos. Noté cómo se me dibujaba una mueca de no saber lo que estaba viendo.

Le dio al *play* y la imagen cobró vida. Una voz en *off* comenzó a relatar: «A lo largo de la historia han existido grupos de crueles personajes que adquirían y secuestraban a niños con el despreciable objetivo de deformarlos para convertirlos en monstruos. Los más afortunados acabaron como bufones en las cortes o eran exhibidos como jorobados o lisiados en circos y ferias. Otros muchos morían víctimas de las torturas a los que eran sometidos».

Alcé la vista de la pantalla y miré con espanto a mi compañero.

—¿Qué narices es esto?

—Sigue escuchando.

Ambos vimos aquel conciso y esclarecedor documental de siete minutos elaborado por el programa Cuarto Milenio, titulado *Los comprachicos: Grupos que secuestraban a niños para convertirlos en monstruos*. El segundero avanzaba al tiempo que los expertos en la materia ofrecían datos de su documentación. Hablaban de niños comprados y vendidos, robados, para romperles los huesos con el objetivo de dejarlos torcidos y generar un negocio a su costa. En ocasiones, los usaban alquilándolos a mendigos; otras, usándolos directamente para generar pena y dinero. Hablaban de pomadas, de técnicas para deformar los cuerpos de los menores, de mutilaciones… El objetivo siempre era exhibirlos, generalmente de forma ambulante para el asombro o deleite del público. Habían sido prácticas reales, llevadas a cabo en nuestro país durante siglos y era conocida por buena parte de la sociedad. Víctor Hugo, en su obra *El*

hombre que ríe, plasmó este fenómeno social, refiriéndose a esos delincuentes como los Compraniños. En la sociedad se conocía también la existencia de dos hermanos de Novelda, los hermanos Sellés, que comerciaban con los niños, los llevaban a una cueva donde los escondían, los metían en una caja para impedir su crecimiento y los sometían a toda clase de torturas para deformarlos para, después, venderlos como atracción de feria. Habían provocado la muerte de muchos de ellos. Un tema oculto, del que no se hablaba, pero que existió. Unas oscuras prácticas que habían quedado constatadas en algunos periódicos de la época. En 1901, el periódico La Vanguardia publicó el caso de un niño secuestrado en Galicia al que metieron en una urna de cristal para que pareciera que no tenía piernas y fue expuesto durante años en Francia. Hablaban de gente de la alta sociedad que acudía a esas ferias y circos para ver a esos «seres deformes», tratándolos casi de exóticos, pagando fortunas por verlos.

El silencio en mi habitación se rindió a las voces de los narradores del documental encontrado por César. Ambos, sentados en los pies de mi cama. Con el portátil a medio camino entre su pierna y la mía. Con las gargantas enmudecidas. Con la mirada estupefacta. Con el estómago en un puño. Con la conciencia presa del pánico.

Reproduje el documental tres veces seguidas.

Lorena, Anabel y Alicia habían sido secuestradas.

Habían sido ocultadas durante periodos cada vez más largos.

Cada niña había sido deformada de forma intencionada.

Las historias que nos había contado la anciana Luz resultaban quedar lejos de las leyendas. La pregunta era si la historia seguía repitiéndose. ¿Seguían existiendo los Comprachicos?

49

1855, Alicante

El traqueteo del carro era lo único que se escuchaba. Más allá de eso, tan solo existía el silencio. Un silencio tan incisivo que ni los pájaros más tardíos ni los más tempraneros insectos estaban dispuestos a mancillar. Un silencio que además informaba de la ausencia del habitual aire que solía correr por la zona y anunciaba la quietud de los árboles.

No hablaban. Se limitaban a respirar y mirar hacia el horizonte. El aroma de los campos colindantes penetraba límpido por sus fosas nasales, volviendo a quedar libre tras infectarse con sus alientos.

Arena y cantos de diversos tamaños formaban el camino que los llevaba a la provincia. La pisada de las ruedas dejaba una estela de huellas casi inapreciables. La única señal de su tránsito por aquel angosto y desértico sendero era el polvo que luchaba por mantenerse ingrávido algo más de unos segundos.

Y sí, el silencio acompañaba su viaje desde hacía varios minutos. Las risas y la cháchara que los mantuvo entretenidos las primeras horas quedaron relegadas al más estricto mutismo en el momento en que Ramón divisó la muralla de la capital de la provincia alicantina.

—Estamos cerca —dijo interrumpiendo un comentario de su hermano al que ni siquiera atendía. Antonio buscó en la distancia para comprobar que era cierto que estaban llegando. Achinó los ojos hasta al fin distinguir la muralla. Sin responder, giró levemente la cabeza para observar a Ramón y se encontró con un semblante que se mostraba impávido, con esa mirada que tan nervioso solía ponerle, la misma que no conseguía apartar de aquella discreta y aún lejana pila de piedras oscurecidas por la noche.

A partir de ese momento, Antonio no volvió a pronunciar palabra; era consciente de las «necesidades» que nacían en el ánimo

y la actitud de su hermano cuando empezaban a estar próximos a un lugar donde llevarían a cabo cualquier negocio. A excepción de los sonidos del carruaje, el silencio pasó a gobernar el viaje.

Minutos más tarde alcanzaban la muralla. La recorrieron por el lateral hasta la Puerta del Mar y tomaron el acceso que los llevaría a la plaza.

—¿Tienes hambre? —preguntó Ramón con la vista puesta en el caballo.

—No.

—Bueno, ya queda poco para que podamos cruzar. Si te entra, dilo, le pediremos al tabernero que prepare algo que llevarte al buche.

—Está bien.

—Y cuando lleguemos, ya sabes: deja que yo hable.

—Sí —contestó desganado.

—Me acompañas porque eres mi hermano, mi camarada, porque necesito a alguien que me ayude con los trabajos. Mientras seas de confianza…, ya sabes, podrás dormir tranquilo.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Siendo el mayor de ambos, es mi deber. Debo hablarte con claridad. Ya no eres un niño al que haya que proteger.

Antonio se limitó a escuchar; sabía que era inútil decir nada y, en vez de una respuesta se le escapó un suspiro que consiguió disimular.

Tras la pertinente pausa en el control de vigilancia, cruzaron Puerta Nueva.

—Habrá que dar de beber al caballo —comentó Antonio. Ramón le miró con los ojos achinados, permitiéndole apreciar su disconformidad e irritación ante aquel simple comentario.

—Está bien, pararemos un momento en la fuente de la plaza para poner fin a su agonía —dijo en tono irónico.

Aunque su paciencia estaba rozando el límite, Antonio volvió a guardar silencio. Llegados a la plaza, se encargó de hidratar al equino.

—¡Vamos, acaba de una puñetera vez! —azuzó Ramón desde lo alto del carro—. ¡Ya luego vendrás a seguir dándole toda el agua que se te antoje! ¡La fuente va a seguir aquí, ¿sabes?!

—*¡Voooyyy!*

—¡Venga, coño!

Antonio retiró el cubo que hizo las funciones de poza y volvió a echarlo al carro. Luego regresó a su sitio junto a su hermano.

El golpe de las herraduras contra el empedrado resonaba entre las casas. No tardaron en atravesar la Calle de Teatinos y llegar a la hostería. Según las instrucciones que Ramón había recibido, una vez en el interior tendrían que localizar a un tal Eleuterio Belver.

Se apearon del carro y lo amarraron a una argolla.

Dentro, se dirigieron a una de las mesas que quedaban libres. Tomaron asiento. Desde su ubicación observaron el local. Apenas había clientela, tan solo un par de mesas ocupadas: una con una única persona, y otra, con tres pueblerinos embriagados que montaban más escándalo que si estuviese lleno. Aunque los borrachuzos siempre conseguían alguna excusa para acudir a las tascas y brindar por sus miserias, la mayoría de los vecinos apenas tenían para comer. Acudir a un local para gastarse los escasos reales que hubiesen ganado después de largas jornadas de trabajo no solía ser lo habitual. Aunque bien es cierto, que desdicha y alcohol siempre fueron fieles compañeros; aun sin cuartos para comer, la necesidad de acallar las penas mantenía una clientela fija que, por lo que fuese, esa noche no estaba presente.

—¿Qué les sirvo, camaradas? —preguntó el dueño de la hostería instantes después de verlos sentados.

—Tráenos vino —respondió Ramón sin apartar la vista de los otros hombres.

—¿Algo más?

—Sí. —Elevó la mirada para ver el rostro de aquel con el que hablaba: un señor de algo más de cincuenta años, con poco pelo en la cabeza y menos aún en la coronilla, una barba de al menos cinco días y la tez blanquecina con un tono ligeramente amarillento—. ¿Tiene un sitio donde podamos pasar la noche? Necesitamos descansar antes de proseguir con nuestro viaje.

—Sí, no tenemos problema de hospedaje.

—Bien, somos dos: mi hermano y yo.

—¿Dos habitaciones, entonces?

—A decir verdad, si tuviera una con un par de camas sería suficiente.

—Claro. —El hombre les dedicó una tímida sonrisa de

satisfacción. La visita de los foráneos le traería más beneficio de lo que imaginó al verlos entrar. Por su parte, ninguno de los hermanos le dedicó la más mínima cortesía. Cohibido, les anunció que en un momento les traería los vinos.

Mientras se dispensaba, Ramón volvió a centrar su atención en el resto de hombres. Aquellos tres que vociferaban entre risas y tragos estaban demasiado alegres para ser el que buscaban. En cambio, aquel otro que no alzaba la mirada del chato que tenía entre sus manos…, ese sí podría ser el tal Eleuterio Belver.

El mesero regresó con una damajuana forrada de mimbre en una mano y un par de vasos apilados en la otra. A juzgar por cómo sonó el golpe de la garrafa sobre la mesa, debía estar a rebosar de vino. Acto seguido, distribuyó los vasos y los llenó. Antonio observó el procedimiento: lo hacía con sumo cuidado de no derramar ni una gota. Seguramente, las manchas que adornaban la madera no eran obra de su autoría; tampoco todas parecían ser de vino.

—¿Les traigo algo más, señores, quizá algo para cenar?

Ramón miró a su hermano inquiriéndole con la mirada. Este le respondió negando con la cabeza.

—No, gracias. A lo mejor más tarde.

—Muy bien. —Hizo amago de retirarse. Antonio bebió la mitad de su vaso de vino.

—Un momento, jefe. Nos han dicho que aquí encontraríamos a Eleuterio Belver.

—Sí, señor. Es aquel buen hombre de allí. —El dueño apuntó con su mentón hacia la mesa ocupada por un solo individuo—. Creo que es la segunda vez en mi vida que le veo por aquí. No acostumbra… Bueno, ya saben lo que quiero decir. Con seis o siete bocas que alimentar… En fin, ¿quieren que le diga algo?

—No. Ya nos ocupamos nosotros.

—Está bien. Si necesitan algo más estaré en la barra.

Ramón contempló al sujeto mientras se llevaba el vaso a la boca. «“Un buen hombre” —recordó—. “Seis o siete bocas que alimentar”». Emitió un quejido jocoso apenas perceptible. «Será fácil».

Ayudándose de su trasero, arrastró la silla provocando un desagradable ruido que retumbó entre las cuatro paredes del local, llamando la atención de aquel con el que iba a entrevistarse.

—¿Te quedas aquí? —preguntó a su hermano con recelo, permaneciendo de pie junto a la mesa. Eleuterio los observaba lo más discreto que su inteligencia le permitía.

—¿Acaso me necesitas?

Ramón le miró con cara de desprecio antes de dejarlo sirviéndose el segundo vaso de vino. Por su parte, cogió el suyo y se giró hacia la mesa de su inminente proveedor. Dos pasos en su dirección y la mirada penetrante de Ramón fueron suficientes para hacer que Eleuterio apartase la suya, acobardado.

—¿Eleuterio? ¿Eleuterio Belver? —preguntó Ramón haciendo que el hombre alzase la vista. Este escudriñó su rostro, queriendo analizar la honestidad de aquel que tenía enfrente. Vaciló unos instantes antes de responder.

—Sí. —Su tono de voz era apagado, discreto.

Sin pedir permiso, Ramón apartó una de las sillas y se sentó a su lado. Dejó el vaso que traía sobre la mesa y lo protegió entre sus codos mientras apoyaba el mentón sobre sus dedos entrelazados.

—Ya sabe por qué estoy aquí —prosiguió Ramón.

—Sí. Pensaba que…

—Qué.

—Que tal vez no vendría, que tal vez era un embuste.

—Con los negocios no se juega, mi buen señor.

Eleuterio volvió a esquivar aquellos ojos marrones que parecían juzgarle, dirigiendo su atención al vaso que tenía entre las manos. Tomó aire por la boca, una bocanada profunda y sonora, y después resolló acercándose el alcohol a los labios, bebiéndose cuanto quedaba en el recipiente.

—¿Dónde le llevarán? —preguntó, reuniendo un repentino valor —. ¿Qué harán con él?

—No debe preocuparse. Serán…, una nueva familia.

—Pero ¿por qué qui…?

Ramón le interrumpió:

—No todos tienen la misma fortuna que usted. Hay quienes no pueden tener toda la descendencia que desearían, ni tan siquiera alumbrar a uno solo. Así que deben buscar la caridad de personas como usted, conformarse con lo que su bolsillo alcanza a pagar. ¿Entiende?

—Eso creo. Pero no me ha contestado. ¿Estará bien?

—Mi buen señor, por supuesto que le cuidarán. Cada día se llevará a la boca al menos un par de comidas calientes, tendrá su propio lugar donde dormir, sus propias ropas hechas a medida, limpias, nuevas… No le faltará atención.

Guardó silencio distraído, jugueteando con sus dedos sobre el borde del vaso; a la vez, pensando en lo que estaba a punto de hacer, tratando de mantener a raya sus remordimientos, los presentes y los futuros, su sentimiento de culpa, su desesperación.

—Mi mujer…

—Ya. No lo sabe. —Eleuterio no respondió, permaneciendo cabizbajo.

En un primer momento le sorprendió que lo supiese. Luego, pensó que tal vez ya le había pasado más veces, que era algo habitual.

—No se preocupe más, hombre, cuando le diga a su mujer que le lleva cuatrocientos reales dejará de sufrir por su destino.

—No permito que la insulte —dijo convirtiendo sus dudas en ira.

—¿Insultarla?, ¿yo? No, mi querido miserable. Como buena madre que estoy seguro que es, se alegrará de poder dar de comer a sus otros cinco buitres algo más que el pan rancio que consigue gracias a la caridad de sus vecinos, y más, sabiendo que el menor ni siquiera les recordará cuando pasen unos años. No sufra en vano. Todos salimos ganando, pero, sobre todo, su mujer, sus vástagos y usted. Mírese: en los huesos, maloliente, y con las vestiduras sucias y hechas jirones. No me quiero imaginar cómo será su casa, cómo estarán sus hijos, seguramente hasta alguno de ellos esté enfermo. ¿Sabe? Se le ve un hombre sensato, un buen cabeza de familia. No tienen por qué seguir padeciendo. Esta decisión es la correcta, pero si no se atreve, no se preocupe, ya encontraré a otro. Siempre hay gente inteligente que sabe tomar las oportunidades cuando se le presentan. Los cuatrocientos reales serán para otra familia que los quiera más que usted.

Ramón hizo amago de levantarse.

—Espere —solicitó agarrándole la manga de la camisa—. Hablaré con mi mujer. Haré que lo entienda.

Ramón asintió, miró de reojo la mesa donde aguardaba su hermano y luego se dirigió a Eleuterio:

—Vamos, entonces. Pagaré y luego nos indicará dónde hemos de ir.

El hombre cabeceó afirmativamente evitando toparse con los ojos marrones e impasibles de aquel desconocido; llegados a ese punto, era consciente de que los suyos ya no podían ocultar por más tiempo su padecimiento ni su vulnerabilidad.

—¡Antonio! —avisó Ramón a su hermano. Con un mísero gesto este entendió lo que quería de él. Se bebió lo que le quedaba en el vaso y se acercó al dueño de la hostería para pagarle sus consumiciones y las de su nuevo proveedor. Mientras tanto, Ramón y Eleuterio se dirigieron a la puerta, donde lo esperaron.

Al tomar la Calle Mayor se cruzaron con un par de chiquillos que corrían uno a la zaga del otro, sofocados y con el rostro serio. Tal vez temían la reprimenda de sus padres por llegar a casa a tan altas horas de la noche. Tras callejear por media Alicante, al fin llegaron a una casa baja y ruinosa, de las peores que habían visto durante el recorrido.

—Es aquí —dijo Eleuterio. La voz se le entrecortó.

—Está bien. Mañana, a primera hora, minutos antes de la salida del sol, le esperaremos en la puerta con el carro. Nos oirá llegar.

El buen hombre se giró dispuesto a entrar en casa, cabizbajo, temeroso por lo que le esperaba dentro.

—Un momento —requirió Antonio.

Sacó de su chaqueta una pequeña bolsa de cuero con un lazo en su parte superior. Se la ofreció a Eleuterio. Tembloroso y dubitativo, estiró la mano para cogerla.

—Es un adelanto —explicó Ramón tomando nuevamente la palabra—. Ahí van los primeros cien reales. Podrá mostrárselos a su mujer para que vea que somos de fiar. Los trescientos restantes se los entregaremos mañana, según nos entregue al niño.

50

Carmen Prado
Domingo, 1 de noviembre de 2015

—Puede que Luz viera el programa y por eso vino a contárnoslo —planteé, tratando de encontrar explicaciones donde solo hallaba preguntas. No podía apartar la vista de la pantalla en pausa.

—¿Insinúas que se le va la cabeza?

—Puede. No sé.

—Yo la vi bastante cuerda cuando estuvimos en su casa.

—Ya. Entonces, ¿crees que el asesino puede tener algo que ver con todo eso?

—Tú misma has dicho en más de una ocasión que no crees que sea un pederasta al uso.

—Sí, es cierto. Siempre he tenido la sensación de que había algo más. Pero ¿esto? ¿Tráfico de niñas? ¿Exhibición de monstruos? ¿Crees que las deforma para eso?

—¿Y si también hubiera niños?

—¿Deberíamos ampliar nuestro radio de investigación?

De pronto me sentí como si estuviera flotando en mitad del océano.

Ambos nos quedamos pensativos.

—No. No lo sé. ¡Dios, esto es desesperante! —exclamó César.

—No chilles. Es tarde.

—Sí. Es verdad.

Suspiró al tiempo que bajaba la pantalla de su portátil. Se puso de pie, lánguido. Se le apreciaba vencido por el pesimismo.

—Vamos a atraparlo. Estoy segura —dije, tratando de animarle.

—Sí. Eso espero.

Caminó hasta la puerta y salió en silencio. Sonó un suave clack del picaporte.

Eran las dos de la mañana. Hora de dormir.
Programé el despertador diez minutos antes que de costumbre.

Me arreglé con la misma ropa que me puse el primer día. En esa ocasión, fui yo quien llamó a la puerta de César.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nada más abrirme.

—Nada. Solo vengo a ver si quieres que bajemos a desayunar.

—Ah. Claro. Pensé que…

—No. Por cierto, ¿tú sabes si aquí hacen la colada?

—Pues no lo sé, pero lo ofrezcan o no, estoy convencido de que si se lo pides te la harán.

—Sería un *detallazo*, la verdad. Desde que llegamos he ido intercambiándome los tres jerséis y los dos pantalones que me traje, pero ya toca darles un agua.

—Sí. Yo estoy igual. A mí también me vendría bien.

Desayunamos como dos marqueses y, antes de irnos, le preguntamos a la dueña si sabían de algún lugar donde nos pudieran hacer la colada. Ella misma se ofreció gustosa, «qué menos, después de la paliza que se están dando. Cualquier otra cosa que necesiten, pídanla sin reparos. Estamos para ayudar», dijo amable.

De camino a la comisaría, mientras César conducía, llamé a Nicolás. Puse el manos libres. Le contamos lo que César había estado averiguando sobre los traficantes de niños, pero nos ordenó que siguiéramos la misma línea de investigación que llevábamos. Resultaba evidente que estaba molesto con el resultado de la detención del día anterior y con que César hubiera disparado su reglamentaria. «¿Traficantes de niños? ¿Comprachicos? Olvidaos de eso. Suficiente tenemos ya con la que liamos ayer. Además, buscamos a un asesino en serie, no a un traficante de niños», dijo zanjando la conversación.

Los compañeros de informática habían estado toda la noche buscando en las tripas del portátil de Elías Moreno. No encontraron nada que nos sirviera para el caso del Quebrantahuesos; aunque sí, hallaron contenido ilícito de material pornográfico infantil, cosa que, probablemente, le llevaría a la cárcel.

Parecía que volvíamos a la casilla de salida.

Me encerré en la sala de reuniones, con todos los informes y expedientes de denuncias por desaparición que había estudiado y

que me faltaban por revisar. Me quedé abstraída al ver el montón de menores que habían desaparecido en los últimos cinco años. La mayoría volvía a sus casas a reencontrarse con sus seres queridos, pero había otros que no corrían la misma suerte. Deseaba encontrarlos a todos.

Sonó el teléfono. No reconocí el número, pero contesté.

—¿La inspectora Carmen Prado?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Raquel Robles, de la comisaria de Alcira. Hablamos el otro día por los casos de las niñas desaparecidas en los últimos cinco años.

—Sí. Lo recuerdo.

—Bien. Solo llamo para comunicarle que Candela Barrios del Monte ha aparecido. Ahora mismo está siendo tratada en el Hospital Universitario de la Ribera, pero se encuentra bien.

—¿Qué le había sucedido?

—Se cayó dentro de un pozo. Tiene una pierna rota y está deshidratada, pero, como digo, está fuera de peligro.

Respiré aliviada. En ese momento, entró César en la sala.

—Es una estupenda noticia. Muchas gracias por ponerme al tanto.

—No hay de qué.

—Levanta. Tenemos que irnos —me dijo César en cuanto colgué.

—¿Qué ha pasado?

—Los padres de Sofía han recibido una llamada anónima asegurándoles que han visto cómo metían por la fuerza a su hija dentro de una casa. Tenemos la dirección.

51

Teresa Casado, madre de Sofía Hernández

Te dices que tu vida es maravillosa. Que lo tienes todo. El trabajo por el que tanto te esforzaste durante años; el marido con el que podrías vivir mil vidas juntos y aún te parecerían pocas; una casa gloriosa que te recuerda a las que tenían tus muñecas cuando eras niña. «De mayor tendré una igual», te decías. Y no es que tus proyecciones de futuro fueran las de tener la vida de una *barbie*, pero te gustaba la vida de fantasía que habías creado para ellas. En mi caso tuve cinco barbies. Cada cual más bonita. «De mayor quiero ser como ellas, igual de guapa», me decía, «con una vida de lujo», insistía.

Eras muy pequeña, pero sabías dónde estaba la felicidad. O creías que lo sabías. Como si la felicidad te la dieran los bienes materiales, o un cuerpo y una cara bonitas. Con los años descubres que todo es perecedero. El plástico tiene la cualidad de mantenerse inalterable durante cientos de años sin necesidad de cuidarlo, pero el cuerpo humano es distinto. Lo ejercitas, pero antes o después se vuelve flácido; lo hidratas, pero poco a poco se arruga; lo cuidas con una alimentación sana y equilibrada, pero siempre termina muriendo. Eso no les pasa a las barbies. Podrían durar cientos de años. Así que sí, toda niña que tiene una barbie, durante alguna época de su vida desea ser igual que ella: tener un cuerpo duro, fibroso, el pelo sedoso, la sonrisa siempre en los labios. Ser imperecedera. Los malditos cánones de belleza. ¿A quién no le cuesta confesar que el hecho de cuidar su cuerpo con regularidad, aunque no se mate en el gimnasio, es por una idea almacenada en alguna parte de su psique creada por una cultura que fomenta la ambición de ser igual que una muñeca de plástico? Durante años, el principal motivo de cuidar tu cuerpo es estar guapa; no por mantener una salud óptima. Pero en otras ocasiones, cuando te

conviertes en madre y tienes la vida que siempre soñaste, la prioridad cambia. Lo primero es la salud y, después, si la constitución y la edad lo permite, seguir estando guapa. Digamos que yo sufrí esa transformación, y todo gracias a Sofía.

Qué bonito es cuando acudes al ginecólogo porque tienes un retraso y te confirman que estás embarazada. Ya te habías hecho la prueba de embarazo, sabías que estabas en estado, pero cuando lo oyes de los labios del especialista…

Y luego, la primera ecografía.

El gel frío sobre tu vientre.

El latido de su acelerado corazoncito.

El primer rezo por que vaya todo bien: el embarazo, el parto… y, sobre todo, que tu bebé esté sano.

En el momento en que nace sientes que tu alma se divide en dos fragmentos: uno, el que continuará dirigiendo tu vida, tus proyectos, dando forma a tus deseos. Y el segundo, el que vivirá eternamente por tu hijo, el que, llegados a un extremo, incluso podría llegar a hacer cosas impensables con tal de protegerlo o salvarlo.

Desde que escuchas su primer llanto, agonizas por las cosas malas que podrían pasarle. Todas sabemos que no es algo consciente, pero está ahí, oculto en nuestro instinto. No pensamos en una cosa mala en concreto, sino en un conjunto de situaciones sin forma ni nombre. Cosas que, a su vez, probablemente nunca sucedan. Y lo envuelves entre tus brazos, y le sonríes porque, tal vez, es el día más feliz de tu vida, el bebé más bonito del mundo y, aun así, sufres por lo que pueda pasarle. Y te preguntas si toda la vida va a ser así. Quieres creer que, según vayan pasando los años y él o ella vaya creciendo, ese sentimiento de protección se irá relajando.

Quieres. Deseas. Rezas que nunca llegue ese día que tanto llevas temiendo desde que te enteraste de su existencia.

Hasta que un día ves que tu hija no regresa a casa. Que se retrasa cinco minutos. Diez. Veinte. Una hora. Que sus amigas no saben nada de ella. Que la vieron alejarse por el camino de siempre en dirección a casa. Que llamas a cuantas personas conoces que crees que podrían haberla visto y sigues sin saber nada. Que sigue pasando el tiempo y continúa sin aparecer. Una niña obediente, a la

que le tienes dicho que mire a ambos lados antes de cruzar la carretera, que nunca coja nada de un extraño o que no se vaya con desconocidos. Entonces entiendes que tu temor se ha hecho realidad, que tienes que llamar a la Policía.

Y a partir de ese día tu mundo empieza a desmoronarse. La casa, tu físico, tu trabajo…, todo te importa un bledo. Solo quieres que tu hija regrese a tu lado. Que esté sana; que nadie le esté haciendo daño. Desesperada, te refugias en tu marido porque sabes que él está pasando por el mismo infierno. Ahora los dos sois como dos almas errantes en un mundo que se consume a cada segundo, como una caja de cerillas acariciada por una llama.

Y pasa un día.

Dos.

Tres.

Una semana.

Hasta que nueve días después recibes una llamada que te devuelve una pizca de esperanza.

—Hola. ¿Es usted la madre de Sofía Hernández?

—Sí. ¿Quién es?

—Solo la llamo para decirle que he visto a su hija.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Está bien?

—Eso no lo sé.

—¿Cuándo la ha visto? ¿Quién es usted? Espero que no sea una broma de mal gusto, porque si es así…

—No, señora. No es ninguna broma. He visto a un hombre empujando a su hija dentro de una casa. ¿Quiere que le dé la dirección o no?

52

Carmen Prado

—Espera —le respondí a César.

—¿Qué te ocurre?

—Tendremos algo más aparte de una dirección, ¿no?

Me sonrió de medio lado, con una expresión en el rostro que bien le podría servir para ligar con cualquier mujer.

—Pertenece a un tal Álvaro Velázquez Gijón. Nacido el 23 de marzo de 1983, en Burgos. O sea, que tiene treinta y dos años. Soltero. Agente inmobiliario. Tiene una casa independiente de dos plantas con un terreno de mil metros cuadrados rodeándola, en Pino de Bureba, un pequeño municipio de Oña. Y un Jeep Grand Cherokee del 2013, color gris marengo.

—Hasta ahora, es el que más encaja con el perfil criminal que tenemos.

—Sí. Creo que deberíamos hacerle una visita, ¿no te parece?

—¿Qué ha dicho Nicolás al respecto?

—La verdad es que no he hablado con él. Todo esto me lo ha dicho Baeza.

—¿Y no crees que ha debido hablar también con Nicolás?

—Supongo.

—Habrá que llamarle, ¿no?

—Pues todo tuyo.

Y es lo que hice. Cogí mi móvil, marqué su contacto y puse el manos libres.

—Sí. Estoy al tanto. Acabo de hablar con Baeza.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a hablar con él o esperamos a tener una orden de registro?

—De acuerdo, hay cosas que coinciden, pero no constituyen prueba suficiente como para presentárselas al juez. Me mosquea mucho que el individuo que telefoneó a los padres de Sofía no nos

llamara a nosotros. ¿Por qué? ¿Oculta algo?

—¿Y qué más da quién o a quién le diera la dirección? Si es la del asesino, eso es lo de menos —le contestó César mientras yo escuchaba sin pronunciar palabra.

—Necesitamos algo más. Tratad de averiguar qué ruedas gasta ese todoterreno. Si las medidas de los neumáticos coinciden con las de las muestras de la escena del crimen, tal vez entonces podamos pedir una orden de registro. También podríamos mirar dónde estuvo los días de los secuestros o los días cercanos a las fechas en que el asesino se deshizo de los cadáveres, a través de las antenas de telefonía móvil. —Aspiró aire de forma sonora entre los dientes, un ruido que solía hacer cuando estaba pensando y algo no le convencía del todo.

—Podemos averiguar si tiene algún antecedente penal —sugerí.

—Eso ya lo han mirado —intervino César—. Se me ha olvidado decírtelo. No tiene antecedentes.

—Pues, ¿qué hacemos? —insistí.

—Averiguad lo de los neumáticos y luego ya veremos.

—De acuerdo. Vamos para allá.

La posibilidad de que Sofía pudiera estar allí dentro había acelerado mis nervios. Tal y como indicaba el navegador, apenas tardamos dieciocho minutos en llegar a la dirección de Álvaro Velázquez en Pino de Bureba, pero, aunque fueron pocos, se me hicieron eternos. Pino de Bureba era un municipio pequeño, constituido en su mayor parte por casas independientes de piedra o ladrillo, con estilo rústico. Muchas de las casas tenían sus propios huertos. Desde que entramos en el municipio no nos cruzamos con nadie, tan solo vimos a un hombre de mediana edad faenando sus tierras, equipado con un mono de trabajo azul y un gorro de paja. Las instrucciones del GPS nos llevaron a abandonar la carretera de cemento gris para coger una aún más estrecha, de tierra. «Ha llegado a su destino», nos anunció el navegador. Nos encontrábamos ante una propiedad privada, rodeada de un muro de piedras de un metro de altura, aproximadamente, al que le sucedía otro vegetal, haciendo que se alzara hasta superar los dos metros. Apenas se veían parte de las ventanas de la planta superior y el tejado, ligeramente inclinado.

Dejamos el coche a un lado y fuimos a pie hasta la entrada. Una puerta de hierro de doble hoja, en color verde botella, nos impedía

el paso. La mitad inferior sólida y la mitad superior con barras verticales cubiertas por una tela opaca del mismo color. Era evidente que al dueño de la finca no le interesaba que se viera lo que había o se hacía dentro.

—No sabemos si estará en casa —dije.

—Ya. Espera —contestó César, apoyando un pie en la puerta y alzándose por encima para ojear el interior—. El coche no se ve.

—Puede que no esté o que lo tenga guardado en el garaje.

—Podemos llamar al timbre y salir de dudas.

—Entonces sabrá que estamos aquí.

—No tiene por qué averiguar que somos policías. Podemos decir que somos testigos de Jehová. No creo que quiera abrirnos para que le echemos el sermón.

Alcé una ceja con guasa.

—Vale. Llama —autoricé.

El dedo de César se clavó en el timbre, generando un zumbido desagradable.

Esperamos un rato.

—Creo que no está.

—Insiste.

De nuevo el mismo sonido molesto.

Dejamos que pasara el tiempo suficiente antes de concluir que Álvaro no se encontraba en casa. Y a cada minuto que pasaba mis nervios se resentían. No podía borrarme de la cabeza la posibilidad de que Sofía estuviera allí dentro encerrada, tal vez enganchada a algún aparato tortuoso que ya le estuviera deformando o rompiendo los huesos, dolorida, aterrada, hambrienta… Estaba empezando a perder la paciencia.

César me dedicó una mirada cómplice.

—Echemos un ojo dentro —me dijo, señalando la puerta con la cabeza. Proponía que saltásemos la valla.

Y no le dije que no. Cogí mi móvil y lo puse en silencio. Apoyé un pie en la parte solida de la puerta. César se puso a mi espalda, por si necesitaba ayuda. Di un salto al interior. Él no tardó en hacerlo y caer a mi lado.

—Vamos rápido y sin hacer ruido —susurré.

Corrí de puntillas y agazapada hasta unas escaleras que había en la parte izquierda de la vivienda. A ras de suelo había una puerta de

garaje. Subiendo las escaleras la primera planta, donde se intuía que empezaba la vivienda. Las ventanas tenían barrotes y las persianas de dos de ellas estaban bajadas. Solo una estaba subida unos centímetros. Todas las ventanas de la planta superior también estaban bajadas. Aquella casa estaba cerrada a cal y canto.

Mientras yo comprobaba que la puerta principal, de madera maciza, estaba cerrada, César fue a la parte trasera de la casa. «Aquí no hay forma de entrar», pensé. Me puse un juego de guantes de látex que llevaba siempre conmigo y traté de abrir una de las ventanas. Aunque tuviera barrotes, al menos podría apartar la cortina y mirar dentro. Pero no conseguí abrirla.

«¿Y si está dentro?

»Supongo que la tendría amordazada, para que no se ponga a pedir ayuda al mínimo ruido que escuche en el exterior».

Di un respingo cuando César se asomó por un costado de la casa llamando mi atención.

—¡Carmen! —gritó en un susurro.

—¿Qué pasa? —respondí en voz baja.

—Ven.

Fui detrás de él hasta la parte trasera de la casa. Se veían unas ventanas pequeñas, dispuestas a lo largo de la planta baja.

—Tienen que dar al garaje —continuó susurrando, del mismo modo que transcurrió el resto de nuestra conversación. Las pequeñas ventanas estaban tapadas desde el interior con hojas de periódicos—. ¿Por qué cubres las ventanas de un garaje? Solo por lo altas que están ya es difícil mirar a través de ellas.

—¿Para que no entre el sol? ¿Porque esconde algo ilegal?

—¿Algo ilegal como a una niña, te refieres?

Pensé en hablar con Nicolás, pero sabía cuál iba a ser su opinión.

—¿Tú oyes eso? —le pregunté a César, abriéndome la funda de mi reglamentaria. Me miró con rostro dubitativo.

—¿El qué?

—Los gritos de socorro de una niña.

—Sí. Los oigo.

Mentira. Ninguno oímos nada.

Anduvimos con el cuerpo pegado a la fachada, buscando alguna fisura por la que colarnos en el interior de la casa.

—La única forma de entrar es forzar la puerta o entrar por una ventana —dijo mi compañero.

—¿Y qué propones?

—Creo que lo más fácil va a ser que te aúpe para que entres por la ventana. Aunque no me hace ninguna gracia que te cueles ahí dentro tú sola.

—Es un riesgo que tendremos que correr.

Nos situamos debajo de una de ellas. Apoyé un pie en su rodilla y me sujetó mientras yo rompía en mil pedazos el cristal de la ventana con la culata de mi pistola. Un empujón más me sirvió para asomar la cabeza al interior. Estaba tan oscuro que apenas se veía nada; mis ojos tendrían que acostumbrarse a la falta de luz.

—Voy a entrar —avisé a César, haciendo fuerza con los brazos para subir y estabilizarme antes de pasar el cuerpo.

—Ten cuidado.

Iba a responderle que sí cuando me clavé uno de los cristales en la palma de la mano, desestabilizándome por completo y cayendo de cabeza al interior. Tan solo me dio tiempo a estirar los brazos para no romperme la crisma, pero el impacto contra el suelo hizo que me vibrara todo el cuerpo. El corte en la mano izquierda. El brazo derecho retorcido. Mi arma caída en alguna parte, fuera de su funda. Una brecha en la frente. Presión en el pecho.

Durante un rato, no sé cuánto, estuve tirada en el suelo, mareada, desorientada y sin fuerza para levantarme. Perdí el conocimiento.

53

Carmen Prado

Al abrir los ojos vi a César a mi lado, sujetándome la cabeza y limpiándome con la manga de su camiseta la sangre que me brotaba de la brecha.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

—Te has desmayado. No sé yo si estás muy fina. ¿Qué te ha pasado?

—Me he caído.

—Eso ya lo he visto. ¿Te duele la cabeza?

—Claro que me duele la cabeza, me acabo de dar el piñazo del siglo.

Sacó su móvil y activó la linterna.

—Sigue la luz.

Paseó el móvil por delante de mis narices, examinándome como si entendiera de medicina.

—Las pupilas responden. ¿Tienes náuseas? ¿Sigues mareada?

—No. Ya estoy mejor.

—¿Te puedes poner de pie?

Me tendió la mano para ayudarme a levantar. En el movimiento, sentí que las piernas me flaqueaban. El brazo, el hombro, las costillas y otras partes del cuerpo que no sabría nombrar, me dolían.

—Se me ha caído el arma —dije apoyando las manos en mis muslos, ligeramente inclinada hacia delante.

—¿Te mareas?

—No.

Alumbró alrededor buscando mi reglamentaria.

—Toma —dijo al tiempo que él mismo me la guardaba en la funda y me la sujetaba a la cintura.

—Gracias. Vamos. No me apetece que venga en cualquier momento y nos pille in fraganti.

Me presioné la herida que me había hecho en la mano. Entre ambas, sujeté una linterna que, junto a los guantes de látex, siempre me acompañaba. César caminó delante, iluminando con la linterna de su móvil.

A simple vista, parecía un garaje normal. Cosas apiladas contra las paredes dispuestas en estanterías, herramientas, cajas de cartón, una bici de montaña, sillas apiladas una encima de otra, una mesa de jardín con sus correspondientes sillas de plástico, una cinta de correr, un banco de pesas… En una esquina encontramos un par de neumáticos. Miramos el tamaño de las ruedas y el dibujo. Miré las fotografías de las huellas halladas en el lugar de los hechos y la medida indicada por los compañeros de Criminalística. Coincidían. Eran la misma medida, marca y dibujo. Tomé varias fotos con mi móvil.

Sentí que los nervios regresaban a mi cuerpo. Todo lo que habíamos ido descubriendo de él nos indicaba que estábamos a punto de atrapar al asesino que tanto nos había costado encontrar.

—Esto pinta bien —comentó César, igual de emocionado que yo.

—Sí. Vamos arriba.

Recorrimos la primera planta. El comedor, la cocina, un cuarto de baño y un despacho pequeño. El mobiliario tenía un aire antiguo, como si la casa hubiera sido de sus padres antes que de él. No veía a una persona de su edad y con dinero, con un gusto tan clásico, manteniendo muebles de hacía al menos veinte años. Se respiraba un aire añejo y poco ventilado. Los muebles del comedor, incluido el televisor, almacenaban una buena capa de polvo, como si llevase tiempo sin pisar ese lugar o, al menos, sin limpiarlo. Mientras César revisaba el despacho yo me dirigí a la cocina. Me quité el guante de látex empapado de sangre y me enrollé un trozo de papel de cocina alrededor de la mano. Envolví el guante en otro trozo de papel de cocina y me lo guardé en el bolsillo del pantalón.

Abrí las puertas del mueble del fregadero dando por hecho que allí encontraría el cubo de la basura y acerté. Estaba vacío. Miré en la nevera. Había pocas cosas, pero estaban frescas, sin caducar. Cogí el brik de leche y lo destapé para olerlo. Estaba en buen estado.

Volví con César, que seguía en el despacho, revisando los

cajones del escritorio.

—No sé si me cuadra —le dije a César.

Estaba absorto, mirando un sobre de cartón.

Me aproximé para verlo mejor: un nombre de mujer, una dirección y un dibujo de dos flores con un corazón entre ellas.

La expresión de mi rostro se contrajo, igual que la de mi compañero.

—¿Quién hace unos dibujos así si no es una cría? —me preguntó.

Saqué el móvil y le hice un par de fotografías.

—Vamos arriba.

A cada escalón que subíamos la sensación de estar pisándole los talones al asesino de Lorena, Anabel y Alicia, aumentaba. Mi cuerpo estaba generando tanta adrenalina que ni siquiera sentía el dolor de la reciente caída. Solo podía imaginar que, al terminar de subir las escaleras, en cualquier habitación lóbrega, oscura y fría, encontraríamos a Sofía; aunque temía el estado en que pudiera estar.

Llegamos al pasillo de la última planta.

El olor a añejo se transformó en olor a cañerías.

Las puertas de las habitaciones estaban abiertas. Una tenue luz nos iluminaba, procedente de la que se filtraba por las rendijas de las persianas.

Aunque no parecía abandonada, la casa estaba vacía. Si en algún momento previo a nuestra visita estuvo allí Sofía, aún no podíamos saberlo, pero lo que estaba claro era que, en ese momento no se encontraba allí.

La planta de arriba tenía otro cuarto de baño y dos dormitorios más. César entró en el que consideramos que era el de Álvaro Velázquez. En un extremo de la habitación tenía un vestidor de alrededor de seis metros cuadrados. Era la única parte de la casa, su dormitorio incluyendo el vestidor, que se veía nueva. Armarios blancos, de más de dos metros treinta de altura, con focos saliendo del techo de los armarios, ocho módulos cerrados con puertas de cristal transparente, dos que hacían las funciones de un zapatero y, un par de muebles más, llenos de cajones.

César empezó a mirar entre sus cosas. Yo, me dirigí a las mesillas y la cómoda que tenía junto a la cama de matrimonio.

Sobre la colcha, descansaba un portátil con la pantalla bajada.

Miré en una de las mesillas. Calzoncillos y calcetines. Luego en la otra. Camisetas interiores y objetos sexuales: preservativos, lubricante, revistas porno, consoladores y una caja de plástico con su correspondiente tapa. Cogí esta última y la dejé sobre la cama. No me iba a largar de allí sin saber lo que guardaba dentro.

Quité la tapa. Y el corazón me dio un vuelco.

54

1855
Alicante

Entró en casa con la bolsa de los cien reales en su mano derecha. La sostenía con fuerza por donde la ceñía el cordón de cuero. Los huesos de los nudillos se le perfilaban bajo una piel casi translúcida debido a la presión de su puño. En su vida había tenido tanto dinero junto. El corazón se le agitaba en el pecho, por un lado, por las ganas de deleitarse contando tantas monedas; por otro, por la reacción que podría tener su esposa al enterarse del origen de su fortuna.

A esas horas, los niños estaban durmiendo. Su mujer lo esperaba recostada sobre la cama, inquieta y temerosa de que le hubiese sucedido alguna desgracia. ¿Cómo sacaría adelante ella sola a cinco criaturas? Nunca llegaba tan tarde.

Al escuchar la puerta, se levantó apresurada para salir a recibirlo. Por su parte, Eleuterio entró decidido a plantarle cara, decirle toda la verdad. Su determinación se quebró en el momento en que la tuvo delante. Paró en seco a un par de pasos del umbral, como un animal con el rabo entre las piernas. Dolores lo observó sin decir nada, tratando de leer a través de sus retinas qué demonios estaba ocultando, sintiendo cómo las dudas cabalgaban indomables en su mente. Sin embargo, no era costumbre por aquella época que la mujer interrogase al marido. Esperó a que él tomase la palabra, mientras de forma instintiva se recreaba en buscar alguna herida o signo que delatase su evidente agonía. Al bajar la vista hacia sus extremidades se topó con la bolsa de cuero. Allí clavó su mirada durante unos segundos, tratando de averiguar qué escondía dentro.

—Me han propuesto… —comenzó Eleuterio. Paró. Pensó. Rectificó—. Hemos hecho un trato, amor mío.

—¿Un trato? ¿Qué tipo de trato?

Agachó la cabeza y miró el raído suelo que los sostenía.

—Ven. Sentémonos en la cama.

Dio varios pasos hasta encontrarse cuerpo a cuerpo con su mujer. La tomó de la mano y ella se dejó guiar sin preguntar, sintiendo cómo el corazón se le desbocaba por instantes.

—Me estás asustando.

—Tranquila, no pasa nada. Te lo explicaré todo para que puedas entenderlo. Verás como al final me darás la razón. —Ella asintió despacio—. Verás…, el otro día me ofrecieron un negocio. Al principio no quise escuchar, pero luego me di cuenta de que era nuestra solución. Dejaremos de pasar hambre. Los niños podrán crecer, dejarán de ponerse enfermos, incluso podrán ir a la escuela. No tendremos que volver a enterrar desnutrido a uno de ellos. —Dolores le miraba a los ojos, sintiendo cómo a la vez los suyos empezaban a empañarse—. Además, no tendrás que sufrir por él. Estará bien, con otros padres que lo cuidarán mejor que nosotros. Que le darán caprichos, ropas nuevas, comida, juguetes…

—¿De qué estás hablando? —preguntó Dolores con un hilo de voz tembloroso.

—Mira —dijo mostrando la bolsa de monedas. La desató y ante ella, sobre la colcha, volcó la totalidad del contenido. El sonido del metal al salir le hizo tomar una bocanada de aire mezclado con un gemido de asombro. Empezó a esparcirlas por la cama reanudando su perorata—. Son cien reales. ¿Ves? Esto es solo un adelanto. Mañana nos darán más.

—¿Quién te ha dado esto? ¿Por qué te lo han dado? —requirió inquieta y embelesada por el dinero.

—Un señor. Dos. Nos lo han dado a cambio de uno de nuestros hijos.

—¡¿Qué?! ¡¿Te has vuelto loco?! —replicó Dolores poniéndose de pie.

—Tranquila. Y no, no estoy loco —le dijo Eleuterio poniéndose frente a ella y cogiéndole de los brazos.

—Quieren a Miguel Ángel. Él es muy pequeño, no se enterará. Además, no le van a hacer nada malo, le van a dar la vida que nosotros no podemos darle.

—Pero es nuestro hijo, Eleuterio… —sollozó tratando de zafarse

de sus manos.

—Amor mío, escucha. Piénsalo. Al principio, a mí me dolió tanto como a ti, pero es lo mejor para todos. —Dolores calló mientras sus ojos oteaban el rostro de su marido y el dinero sobre la colcha. No era una broma—. Nuestro pequeño estará mejor que ninguno de nosotros estaremos nunca, y gracias a su buena vida nosotros tendremos para comer una larga temporada. Mira, son cien reales. ¿Alguna vez habías visto tanto dinero junto? Yo no. ¿Y sabes lo mejor? Aún nos tienen que dar otros trescientos reales más.

—¿Trescientos?

—Sí, Dolores, en unos días el niño no se acordará de nosotros. Nunca sabrá que viene de una familia tan pobre como la nuestra. Será feliz. Se merece ser feliz. Y nosotros también merecemos comer.

—¿Podremos verle alguna vez?

—No, amor mío. Me temo que debemos olvidarnos de él para siempre. Pero… Mira esto —dijo cogiendo un puñado de monedas entre las manos, exhibiéndolas sobre sus palmas abiertas—. Nos darán trescientos más. ¿Tú sabes todo lo que podremos hacer con cuatrocientos reales?

Dolores permaneció unos instantes con la mirada perdida, sopesando las palabras de su esposo, convenciéndose de que todo cuanto decía era cierto: todos estarían mejor después de aquello. Al fin tendrían ropa limpia, comida caliente, jabón… Empezó a convencerse a sí misma diciéndose que antes ya perdió a otro de sus hijos. Si superó aquello también podría superar esto, y más, sabiendo que pasaría a tener la vida de un príncipe. Siendo así, era justo que ellos también obtuviesen una recompensa, a fin de cuentas, le estaban arreglando su porvenir, le estaban entregando lo que ellos no tendrían jamás, estaban siendo generosos con él. Ni con la compensación de cuatrocientos reales, ellos jamás estarían tan bien como lo estaría el más pequeño de sus hijos. Encima, el muy ignorante nunca podría darles las gracias por el tan alto sacrificio que habrían hecho por su felicidad.

Y de pronto una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Vamos a vivir sin pasar hambre —dijo comedida y aliviada.

La noche anterior dejaron la habitación pagada. Antes de amanecer, abandonaron la hostería. Antonio lo hizo unos minutos antes, para

arreglar el carro.

—¿Ya? —preguntó Ramón deseoso de coger la mercancía y abandonar aquel vecindario.

—Sí. Cuando quieras.

Ramón subió al carro mientras Antonio se encargaba de desamarrar al caballo y redirigirlo, con un tirón de riendas, hacia la calle que conducía a la casa de Eleuterio.

—*¡Bueeenos… ¿nochesss?!* —vociferó un borracho que caminaba por la misma vía, aunque en sentido contrario, dando tumbos asido a su bota de vino—. *Nooo* se *vaiian, hooombre. Hombresss. Nooo…*

—Has visto a ese, ¿no? —preguntó Ramón a su hermano. Este optó por no contestarle—. Espero que no acabes igual.

—*Jmm…* Preocúpate de tus cosas.

—Ya, bueno. Antes que eso, dímelo para que me encargue de pegarte un tiro. Al menos morirías con honra, y para mí será un placer.

—Eres un puto bastardo.

—*Ufff…*, qué disgusto se llevaría madre si te oyera proferir esas calumnias. Además, sabes que solo me preocupo por ti, hombre.

—Mantente lejos, Ramón.

—Un poco difícil, ¿no te parece? —dijo agachando la cabeza y mirando sus cuerpos, uno junto al otro—. Nos pasamos el día culo con culo. —Sonrió jocoso—. Venga, no desesperes, pronto podrás hacer lo que te venga en gana. Podrás perderme de vista.

—Ya, hasta que vuelvas otra vez a buscarme.

—Cualquiera diría que no te gusta faenar conmigo. Ni que no te asalariase como es debido.

—Eso es por lo único que te sigo el juego, no lo olvides.

—Bueno, bueno, ya será para menos… —Rio—. Anda, prepara los cuartos, que ya estamos llegando.

—No sé por qué tanto cuento con ese niño. Lo podíamos haber robado, como las otras veces.

—¿Otra vez con lo mismo? De verdad que me haces dudar si somos hermanos. Este es más pequeño. Para que lo entienda tu mente: de esa edad no los encuentras correteando por las calles. Anda, dedícate a preparar los cuartos y deja los negocios para los que entendemos.

Pasaron la noche en vela. En silencio, contemplativos, sumidos en pensamientos. Despiertos.

Antes de que amaneciera, el sonido de las herraduras de un caballo arrastrando un carro se fue aproximando hasta su puerta. Fue entonces, cuando Eleuterio y Dolores volvieron a dirigirse la palabra.

—Ya están aquí —dijo el hombre. Se levantó de la cama con la misma ropa con la que cerró el acuerdo. Dolores se incorporó y se asomó a la ventana. Al otro lado les aguardaban un par de hombres y su carro.

—¿Estos son los que…?

—Sí, amor. Ellos son.

—De acuerdo. Iré a por Miguel Ángel.

—Vale. Tápalo bien. A estas horas hace frío.

La mujer asintió y fue en busca de su pequeño.

En la misma habitación dormían los otros dos varones. Ninguno de los niños se percató de la presencia de la madre. Esta, con sigilo, cogió una manta y envolvió al menor de los tres sin que se despertase; tenía un dormir profundo. Salió con él en brazos y cerró la puerta sin hacer ruido. Mientras su marido acudía a hablar con los Sellés, ella se despidió de su hijo. Observó su níveo rostro, sus mejillas sonrosadas, el pelo pegado a su frente. «Te podría haber dado el pecho una última vez —pensó—. Bueno. No pasa nada. A partir de ahora comerás todo lo que quieras, ya no solo la leche de tu madre». Le dio un beso en la frente y sintió cómo se le humedecían los ojos.

Entre los rezos y los lloros en silencio durante la noche, también tuvieron tiempo para pensar en cómo distribuirían el dinero y cuánto les duraría si no lo derrochaban. Los dos mayores de los hermanos crecerían lo suficiente como para empezar a ayudar a su padre en el campo. No tendrían estudios, pero comer era más importante.

Eleuterio salió a recibirlos. Los hermanos Sellés le esperaban en la misma puerta, aún sobre el transporte. Al verle se apearon del carro.

El resto de la negociación transcurrió en pocos minutos.

No hicieron falta saludos ni cortesías.

—Mi mujer está… Ha ido a por Miguel Ángel.

—¿Ese es el nombre de la criatura?

—Sí, señor. Ese es.

—¿Podemos pasar? —le preguntó Ramón.

Eleuterio vaciló antes de consentir con un «sí» entrecortado. Luego se dirigió a su hermano:

—Coge lo que le corresponde a este buen hombre.

Antonio obedeció. Echó mano a una bolsa que escondían en el carro y entró a la casa siguiendo los pasos de Eleuterio y Ramón. La puerta daba acceso directo a lo que parecía una salita de estar: una mesa de madera con ocho o nueve sillas rodeándola, una alacena con la vajilla, la cristalería y las cacerolas, y un par de sillones de mimbre desgastados. En aquel reducido espacio no entraba nada más.

—Tenga —dijo Antonio, ofreciéndole el pago restante—. Cuéntelo si le place.

—Yo… No se preocupen, me fio de ustedes, señores.

—No debería —espetó Ramón. La fingida serenidad de Eleuterio se transformó en un gesto de pánico. ¿En manos de quién iba a dejar a su hijo? ¿Acaso no eran de fiar?—. Con el dinero no se juega, amigo mío. En los tratos siempre ha de contarse el dinero, cada moneda, desde la primera hasta la última. Si se acostumbra a hacerlo le aseguro que se ahorrará más de un disgusto.

—¿Quiere entonces que…?

Ramón rio con descaro.

—Tranquilo, no estamos aquí para timarle unas miserables monedas. —Le quitó la bolsa de la mano y la volcó sobre la mesa, haciendo que se desparramaran sobre ella—. Aquí está todo su dinero. Los trescientos reales que faltaban anoche. Son suyos. De su familia.

En ese momento Dolores entró en el comedor. Portaba el niño en brazos, acurrucado contra su pecho, dormido. La vista se le fue a la recompensa, que tuvo más poder para captar su atención que los rostros de los dos bandidos que tenía delante.

—Tenemos que irnos o se nos hará tarde —argumentó Ramón con los ojos clavados en la mujer; parecía querer desnudarla con la mirada.

—Claro —respondió Eleuterio girándose hacia su esposa para que le entregara al niño.

Ella se acercó y fue Antonio quién se lo arrancó de los brazos.

—Se llama Miguel Ángel —dijo ella con la voz tomada.

—Sí. Bonito nombre. Debemos irnos.

Antonio se dirigió a la puerta. Ramón lo siguió.

—¿Entienden que no pueden decir nada a nadie, que a partir de este momento no nos conocen, que no nos hemos visto nunca? —preguntó Ramón antes de salir. El matrimonio asintió—. Por el bien de todos, sobre todo por el suyo, olvídense de lo que acaba de pasar.

Los padres de la criatura se quedaron paralizados mientras los Selleres terminaban de marcharse. ¿Acaso era tan fácil olvidar a un hijo? Tampoco pensaron que lo pudieran entregar a cambio de dinero y, sin embargo…

—Ni siquiera le he dado un beso de despedida —susurró Eleuterio con la vista fija en la puerta, paralizado.

Un «arre» y el inmediato sonido del carro alejándose le hizo salir de la abstracción. Se miraron a los ojos mientras el silencio se iba abriendo paso al mismo ritmo que las huellas del carro se alejaban.

55

Carmen Prado

Llamé a César para que viera lo que había en el interior de la caja. «¡Mira!». Se aproximó diligente. El ceño se le contrajo en un visaje de confusión.

—Son braguitas.

—Sí. Dos. Y un mechón de pelo.

—Hay que llamar a los de la Científica. Hay que analizar de quién es ese cabello.

Cogí el teléfono y llamé a Nicolás.

—Hola. ¿Qué tal vais?

—Estamos dentro de la casa de Álvaro Velázquez Gijón.

—¿Os ha dejado entrar?

—No. Nos hemos colado. Hemos oído ruido procedente del interior de la casa y César y yo hemos buscado la forma de entrar.

—¿Ruido? ¿Qué ruido?

—Nos había parecido oír a una niña pidiendo auxilio. Pero hemos entrado y aquí no hay nadie.

—Os la hab…

—Un momento, jefe. Hemos echado un ojo por la casa y hemos encontrado una caja con ropa interior de niña y un mechón de pelo. —Hice una pausa, pero no dijo nada—. Y en el garaje hay una rueda del tamaño correspondiente a la huella encontrada en la escena del crimen de Alicia Carmona.

—Dejadlo todo como estaba, volved a la comisaría y rellenad un informe policial. No hace falta que os diga que lo que sea que hayáis encontrado no constituye una prueba sin orden de registro, así que haced el favor de regresar a la comisaría y rellenar todo el papeleo para que podamos solicitar una orden de registro. Y adornadlo lo suficiente para que nos aseguremos la presencia de la Científica.

Mientras yo bajaba a ver si encontraba un juego de llaves para abrir la puerta principal, César encendió la televisión y la puso a todo volumen. Rebusqué en el mueble recibidor. Había varios llaveros, de algunos colgaba una etiqueta con una dirección. Recordé entonces que el sospechoso era agente inmobiliario. «¿Y si tiene a Sofía escondida en alguna de las casas que tiene para vender?». Dejé a un lado las que estaban marcadas con otras direcciones y probé las pocas donde no ponía nada. Al quinto intento di con la llave que abría su casa. Del mismo llavero colgaba otra llave más pequeña. Di por hecho que correspondería a la puerta exterior, pero no la necesitaríamos. Saltaríamos el muro igual que habíamos hecho para entrar.

—He dejado abierta la puerta trasera. Solo estaba cerrada con un pasador.

—De acuerdo. Vámonos.

Cerramos la puerta principal dando un tirón y atravesamos la finca corriendo.

—Ayúdame —le dije a César.

La herida de la mano me palpitaba como si tuviera corazón propio. Salté a la vez que César me impulsaba por la cintura, lo que me permitió evitar apoyarme más de la cuenta en ella. En el coche llevábamos un botiquín para emergencias, tanto en el suyo como en el mío; una vez estuviésemos dentro, de camino a la comisaría, me haría una cura provisional.

Apenas hablamos durante el camino de vuelta. Era la primera vez que llegábamos a un acuerdo tácito para forzar el registro de un domicilio. No obstante, sabía que ambos estábamos satisfechos por cuatro motivos: uno, la cajita con la ropa interior; dos, el mechón de pelo; tres, el sobre del escritorio con el dibujo y, cuatro, el juego de ruedas del garaje. La probabilidad de que no hubiera ningún tipo de conexión con la desaparición de Sofía Hernández se nos antojaba mínima.

Una vez en la comisaría, redactamos el informe técnico policial indicando nuestra actuación para mandársela al juzgado. Ambos detallamos que habíamos oído gritos de socorro provenientes del interior de la casa y que, amparándonos en la ley, habíamos saltado la valla y entrado en el domicilio para evitar daños inminentes y graves a la o las personas que pudieran estar en peligro.

En el informe reseñamos que tratamos de acceder a la vivienda a través de alguna puerta o ventana, sin embargo, todas estaban cerradas. El único acceso posible fue a través de una de las ventanas del garaje. Una vez dentro, vimos que no había nadie, pero la televisión estaba a todo volumen y la puerta trasera estaba, de repente, abierta, por lo que pensamos que el agresor había escapado mientras nosotros tratábamos de entrar.

En cuanto a la procedencia de los gritos, pensábamos en dos posibilidades: una, que simplemente hubiera sido el ruido de la televisión o, dos, que el agresor se hubiera llevado a la víctima con él; aunque esta última la veíamos poco probable por lo rápida y silenciosa que habría sido su huida. No obstante, tras hacer una inspección ocular, determinábamos que Sofía Hernández podría haber estado allí retenida durante algún tiempo, por lo que solicitábamos una orden de registro de la casa y el vehículo para buscar indicios de un crimen y extraer huellas de los neumáticos del todoterreno con el fin de cotejarlas con las de la escena del crimen de Alicia Carmona.

En cuanto le recordamos al juez que, además los padres habían recibido una llamada anónima denunciando que su hija había sido vista siendo empujada al interior de ese mismo domicilio, no tardó en concedernos lo que pedíamos.

Nos acompañaba el equipo del SECRIM y los agentes Iñaki Gómez y Abelardo Torralba; estos últimos cubrirían la parte trasera de la propiedad mientras nosotros procedíamos con el resto. Tal y como lo hizo varias horas atrás, César llamó al timbre. El secretario judicial se colocó a nuestro lado; un hombre joven, de unos veinticinco años, delgado, espigado, moreno y de nariz prominente. Tenía una actitud taciturna, como si temiese mirarnos a los ojos. «¿Qué le ha pasado en la mano?», me preguntó con la curiosidad de un niño pequeño. «Me he cortado con un bote», le respondí. «Vaya. Pues si era de metal espero que se haya puesto la antitetánica». Sonreí al tiempo que notaba la mirada de César en mí. «No. Por suerte ha sido de cristal. El bote de las aceitunas no se abría y…, procura no intentar abrirlos a base de golpes contra la encimera». «No». Rio.

—¿Sí? —contestó un hombre a través del portero automático.

—Buenos días. Somos de la Policía Judicial. ¿Podría abrirnos?

Se escuchó un largo silencio.

—Un momento. Ahora voy.

—¿Y si se da a la fuga? —preguntó el secretario judicial.

—Pues nos tocará correr detrás de él —respondió César sin entrar en detalles.

—Espero que no —susurré.

Oímos pasos acercándose. Álvaro Velázquez entreabrió unos centímetros la puerta exterior de la finca, cubriendo el hueco con su cuerpo.

—Buenos días.

—Buenos días. Somos la inspectora Carmen Prado y el subinspector César Galán de la UDEV Central. Tenemos una orden judicial que nos autoriza a hacer un registro en su domicilio y su vehículo.

El secretario judicial le enseñó el permiso, pero sus ojos se clavaron en mí como quien contempla un fuego forestal a punto de arrebatarle todo cuanto ha conseguido a lo largo de su vida.

—Pero…

—Mientras nuestros compañeros llevan a cabo el registro, nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Necesito un abogado?

—Si quiere avisar a uno está en su pleno derecho.

—Pero ¿se me acusa de algo?

—De momento no.

Aquellas cuestiones y su nerviosismo alimentaron nuestras sospechas hacia él.

A regañadientes, nos condujo hasta el interior de la casa. El equipo de Criminalística empezó a revisar cada palmo en busca de posibles evidencias. Entretanto, nosotros nos sentamos a la mesa de la cocina, enfrente de él, para leer su lenguaje corporal durante la entrevista.

—¿Qué es lo que están buscando? —quiso saber el sospechoso.

Pero en lugar de una respuesta César empezó a preguntarle:

—¿Está al tanto de la desaparición de Sofía Hernández?

—Sí, lo he oído en la tele. ¿No pensarán…?

—¿Usted la conocía?

—No. ¿Por qué iba a conocerla? Yo no tengo nada que ver con la desaparición de esa niña.

—Mire su fotografía, por favor —le pedí al tiempo que, arrastrándola sobre la mesa, se la aproximaba—. ¿La ha visto alguna vez en persona?

La observó un par de segundos.

—No. Nunca. ¿Acaso soy sospechoso de algo?

—Le vamos a hablar sin tapujos, señor Velázquez. Hemos recibido una llamada afirmando que han visto a Sofía Hernández entrar a este domicilio.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Aquí no ha venido ninguna niña y menos ella!

—¿Tiene usted algún enemigo que quiera verle entre rejas?

—¿Qué? Y yo qué sé. No. No lo creo, la verdad.

—¿No ha tenido ningún altercado ni conflicto con alguien recientemente o en el pasado?

—Que *nooo* —entonó de forma infantil—. Bueno, ahora que lo pienso, me ha extrañado encontrar la puerta trasera sin el cerrojo pasado. Siempre está puesto y juraría que cuando me fui estaba cerrado.

—De acuerdo, tomamos nota.

—¿Dónde se encontraba usted el pasado viernes 23 de octubre desde el mediodía hasta la noche? —intervine.

—Pues… Supongo que trabajando. Creo que enseñé la casa de los García a un par de parejas. En Oña.

—¿Todo el rato? ¿Hay alguien que pueda confirmar su coartada?

—¡¿Coartada?! ¡Madre mía! ¡Esto es como en las pelis! ¡Voy a tener que buscar a un abogado, ¿verdad?!

—Si eso le tranquiliza, está en su derecho.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Ya se lo he dicho!

—Tranquilícese, señor Velázquez. Solo estamos conversando.

—Necesito beber agua. ¿Puedo beber agua?

—Claro.

Se levantó de la silla arrastrándola por el suelo, generando un ruido estridente. Se aproximó a la nevera y sacó una botella de cristal. Después, un vaso. El temblor en sus manos hacía que el agua cayera de forma atropellada. Mientras lo observábamos, oímos que un compañero se aproximaba. Traía consigo una bolsa de pruebas, la cual sujetaba con sus dedos haciendo una pinza. «Ya lo tienen», pensé al ver que en el interior había una de las braguitas que Álvaro

atesoraba en la caja de plástico de su mesilla.

En cuanto Álvaro se percató, se le atragantó el agua y empezó a toser hasta ponerse colorado.

—Hemos encontrado esto en una caja dentro de un cajón de una mesilla —informó el compañero ante la mirada de pánico de Álvaro. En cuanto pudo contener la tos, sus ojos se clavaron en la bolsa. Parecía que se le iban a salir los ojos de las cuencas—. Tenemos otra y un mechón de cabello. Lo analizaremos todo en el laboratorio. También hemos confiscado su ordenador.

El rostro del sospechoso perdió su tono natural, poniéndose cada vez más blanco y brillante. Algo me decía que estábamos a punto de resolver el caso.

56

Álvaro Velázquez

La jornada había sido agotadora. Los compradores habían firmado la reserva de una casa que llevaba tiempo queriendo vender. Cuatro visitas le había costado antes de que la pareja estampara su rúbrica en los papeles. «Me merezco un homenaje», se dijo repantingándose en el sofá. Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. A la mente le vino la imagen de la niña que había conocido a través de Facebook y con la que llevaba varias semanas hablando. No dejaba de extrañarle que algunas chicas jóvenes, a las que no conocía de nada, le mandasen solicitudes de amistad. Habían sido pocas, sí, pero las suficientes como para desatar a la bestia que llevaba dentro. «¿Para qué lo harán? ¿Para que parezca que tienen más amistades, porque buscan conocer a gente nueva…?». Aída había sido la más joven de todas ellas. Cuando vio su foto de perfil se dio cuenta de que tan solo era una niña queriendo crecer muy deprisa. Trece años. Igual que su sobrina, esa que a raíz de que su cuerpo empezó a desarrollarse no pudo volver a mirar con los mismos ojos. Álvaro meditaba en cómo había cambiado la sociedad en pocos años, en unas pocas décadas. Ahora, con trece años las niñas se pintaban, se arreglaban, se vestían como si tuvieran cinco años más. Jovencitas con deseos de convertirse en mujeres, con cuerpos inexpertos, pero intuitivos. «Cuando yo tenía trece años, las niñas de mi clase no eran así», pensó, llevando la vista al pasado. Recordó a su hermana, un año mayor que él, y llegó a la conclusión de que no había gran diferencia entre su hermana, de catorce años, y las niñas que iban a su clase. «Las de mi clase empezaban a pintarse y a ponerse camisetas ajustadas, pero no iban por ahí hablando con desconocidos más mayores que ellas. Para empezar, sus padres no las habrían dejado. Uf. Si Ana se hubiera puesto a hablar con algún desconocido, mamá le habría castigado un mes sin salir. Puede que

hasta le hubiera soltado un bofetón. Y más si hubiera sido ella quien hubiese ido detrás del desconocido». Sonrió al imaginar una escena en la que su hermana lloraba mientras su madre le echaba la bronca.

Abrió el portátil y buscó a Aída. Releyó las últimas líneas de la última conversación.

> Aída: Puede que algún día.
> Álvaro: Me lo tienes que prometer.
> Aída: Sí. Te lo prometo. Pero no se pueden enterar mis padres.
> Álvaro: No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo.
> Aída: *emoticonos con risas y corazones rojos*.
> Álvaro: He visto que casi no subes fotos.
> Aída: Sí que subo.
> Álvaro: Sí. Pero ninguna es de ti.
> Aída: Ya.
> Álvaro: Yo quiero verte a ti. En la foto de perfil se ve que eres preciosa.
> Aída: Gracias.
> Álvaro: ¿Y por qué no subes ninguna tuya?
> Aída: Porque mi madre no me deja. Dice que cuando sea más mayor ya pondré fotos.
> Álvaro: Bueno. ¿Y no me puedes mandar a mí alguna?
> Aída: No sé.
> Álvaro: Porfa. Te prometo que no se la enseñaré a nadie.
> Aída: Si no se la enseñas a nadie, vale.
> Álvaro: Hecho.
> Aída: Me tengo que ir.
> Álvaro: Vale. Ya hablamos.
> Aída: Adiós.

Sus labios esbozaban una sonrisa al terminar de leer. Sin embargo, vio que hacía tres días que Aída no se conectaba a Facebook. Escribió: «Hola. ¿Estás ahí?».

«¿Otra vez va a estarse días sin hablarme?».

En efecto, esa tarde el homenaje se lo dio dando rienda suelta a su imaginación.

Hasta dos días después, Aída no se conectó ni contestó a Álvaro.

Aída: Hola.
Álvaro: Hola, preciosa. ¿Qué tal?
Aída: Tengo una cosa para ti.
Álvaro: Ah, ¿sí?
Aída: Sí.
Álvaro: ¿Y qué es?
Aída: Una foto.
Álvaro: Estoy deseando verla.
Aída: *emojis de caras sonrientes*.
Aída: *imagen adjunta*.

Álvaro pinchó sobre la fotografía. En mitad de la pantalla de su portátil apareció el cuerpo de una niña a la que no se le veía la cara. Estaba tomada en una habitación oscura, alumbrada solo por una lámpara de una mesilla de noche. La luz enfocaba a su cuerpo. Estaba vestida con un pijama de tirantes y pantalón corto. Bajo la camiseta se intuían sus pechos jóvenes sin sujetador. Álvaro tragó saliva, excitado. Se acarició la entrepierna en un único movimiento ascendente y descendente, mordiéndose el labio inferior.

Álvaro: Estás preciosa.
Aída: ¿Te gusta?
Álvaro: Me encanta. ¿Ese es tu pijama?
Aída: Claro.
Álvaro: Es muy bonito.
Aída: Gracias.
Álvaro: ¿Y duermes con él?
Aída: A veces.
Álvaro: Claro. Yo también tengo un par de ellos. Pero no duermo con ellos.
Aída: Ah, ¿no? ¿Y con qué duermes?
Álvaro: A veces en calzoncillos. Otras sin nada.
Aída: ¿Desnudo?
Álvaro: Sí. Es muy cómodo.
Aída: Yo a veces duermo sin los pantalones del pijama.
Álvaro: Mucho más cómoda, ¿verdad?
Aída: Sí.
Álvaro: Me tienes que mandar otra foto sin el pantalón.
Aída: ¿Ahora?
Álvaro: Si quieres.
Aída: No. Ahora no puedo. Bueno, te dejo.

Álvaro: Vale.
Aída: Adiós.

Durante más de una semana, Álvaro se estuvo masturbando con la imagen de la niña, mientras releía una y otra vez la conversación.

Las conversaciones se fueron haciendo cada vez más íntimas. Las fotografías pasaron a ser un intercambio de imágenes provocativas, cada vez con menos ropa, en posiciones insinuantes. Álvaro insistía en verla un día en persona, pero Aída siempre le contestaba lo mismo: «No puedo. No me dejan». Sin embargo, Álvaro dio con algo que a la niña no le habían prohibido explícitamente: enviarle algo personal de ella. Empezó insinuándole que quería algo que solo hubiera usado ella, algo a lo que le tuviera mucho cariño. Pero poco a poco fue llegando a lo que de verdad deseaba: una prenda íntima de Aída. La niña le contestó que le daba vergüenza y durante días estuvo sin hablarle. Álvaro empezó a temer que Aída pudiera haber acudido a sus padres para decirles que estaba hablando con un desconocido y que este le pedía fotos y ahora una prenda íntima. Sin embargo, cuando seis días después Aída le mandó un mensaje diciéndole que ya tenía la prenda y que podía mandársela por mensajero, Álvaro volvió a sentirse a salvo, lejos de la ley, de la justicia, de las censuras y los juicios del resto del mundo. «Está recién lavada. Es una de mis braguitas favoritas». «¿La has empaquetado ya?». «No». «En ese caso, quiero pedirte algo. Prefiero que me mandes las que lleves ahora puestas. Así será más personal y sabré que son las tuyas de verdad». «¿Sin lavarlas?». «Sí. Sin lavarlas». «Vale». Álvaro le dio su dirección y la niña le pidió que, cuando le llegaran, las guardara en un lugar donde solo él las pudiera ver y le prometiera, una vez más, que nunca se lo diría a nadie.

57

Carmen Prado

—¿De quién son? —le pregunté.

—¿Qué? ¿El qué?

Parecía que se iba a desplomar sobre el suelo en cualquier momento.

—Las braguitas. ¿De quién son?

—De…

Se llevó el vaso a la boca y dio un trago. Lo apoyó sobre la encimera, tembloroso. No podía fingir.

—¿Y el pelo? —insistí.

—De… De mi sobrina.

—¡Ah! ¿Tiene una sobrina? ¿Cómo se llama?

—E… Se llama… E… Estoy muy nervioso. Yo no he hecho nada.

—¿Cómo se llama su sobrina?

—Soraya.

—¿Soraya?

Asintió.

—¿Y qué años tiene?

—Trece.

—¿Ve mucho a su sobrina?

—No. De vez en cuando.

—¿Le gustaría pasar más tiempo con ella?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque deben tener una relación muy estrecha para que usted tenga su ropa interior y un mechón de su cabello. ¿Sus padres lo saben?

—¿Qué? No lo sé.

—¿Ha tenido alguna vez fantasías con menores?

—¡¿Qué?! Ya no voy a contestar nada más.

Miré a César. Tenía una expresión intransigente. Si por él

hubiera sido, le hubiera leído sus derechos allí mismo y nos lo hubiéramos llevado a la comisaría hasta tener el resultado del laboratorio, pero, yo no estaba tan segura. ¿Y si de verdad era de su sobrina? Podría resultar macabro o morboso, pero si era de su sobrina estaríamos ante otra historia que no nos correspondía investigar.

—Voy afuera un momento —le dije a mi compañero.

Llamé a Nicolás y le expuse la situación. Me dio instrucciones de no detenerlo hasta tener los resultados del laboratorio. No quería que aquello volviera a quedar en agua de borrajas.

—Estoy hasta las narices de tener que ver cómo gentuza como ese tío quedan libres, viviendo a sus anchas —argumentó César sin apartar la vista de la carretera. No respondí—. ¿Tú le has visto cómo se ha puesto? Está claro que no es trigo limpio. A saber lo que ha hecho y desde cuándo lo lleva haciendo.

—¿Entonces tú crees que es el tipo que estamos buscando?

—¿Acaso tú no?

—No lo tengo tan claro. Tengo la sensación de que algo no encaja. Que estamos cerca, sí, pero que algo no cuadra. Si es el asesino de Lorena, Anabel y Alicia, estaríamos hablando de un asesino en serie. Y nunca he visto a un asesino en serie que se ponga tan histérico. El perfil habitual de los asesinos en serie suele ser de tipos altivos, soberbios, que están satisfechos con lo que han hecho. Normalmente no se ponen a temblar ante las autoridades policiales, más bien suele ocurrir lo contrario, que se muestren fríos y orgullosos por lo que han hecho. La mayoría están deseando que la sociedad sepa quién se esconde tras los asesinatos de Fulanito o Menganita. Buscan la fama, pasar a la historia por sus crímenes; que se los recuerde. Este tío casi se nos echa a llorar. No sé si le veo torturando a una niña hasta deformarla por completo. ¿Que esconde algo?, es probable, pero no creo que sea un asesino en serie.

—¿Y si lo que hace es conseguir a las niñas, pero luego se las entrega a otra persona para que haga el trabajo sucio?

—¿Te refieres a lo de los Comprachicos?

—No exactamente. Bueno, sí. Parecido. Él las secuestraría y luego se las entregaría a alguien. Entonces cuadraría que Sofía no se encontrase en la casa de Álvaro, pero sí que la hubieran visto entrar.

—Ya. Habrá que ver si los de Criminalística encuentran huellas dactilares o restos orgánicos de las niñas. Pero… No. Sigue sin cuadrar. Se las entrega a alguien y luego, ¿qué?, ¿vuelve a ser él quien se deshace de los cuerpos cuando están muertas? Joder, yo veo muchas lagunas.

—¿Recuerdas a Pedro Camino, el niño que denunció haber visto un vehículo sospechoso el día que desapareció Sofía? Podríamos mostrarle una fotografía de Álvaro Velázquez, a ver si lo reconoce.

—Me parece bien.

Resollé de forma sonora. Estaba nerviosa. Las únicas que corrían un inminente peligro eran las niñas desaparecidas y que pudieran estar en manos del Quebrantahuesos, sin embargo, era yo quien sentía la espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza. El estrés acumulado a lo largo de la investigación, los recuerdos, la impotencia, no haber hablado todavía con Fran y el deseo de no posponerlo por más tiempo, o el hecho de pensar que Sofía —o tal vez otras niñas— seguía en paradero desconocido padeciendo la misma tortuosa suerte que Lorena, Anabel o Alicia, me hacía sentir a punto de desquebrajarme.

—Se me va a hacer eterna la espera de los resultados del laboratorio. Me fumaría ahora mismo una cajetilla entera.

—¿Me fumaría? No sería la primera vez que bajas la ventanilla y te pones a fumar en el coche.

—Ya. Pero lo estoy dejando.

—¡Olé! Eso hay que celebrarlo. Ya decía yo que llevaba un par de días sin verte con uno en la mano y sin olerte como si fueras una nube de polución andante.

—Madre mía, qué sinceridad la tuya.

—Sabes que sí —dijo sonriente.

Hacía tiempo que nadie me sacaba los colores.

—Bueno, pues, espero empezar a oler mejor.

—Sí. Ya empiezas. —Acercó la cabeza hacia mí y olfateó un par de veces como un perro de caza—. Sí. Ahora ya no hueles a cenicero.

—Gracias, hombre.

—De nada, mujer.

«Sí. Julia también se habría alegrado».

58

Carmen Prado

Llegamos al hotel. César se quedó en la barra tomando algo. «¿Te quedas?». «No. Yo me subo. A ver si reúno fuerzas y hablo de una vez con Fran». «Suerte. ¿Bajarás a cenar?». «Supongo que sí». «Vale, luego te mando un mensaje o voy a buscarte. Yo no me voy a pasar aquí tres horas hasta la cena. Tomaré algo y luego saldré a correr. Si te animas, ya sabes». «*Okey*. Lo tendré en cuenta».

Al entrar en mi habitación me encontré con la colada hecha. La dueña del hotel me había dejado la ropa perfectamente doblada y dispuesta sobre la cama. Me sacó una sonrisa, su hospitalidad estaba siendo reconfortante.

Dejé el abrigo sobre el respaldo de la silla. Aunque no había necesidad porque lo tenía grabado en la memoria del móvil, marqué número a número el teléfono de mi marido; quince años casados me habían servido para aprendérmelo mejor que el mío.

—¡Hola! —respondió alegre tras el segundo tono.

—Hola. —Yo no soné tan alegre.

—¿Qué tal, mucho trabajo?

—Sí. Hoy hemos terminado un poco antes, pero estamos llegando tarde y cansados todos los días al hotel.

—No te preocupes. Al menos, ¿vais avanzando?

—Sí. Eso creemos. Aunque hasta que no detengamos al asesino parece que avanzar es un consuelo insignificante.

—Seguro que lo atrapáis pronto.

—Ojalá.

—Ya tengo ganas de que estés aquí y podamos empezar…, pues eso, la terapia de pareja.

—Sí. Sobre eso te quería hablar.

—¿Qué pasa?

—No quiero hacerla.

—¿Qué? Pero habías dicho que…

—Sí. Pero he cambiado de idea. En estos días he tenido mucho tiempo para pensar y… No sé cómo decirte esto, Fran. La verdad es que no quería hacerlo por teléfono, pero, no sé cuánto tiempo más vamos a estar aquí y yo no puedo seguir pensando en que tengo que decírtelo.

—Si vas a dejarme prefiero saberlo ya.

—Lo siento. Ya te digo que no pretendía mantener esta conversación por teléfono.

—Pero la estamos teniendo, ¿verdad?

—Sí. Lo siento.

—Da igual. No te preocupes. Tal vez sea lo mejor. Puede que los dos nos hayamos estado mintiendo durante demasiado tiempo. Ir a terapia de pareja lo único que hubiera hecho es alargar un matrimonio infeliz.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Al fin estábamos mirando el problema de frente, hablando con el corazón en la mano.

—Yo no puedo seguir así —le dije con la voz tomada.

—Lo sé. Ninguno debemos seguir así.

Su voz era pausada, cándida, la misma que empleaba para hablarle a nuestra hija cuando tenía pesadillas e iba él a calmarla.

—Si no hubiera muerto… —dije rompiendo a llorar.

Oí que aspiraba por la nariz. Él también estaba llorando.

—Sabes que no, Carmen. Lo nuestro iba mal mucho antes de que Julia muriera.

—Creo que nunca he querido aceptarlo.

—Creo que tu prioridad era el trabajo, que al final de cada jornada necesitabas refugiarte en un hogar que aparentase ser feliz y estable. Pero lo único que nos daba estabilidad era Julia. Y ahora ya no está.

—Lo siento —repetí.

—Yo lo siento más. Te traicioné y no fui capaz de confesártelo.

—¿Cómo que me traicionaste? ¿A qué te refieres? —pregunté entre sollozos.

—Tuve un…, tuve un lío con una compañera de trabajo.

—¿Qué?

—Lo siento. Tenía que habértelo dicho antes.

Me quedé paralizada. Las palabras se me atropellaron en la

garganta, de donde no consiguieron salir.

—Pensé que lo sabrías, que lo habrías intuido o que César te habría dicho algo.

—¿César?

—En mi fiesta de cumpleaños casi nos pilla en mi despacho.

»Alguna vez llegué a pensar que te lo habría dicho, pero ya veo que no.

»En fin. Lo siento. Recogeré mis cosas y mañana me buscaré otro sitio donde vivir. Cuando regreses… Bueno. Ya hablaremos.

No me despedí. Solo colgué y me quedé sentada a los pies de la cama, pensando en la conversación que acabábamos de tener, en la confesión del que desde ese momento se había convertido en mi ex. Quise odiar a César por no habérmelo contado antes, pero no encontré la aversión necesaria. Él no tenía la culpa y, sobre todo, en el fondo de mi alma, yo ya lo sabía. Con la única persona que podía enfadarme era conmigo misma, por haber reusado mirar a los ojos a la verdad.

Me quité la ropa que llevaba, me lavé la cara y fui a buscar a César para salir con él a correr. Hacía mucho que no íbamos juntos y le pilló por sorpresa.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó ya fuera del hotel, por un camino de tierra que él conocía de otro día.

—No sé cómo catalogarlo.

César guardó silencio.

—¿Pero…? ¿Habéis hablado de la terapia de pareja?

—Sí.

Le hice un resumen de la conversación, a excepción de lo de la infidelidad.

—Vaya. No sé si decirte que lo siento o felicitarte.

—Felicítame. He conseguido dar un paso muy importante que debía haber dado hace tiempo. Así que, es motivo de alegría.

—Sí. Te veo bien.

—Sí. Supongo que tendré algún momento de bajón, pero… No sé. Llevábamos una relación tan rara y distante que no sé si voy a llegar a echarle de menos.

—Mejor así. Me alegro.

—Por cierto. Me ha contado que le pillaste liándose con una compañera de trabajo.

Paró en seco, boquiabierto.

—No te preocupes —le tranquilicé ante sus titubeos—. Dudo si yo me hubiera metido en medio de tu relación con cualquiera.

—No voy a buscar una excusa, pero te voy a decir por qué no te lo dije. Estuve varios días queriendo hacerlo, sopesando si era lo correcto o no. Entonces, pasó lo de Julia y…

—Ya. Lo entiendo. No te preocupes. Eso sí, prométeme una cosa: si vuelvo a estar con alguien y le pillas con otra, me lo dirás de inmediato.

—Prometido.

Le sonreí con cariño.

—Vamos, que nos tenemos que ganar la cena.

59

Carmen Prado
Lunes, 2 de noviembre de 2015

Esa noche volví a tener la misma pesadilla de siempre: la niña flotando bocabajo con el cabello cubriéndole el rostro. Sin embargo, en esa ocasión corría hacia ella. Uno de sus pies había dado un pequeño espasmo. Aún seguía con vida. Me acuclillaba de forma atropellada, a punto de caer a su lado. La giraba y le retiraba el cabello. Entonces me vi a mí misma. Yo cuando apenas tenía siete años. Me quedaba paralizada, mirándola. Y de pronto la niña tomaba aire por la boca y me sonreía. Empapada, y feliz, me daba las gracias y me abrazaba colgándose de mi cuello.

Había hecho la comunión con esa parte de mí misma que durante tiempo dejé ahogándose. Me desperté emocionada y estuve llorando durante un buen rato, hasta que sonó el despertador. Era momento de volver a la realidad, de centrarme en el caso, de atrapar al maldito asesino de cada niña que había muerto.

Hasta pasadas las doce del mediodía no recibimos los primeros resultados del laboratorio. Nos encontrábamos en la sala de reuniones que horas atrás yo misma había empapelado con los expedientes de decenas de niñas desaparecidas desde 2010. Estaban los compañeros de Criminalística, el teniente coronel Baeza, el sargento Lorenzo Martín, Iñaki Gómez, Abelardo Torralba, nosotros y, a través de videollamada, Nicolás.

—No hemos encontrado material orgánico de ninguna de las tres niñas asesinadas: Lorena, Anabel o Alicia, ni de Sofía Hernández —nos informó la compañera del SECRIM, Isabel Cano—. Hallamos huellas dactilares repartidas por la casa, pero después de cotejarlas descartamos que correspondan a la de ninguna de ellas. No obstante, tenemos algo que os alegrará más. Hemos podido extraer

muestras de ADN de las dos braguitas halladas en la mesilla de noche de Álvaro Velázquez.

—¿Y el resultado? —pregunté inquieta.

—Pertenecen a dos niñas distintas, en concreto a Alicia Carmona y a Sofía Hernández.

Miré a César boquiabierta, emocionada y desconcertada al mismo tiempo. ¿No había huellas de ellas por la casa, pero Álvaro Velázquez tenía las braguitas de dos de las niñas?

—¿Y el mechón se ha analizado también? —inquirió Nicolás.

—Sí. Ahí quería llegar. Pertenece también a Sofía Hernández.

Además de las muestras de tejido orgánico que los compañeros habían podido extraer a partir del cepillo de dientes de Sofía, tanto la madre como el padrastro se habían prestado voluntarios para darles muestras orgánicas para facilitarnos la investigación y que los descartásemos como sospechosos. Entretanto, Isaac, el padre, seguía en paradero desconocido.

—Con eso es suficiente para poder detenerlo —dije—. ¿Hay algo más?

Escuché un «sí» de Nicolás a la vez que Isabel me respondía:

—Por el momento eso es lo más destacable. Estamos a la espera del análisis de las huellas de los neumáticos.

—¿Y los de informática han conseguido acceder al portátil y averiguar algo? —pregunté.

—Están en ello.

—No vamos a esperar —intervino nuestro inspector jefe—. Vamos a detenerlo ya mismo.

César conducía. Yo me miraba la venda de la mano, pensativa, abstraída igual que él. ¿Podía ser cierto? ¿Al fin íbamos a atrapar al asesino que todos conocían como el Quebrantahuesos? ¿Seguiría Sofía Hernández con vida? ¿Y aquella otra niña de Huesca que llevaba desaparecida desde el día 26 de octubre, Elsa Pérez Muñoz, tendría al final algo que ver con el caso?, ¿la tendría el Quebrantahuesos?

Rebusqué en el bolsillo de mi abrigo la caja de los chicles. Los de nicotina se me habían acabado y no me había dado cuenta. «Mejor», pensé. «Ni cigarrillos, ni chicles ni parches ni ninguna mierda que me siga teniendo enganchada a lo mismo. Si lo dejo, lo dejo». Cogí un chicle de menta y me lo llevé a la boca.

—¿Quieres uno?

—No, gracias.

—¿Estás bien?

—Más o menos.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo una sensación rara. No sé explicarlo, supongo que a raíz de lo que hablamos ayer. ¿Tú no?

—Sí. Yo también.

Iñaki y Abelardo venían detrás, junto con un coche patrulla de Seguridad Ciudadana de la Guardia Civil de la comandancia de Burgos. Los tres aparcamos en el camino de tierra, junto al muro del domicilio de Álvaro Velázquez Gijón. La detención se llevó a cabo sin ningún incidente. No podía dejar de observar al sospechoso mientras César le leía sus derechos: parecía un cervatillo asustado, con los ojos vidriosos.

Una vez en el cuartel empezamos el procedimiento habitual. Mientras nosotros rellenábamos los informes correspondientes, el médico forense realizaba el informe médico del detenido. En el plazo de tiempo transcurrido desde el registro domiciliario hasta su detención, Álvaro se había puesto en contacto con un abogado privado, a quien por supuesto avisó nada más poner un pie en la comandancia. En cuanto llegó, pasadas las seis de la tarde, y tras el resto de las burocracias de rigor, pudimos empezar el interrogatorio.

—Ayer nos mintió, señor Velázquez —acusé. Él rehuyó mi mirada—. Puede que su única intención fuera ganar tiempo, pero solo le ha servido para eso. Tenemos los resultados de las muestras tomadas de su casa. —Le aproximé una copia del informe donde se reflejaban los resultados del laboratorio. El abogado lo atrajo hacia él al mismo tiempo que Álvaro agachaba la cabeza—. Las dos braguitas que usted guardaba en una caja de plástico en uno de los cajones de su mesilla tenían restos de material orgánico, con lo que hemos podido determinar a quién pertenecían realmente. Usted dijo que pertenecían a su sobrina, sin embargo, el laboratorio concluye que las braguitas eran de dos niñas distintas y ninguna de ellas es su sobrina.

—¿Dos? —preguntó alzando la vista con el ceño fruncido.

—Sí. Una de las niñas era Alicia Carmona, hallada muerta el

pasado 25 de octubre, en el Desfiladero de los Tornos.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser!

—La segunda braguita pertenece a Sofía Hernández, la niña desaparecida el pasado 23 de octubre cuando regresaba a su casa después de salir del colegio.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Me están tendiendo una trampa! ¡No voy a ir a la cárcel por algo que yo no he hecho!

—¿Y qué se supone que es lo que no ha hecho, señor Velázquez? —le preguntó César.

—¡Yo no he matado a nadie! ¡Y tampoco he secuestrado a nadie!

—Aún es pronto para descartarlo —continuó mi compañero, intimidándolo.

—El mechón de pelo también pertenece a Sofía Hernández —proseguí.

—¡Nooo…! —lloriqueó, con el mismo tono infantil y cantarín con el que también se negó cuando le preguntamos en su casa—. Yo no he hecho nada —dijo hiperventilando, cogiendo la botella de agua y tratando de abrirla—. Alguien está tratando de colgarme el muerto. Y ustedes solo quieren meter a alguien a la cárcel, aunque no sea al tío que están buscando.

—Si usted no tiene nada que ver con el asesinato y secuestro de Alicia Carmona y Sofía Hernández, ¿nos puede decir cómo es que tiene sus prendas y el cabello de una de ellas en su poder?

—No lo sé. Yo, yo, yo… Yo. No…

—Hable. Cuéntenos cómo han llegado a sus manos.

Lanzó una mirada desesperada a su abogado. Las lágrimas se le cayeron como dos gotas de lluvia solitarias. Su abogado se aproximó a él y le susurró algo. Después de varias frases inaudibles, terminó diciéndole algo que sí pude oír: «Lo van a averiguar de todos modos».

60

Carmen Prado

A nuestra espalda, un par de golpes en la puerta; ante nosotros, el sospechoso con las lágrimas colgando, a punto de confesar.

No quería girarme, no quería que nadie nos interrumpiera. Sentí un brote de rabia surgiendo de mis entrañas. «¡Joder!», grité mentalmente, «¿no se pueden esperar o qué?».

—Inspectora Prado. ¿Puede salir un segundo?

El ceño de César se contrajo.

—Ahora vuelvo.

Arrastré la silla y salí de la sala tratando de relajar mi rostro.

—¿Qué pasa? —requerí seca.

—Los resultados de las huellas de los neumáticos. No coinciden.

De pronto la rabia se transformó en duda. Las huellas de los neumáticos no mentían, eran tan fiables como las huellas dactilares. Cada neumático era distinto del resto, daba igual que fuera la misma marca, la misma medida y el mismo dibujo. Cada amortiguación, cada equilibrado, cada posición de la rueda… Cada coche tenía una pisada que convertía esa huella en única.

—Gracias. ¿Y los de informática…?

—No lo sé.

—De acuerdo. Voy a continuar.

Entré en la sala como si no hubiera pasado nada.

Me senté. Noté los ojos de los presentes fijos en mí, pero me mantuve impertérrita.

—¿Nos va a contar cómo llegaron a su poder las braguitas y el cabello? —pregunté al cada vez menos sospechoso.

Entonces escuchamos la verdad de sus labios. Había estado practicando *grooming*[1] con una niña de trece años. La había conocido tres meses atrás, a través de Facebook. «Surgió de la nada», dijo. «Me envió una invitación de amistad y acepté. Y ese

mismo día empezó a escribirme». Nos confesó que al principio no sabía su edad, pero que cuando la supo ya era tarde, no podía parar de conversar con ella. Hablaban cada cierto tiempo, cuando ella se conectaba a Facebook. Las conversaciones se fueron haciendo cada vez más morbosas. Empezaron a intercambiar fotografías insinuantes, pornográficas. Hasta que finalmente, complaciendo las peticiones de Álvaro, la niña le mandó el primer paquete con unas braguitas en su interior. Un par de semanas más tarde, le hizo el segundo envío: unas braguitas con un mechón de pelo. «Prométeme que las guardarás y no se lo dirás a nadie». Y así habría sido de no haberlas encontrado nosotros en un registro.

—Dinos el nombre de la niña con la que hablabas —le pidió César.

—Aída. No sé el apellido.

—Tampoco creo que lo averigüemos —susurré.

—¿Cómo?

—Algo me dice que tu joven amiga no es quien tú creías.

61

1855
Desfiladero de Pancorbo

—Asegúrate de que sigue durmiendo unas cuantas horas —le dijo Ramón a Antonio.

—No te preocupes. Se pasará un buen rato soñando con los angelitos.

Antonio buscó entre los sacos de cebada del caballo un frasco de reducido tamaño.

—¿Tienes un pañuelo o algo que no te sirva?

Ramón echó un vistazo a su alrededor. Se inclinó y cogió un retal que estaba tirado a sus pies.

—Toma, esto te servirá —dijo lanzándoselo con desgana.

Era el trapo con el que limpiaban al caballo.

Lo empapó de cloroformo y se lo puso al niño sobre la cara, cerciorándose de que respiraba sus emanaciones gaseosas al menos tres o cuatro veces. Le hizo un hueco entre los sacos de mercancía que transportaban y recostó a Miguel Ángel.

—Podemos irnos —dijo Antonio sentándose junto a su hermano.

Ocultos por la noche y la habitual soledad de la madrugada, llegaron al puesto de vigilancia del cerco defensivo de la provincia alicantina antes incluso de lo previsto. Lo atravesaron sin más. Sin preguntas incómodas, sin peligro, sin problemas; como solía ser habitual: un trance rápido, sin mayor demora que lo que el guardia tardó en echar un vistazo superficial al carro. Aquel «que tengan un buen viaje», les dio permiso para abandonar la ciudad con un niño que acababan de comprar como si fuese una cabeza de ganado. Y es que no había motivos para sospechar de ellos, tan solo eran, según sus explicaciones, un par de hermanos con el hijo de uno de ellos que salían de viaje a ver a los abuelos del menor.

Con la vista clavada en el bruno horizonte, intuyendo las sinuosidades de la vegetación y el perfil de la montaña, se alejaron al paso, recorriendo los primeros metros de un extenso viaje de seiscientos sesenta kilómetros; un periplo de al menos cuatro días.

Transcurrieron varias horas antes de que el niño despertara. Abrió los ojos con dificultad, deslumbrado por la luz del sol. Se sentía confuso, le dolía la cabeza. Entrecerró los párpados tratando de contrarrestar tanta claridad y averiguar dónde estaba. Aún deslumbrado, no entendía de dónde surgía ese sonido repetitivo e hipnótico ni ese zarandeo constante que a la vez resultaba tan agradable. Tal vez estaban yendo al campo en el carro con su padre, o tal vez sus hermanos estaban agitándole para despertarle e ir a jugar.

Su vista tardó unos segundos en acostumbrarse a la luz. Su madre y sus hermanos no estaban. En su lugar, advirtió la silueta de dos hombres sentados de espaldas a él, conduciendo un carro, el mismo en el que él también iba.

«¿Papá?».

Arrugó el ceño. Los observó sintiendo cómo el temor se apoderaba de él. Dudó. Analizó sus figuras con esmero. Hasta que se dio cuenta de que tan solo eran un par de desconocidos. Dos señores que, aun sin saber cómo eran sus rostros, le hacían temblar de miedo. De haber sido mayor, tal vez habría tenido la picardía de fingir seguir dormido. Pero Miguel Ángel apenas era un bebé. En su pecho nacieron sentimientos encontrados. Deseó llorar, pero no pudo. Anhelaba la protección de su madre sin entender cómo era posible que no estuviese a su lado, dónde se había metido. Cualquiera de sus hermanos también le habría ayudado a encontrar un resquicio de paz. En cambio, estaba solo.

Su respiración se aceleró al mismo ritmo que los latidos de su corazón, haciendo que estos últimos resonasen en su pecho como las pisadas de un caballo al atravesar un cañón entre montañas, provocando que pudiese oír un veloz *pum-pum*, *pum-pum*… desde el interior de sus oídos.

El llanto, aún congelado en su garganta, se fue fundiendo con la exhalación de sus primeros gemidos. Los gimoteos se convirtieron en llanto, y el llanto en gritos cuando vio a uno de los dos hombres girarse hacia él con una mano por delante dispuesto a ponérsela

encima. Experimentó un pánico hasta entonces desconocido.

—Joder, calla a ese puto becerro —protestó Ramón echándole una mirada de desprecio.

—Ya voy —dijo Antonio irguiéndose, dispuesto a saltar a la parte trasera—. Tal vez tenga hambre.

—Pues dale agua y que se calle. No voy a aguantar sus alaridos todo el maldito viaje.

Antonio se acuclilló junto a Miguel Ángel y le ofreció beber un poco de agua del botijo.

—Toma. Deja de llorar. Bebe —le ordenó sujetándole del brazo con fuerza para evitar llevarse algún guantazo del niño. Pero este trató de zafarse gritando con más fuerza, empujándole con las piernas en un intento frustrado por apartarle—. ¡Ya vale! ¡Deja de chillar! ¡Estate quieto!

—*Ma-ma*…, *mamiii*… —balbuceó entre lloros, embestidas e hipos.

—Cállalo de una puta vez. Con tanto grito al final nos van a oír hasta en su mugrienta casa.

Antonio lo miró con odio, primero a él, luego al bebé. La bilis comenzó a recorrerle las entrañas. Sintió repulsión y hastío tanto por su hermano como por aquel mocoso feo e irritante que no hacía otra cosa más que berrear entre balbuceos.

Cogió el cloroformo y volvió a impregnar el trapo. El niño lloraba abrazándose las piernas, acunándose en un incesante balanceo, fantaseando con que fuesen los brazos de su madre los que le protegían.

Antonio lo agarró por la muñeca y, de un tirón, deshizo su escondrijo. Cogió el botijo y volcó el agua sobre su cara, haciendo que parase de llorar.

—¡Bebe! —le ordenó constriñéndolo contra su pecho, sin importarle cuánto daño le hacía—. ¡Bebe!

Miguel Ángel obedeció: tenía la boca seca.

Sus ropas quedaron empapadas. Un par de tragos y Antonio soltó el botijo a un lado para, a continuación, volver a narcotizarlo.

Lo amordazó, lo ató de pies y manos, y lo soltó entre los sacos como lo que era: una mercancía más.

Antonio regresó a su asiento, rabioso.

—La próxima vez… —dijo dejando una advertencia a medias.

—La próxima vez, ¿qué? Cuidado, *Antoñito*. Te lo pongo muy fácil. He arreglado tu vida y la de esa fulana con la que te casaste. Así que, ten cuidado, igual que te lo he dado todo, también te lo puedo quitar.

Permanecieron unos instantes mirándose fijamente a los ojos. Sin articular palabra, sin moverse. Desafiantes. Antonio era consciente de que su hermano había matado a otros hombres por menos. El beneficio de ser familia tenía los días contados.

62

Carmen Prado

—De acuerdo. Por el momento es todo —dije levantándome de la silla. Estuve a punto de darle las gracias por haber hablado con sinceridad, pero no lo hice. Aquel tipo había estado practicando *grooming* y eso era un delito recogido en el Código Penal.

—Tenemos que hablar con el informático que esté trabajando en el ordenador de Álvaro Velázquez —le pedimos al teniente coronel Baeza, que se encontraba escuchando el interrogatorio. Me extrañó no ver allí mismo al sargento Martín, pero tampoco me molesté en preguntar por él.

Baeza nos dirigió hasta la mesa de uno de sus subordinados. Un chico joven, rayano en los treinta años. Con el pelo de punta, aunque no muy largo. Sobre el tabique de su chata nariz, unas gafas de pasta color *beige* que le daban un aire muy sofisticado.

—Este es Alfredo Segura —dijo Baeza situándose al lado del agente. Este asintió con la cabeza—. Pedidle lo que necesitéis.

—Gracias, señor.

—Ahora tengo que dejaros.

—Sí. No se preocupe.

Se fue a toda prisa.

—Buenas tardes. Yo soy la inspectora Carmen Prado.

—Sí. Ya les he visto por aquí.

Sonreí cortés.

—Este es mi compañero César Galán. Venimos porque acabamos de interrogar a Álvaro Velázquez. ¿Este es su portátil?

—Sí. Ya estoy acabando.

—Tú dirás, entonces —dejé que hablara él primero.

—Aquí tiene una carpeta con imágenes de chicas menores de edad; lo digo por sus cuerpos, que se ve que están en pleno

desarrollo. También tiene algún que otro vídeo que ocupa unos pocos segundos. Y fotos de él en plan sexi —expresó haciendo una mueca de rechazo.

—¿Y qué nos dices de sus amistades en las redes sociales?

—Ahí quería llegar. Se supone que algunas imágenes de las que tiene guardadas en la carpeta recién mencionada, se las ha mandado una niña llamada Aída después de que él se las pidiera, incurriendo en una violación de la Ley 5/2010 del acoso sexual a menores por internet, como evidentemente ya sabéis. Sin embargo, la cosa se pone más turbia. He rastreado el perfil de la niña, por aquello de poner al corriente a sus familiares, y he llegado a una cuenta falsa creada desde la IP de un ordenador ubicado aquí en Burgos, en Castrillo del Val, a nombre de un tal Fermín Riaza Campuzano.

—¿Te ha dado tiempo a indagar algo más acerca de ese tal Fermín Riaza?

—Sí. Y creo que os va a molar —dijo desenfadado, esbozando una sonrisa como si fuera a darnos un plato suculento—. Tiene un Jeep Grand Cherokee del 2013, color negro. Es autónomo. Un tío famoso, entre comillas —expresó dibujando unas comillas en el aire —. Tiene un par de libros de autoayuda. Hay videos de él por internet de charlas o seminarios que ha dado. Tiene, además, una consulta terapéutica donde, según indica su página web, trata trastornos de todo tipo: duelo, divorcio, enfermedades, adicciones, y un largo etcétera. Os gustará saber que, hace unos años, su hermano y él heredaron una casa en Oña, después de que su madre muriera. La vendieron poco tiempo después y él compró otra en el pueblo que os he mencionado antes, Castrillo del Val. Según el catastro, valorada en más de trescientos cincuenta mil euros.

—Has hecho un gran trabajo, Alfredo. Vamos —le dije a César, apremiante—. Tenemos que hablar de nuevo con Álvaro.

Su abogado aún seguía con él, lo cual nos agilizó poder hacerle unas preguntas sin tener que esperar.

—¿Otra vez? —se quejó Álvaro, exasperado.

—¿Conoce a un hombre llamado Fermín Riaza? —pregunté, examinando su rostro. Rezando para obtener la respuesta que esperaba.

—¿Fermín? Sí. Es mi terapeuta.

Disimulé una sonrisa de esperanza, la misma que, a juzgar por la expresión que se le puso a César, él también sintió. Continué con la entrevista mientras mi compañero tomaba notas.

—¿Nos puede decir desde cuándo?

—Pues… ¿Aproximadamente dos años? No lo sé.

—Haga memoria, por favor. Es importante. ¿De qué hablaban?

—De todo. Pero ¿por qué? ¿Qué pasa con él?

—Aún no lo sabemos —le mentí—. ¿Por qué fue a la consulta de Fermín Riaza?

—Me lo recomendaron.

—¿Quién?

—Mi hermana.

—¿Ella también va a su consulta?

—No. La hermana de una de sus amigas, que no sé ni cómo se llama. Mi hermana me contó que la chica esa estuvo yendo porque había tenido problemas con su pareja; lo habían dejado, pero después de ir varias veces a terapia con Fermín, volvieron.

—¿Y usted para qué fue? ¿Cuál era su trauma o problema?

—Mi novia me dejó porque decía que no estaba centrado, que solo vivía para mi trabajo.

—¿Solo por eso?

—¿A qué se refiere?

—A que si no trataron ningún otro conflicto personal.

—¿Cómo qué?

—Como su atracción por las niñas, por ejemplo.

Se puso blanco como la cal. Empezó a titubear, a ponerse nervioso.

—Ya nos ha confesado lo que pasó con la niña. No creo que lo que nos cuente sea peor que eso, así que… —intervino César.

Se tomó su tiempo antes de contestar; tiempo que aguardamos con paciencia, ya que la intuición nos decía que ahí se hallaba el quid de la cuestión.

—No sé cómo llegamos a aquello.

—Eso da igual. Cuéntenos lo que recuerde.

—No sé de qué estábamos hablando. Llevábamos mucho rato. Creo que Fermín buscaba el motivo de por qué me atraía más el dinero que mi novia. Yo le dije que cada vez me excitaba menos.

»Nos gustaba jugar. Antes de hacerlo. Ya me entienden. Le pedía

que se pusiera ropa que le hiciera parecer más joven. Pero llegó un momento en que ni con esas. Y…

Se quedó callado. Agachó la cabeza y empezó a toquetearse los dedos.

—Y ¿qué?

—Sabía cómo conducirte para que te abrieras a él. Que le contaras hasta el más oscuro de tus secretos —prosiguió, evitando alzar la vista del suelo. Su mente parecía haber volado a una de esas terapias en las que él hablaba sin medir las palabras, sintiéndose a salvo de los juicios morales o éticos.

—Le conté que estar cerca de mi sobrina me excitaba.

»Pero nunca le he hecho nada —dijo mirándonos arrepentido, alzando el tono—. Lo juro. Nunca jamás le he puesto la mano encima ni se me ha pasado por la cabeza. Era… Como una fantasía.

—¿Recuerdas cuándo se lo contaste?

—No. Hace bastante. Cuatro. Cinco meses. Tal vez seis.

—Entonces —prosiguió César—, recibiste una solicitud de amistad de esa tal Aída. ¿No?

—Sí. Creo que sí. Después, sí.

—Y al margen de los temas que tratabais enfocados a tu terapia, ¿alguna vez hablasteis sobre, por ejemplo, viajes, películas…, coches? —pregunté.

—Sí. A veces hablábamos de otras historias. De cualquier cosa, supongo.

Permanecimos en silencio, esperando que siguiera hablando.

—El tiempo. Sus conferencias. Y, sí, sobre todo coches. ¿Por qué?

—¿Qué comentaban, concretamente, cuando hablaban de coches?

—Pues no sé. Que era curioso que tuviéramos el mismo coche. Yo en diésel y él en gasolina. Yo lo compré antes que él. Así que me pidió consejo para ver qué ruedas eran mejores. Yo le dije que estaba contento con las que gastaba, así que se las recomendé.

—Creo que con esto… —le dije a César.

—Sí. Creo que es suficiente.

—Muy bien. Si necesitamos algo más, volveremos —dije, dirigiéndome a Álvaro y a su abogado.

Estaba deseando salir de la sala de interrogatorios e

intercambiar impresiones con César.

—¿Piensas lo mismo que yo? —me preguntó mi compañero nada más cerrar la puerta, adelantándoseme.

—Me jugaría el cuello a que sí.

Empezó a sonar el teléfono. Se trataba de Nicolás.

—Un momento —respondí al descolgar.

Tiré de César hasta un cuarto vacío que había junto al que acabábamos de dejar, cerré la puerta y puse el manos libres.

—Te íbamos a llamar ahora mismo. Es posible que hayamos dado con la identidad del asesino.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues a ver si coincide.

—¿El qué? —pregunté sin darle tiempo a explicarse.

—Hemos recibido una llamada de una niña diciendo que cree que estuvo hablando con el asesino.

63

Carmen Prado

—Explícate —le pedí, temiendo que lo que fuera a decirnos contradijese lo que habíamos averiguado sobre Fermín Riaza.

—La muchacha se llama Magdalena Campos. Tiene catorce años. Dice que hace unos días, volviendo de pasar un rato con las amigas, un tipo se paró a su lado para pedirle usar el GPS de su móvil. Le dijo que se dirigía a Montorio y que no sabía llegar, que su móvil se había quedado sin batería. Le invitó a subir al coche, pero ella se negó. Él insistió, pero la niña consiguió salir corriendo. Ya era de noche, pero asegura haber visto el vehículo. —Crucé los dedos—. Era un todoterreno oscuro. Cuando llegó a casa no le dijo nada a los padres, pero apuntó parte de la matrícula en su agenda del colegio.

—¿La matrícula? —repitió César.

—Sí. Nos ha dado los tres primeros números: 986.

—Tenemos que averiguar ahora mismo el número de la matrícula del todoterreno de Fermín Riaza —le dije a César.

Asintió con la cabeza y, sin decir ni una sola palabra, abstraído, salió corriendo de la sala.

—¿Quién es Fermín Riaza?

—Para eso íbamos a llamarte.

Le puse al día de lo que Álvaro Velázquez nos había estado contando y de las averiguaciones del agente Alfredo Segura.

—¿Creéis que el terapeuta es el asesino?

—Sí. Y que ha tratado de buscar un cabeza de turco…

No terminé la frase: César entró a la sala como si se quemara el edificio.

—¡Es él! La matrícula del Jeep de Fermín Riaza coincide.

64

Carmen Prado

Estaba convencida de que, esta vez sí, teníamos contra las cuerdas al verdadero Quebrantahuesos. Y no había tiempo que perder; una niña indefensa, aterrada y sola debía estar padeciendo las torturas de aquel sádico asesino. El juez nos concedió todo lo que le pedimos: una orden de registro para el domicilio, otra para el vehículo y otra para la consulta. Íbamos a detenerlo.

Salimos en dirección a Castrillo del Val, lugar donde se ubicaba su residencia.

Acortábamos kilómetros al tiempo que desde la comandancia de Burgos se encargaban de sacar la localización por satélite del teléfono móvil de Fermín Riaza.

—Dime qué sensación te da —le pedí a César. Él conducía mientras yo no podía dejar de mover la pierna como si tuviera un tic nervioso.

—Que esta vez no se escapa. Modelo de coche, color y matrícula coincidentes. Perfil coincidente: tío con dinero, con disponibilidad geográfica, con don de gentes. La IP de su ordenador en el perfil falso de la niña conocida por Álvaro Velázquez como Aída. Casi le sale bien. Fermín Riaza sabía que a Álvaro Velázquez le gustaban las mujeres aniñadas o, directamente, las adolescentes, como su propia sobrina. Entonces pensó que utilizando un perfil falso para intimar con él conseguiría que picase el anzuelo. Y lo picó. Entonces, con el mismo perfil falso, Fermín le mandó ropa interior impregnadas con los ADN de Alicia y Sofía. En serio, creo que es imposible que no sea él.

—Yo también lo creo. Estoy nerviosa, como si se nos fuera a escapar o si fuéramos a llegar demasiado tarde.

—¿Lo dices por Sofía?

—Sí. Creo que sí.

—Tranquila. Está vez llegaremos a tiempo.

Pero mi pierna no dejaba de moverse compulsivamente.

El sonido de mi móvil me sobresaltó.

Miré la pantalla antes de contestar.

—Es Nicolás.

Descolgué con el manos libres.

—Te escuchamos —dije.

—Hemos triangulado su teléfono móvil. Se encuentra en casa.

Miré el GPS.

—Según el navegador nos faltan once minutos para llegar.

—De acuerdo. Están de camino un par de vehículos más y una ambulancia. Si consideráis que es mejor esperar a que lleguen los refuerzos, esperad. Proceded como consideréis oportuno. Confío en vosotros. Eso sí, tratad de que nadie resulte herido.

Se me escapó un suspiro. Por unos instantes me sentí como una novata en la primera intervención, inquieta, mirando cómo suceden los acontecimientos a toda velocidad, la incertidumbre, la tensión. «Eso ya quedó atrás», pensé.

—De acuerdo. Te informaremos en cuanto nos sea posible.

—Ante todo, tened cuidado.

—Sí.

Colgué.

César Galán

Hacía tiempo que no la veía tan nerviosa, al menos no en acto de servicio. Siempre impertérrita, firme, segura, y ahora… Me recordaba a la Carmen que acababa de perder a su hija. A esa mujer vulnerable que parecía estar a punto de desvanecerse en la nada. Mi mente la recordó en el tanatorio y, más tarde, en el funeral de la pequeña Julia, cogida a su marido del brazo, vestida de negro, cabizbaja y desolada. No había palabras que calmaran su llanto.

En los cinco años que la conocía, solo la vi llorar ese día. A la mañana siguiente se incorporó al trabajo y continuó como si no hubiera pasado nada. Fingiendo que su concentración no estaba mermada, ni sus ilusiones, ni su energía, ni sus ganas de vivir. Pero ella continuó. Siempre continuaba.

Ahora estaba a mi lado, en el asiento del pasajero, en silencio,

pero notablemente agitada. Acariciándose la herida de la mano cubierta aún por una venda. Moviendo su pierna como si marcara los tempos de una ametralladora Gatling, como si eso fuera a aniquilar los segundos que nos distanciaban de salvar a Sofía Hernández. Si es que conseguíamos salvarla.

65

1855

Corría el quinto día. En apenas doce kilómetros llegarían al lugar donde efectuarían el intercambio: el niño a cambio de una fortuna. Un trayecto que todavía les llevaría un par de horas.

—Espera —dijo Ramón—. Coge los Colt y comprueba que estén cargados. Es mejor que nos vayamos preparando.

Antonio obedeció. Saltó a la parte trasera y sacó los revólveres de un escondrijo. Se sentó enfrente del niño y, por un instante, vio en él la figura de su hijo cuando tenía su misma edad. Qué poco tiempo compartió con él; apenas eran unos desconocidos.

Soltó uno de los revólveres sobre el suelo del carro, orientando el cañón hacia su hermano. Le culpabilizaba de la vida que desde que eran unos críos le había forzado a llevar. Le había arrastrado a la criminalidad y a los vicios, a moverse casi en las sombras, alejado de su familia. Cuando Ramón le propuso acompañarle, se vio forzado, una vez más, a seguirle. «El último encargo. Te lo prometo», le convenció. Pero sabía que la palabra de su hermano valía poco: Ramón lo prefería muerto antes que verlo feliz con su mujer e hijo, lejos de sus manipulaciones. Aquel viaje estaba siendo como una rama del mismo árbol: constantes insultos, desprecios y amenazas. «Él no dudaría en mandarme al otro barrio, pero yo soy tan tonto que no sería capaz de cargármelo», pensó Antonio, centrándose en el arma que sostenía entre las manos.

—¿Te piensas quedar ahí todo el día?

—¿Acaso tienes prisa?

—Pues sí, por una vez estaría bien que hicieses algo.

—¿Qué quieres?

—Que lleves el carro. Me voy a tumbar ahí atrás a dormir hasta que lleguemos.

—Dormir… —susurró sin que le oyera.

—Aún queda un buen trecho para llegar al desfiladero, y el camino es recto, hasta tú podrías llegar sin ayuda.

Antonio devolvió los revólveres ya cargados a su escondrijo.

Al ocupar su asiento, Ramón saltó a la parte trasera.

—Ten cuidado de no despertarlo, si quieres dormir algo.

—Bah… Ya no llora tanto —se burló, dándole un puntapié como si se tratase de un saco de patatas.

El crío abrió los ojos, sobresaltado. El cansancio emocional unido al ayuno, hacían de él un despojo humano. Ni siquiera tenía fuerzas para llorar ni retorcerse. Su mirada era capaz de lacerar el alma de quien lo mirase; de tenerla, aquellos dos bandoleros no estarían a punto de abandonarle a su suerte. Aunque aquel lance estaba siendo traumático para el niño, nada tenía que ver con lo que le aguardaría al llegar al desfiladero de Pancorbo.

Durante horas no hubo más diálogo que el que mantuvo Antonio consigo mismo. Entre trago y trago, que bien supo racionalizar para que le acompañase hasta la entrega de la mercancía, barajaba qué hacer con su vida una vez terminasen el encargo. Lo único que tenía claro es que volvería a Novelda con su mujer y, probablemente, no saldría de allí en una buena temporada.

El niño dormía y despertaba según iban y venían sus fuerzas. Sus *dueños* apenas se daban cuenta de en qué momento entraba en un estado u otro. Sin embargo, llevaba despierto un par de horas, tiempo que, una vez más, permaneció inmóvil a pesar del miedo, del entumecimiento y de querer librarse de sus ataduras. Entendió que estar quieto era la mejor solución: no le chillaban, no le tocaban, ni siquiera le miraban; el dolor de las muñecas y los tobillos se volvía más soportable. Ignoraban incluso que se había hecho pis encima en un par de ocasiones —su olor no desentonaba con el que ellos desprendían—. Le dolía la mandíbula y la comisura de los labios. Pero debía aguantar: las lágrimas no eran compatibles con el trapo sucio que desencajaba su boca y cohibía su respiración. De modo que se limitaba a observar inmóvil, mudo y sin llantos que le privasen de la única vía por la que poder inhalar un poco de aire. No apartaba la vista de los sacos que le rodeaban o el cambiante paisaje que iban dejando atrás; en aquel instante, más que el paisaje o el entrecruzado de los hilos, controlaba de reojo al que dormía a su costado. Solo de reojo. Rezando para que no despertara o

volviese a advertir su presencia.

El murallón rocoso que le sirvió de guía durante varios kilómetros pasó a ser un elemento más del viaje. Rodeados por los gigantes calizos de los Montes Obarenes, ante ellos se perfilaba la brecha donde concluirían su trayecto: el desfiladero de Pancorbo, un paso natural que desde los tiempos más remotos se había utilizado para el tránsito entre el norte y el sur de la península ibérica, emigraciones de diversa naturaleza, el establecimiento de fuertes defensivos para la Guerra de la Independencia a principios del siglo XIX y escenario, en esa misma etapa bélica, de luchas y asentamientos franceses tras tomar los fuertes de Santa Engracia y Santa María.

El camino que transitaron durante kilómetros conducía a la garganta de aquellas montañas. Ahora, lejos de la guerra, de las tomas y las reconquistas, seguía siendo un paso natural para acceder o abandonar la meseta castellana desde o hacia el norte de la península, un puente para el tráfico —legal o no— de mercancías, sin importar la naturaleza de las mismas.

Los tonos grises de la montaña abandonaban su viveza convirtiéndose en penumbra, como si el pasadizo se mantuviese en un constante anochecer. La vegetación desaparecía de sus paredes, tan solo algún rastrojo o brote de mala hierba se atrevía a establecer allí su morada. La sombra los iba arropando en un abrazo húmedo y frío, haciendo pensar que el alma de los que allí murieron debía seguir herrando por la zona. Tras cada pisada, tras cada palmo recorrido, el creciente eco les anunciaba estar muy próximos. Fue este último el que despertó a Ramón. Antes de levantarse miró al niño que, al sentirle, se escondió cuanto pudo.

—Ya llegamos, mocoso —le dijo en tono burlesco, moviéndole de un puntapié. Antonio giró levemente la cabeza—. Y tú, ¿por qué no me has avisado antes? —le requirió saltando a la parte delantera.

—Se va más a gusto cuando vas durmiendo.

—Vaya recibimiento. Anda, dame las riendas y vete a tu sitio.

—Mira —dijo Antonio apuntando al frente con su mentón en un sutil movimiento—. ¿Son…?

—Sí, eso espero. Ve atrás y coge los revólveres.

Antonio cogió las armas y le dio la suya a su hermano. Ambos se

las escondieron entre las ropas. Antes de regresar a la parte delantera observó al niño encogido y los ojos vidriosos.

—¿Cuántos son?

—Juraría que tres o cuatro. Tal vez cinco. Entre carros y caballos, no distingo una mierda. Los cargaste, ¿no?

—Claro.

—Bien, pues tenlo a mano.

Unos metros más adelante, las figuras empezaron a tomar forma y la cantidad de individuos que supuestamente divisó Ramón se quedó en dos. Esperaban a un lado del camino, con un carro y dos caballos.

—¡Hombre, cuánto tiempo! —saludó uno de los hombres cuando aún les faltaban unos metros para llegar.

El uno superaba al otro en estatura por escasos centímetros. De edades semejantes. Tal vez hermanos; *los Selleres* ignoraban su parentesco, si es que lo había. Las barbas de al menos cuatro o cinco días cubrían sus rostros. La boina les tapaba el cabello, que a todas luces era abundante y grasiento.

Ramón alzó la mano y agachó la cabeza en una sutil reverencia. Un *sooo*… y un firme tirón de riendas hizo frenar el carro justo delante de ellos.

—Mis buenos camaradas… —saludó uno de ellos, conocido como Eugenio el Comprachicos—. ¿Cómo ha ido el viaje, algún problema? ¿Traéis lo nuestro? —Formuló sus preguntas al tiempo que *los Selleres* bajaban del carro.

El pulso del niño se aceleró.

—Claro, aquí lo traemos —dijo Ramón haciendo una señal con la cabeza hacia la parte trasera del carro—. Y el viaje ha sido más tranquilo que de costumbre. Nos ha salido muy calladito.

Los cuatro caminaron hacia la parte trasera del carro.

—Qué maravilla —espetó el otro hombre al ver el tamaño del menor. Miguel Ángel abrazó sus piernas con la poca fuerza que le quedaba, ocultó la cara entre sus rodillas y comenzó a temblar gimoteando—. Ya me habían dicho que haríamos un buen negocio con este. —El hombre se acercó, lo cogió de la cabellera y tiró para hacer que levantase la cabeza—. Demasiado guapo, no te parece, ¿Eugenio? —El tal Eugenio se puso a pocos centímetros para comprobarlo.

—Bueno, ya sabes que eso tiene fácil solución.

El que aún tiraba del pelo de la criatura se sonrió y luego le soltó de malas formas. El niño comenzó a llorar desconsolado.

—¡Calla! ¡No nos dejes por mentirosos, llorica! —le chilló Ramón, empujándolo de un hombro.

—Tranquilo, no tardará en acostumbrarse a nosotros, por la cuenta que le trae —dijo Eugenio—. En fin, cogedle y hagamos el intercambio. Cuanto antes le pongamos los hierros, mejor.

66

Sofía Hernández

No lo entendía. Apenas tenía ocho años cuando un hombre se acercó a mí y me puso un trapo en la boca para que no gritara. Un trapo que desprendía un olor fuerte y penetrante que me dejó inconsciente antes de que me diera tiempo a resistirme.

No entendía nada. ¿Por qué yo? ¿Por qué un señor quería asustarme o hacerme daño? Por aquel entonces aún no era consciente de que existen personas con la cabeza perturbada. Que nos les importa hacerle daño a los demás con tal de satisfacer sus deseos, sus instintos primitivos o sus planes locos.

Me desperté en un sitio que no había visto nunca. «¡Mamá! ¡Papá!» deseé gritar, pero no podía, ya que una mordaza me impedía decir nada. «¡Mamá, ayúdame!» seguía gritando en mi mente. Pero mamá no venía. Y papá tampoco. Ninguno de los dos. Nadie entraba en aquella habitación salvo el señor que me tapó la boca con aquel trapo pestilente.

Lloraba. Dormía. Lloraba. Intentaba gritar; escupir la mordaza, soltarme las ataduras. Nada. Solo podía llorar. El señor me obligaba a comer. Vomitaba. La tercera vez que vomité me pinchó algo para dejarme dormida. Y así una y otra vez. Y entre el llanto y el sueño, a cada minuto que volvía a la consciencia, me preguntaba por qué no venía nadie a ayudarme. Si mamá y papá no venían, ¿por qué no venía la abuela? O el abuelo. O el padre de alguna de mis amigas. Daba igual quién. Solo quería que viniera alguien. Que me llevaran lejos de ese señor malo que solo sabía hacerme daño y me daba miedo.

Con ocho años no piensas que la gente pueda estar loca, así que te invade un profundo sentimiento de abandono que te duele, te perfora por dentro y solo quieres morir.

No sé cuánto tiempo llevaba en esa habitación de luz tenue.

Recuerdo que un día, de repente, el dolor me despertó. Entonces me miré y me vi unos hierros enganchados a las piernas y a los brazos. Unos hierros viejos que me hacían mucho daño, que me apretaban los músculos y los huesos. Pensé que, si me los apretaba un poco más, terminarían por arrancarme los miembros.

Y chillé, aunque el pañuelo en la boca impedía que nadie me oyera. Así que lloré hasta quedarme dormida.

Me tenía tumbada en una superficie dura.

Mis pies y manos estaban sujetas con unas correas para que no me moviera lo más mínimo.

El dolor, la impotencia y el miedo eran insoportables.

Y mis padres seguían sin venir a por mí. Y yo seguía creyendo que, aunque no entendía por qué, me habían abandonado.

Dejé de comer. Y un día, al despertar, encontré un tubo fino enganchado a mi brazo, a mi vena y, a través de él me entraba un líquido transparente.

No había ventanas.

No sabía si era de noche o de día, ni cuánto tiempo llevaba allí dentro o hasta cuándo pensaba ese hombre malo hacerme daño.

Cuando venía a verme no me hablaba. Solo me miraba los brazos, las piernas y la vía que colgaba de mi brazo. Después, se marchaba. Y me volvía a quedar sola.

Un día, cuando abrí los ojos, vi que había una tele con dibujos que no había visto nunca. Eran raros. Siempre se repetía la misma cinta. La misma canción hablando de gnomos, de trols, de hierbas sanadoras, de un zorro que iba corriendo de aquí para allá.

Y de nuevo dormida.

Y después el dolor.

Siempre el dolor.

No sé cuándo fue, pero en una ocasión me desperté al sentir que me tocaba la cara. Casi no había luz; menos que de costumbre. Tardé varios segundos en darme cuenta de que me había tapado los ojos. Sentí frío. Me había quitado la ropa. Estaba muy cerca de mí. Olía su aliento asqueroso. Estaba aterrada. Se acercó a mi oreja y susurró con voz rara: «Mi novia. Qué bonita». Sentí pánico. Entonces oí pasos andando muy rápido. La puerta abriéndose; algo de claridad filtrándose bajo la venda de mis ojos. Y de pronto un pinchazo en el brazo. Volví a quedarme dormida mientras le oía

hablando solo. Creo recordar que dijo: «Aún no».

Cuando desperté volvía a llevar ropa. También me había quitado la venda.

Pensaba que papá y mamá seguramente ya se habrían olvidado de mí.

Notaba calambres por todo el cuerpo, el culo mojado por mi propio pis.

A pesar de tener ocho años, algo me decía que no volvería a salir de allí.

67

Carmen Prado

Las nubes encapotaban el cielo desde que salimos de la comandancia. La lluvia ahora caía rítmica sobre nosotros. El limpiaparabrisas oscilaba de un lado a otro generando un hipnótico tac, tac…, como la manecilla de un metrónomo en la consulta de un terapeuta, tratando de calmarme. La luz del sol se fue disipando tras una manta de oscuridad y algunos reflejos brillantes surgían sobre el pavimento mojado al ser alcanzado por los faros del coche.

Pasaban varios minutos de las seis de la tarde. El sonido de los neumáticos cada vez más lento hacía que se alterasen mis ganas de llegar. Las calles estrechas. Pavimentadas con una gruesa capa de cemento. Charcos de distintos tamaños. Vallas y muros custodiando nuestro paso hasta la dirección exacta en una urbanización a un par de kilómetros del pueblo Castrillo del Val, aunque perteneciente a él. El olor a pino y humedad inundando el habitáculo. El número esperado a pocos metros.

César aparcó junto a uno de los muros verdes de una de las casas vecina.

—Es ahí enfrente.

Inhalé por la nariz. Mi mandíbula estaba prieta; mis músculos, en tensión; mi voluntad, deseosa de entrar en la casa y llevarme a rastras a ese monstruo psicópata.

—Vamos a esperar al resto —dije mirando lo único que se veía de la casa: el tejado y parte de una ventana, iluminada—. No quiero que se escape. Rodearemos la casa y entraremos. Viendo que hay luz en el interior y que estamos en la puerta principal, no puede escaparse.

Telefoneé a Nicolás para indicarle que habíamos llegado y que se apreciaba movimiento dentro de la casa. «Espero que no tarden mucho en llegar», le dije. E instantes después, vi los faros de un

vehículo aproximándose. Se trataba del secretario judicial con las órdenes de registro. «Te dejo». «Suerte».

Aunque los minutos se antojaban eternos no tuvimos que esperar mucho. Dos vehículos más aparcaron detrás de los nuestros. Venían sin las luces de emergencias. Del primer vehículo se bajaron Iñaki, Abelardo y el sargento Martín, del otro un par de compañeros más.

—¿Ha venido? —le pregunté al sargento.

—Por supuesto. Todo esto nos ha salpicado de mala manera y, si el asesino ha estado residiendo en nuestro territorio, qué menos que venir a su detención y ofrecer mi apoyo. No he venido a obstaculizar el plan que tengáis. Se harán las cosas a vuestra manera, que para eso lleváis detrás de ese malnacido desde hace años. Así que, ¿qué habéis pensado? —preguntó Martín mirándome fijamente.

—Rodearemos la propiedad, para que no pueda escapar por ninguna parte. Si le parece bien, un par de agentes esperarán en la parte trasera, y los otros dos en los flancos izquierdo y derecho. Nosotros iremos por la puerta principal, César y yo delante. Usted, permanezca por detrás, atento a cualquier contratiempo.

—De acuerdo. Si surge cualquier contratiempo —dijo Martín mirando a sus subordinados—, indicadlo por radio.

Llegó una ambulancia y dos vehículos del SECRIM.

«Espero que no haya visto el despliegue de medios y haya huido», pensé antes de hacerles la pregunta final:

—¿Todo claro?

Asintieron.

—Pues en marcha.

Caminamos a paso ligero hasta la puerta principal. Los compañeros se dispersaron para rodear la propiedad. Llamé al timbre. El secretario judicial, el mismo joven curioso de la vez anterior, se paró a un metro de distancia de nosotros. En sus ojos podía leerse el miedo; sus labios sellados así lo atestiguaban.

Respondió una voz calmada.

—¿Fermín Riaza? —pregunté mirando a la cámara de seguridad del interfono.

—Sí. Soy yo.

—Buenas noches. Somos de la Policía Judicial. Quisiéramos hacerle unas preguntas, si es tan amable.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un incidente por la zona y estamos preguntando a los vecinos.

—Claro.

No dije la verdad, pero tampoco mentí, antes o después preguntaríamos a los vecinos por sus crímenes.

Primero sonó un zumbido y luego un «clac», señal de que nos había abierto la puerta exterior. El sargento Martín le quitó los papeles al secretario judicial y le pidió que nos esperara en el coche. «No sabemos lo que podría pasar ahí dentro», le dijo. De soslayo aprecié cómo se marchaba a toda prisa.

Recorrimos un camino pavimentado hasta la casa. Era de dos plantas. Con varias columnas blancas que bajaban desde el tejado hasta el suelo. De ladrillo y ventanas blancas encuadradas por piedra del mismo color. La puerta principal se abrió unos centímetros, permitiendo que la luz del interior alumbrara parte de la entrada y sus escalones.

—¿Hola? —anunció César empujando despacio la puerta.

—Buenas noches —respondió despreocupado.

Ante nosotros teníamos a Fermín Riaza, la cara del asesino más despiadado que había conocido España en los últimos años.

—¿Fermín Riaza Campuzano?

—Sí. Soy yo.

—Queda usted detenido por la desaparición de Sofía Hernández Casado. Ponga las manos en la cabeza y dese la vuelta muy despacio.

César se aproximó a él con premura y le puso las esposas en las muñecas.

Entretanto, empecé a leerle sus derechos.

Durante ese tiempo Fermín permaneció en silencio. Sin preguntar ni quejarse. Tampoco dijo nada cuando le indiqué que traíamos órdenes de registro para su vivienda, su vehículo y su consulta terapéutica.

—¿Qué les ha traído hasta mí? —preguntó al fin, impertérrito, como si llevara tiempo esperándonos.

—Cometió el error de tratar de inculpar a otra persona.

Sonrió y agachó la cabeza.

—Bien jugado, agentes, pero no les voy a decir más de lo que

averigüen por ustedes mismos.

—¿A qué se refiere? —le increpó César.

—¿Dónde está Sofía? —pregunté yo.

—A eso me refiero. Tengo derecho a permanecer en silencio.

El sargento Martín agarró a Fermín del brazo y lo condujo hasta el coche patrulla. Los compañeros de Criminalística se distribuyeron por la casa en busca de evidencias para armar el caso para la fiscalía.

Aquella casa no parecía la de un asesino en serie. Por dentro estaba limpia, bien amueblada, recogida. Paredes lisas blancas, puertas de un color *beige* elegante, suelo de parqué… Registramos toda la casa, pero no encontramos ni rastro de Sofía.

—Tiene que estar aquí —le dije a César.

—Hemos recorrido todas las habitaciones y no se ve nada.

—Tiene que estar aquí —insistí.

—No hemos comprobado si tiene sótano.

—Desde fuera no se ven ventanas que hagan pensar que hay sótano. Pero es posible que lo haya construido después.

—¿Dónde colocarías tú una puerta o rampa por la que bajar al sótano?

—En la cocina.

—Yo estaba pensando en el garaje.

—Pues empecemos por ahí.

La cocina me parecía un lugar adecuado. Desde allí podría llevarle comida y agua a la niña. Pero la recorrimos y no encontramos nada. Revisamos el garaje palmo a palmo. Miramos detrás de las estanterías, por el suelo y no detectamos ninguna trampilla ni puerta secreta.

—¿Recuerdas si había alguna alfombra en la planta baja?

—No me suena.

»Tiene que estar aquí, joder.

—Sigamos buscando.

Llegamos al comedor. Era grande, de al menos cuarenta metros cuadrados. A un lado la chimenea; al otro, un mueble con una televisión de unas cincuenta y cinco pulgadas; enfrente, tres sofás dibujando una «u»; un par de cuadros repartidos por las paredes y una librería ocupando media pared. Miré detrás de la librería, dentro de los muebles, movimos los sofás, y nada. Salimos del

comedor y fuimos a la habitación contigua. Era un despacho. Nada más entrar, y a juzgar por las paredes de las habitaciones contiguas, nos dimos cuenta de que las dimensiones no cuadraban: debía ser más ancho de lo que era. César golpeó la pared. Parecía hueca. Regresé al pasillo e hice lo mismo que él: dar unos golpes en la pared y poner el oído para escuchar. Entonces oí tres golpes seguidos, como si fueran un eco de los que yo acababa de dar. Pensé que era César comprobando todavía la pared de dentro del despacho. «¿Puedes venir?», llamé a mi compañero para que valorara la pared ante la que yo me encontraba. «¿Qué te parece?», le pregunté. De pronto volvieron a oírse los tres golpes. César y yo nos miramos. Noté que la emoción y las prisas me embargaban. Empecé a buscar por la pared centímetro a centímetro. Allí tenía que estar el acceso al sótano. Apoyé mi peso sobre la pared en distintos puntos, buscando una apertura de pulsador. Tras varios intentos lo conseguí. La pared mostró la puerta secreta que conducía al sótano.

Volvieron a escucharse tres golpes.

68

Carmen Prado

Creíamos que íbamos preparados para ver cualquier cosa, pero nos equivocamos.

El ruido de los golpes nos hizo creer que Sofía seguía con vida, que nos había escuchado y estaba pidiéndonos auxilio. Pero según descendíamos los escalones hacia el sótano oculto, nos topamos con algo que no esperábamos.

César encabezó el descenso. Ambos sacamos nuestras linternas. La mano de mi compañero reposaba sobre su reglamentaria. Al final de las escaleras se veía un pasillo ancho, pero igualmente oscuro.

Al llegar abajo, se encendió una luz automática que nos permitió ver una parte oculta de la vivienda: un pasillo estrecho que se abría a derecha e izquierda. A cada lado, se encontraba una puerta que nos impedía el paso. Debíamos decidir hacia qué lado íbamos primero. Recordé la distribución de la planta que acabábamos de dejar atrás: a la izquierda, quedaban el salón, la cocina, la despensa y la puerta que daba al garaje; a la derecha, el despacho de Fermín Riaza y un cuarto de baño. Si realmente la forma y los metros eran los mismos que en la planta superior, había más probabilidades de encontrar a Sofía si tomábamos la puerta de la izquierda.

Le hice un gesto a César con la mano para que fuera a la izquierda. Y de nuevo los tres golpes, esta vez más cerca.

—Vienen de ahí —le dije a César indicando la puerta que teníamos delante de las narices.

Agarró el pomo y trató de girarlo, pero la puerta no se abrió.

—Aquí hay un llavero —dije iluminando un clavo del que colgaba el llavero con dos llaves.

César lo cogió y con una de las llaves consiguió abrir la puerta.

Al abrir, nos encontramos con un hombre contrahecho, de baja estatura y mirada desenfocada. Desnudo de cintura para abajo. Al

vernos se quedó paralizado, arrugando el gesto, como si hubiera pasado demasiado tiempo sin ver a nadie. Nada más verle recordé el documental de cuarto milenio: niños robados, deformados y usados para la mendicidad, como bufones o monstruos de feria.

—¿Está usted bien? —le preguntó César.

El individuo comenzó a gritar como si estuviera loco, a balancearse de lado a lado como el péndulo de una campana, con las manos sobre sus oídos y la cabeza gacha. Empezó a mearse encima, creando un charco de pis bajo sus pies.

—Tranquilo —le dijo mi compañero, acercándose a él despacio. Pero aquel tipo no dejaba de gritar y balancearse—. Tranquilo. ¿Estás tú solo?

Mientras César se quedaba con él, yo me adentré en el cuarto de donde él salía. Era grande; no tanto como la planta superior, pero al menos la mitad. Tenía una cama de matrimonio deshecha, las almohadas por el suelo, una mesa con una televisión, un sofá de dos plazas, un par de videoconsolas, revistas pornográficas, latas de cerveza en un cubo de basura a un lado del sofá, bolsas de patatas en una estantería, una nevera con refrescos dentro…

«Aquí no está».

Me di media vuelta y regresé con César.

—Sofía no está. Déjame el llavero. Puede que esté en el otro lado.

—¿Qué hacemos con este hombre?

—Avisa a las asistencias sanitarias. Yo voy a seguir buscando a Sofía.

La puerta de la derecha también estaba cerrada con llave. Tuve que probar las dos del llavero antes de conseguir abrir. Y entonces la encontré. Atada con cuerdas a una camilla rígida, con una mordaza en la boca impidiendo que pudiera hablar o chillar. Corrí hacia ella. Al verme, la niña comenzó a llorar. Yo me quedé paralizada un instante al verle los brazos y las piernas fijos a los hierros de los que nos habló el doctor Martínez. Le quité la mordaza de la boca. El llanto se convirtió en unos escalofriantes quejidos guturales de dolor y desesperanza.

—Tranquila, cielo. Ya está. Ya ha acabado. Te voy a soltar y te vas a poner bien. Te lo prometo. Te vas a recuperar.

Pero no sabía si debía quitarle los hierros, ni cómo hacerlo.

—¡César! ¡César! —grité apartándome de la niña.

Volví hasta ella y le acaricié la cara.

—Tranquila, mi niña. Sé que te duele mucho, pero tienes que aguantar un poco más. Yo no puedo quitártelo. No sé cómo se hace y no quiero provocarte más dolor.

Quise abrazarla, consolarla, curarla…: lo poco que podía hacer me resultaba insuficiente.

—¡César! —volví a gritar al escuchar pasos cada vez más cerca —. ¡César!

Entró corriendo y paró en seco.

—¡Busca ayuda! ¡Rápido!

69

Carmen Prado

¿Cómo podía haber gente tan malvada? No conocía la respuesta. Solo sabía que existían y que sus actos conmocionaban al resto de la sociedad.

Las ambulancias se llevaron al hombre hallado en el sótano aún por identificar y a Sofía Hernández. Los compañeros de la Policía Judicial de Burgos, Iñaki Gómez y Abelardo Torralba, los acompañaron al Hospital Universitario de Burgos. El sargento Martín telefoneó a los padres de Sofía para darles la noticia de que habíamos encontrado a su hija con vida y estaba siendo atendida de sus lesiones en dicho hospital.

Entretanto, Nicolás había llegado a Burgos para estar presente durante el interrogatorio.

Eran cerca de las once de la noche cuando César y yo entrábamos en la comandancia.

—Habéis hecho un trabajo formidable —nos elogió nuestro inspector jefe.

Me mordí el labio conteniendo las ganas de llorar. No podía borrarme de la cabeza las imágenes de Lorena Castillo, Anabel Mateo, Alicia Carmona, Sofía Hernández y aquel hombre deformado.

—¿Ha llegado ya su abogado? —pregunté.

—Sí. Hace una hora y pico —respondió Nicolás.

—¿Y le han hecho ya el informe médico? —preguntó César.

—Sí.

—Pues que le trasladen a la sala de interrogatorios —pedí.

—Puede ir para largo. Comed algo antes de entrar. He hecho que os traigan unos sándwiches, refrescos y café, si os apetece.

Miré a César con cara de agotamiento y le sonreí de medio lado, desganada.

—Gracias, Nicolás. Sí, comeremos algo antes del interrogatorio. Total, ya no se va a ir a ninguna parte.

Aquellos iris marrones parecían no conocer el arrepentimiento. Su lenguaje corporal mostraba serenidad, no sé si porque llevaba tiempo esperando lo que estaba sucediendo o porque su nivel de autocontrol era ejemplar.

—Hemos encontrado a un hombre en el sótano de su casa —le dijo César después de los formalismos.

—Es mi hermano.

—¿Su hermano?

—Sí. Benjamín. Es mi hermano menor. Nos llevamos cerca de diez años.

Realmente me ponía los pelos como escarpias verle tan tranquilo, como quien habla del tiempo, de una peli que le ha gustado o de lo que acaba de comer a mediodía.

—¿Desde cuándo lo tiene ahí encerrado? —siguió César.

—Desde que compré la casa e hicieron el vaciado del sótano. Hará unos siete años. Aunque no lo tengo ahí por gusto.

—Ya. Seguro —musité.

—Sabe por qué estamos aquí, ¿verdad? —prosiguió César, ignorando mi queja.

—Sí.

—Por el momento, se le acusa del secuestro y tortura de Sofía Hernández Casado. ¿Puede negarlo?

—No. Claro que no.

—¿Y qué hay del asesinato de Alicia Carmona Roble, hallada muerta el pasado día 25 de octubre en el Desfiladero de Tornos? ¿La asesinó usted?

—Supongo que de forma indirecta tuve la culpa. Sí.

—¿Cómo que indirecta? —salté, tratando de contener mi ira.

—Murió debido a un largo proceso de transformación que la pobre niña no aguantó.

—¿A qué se refiere? ¿A la tortura a la que le sometió?

—A que hay gente más valiente que otra; igual que los hay más inteligentes, resilientes o fuertes, que otros.

—¡Tenía ocho años, por el amor de Dios! —grité poniéndome de pie y dando un golpe con las palmas de las manos sobre la mesa.

—Lo siento. Nunca fue mi intención hacerle sufrir. Pero como

digo, hay cosas que no se pueden controlar. Deseaba que ella fuera la última. Pero empezó a ponerse enferma, a no querer comer. Yo quería que siguiera con vida. Y más después de todo lo que había pasado. Ya no quedaba tanto.

—No quedaba tanto, ¿para qué?

—Para que le pudiera quitar los hierros y pudiera campar a sus anchas por el sótano, con mi hermano.

—No entiendo. ¿Pretendía dejarla con vida? ¿Por qué?

—La historia es larga de contar.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —le respondió César, encargándose de la entrevista mientras yo hacía un esfuerzo por no explotar.

—Vale, pero seguramente no les guste lo que oigan.

—Correremos el riesgo.

«Está bien», susurró el asesino, recolocándose en la silla. Tomó aire y comenzó a hablar:

—Me costaba mucho llevar una vida normal mientras mi hermano se consumía como un bicho en una jaula, solo, sin nadie con quien hablar o con quien mantener una relación afectiva. No sé si me explico.

—Creo que no.

—Llevo media vida tratando los problemas de los demás, aportándoles remedios a sus desgracias, tratando con ellos las raíces de sus traumas…, en otras palabras, ayudándolos a recuperar la felicidad. Sin embargo, cada vez que llegaba a casa y veía la situación de mi hermano, me sentía fracasado.

»Un día, regresando de uno de los congresos en los que participaba, vi a una prostituta en la cuneta y pensé en él. Podría haberle pagado una buena pasta, llevarla a casa conmigo y hacer que se acostase con mi hermano. Pero me di cuenta de que entonces él querría salir de casa, o ella podría hablar de mi hermano y su condición a cualquiera, a la Policía, y entonces me buscaría la ruina. No podía permitir que quien entrara para satisfacer a mi hermano volviera a salir. Así que, ese mismo día, lo decidí: buscaría a una chica joven para mi hermano. La encerraría en el sótano y, poco a poco, la muchacha se acostumbraría a él, a esa vida. Se tendrían el uno al otro. Mi mayor esperanza era que con el paso del tiempo, la chica le llegara incluso a coger cariño. —Sonrió como si

sintiera nostalgia—. Hubiera sido perfecto. Como un sueño.

—¿Perfecto?

—Sí. Suena raro, pero yo me habría quitado un gran peso de encima. Llevo cuidando de él desde antes de que murieran mis padres, y les aseguro que no es tarea fácil.

—Y teniendo dinero, ¿por qué no lo ingresó en un centro especializado?

—Porque habría supuesto un peligro para él y para el resto, además de que se lo prometí a mi madre.

—Dice que era un peligro para él y para el resto, ¿pero para la chica no lo habría sido?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Y no pensó tampoco en los padres de la chica, en el resto de sus familiares y amigos?

—Sí. Claro que pensé en todos ellos. Pero consideré que serían daños colaterales.

»El problema es que no contaba con que a mi hermano no le gustase…, ella. Y una vez secuestrada, no podía dejarla libre. ¿Entienden? Me encontraba con el mismo problema que les acabo de explicar de la prostituta.

—Esto es el colmo —espeté—. ¿A su hermano no le gustaba la chica?

»No. Era demasiado guapa y él una cosa deforme y fea. Su cabeza no funciona bien, pero eso sí supo verlo. Me decía que me la llevara de allí, que no le gustaba porque era distinta a él. Descubrí que sentía vergüenza.

»Aun así, forcé la situación. Durante un día…

—¿Se está refiriendo a Lorena Castillo? —le preguntó César, interrumpiéndole.

—Sí.

—¿Y por qué dice que forzó la situación? —pregunté.

—Porque los dejé a solas en la habitación de mi hermano pa…

—¿En el sótano? —volvió a interrumpirle.

—Sí. Todo el sótano es su habitación. Bueno. Era.

—Y le dejó…

—Dejé que pudiera moverse sin muros, llegar hasta donde la tenía escondida. Algo así como un experimento.

—¿Y qué pasó?

—Cuando regresé me llevé una sorpresa. Mi hermano la había golpeado hasta deformarle la cara. ¿Y saben lo que me dijo? «Ahora sí está guapa».

»Los separé durante unos días para que las heridas de Lorena se curaran. Y probaría suerte más adelante. Pensé que como había estado ya una vez con ella, el resto de las veces le daría igual que la chica fuera normal. Pero volví a equivocarme. Le volvió a dar otra paliza que casi la mata. Entonces lo entendí: para que a mi hermano le gustara, la chica tenía que ser como él. Así que recordé que mi padre coleccionaba cosas antiguas. Entre ellas, unos hierros que fueron de su tatarabuelo Eugenio y que él empleó para deformar a algunas personas para llevarlas por las ferias y exhibirlas, para sacar dinero.

—Los Comprachicos.

Achinó los ojos y me observó con la cabeza ladeada, como si mi afirmación le hubiera desconcertado.

—¿Saben de su existencia? —Asintió levemente varias veces a la vez que se le dibujaba una sonrisa de medio lado—. Parece que han indagado con ahínco, agentes. No es nada fácil encontrar información veraz sobre ellos. Creo que la mayoría de la gente ni siquiera ha oído hablar de los Comprachicos, pero es evidente que es una parte de nuestra historia nacional. Me asombra que hayan llegado a… Un momento, ¿han pensado que las niñas estuvieron en manos de los Comprachicos? —preguntó mientras analizaba nuestros rostros, pensativo. Siguió hablando—. No. No se líen. Los Comprachicos son parte del pasado. Cuando era pequeño, mi padre me contaba anécdotas sobre ellos. Me ponían los pelos de punta, la verdad. También se refería a ellos como los Dacianos. No obstante, da igual cómo quieran llamarles. Si conocen el nombre de los Comprachicos también sabrán lo que giraba en torno a ellos, ¿no?: que hacían negocio a costa de los niños que robaban o que compraban a padres pobres, que luego los deformaban y que, por último, los vendían a gente rica o los alquilaban a vagabundos. Los convertían, únicamente, en seres deformes; pero para la gente de aquella época, verlos suponía un *shock*. Eran muy exagerados; la cultura del momento, está claro. Ya saben lo que pasaba si dentro de una familia nacía algún miembro con algún tipo de discapacidad: lo encerraban dentro de la casa para que no lo viera

nadie. Para la sociedad de hace ciento cincuenta años, las deformidades eran una vergüenza, una monstruosidad que había que esconder al resto. En ocasiones extremas, incluso los mataban. Así que, ver a un monstruo en un circo era una cosa, y otra muy distinta tenerlo en casa.

—O sea, ¿que usted también tenía a su hermano encerrado por vergüenza?

—No. Para nada.

—¿Y se puede saber por qué su padre le contaba esas historias de los Comprachicos? —preguntó César.

—Porque su tatarabuelo Eugenio fue uno de ellos.

—¿Qué?

—¿De dónde se creen, si no, que iba a conseguir esos hierros tan antiguos? Eran de él, los que utilizaba para… Bueno, ya se lo he contado, no hace falta que me repita. Mi padre los conservaba en una especie de colección personal. Los heredó de su abuelo, y este a su vez del suyo, y así hasta su tatarabuelo Eugenio. Mi padre me lo contaba como si estuviera orgulloso de que su tatarabuelo hubiera pasado a la historia, aunque fuera haciendo trabajos turbios. Y yo al principio oía con pavor las anécdotas familiares; cuando era muy pequeño me amenazaba con ponerme aquellos hierros si me portaba mal, así que, imagínense. Y la vida da tantas vueltas que, después de todo, aunque no quería, me vi obligado a utilizarlos para ayudar a mi hermano. Gracias a mi padre tenía una ligera idea de cómo había que engancharlos en las extremidades, así que me inspiré en las técnicas que emplearon, entre otros, mi ancestro Eugenio.

—Sigo sin entender por qué le ha hecho eso a las niñas.

—Vaya. Esto no me pasa cuando doy conferencias —dijo suspirante, mostrándose decepcionado—. Mi hermano nació con un problema degenerativo llamado raquitismo hipofosfatémico autosómico dominante. Es un problema hereditario que afecta al cincuenta por ciento de la descendencia, por eso yo no lo tengo. Y les he dicho que es violento. Yo no podía encargarme de él todo el día. De modo que necesitaba a alguien que estuviera a su lado en mis ausencias. Una persona que a los dos días no estuviera cansada y quisiera largarse pitando. Hacía falta alguien que comprendiera y compartiera sus desgracias, que estuviera con él el resto de su vida.

Tenía que crearle una novia.

Se me arrugó el gesto como si acabara de respirar dentro de una fosa séptica.

«¿Una novia?».

—Estás loco —le dije mostrándole los dientes, como un perro rabioso.

Me levanté de la silla. «Sigue tú», le pedí a César. Necesito tomar un trago de agua.

Abandoné la sala ante la mirada atónita de mi compañero y el gesto imperturbable del asesino.

Al salir me encontré con Nicolás, que seguía el interrogatorio tras el cristal unidireccional.

—Tranquila, Carmen. Ya queda poco. ¿Quieres que…?

—¿Pero tú lo estás oyendo? —le interrumpí—. ¿Se puede estar más loco? En fin. No. Tranquilo. Se me pasará en un par de minutos. Solo necesito un trago de agua.

Me ofreció una botella y bebí de ella como si hiciera una semana que no lo hacía. Me sacudí la rabia y seguí el interrogatorio, pero esta vez desde fuera de la sala. Fermín estaba hablando:

—… en verdad no tenía ni idea de cómo había que poner esos cacharros, pero, para que mi hermano la aceptase, la chica tenía que ser como él. Así que le puse los hierros y se los apreté, pero lo hice demasiado rápido o con demasiada fuerza y el cuerpo de la chica no lo aguantó.

Recordé los resultados de la autopsia de Lorena Castillo: sus huesos habían sido sometidos a una presión tan grande que le dejó más de veinte fracturas repartidas entre ocho huesos de las piernas y los brazos. Literalmente, la rompió por dentro.

—¿Por qué arrojaste su cuerpo al río?

—Los muertos tienen que estar en un cementerio, y los familiares y amigos tienen que poder hacer el duelo de esa persona. Si la hubiera enterrado en el jardín de mi casa, hubiera provocado que muchas personas no pudieran hacer su duelo, se habrían pasado la vida con la esperanza de encontrarla con vida y eso no es sano. La gente sufre mucho con esas cosas. No podía permitirlo.

«Está para que lo manden a un loquero».

—Vuelvo dentro —le dije a Nicolás. Me llevé conmigo la botella de agua.

—¿Y qué hay de Anabel Mateo Ruiz? —continuó César sin apartar la mirada de él.

Cerré la puerta y regresé a mi asiento mientras Fermín Riaza contestaba:

—Sé que piensan que soy un psicópata sin escrúpulos, pero no es así. Después de que Lorena se muriera…

—La asesinase —le corregí.

—Bueno, de que perdiera la vida…, me arrepentí de todo lo que había hecho. Durante mucho tiempo intenté convencerme de que lo mejor era que siguiera ocupándome yo mismo de mi hermano, pero llegó un punto en que no pude más: o lo mataba a él o volvía a intentarlo. Y, claro, no podía matar a mi hermano, así que, no me quedó más remedio que volver a intentarlo.

—¿Y por qué le rajó la cara a Anabel? ¿Acaso romperle los huesos y dejarla retorcida no era suficiente?

—Eso fue una desgracia, está claro. Yo no lo hice, se lo hizo mi hermano.

—¿Qué?

—Ya les he dicho que es un peligro para sí mismo y para el resto. Parece que no quieren entenderlo.

—¿Por qué una niña de Cantabria? —se interesó César, quien siguió durante un rato con la entrevista.

—¿Por qué no? Daba igual de un sitio que de otro. Yo regresaba de un seminario en Cantabria y vi a una chica sola. Aproveché la ocasión.

—¿Fue algo improvisado?

—No. Claro que no. Mi hermano llevaba tiempo insistiéndome y me preparé un kit por si encontraba la ocasión. La encontré y lo hice. El problema con esa niña…

—Anabel Mateo Ruiz.

—Sí. Claro. Anabel. Digo que el problema con Anabel fue que cuando dejé que mi hermano la viera, ella debió asustarse. Un día me limité a dejar las puertas abiertas para que Benjamín fuera a verla si quería. Les dejé un día entero, como hice con Lorena. Lo que él les hiciera no era asunto mío. Yo no quería saber nada.

—¿Las violó?

—¿Quién? ¿Yo? No. No estoy enfermo.

—Las autopsias desvelaron que habían sido violadas.

—No por mí. Eso se lo aseguro.

—Los resultados confirmarán si nos miente o no.

—No estoy mintiendo.

—Retomemos, entonces. ¿Qué pasó con Anabel?

—Cuando regresé al día siguiente, estaba tirada en un charco de sangre. El muy inconsciente le había cortado la cara para que sonriera. Fue espeluznante. Después de todo el dolor y el trabajo… Tuve que deshacerme de su cuerpo.

—¿Por qué cambió de sitio?

—No quería que me pillaran. Aún tenía que hacerle una novia a mi hermano.

—¡Que no diga eso! —grité.

—Es que eso es lo que pretendía. Lo siento si suena mal.

—Lorena y Anabel tenían una edad semejante —continuó César —. ¿Por qué secuestró a Alicia, cinco años más pequeña que las anteriores?

—Recordé algo que me decía mi padre: los huesos de los niños son más maleables. Así que pensé que, cuanto más pequeña, mejor resultado. Incluso, le ahorraría dolor.

»Fue triste ver cómo se dejó morir. Dejó de comer y terminó poniéndose enferma. Aun así, duró más tiempo del que pensaba.

—¿Un último intento?

—Sí. Me prometí a mí mismo que Sofía sería la última.

—Entonces, ¿lo de Álvaro Velázquez…?

—Se cruzó en mi camino. Teníamos el mismo coche y es un pederasta en ciernes. Me pareció una buena salida.

—¿Pensó que seríamos tan estúpidos de no darnos cuenta de que Álvaro Velázquez no era el verdadero asesino?

—No. No les considero estúpidos para nada. Pero… Creo que, en el fondo, me han encontrado porque yo lo he querido.

—Usted está aquí por tratar de inculpar a un inocente, de cometer un error que le va a costar muy caro —le contestó César, perdiendo la calma que le había acompañado durante todo el interrogatorio.

—Ya. Sé que eso es lo que creen, pero desde que me pusieron las esposas estoy dándole vueltas, ¿y saben qué? Una parte de mí sabía que esto acabaría de este modo y, aun así, seguí adelante. ¿Y saben por qué? He estado tanto tiempo mirando fuera de mí, solucionando

los problemas de los demás, que no me había dado cuenta de que estoy cansado. ¿Qué iba a hacer, estar toda la vida cuidando a dos personas incapacitadas en mi sótano? ¿Y qué hubiera pasado el día que hubiera caído enfermo, sufrido un accidente o muerto? *Nah*. Hice una promesa, pero una parte de mí tomó la decisión de que ya era hora de quitarme esa carga de encima.

—Ya he escuchado suficiente por ahora —dije, levantándome de la silla—. Seguiremos mañana.

Le hice un gesto con la cabeza a mi compañero y ambos salimos de la sala.

«Puto arrogante…».

—Id a descansar —nos dijo Nicolás—. Habéis hecho un gran trabajo.

Asentí y me froté los ojos con las manos. Se me estaba poniendo dolor de cabeza.

—Sí. Nos vemos en un rato —le contesté.

—Buenas noches —dijo César.

—Buenas noches.

El trayecto al hotel lo hicimos en silencio.

Mientras César conducía, ojeé mi móvil. Tenía un mensaje de Paloma Vera.

Paloma Vera:

22:11 Enhorabuena, amiga.

22:11 Ya me he enterado de que habéis detenido al Quebrantahuesos.

22:12 Voy a preparar un especial que se va a mear todo el mundo.

22:12 Cualquier *info* será bienvenida. Y tranquila, que recortaré el trozo de la grabación de cuando fuisteis a detener a aquel pederasta.

Miré la hora en la parte superior derecha de la pantalla. Pasaba de la una y cuarto de la madrugada.

—Me ha escrito Paloma Vera —le dije a César.

—¿Tu amiga? ¿Y qué quiere?

—Ya se ha enterado. —Le leí el mensaje.

—Joder, no sé cómo lo hace.

—Pues eso me gustaría saber.

—¿Le vas a contar algún detalle?

—No. No hace falta, seguro que ya se ha enterado de más cosas que nosotros —dije irónica, sonriendo con resignación. Acabábamos de aparcar ante la puerta del hotel.

Suspiró.

—Bueno. Al fin podremos dormir tranquilos.

—Sí. Al menos una noche.

70

Dos días más tarde

—Volvemos a casa, compañera —me dijo César metiendo su bolsa de equipaje en el maletero de mi BMW.

Le di la mía y la colocó al lado de la suya.

—Sí. Aunque va a ser un poco extraño.

Entramos en el coche. Yo me senté en el asiento del pasajero. Prefería dejar descansar la herida de la mano y a César no le importaba conducir.

—¿Has vuelto a hablar con Fran? —me preguntó cuando nos alejábamos del hotel. Aún resonaban en mis oídos las palabras de agradecimiento y los elogios de la dueña de este.

—Le mandé un mensaje diciéndole que regresábamos, por si seguía en casa no pillarle por sorpresa.

—¿Y qué te dijo?

—Que se lo imaginaba. Había visto en las noticias que habíamos detenido a Fermín Riaza y dio por hecho que volveríamos pronto. Así que… Ya no está en casa. Mejor. No me apetece verle la cara.

—¿Vas a pedir los días de descanso?

—Sí. Una semana por lo menos. Quiero dormir, hacer limpieza en casa, tirar cosas antiguas y quitar de mi vista las cosas que sean suyas y que aún no se haya llevado. ¿Y tú?

—Puede que yo también. Sí. Hablaré con el jefe y le diré que me voy de vacaciones el tiempo que tú estés ausente. No creo que le importe.

—No. Después de haber cerrado el caso, no creo que te ponga peros.

—Así que, si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

Al llegar a casa me encontré todo a oscuras, como un museo antiguo fuera de las horas de visita; vacía, como me sentía yo por

dentro. Dejé la maleta en la puerta y me fui a la habitación. No quería pensar en nada. Solo tumbarme en la cama y dormir. Al quitarme el abrigo sentí la caja metálica donde echaba las colillas. La dejé encima de la cómoda, y al lado los chicles que llevaba en el otro bolsillo. «Al final lo he dejado», pensé. Me olfateé la ropa que llevaba puesta y sonreí. «Ya no hueles a cenicero».

Me desnudé y me metí en la cama. Antes de quedarme dormida mi mente reprodujo la cara sonriente de Julia. «Lo hemos conseguido».

Epílogo

Un año más tarde

Su mirada recorría las tapas del cuaderno que descansaba sobre su cama. Lo contemplaba con un combinado sentimiento de melancolía y descanso. Una sonrisa se dibujó en sus finos labios, pero su barba de un mes se la ocultaba a cualquiera que pasara por delante de su celda. «No le debo nada a nadie», pensó, sintiéndose libre de la promesa que ya no cumpliría. Una libertad que empezó el mismo día que ciñeron sus muñecas con las pulseras de la ley. «No saldré de aquí. No tendré lujos materiales, ni daré seminarios, ni pasaré consultas…, un precio escaso a cambio de no volver a verle», pensó recordando el cuerpo deforme de su hermano, su voz entrecortada y su forma de hablar sin sentido.

Se sentó en la cama y abrió el cuaderno por la última hoja en blanco. Comenzó a escribir:

> Aquí otra vez. Un día más y sigo sin saber nada de Benjamín. Tampoco tengo ganas de preguntar. Me he dado cuenta de que tengo un gran trabajo por delante para tratarme el odio que siento por él y por mi madre. El muy desgraciado… «No se reía», dijo el necio poniendo más cara de estúpido de la que ya tenía. Fue un espanto. No olvidaré sus manos llenas de sangre seca. Estaba desnudo de cintura para abajo. Todavía tengo pesadillas recordando la cara rajada de aquella niña.
>
> Se lo avisé: «Está loco». Pero les daba igual. Solo querían protegerlo, como si los demás no necesitásemos protegernos de él. Como ellos no lo hacían…
>
> Si hubieran visto lo que hizo con ella…
>
> Retrasado mental, pero bien que sabía dónde tenía que meterla. No necesité comprobar que además de rajarla la había violado. ¿Para qué confirmarlo? ¿Qué iba a hacer,

darle una paliza? ¿Matarlo? ¿Encerrarlo, más de lo que ya estaba? Sí. Creo que tenía que haberlo matado y seguir mi vida sin él. Pero no, para no traicionar la promesa a mi madre, volví a cubrir el cuerpo de la niña y lo llevé a un sitio donde pudieran encontrarlo, en el Desfiladero. Las fidelidades nos sumergen en un lodazal del que muchas veces no podemos salir.

Él era un monstruo y los demás nos volvimos otro para protegerlo. Yo, el peor de todos.

Por cierto, es la segunda vez que esa periodista solicita entrevistarse conmigo en privado. Esa es otro monstruo, pero de los peores, de los que levantan odio y morbo allá donde van. La típica sanguijuela que vendería su alma al diablo con tal de hacerse famosa. Es probable que sus padres no le hicieran el suficiente caso cuando era pequeña. Se llama Paloma. Es la misma que hizo un reportaje sobre mi detención. Publicó las imágenes del cuerpo de Alicia, habló de pederastas, de psicópatas, me comparó con los depravados del caso Alcásser… Una joya de mujer. Un parásito que se alimenta del dolor ajeno. Lo tituló: El Quebrantahuesos: el asesino que conmocionó a todo un país. Llevo aislado en mi celda desde que estoy aquí, pero después del reportaje, lo seguiré estando una buena temporada, tal vez hasta que cumpla toda la condena.

Si hubiera sabido lo que iba a pasar, la hubiera enterrado en el jardín de casa.

No pienso concederle ninguna entrevista. Nadie sacará más dinero a nuestra costa.

Dejó el bolígrafo sobre el cuaderno, lo cerró y se lo apoyó sobre las piernas. Llevó el cuello atrás y se quedó mirando el techo, pensando en el pasado. Su mente voló fuera de aquellos barrotes. Imágenes sueltas se fueron sucediendo: su madre embarazada, el momento en que sus padres trajeron a su hermano del hospital, el diagnóstico de la enfermedad de Benjamín, el miedo de su madre de dejar al niño salir de casa, la primera vez que se llevó a su hermano al parque… Cogió el bolígrafo y continuó escribiendo:

Aquellos niños tuvieron la culpa. Cuando uno es diferente corre el riesgo de convertirse en el blanco de los cobardes, y Benjamín era un niño tímido por la

sobreprotección de madre, acomplejado por su cuerpo.

«Unos niños le han dicho a tu hermano que se suba a un árbol», me dijo un chaval del que ni siquiera recuerdo su cara. «¿Dónde?», le pregunté. «Allí, donde los árboles». De solo recordarlo siento cómo se me agita el pecho, igual que aquel día. Corrí a socorrerlo tan rápido como pude. Por el camino me crucé con esos tres demonios con cuerpo de niño. «… El enanillo del bosque…», se iban diciendo uno a otro, riendo, corriendo. Les hubiera retorcido el pescuezo allí mismo, pero no tenía tiempo. Benjamín estaba en lo alto de una rama y su cuerpo no era tan estable como el de cualquier niño sano. Le grité: «¡Aguanta! ¡No te muevas!». Y nuestras miradas se cruzaron justo antes de que Benjamín se desestabilizara y se cayera al suelo, golpeándose la cabeza.

Los médicos consiguieron salvarle la vida, pero el golpe en la cabeza le dejó mal, peor de lo que estaba su cuerpo.

A partir de ese día surgieron las constantes riñas.

Los lloros.

Los reproches.

El paso del tiempo.

El accidente o, mejor dicho, la maldad de esos niños desencadenó un futuro que nunca imaginé.

Al cabo del tiempo pensé que podría tener una vida casi normal, pero me equivoqué.

Había una chica. Rosa. Venía conmigo al instituto. Era la chica más guapa, atractiva y simpática que había visto en mi vida. Lo mejor de todo era que yo también le gustaba. Aún recuerdo su cara de pavor cuando vio a Benjamín con el cachorro de gato muerto. Le había roto el cuello y vino a enseñárnoslo como quien enseña una mariposa en un tarro de cristal. Recuerdo los gritos de Rosa. «¡Eres un monstruo!», le chilló. «¡¿Por qué te ríes?!». Pero Benjamín no se inmutó, siguió riéndose como un tarado mientras yo trataba de excusarle diciéndole que debía haber sido un accidente. Pero la risa bobalicona y las negativas de mi hermano solo despertaron más miedo y rechazo en ella. «Tu hermano está loco. Y tú también si no lo ves».

Después de aquello no volví a verla. Madre buscó casa en otro pueblo. «Es para proteger a tu hermano», aseguró. Castigándonos al resto de la familia. Rechazando que el problema nos acompañaría allá donde fuéramos.

Madre nos obligaba a fingir que éramos una familia normal; a pesar de que las discusiones nos acompañaban a

diario o a pesar de que se negaban a que Benjamín saliera a la calle o fuera al colegio.

No había nada normal dentro de aquella casa. Yo no era el padre de Benjamín, y de alguna manera, padre y madre conseguían que me sintiera responsable de él. Todos sentíamos lástima por él, como si solo él estuviera sufriendo, cuando en realidad era el único que no se enteraba de nada.

La lástima es la que me ha traído a esta celda.

Ya me he acostumbrado al olor de aquí dentro. Desde luego es mejor que el de aquella tasca. Solo estuve una vez, pero fue suficiente para grabar en mi memoria el tufo que flotaba en el ambiente a tabaco, cerveza, orujo, cartas, encurtidos, grasa, sudor… Pero si no olvido ese día no es por el tufo a bar de mala muerte, sino por todo lo demás. Entre mis dedos tenía los tres reyes, el as y el cuatro con el que iba a cantar un póker. No se escuchaba el silencio que se disfruta aquí a la hora de la siesta, allí te sentías dentro de una colmena rodeado de zánganos recolectando alcohol. Lo único que ahora se antoja semejante a entonces es la paz de sentir que mi hermano no era responsabilidad mía. Unos minutos de paz que han supuesto una década de infierno.

Mi vida hubiera sido perfecta si él no hubiera existido. Pero no, desde que nació siempre estuvo ahí, siendo el centro de atención, acaparando toda la energía y el amor, siendo el origen de todos mis problemas.

Al pensar en su voz ahora siento asco y rabia. Pero ese día aún estaba cegado por la pena y la compasión mal entendida. «Mira. Ya soy como tú. Tengo novia», dijo delante de mis colegas. Recuerdo que apoyé las cartas sobre la mesa, bocarriba. Los colegas se rieron al descubrir mi jugada, sin embargo, la intuición me decía que la partida para mí ya había acabado. «¿Qué novia? ¿Qué dices?». Entonces lo vi manchado de sangre. Una sangre seca que no era suya. «Seguid vosotros con la partida», les dije a mis amigos. «Tengo que llevarlo a casa. Cuando está cansado empieza a inventarse amigos imaginarios». Recé por que nadie se hubiera fijado en la sangre. Lo empujé fuera del bar y le pedí que me llevara hasta esa novia de la que presumía. Benjamín me condujo hasta una zona arbolada. «¿Tu novia está por aquí?». «Sí. Allí». Al llegar, encontré a una niña tirada en el suelo. Por un momento pensé que estaba muerta, pero enseguida vi que respiraba. Tenía el vestido subido y medio cuerpo al desnudo, sangre en la cabeza.

«Esto nos va a traer la ruina a todos», pensé aterrado, viendo la sonrisa bobalicona de mi hermano, alegre por haber encontrado a una niña indefensa, haberla golpeado hasta dejarla inconsciente y haberle hecho a saber qué cosas.

Pensé que la mejor solución era llamar a padre. Pero no cogió el teléfono. De modo que llamé a madre.

Todo estaba sucediendo muy deprisa.

Me alejé unos metros para comprobar que no viniera nadie y contarle a madre lo que había hecho su amado hijo. Y cuando me di cuenta, vi a Benjamín junto a la niña, con los pantalones bajados y tocándole la vulva.

—Tienes que hacer algo —me dijo madre.

—Sus padres la estarán buscando —le respondí.

—Sí, pero eso ahora da igual. ¿Tú sabes lo que va a pasar? Como la niña lo cuente, lo van a meter en un centro para gente con problemas mentales. Se morirá allí dentro. No puedo dejar que tu hermano pase por eso. Tampoco lo consentiría si fueras tú. Lo atiborrarán a pastillas. Así que, no. No puedo consentirlo. Tienes que hacer que la niña no pueda delatar jamás a tu hermano.

—Pero madre…

—Hijo, tú ya has visto lo que pasamos cuando vinimos aquí. Tú hermano no está bien. Ya lo sabemos. Pero si lo cuidamos de cerca, cosa que tú no has hecho… Joder, Fermín, si no le hubieras dejado solo, esto no habría ocurrido.

—Cómo iba a saber yo…

—¡No! ¡Esto es por tu culpa, hijo! ¡Otra vez es por tu culpa! ¡Así que, soluciónalo!

Las exigencias de madre me hicieron tomar la peor decisión de mi vida. Con la propia falda del vestido de la niña le cubrí la boca y la nariz hasta asfixiarla. Después de aquello, escondí su cuerpo y luego me llevé a mi hermano a casa.

—La he asfixiado, madre.

—¡¿Qué?!

—Así no hablará.

—¡¿Pero te has vuelto loco?!

—¡Es lo que me has pedido, joder!

—¡Yo no te he dicho que la mates!

Pero en el fondo, ambos sabíamos que su deseo era ese.

En cuanto llegó padre a casa, madre se encargó de contarle lo que había sucedido. Entre ambos acordaron

deshacerse del cuerpo de la niña enterrándolo en una zona alejada. Madre lavó su cuerpo por si alguien terminaba encontrándola. Ese día se estableció una nueva norma en casa: Benjamín no podría volver a salir a la calle, ni ser visto por nadie.

Unas semanas después nos trasladamos a Oña, a una casa grande y con sótano. Allí nadie nos conocería, nadie sabría de la existencia de Benjamín. Entre los tres insonorizaríamos la casa y lo cuidaríamos. Mientras que ellos seguían en sus trabajos yo tuve que abandonar la Universidad, a mis amigos, mi futuro. Estudié a distancia para pasar las horas, para no acabar loco como mi hermano.

Lo irónico de todo esto es que, al cabo de unas semanas de estar allí, mi padre murió de un infarto, como si se le hubiera roto el corazón de aguantar tanto dolor, y mi madre un año después, de cáncer, dejándome, la muy desgraciada, una carga que nunca debió ser mía. Elegante forma de encasquetarme toda su mierda.

Entretanto, el cuerpo de la niña nunca se encontró. Nadie sospechó de nosotros. Nos largamos de allí y punto. Qué fácil parecía matar y que no hubiera consecuencias.

Los padres de la niña, si siguen vivos, pasarán el resto de sus días buscando a su hija, con la esperanza, por descabellada o desesperada que sea, de volver a verla con vida. Lo siento por ellos, pero son daños colaterales.

Puede que yo la asfixiara, pero hoy, más que nunca, sé que cada niña que murió fue por su culpa. Ellos fueron los verdaderos asesinos, de modo que no voy a responsabilizarme de ninguna muerte más. No pienso seguir viviendo con una losa a mi espalda.

«Y esto nunca saldrá de aquí», pensó.

Arrancó las dos últimas hojas de su cuaderno, las rompió en mil pedazos y las tiró al retrete. El agua terminó convirtiendo sus recuerdos en un *collage* de manchas azules y amarillentas.

Agradecimientos

A mi marido, Marcos Nieto Pallarés, por sus consejos y por tener la paciencia de un santo al escuchar la evolución de cada una de mis novelas, especialmente, con los más de tres años que me ha llevado el proceso creativo de *Cada niña que murió*.

A mi familia, porque sí.

A Antonio Orozco Guerrero, por ser mi fiel lector cero.

A Fco. Javier Sánchez, agente de Policía, por ayudarme en algunos aspectos técnicos de la investigación.

Y a vosotros, lectores.

MARTA MARTÍN GIRÓN nació en Madrid y actualmente reside en un pueblo del Delta del Ebro. Es autora de más de una docena de libros, entre los que destaca la serie del inspector Yago Reyes y *Cada niña que murió*. Desde 2014, año en el que publicó por primera vez, lleva más de 100 000 ejemplares vendidos en formato digital y suma millares de lectores. Su novela *Dama Blanca* ha sido la novela más vendida en Amazon España durante enero de 2021, permaneciendo durante 41 días consecutivos en el número 1 absoluto de Amazon España.

Notas

[1] *Grooming*: ciberacoso sexual a menores a través de internet, teléfono o redes sociales. En el año 2010 apareció en el Código Penal el artículo 183 bis. < <